



Cuentos de la Dragonlance · Volumen 6

La Guerra de la Lanza

Edición de Margaret Weis y Tracy Hickman



se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

La Guerra de la Lanza...Krynn se ve desgarrado por el terrible conflicto que enfrenta a los esbirros de Takhisis, Reina de la Oscuridad, con los seguidores de Paladine y los dioses del Bien.

Los dragones, buenos y malos, chocan en los cielos y un pequeño grupo de amigos, que llegarán a ser conocidos como los Héroes de la Lanza, luchan por el honor y la libertad.

Cuentos de la Dragonlance recoge diversas historias que ocurrieron en Krynn durante los años de la guerra. Cierra el libro una auténtica exclusiva de Margaret weis y Tracy Hickman, «La historia que Tasslehoff prometió no contar nunca, nunca, nunca».

L≡LIBROS

Margaret Weis & Tracy Hickman & Michael Williams & Roger E. Moore &
Nick O'Donohoe & Dan Parkinson & Jeff Grubb & Nancy V. Berberick & Mark
Anthony & Richard A. Knaak & Douglas Niles

La Guerra de la Lanza
Cuentos de la Dragonlance 06

Título original: *The War of the Lance*

Margaret Weis & Tracy Hickman & Michael Williams & Roger E.
Moore & Nick O'Donohoe & Dan Parkinson & Jeff Grubb & Nancy V.
Berberick & Mark Anthony & Richard A. Knaak & Douglas Niles, 1992
Traducción: Mila López Díaz-Guerra
Ilustración de portada: Larry Elmore
Diseño de portada: Victor Viano

Editor digital: Enhiure
Escaneo y OCR: Etriol
ePub base r1.0



Prólogo

La Reina de la Oscuridad busca el modo de volver a entrar en el mundo. Sus esbirros se han hecho fuertes y poderosos una vez más. Los dragones regresan a Krynn mientras la guerra se generaliza en el continente. Es preciso que todos hagan frente al Mal. Algunos salen victoriosos del desafío. Otros caen. Pero cada uno de ellos, hombre o mujer, es, a su modo, un héroe.

Michael Williams profundiza en el alma torturada del rey de Silvanesti en el poema épico «Lorac».

«Raistlin y el Caballero de Solamnia», de Margaret Weis y Tracy Hickman, nos cuenta cómo el joven mago ayuda a un inflexible caballero a aprender una dura lección.

Roger Moore escribe sobre la venganza de un espectro en «El regreso».

Mara, reina de los ladrones, entra furtivamente en el Monte Noimporta buscando las «Máquinas de guerra» de Nick O'Donohoe.

Dan Parkinson continúa con las aventuras y desventuras de los intrépidos enanos gullys del clan Bulp en su búsqueda de «El Sitio Prometido».

Jeff Grubb relata la historia de un gnomo en «El héroe mecánico». (Cuidado, No digáis después que no os lo advertimos).

«El lobo de la noche» de Nancy Varian Berberick, es un relato de tres amigos que comparten un secreto oscuro y mortífero.

El cuento «Los vendedores de pócimas», de Mark Anthony, es una píldora amarga que sus protagonistas deben tragarse cuando la gente menos indicada cree que sus «curatodo» funcionan de verdad.

Richard A. Knaak escribe la historia de un perverso clérigo de Chemosh que intenta recuperar unos espantosos artefactos mágicos del fondo del Mar Sangriento en «La mano que provee».

Foryh Teel, valeroso escriba de Astinus, vuelve para presentarnos un interesante informe sobre «La campaña de Vingaard», de Douglas Niles.

Y, por último, Tasslehoff Burrfoot relata a sus buenos amigos, Margaret Weis y Tracy Hickman, «La historia que Tasslehoff prometió no contar nunca, nunca,

nunca» .

Esperamos que disfrutéis tanto como nosotros con este regreso a Krynn. Gracias a todos por vuestro apoyo. Sois quienes habéis hecho posible este regreso, y estamos impacientes por volver a viajar con vosotros en el futuro.

Margaret Weis y Tracy Hickman

Lorac

Michael Williams

I

El mundo de la mente
es un bosque sin sendas,
es una noche intrincada
de intenso verdor,
donde lo mejor y lo peor
se entremezclan y se dispersan
como una luz distante
en la faceta de una esmeralda,
como una chispa en el seno
de los mares rendidos.

Y, sí, siempre es así,
pues en ese mundo ronda el fantasma
de antiguas suposiciones,
y, sin que importen las historias,
sin que importen los rumores
de leyenda y magia
que te iluminan a través
de la cortina de años,
enredado en la maraña de tu yo
acabas por creer
que la historia se trenza
en las venas de tus dedos,
que teje todo propósito,
todo perdón e injuria,
que recupera la sangre

consumida y verosímil,
hasta que, finalmente, en un acto de fe,
inventas la historia
basándote en los rumores,
en el viejo meandro
de aliento y olvido,
y entonces dirás,
más allá de verdad y fe:
*esto es lo que significa,
lo que significó siempre,
desde el principio del mundo
y hasta el fin de los tiempos.
Lo que ya sabía. Nada más.*

Tal vez era amor
en las torres del pensamiento,
en las guaridas de la Alta Hechicería,
en la elevada doctrina
de luna, conjuro y convergencia;
donde los dragones se dispersaban
y el Príncipe de los Sacerdotes se cernía
sobre los ciegos tumultos
de dogma y fanatismo.

Tal vez era amor
en el radio del aliento,
en el bosque de cristal
donde el pensamiento se canalizaba
por cinco países evanescentes,
forjando las cinco joyas
en Istar, en Wayreth,
en la encumbrada Palanthas.

Tal vez era amor,
aunque más probablemente era reflexión,
en las dos torres desaparecidas,
mientras las joyas conflictivas
se reducían a cuatro, y después a tres;
tres, como las lunas
que giran en una órbita fracturada,
y las torres de Istar
y los chapiteles de Palanthas
se sacudieron con los ecos
del lenguaje olvidado,

huecos y fríos
con antiguas despedidas,
mientras las arañas caminaban
en lo alto de sus torreones,
y la polilla y el orín
corrompían el sueño de los días.

II

Pero antes de que las torres
cayeran en el abandono,
antes del fuego
y del incienso de la destrucción,
cuando la Torre de Istar
florecía con la magia
y el conocimiento duradero,
los parapetos brillaron
en las reflexiones solitarias
de Lorac Caladon,
Orador de las Estrellas.

Desasosegado en Silvanost,
atraído por una fría luz,
por el intrincado bosque de la magia,
llegó al norte,
a la reluciente Istar
donde las pruebas de la Alta Hechicería
aguardaban su juicio,
sus matemáticas determinadas,
y, pasada la primera prueba
y la segunda superada,
se irguió, satisfecho,
en lo alto de los parapetos,
bajo una luz vacilante y estriada,
la jactancia de su intelecto
por encima de la esfera de la ciudad,
donde la verde luminiscencia
del Orbe amenazado
lo llamaba desde el corazón de la Torre.
En el bosque sin sendas,

al final de los siglos,
oiría la canción
mientras pasaba de pensamiento
a recuerdo facetado,
cantando, cantando eternamente:
*Después de la segunda
no hay otra.*
*Oh, las pruebas quedaron atrás,
Orador de las Estrellas,
y el canto del Orbe
es el canto de tu mente
en esta vetusta torre
vacía y si amor
por las largas despedidas.*
*Oh, las pruebas quedaron atrás,
Orador de las Estrellas,
pero reposaré aquí,
dijo el Orbe, reluciendo,
mientras la historia se repliega
entre estos muros ostentosos
en tanto que la Torre se derrumba
y con ella la mente,
los primeros baluartes encumbrados,
la casa de los dioses;
pero reposaré aquí,
mientras los bosques se agostan
y las llanuras se someten
al invierno y a la nada
a menos que el canto de tu mente,
que lo es todo, que es el mundo,
controle y domine
y desentrañe el misterio.*
*Llévame a Silvanost,
Orador de las Estrellas;
llévame a la libertad,
al país de verdor sobre verdor.*
Tal vez era amor
en el corazón del cristal,
en la luz refractada
y seductora,
amor que encuentra amor en su dilatada fe,

en inhumanas matemáticas,
en la establecida parábola
de las equidistantes lunas,
pero allí, en la Torre,
convergiéron seis fundamentos:
 la mano del profeta,
 el abrigado corazón de su voluntad,
 el parapetado pensamiento,
 el conjurador cristal,
 y, siempre, el devastador instante
en que todos ellos se sitúan
en infausta alineación
con el sexto, el Orbe,
que llevó consigo,
como un corazón en su mano,
como una luz parpadeante,
como una tea
que encendió Silvanost
en días contados.

Les llevo fuego,
se dijo a sí mismo,
les llevo luz
a la historia de los antiguos dioses.
Soy el primero;
 los salvaré
en una tierra renacida,
 los salvaré,
y el viejo mundo girará y se alejará
rechazado por mi mano orientadora.
Así dijo para sus adentros,
y el horizonte informe
se tiñó de intenso verdor
sobre verdor
mientras Silvanesti surgía
de su último sueño,
tangibile, fraccionado con la luz

Y, más allá de los bosques,
el mundo se desplomó;
una montaña de fuego
se estrelló como un cometa
sobre la fastuosa Istar,
sobre la infinita urbe,
y la Torre, desguarecida y desalojada,
se quebró como un tallo seco
en medio de las llamas devastadoras;
y más allá de los valles
las cordilleras estallaron,
los océanos se derramaron para siempre
en las tumbas de montañas;
los desiertos suspiraron
sobre el abandonado lecho de los mares,
y las calzadas de Krynn se transformaron
en las sendas de los muertos.

Y, mientras el granizo y el fuego
se precipitaban sobre la tierra
en un diluvio de sangre,
incendiando árboles y hierba,
mientras ardían montañas,
mientras el mar se tornaba sangre,
mientras el firmamento se desbarataba
sobre y bajo nosotros,
mientras langostas y escorpiones
recorrían la faz del planeta,
Silvanost flotaba en islas de pensamiento,
un immaculado recuerdo
techado con nube y ensueño,
eximido del fuego
y de la devastación de terremotos;
y de torre a torre,
desde la Torre de la Alta Hechicería
hasta la Torre de las Estrellas,
razonando sin lucidez, Lorac imaginó
un sueño imposible de salvación,
un país en trueque con la magia,
renacido en su mente

a un paraíso ganado
con investigación y estudio.

Y así apareció en el Orbe,
en las horas de vigilia,
en el impetuoso y secreto
anhelo de conocimiento,
mientras la esfera quedaba oculta,
perdida para el mundo,
sepultada durante siglos
en la Torre de las Estrellas,
en la torre ancestral
de los Oradores, en Silvanost.

En tanto que el continente ardía
y las gentes de Qualinost
vagaban entre las cenizas
y la oscuridad exterior,
Silvanost flotaba
en su límite visual,
absorta y gloriosa,
en el límite de sus sueños.
Lorac observaba desde la Torre de las Estrellas,
desde el núcleo del cristal,
contemplando la faz
del mundo devastado
como si fuera un rumor de la historia
que empezaba a olvidar,
perdido en el enrevesado
laberinto del Orbe.

Pero, a menudo, por la noche,
cuando los sentidos titubeaban
y el perfeccionado país
se alteraba y retorció,
la forma del sueño
era el reflejo del Orador;
los árboles apartados
eran nidos de dagas;
los arroyos, negros y viscosos
bajo la luna silenciosa,
que lloraba la ausencia del día
y la feroz definición
de la luz del sol y el conocimiento,

donde árboles y ciudades
eran contados y nombrados,
y siempre, con implacable
decisión y propósito,
lejos de la maraña
de pesadillas, la sombra
y la trama del bosque
que batallaban con la luz
en los sueños de Lorac,
invadiendo el día
con el brillo del pedernal,
trastocando el pálido
y anónimo sol.

IV

Entonces, en el norte,
se alzó un mal
en el cielo encapotado de nubes,
pues los Señores de los Dragones
enviaron espada y mensajero,
tea y espada
a la Torre de las Estrellas,
al extasiado Silvanesti,
a los manguantes pabellones
de los oídos del rey elfo,
prometiendo paz
y el refugio del bosque
a la disonancia de ejércitos,
prometiendo la libertad de Silvanost
a cambio de la promesa
de silencio, inacción,
por una inclinación de cabeza
ante el Trono Verde.

Y Lorac aceptó,
sus ojos en el encapuchado Orbe,
donde el silencio milagroso
prometía una bendición de lanzas,
un final a toda promesa,
y los dragones en verano.

Y así, Silvanesti

fue despojada de plata,
despojada de vidas,
y del largo sueño de sangre
de sus últimos habitantes
mientras subían en los botes,
en los esquifes, en las dornas,
a la aventura en un agua
tan turbia como oráculos,
y los Patrulleros del Bosque lucharon
en la estela del río,
donde su último aliento ondeó
en las velas desplegadas.

Alhana Starbreeze, la hija del Orador,
se encontraba al timón
en la plateada travesía
mientras bogaban hacia el sur
por la Ruta de Astralas,
por el recuerdo del bardo,
por las corrientes giratorias de la historia;
y Lorac, a sus espaldas,
ordenó a los soldados
que abandonaran la tierra desenmarañada
en el último barco,
pues allí, en la oscuridad,
llamaba el bosque, llamaba Silvanost,
los olmos y las coníferas,
coreando como ruiseñores,
cantando esta canción
a su oído atento:

*Después de la última
no hay otra.*

*Oh, las pruebas quedaron atrás,
Orador de las Estrellas,
y el canto del Orbe
es el canto de tu mente
en esta vetusta torre*

*vacía y sin amor
por las largas despedidas.*

*Oh, las pruebas quedaron atrás,
Orador de las Estrellas,
pero reposare aquí*

*mientras la historia se repliega
entre estos muros ostentosos
en tanto que la Torre se derrumba
y con ella la mente,
los primeros baluartes encumbrados,
la casa de los dioses;
pero reposaré aquí
mientras los bosques se agostan
y las llanuras se someten
al invierno y a la nada
a menos que el canto de tu mente,
que lo es todo, que es el mundo,
controle y domine
y desentrañe el misterio.
Consérvame en Silvanost,
Orador de las Estrellas,
consérvame en libertad,
en el país de verdor sobre verdor.*

Reposó en las cámaras,
incógnito en estrellas,
y sobre él la Torre
y un laberinto de leyendas,
y la libertad prometida
en su núcleo cristalino
era un hielo verde magnético,
flama de la voz distante.

Y, atraído por su música,
por el repique sobrenatural
de cristal y pensamiento mudable,
el Orador de las Estrellas descendió solo
al corazón de la Torre,
donde el tiempo y el bosque
y un rayo de luna
se desplomaban en el Orbe;
y alargó las manos hacia el cristal
mientras un millar de voces
se alzaba de su fuego desbordante,
todas ellas cantando
el señuelo de lo posible,

todas ellas cantando
el canto por él imaginado,
y sus pensamientos fueron una fortaleza,
parapetos fantasmales
de arce y fresno y creencia;
en su soñar despierto
los ejércitos eran derrotados,
el linde del bosque
erizado con hojas y ficción;
y, respondiendo a la llamada,
tendió las manos hacia el cristal
mientras el Orbe y el mundo
se disolvían en su terrible asimiento.

Comprendió cuando los huesos
de sus dedos ardieron,
cuando el fuego verde irradió
del dorso de sus manos,
del deterioro de las arterias;
y supo de repente
que el fuego era el núcleo de su error,
que ni fuerza
ni palabras ni mente
podían dominar la magia.

Los matices de Silvanost
pasaron de verde a rojo,
a ocre y quimérico dorado;
el Orbe era una prisión,
y sobre el Thon-Thalas
se aproximaba el amplio batir
de las alas del dragón;
y los árboles se doblaron
con un viento siniestro
mientras Lorac contemplaba todo
a la luz del Orbe,
y el dragón, Cyan Bloodbane,
llegó con sus susurros,
y al influjo de sus palabras
las viejas piedras se alabearon,
y la Torre de las Estrellas,

blanca como un sepulcro,
se retorció y se combó
en tanto que los árboles rezumaban sangre
y los animales emitían gritos
chirriantes como metal desgarrado
en medio de una noche perpetua y embrujada.

V

Así fue mientras los siglos
se agrupaban y condensaban
en el paso
de una docena de años,
mientras el corazón erizado
de Silvanesti
supuraba y se doblaba
y se endurecía como cristal.
Y siempre la promesa
de Cyan Bloodbane,
del dragón enroscado
en la esfera cristalina;
siempre la promesa
se quedaba en nada y nada,
y el bosque, el mapa
de un país estrangulado,
tierra de mortinatos, de fiebre,
de época pervertida y gangrenosa,
y una larga e insoportable muerte,
hasta que del norte
llegó otra invasión
de luz inexorable y lanzas
cuando los Héroe, la Compañía,
la alianza formada
por elfo y enano,
por humano, gnomo y kender,
entraron en el bosque
a través del nido de pesadillas,
a través del creciente enmarañamiento,
a través de hueso, a través de cristal,

a través de toda destrucción
y alucinación olvidadas
de un corazón dañado;
llegaron a Silvanost y a la desfigurada Torre,
a Lorac y al encarcelador Orbe,
y liberaron al Orador,
 a la Torre y la ciudad,
 al bosque, a la gente,
 y al brillante Orbe,
y como un superviviente
la esfera rodó a través de los años,
a través de los siglos alojados
en las pálidas manos de otros,
y su viejo caparazón,
lustroso y brillante, reflejó
los relojes de arena de las pupilas
de su postrer manipulador.

 Pero las arenas se vaciaban
sobre el Orador de las Estrellas,
y el saber de Lorac,
amplio y diverso,
enumerado y facetado,
descendió y se simplificó
en un conocimiento del mal,
mientras el bosque se desplegaba,
privado de la difusa luz,
despojado del deslumbramiento;
y por fin Silvanesti
estuvo libre en su mente,
arrancada del laberinto
y marcada para siempre
con las cicatrices de la creencia
hasta la última sílaba del tiempo final;
y Lorac murió en brazos de su hija,
sus pensamientos en la Torre
enterrados y sometidos,
su último deseo una tumba
bajo el suelo de Silvanost,
sacando el verde
de la corrupción del cuerpo,
resolviéndose en bosque,

resolviéndose en Silvanost
por siempre jamás, su fantasma facultado
para atribuir y repartir
la tierra que había soñado,
como si el pensamiento se tradujera en sueño.

Y, sí, siempre es así,
pues en el mundo ronda el fantasma
de antiguas suposiciones,
y, sin que importen las historias,
sin que importen los rumores
de leyenda y magia
que te iluminan a través
de la cortina de años,
enredado en la maraña de tu yo
acabas por creer
que la historia se trenza
en las venas de tus dedos,
que teje todo propósito,
todo perdón e injuria,
que recupera la sangre
consumida y verosímil,
hasta que, finalmente, en un acto de fe,
inventas la historia
basándote en rumores,
en el viejo meandro
de aliento y olvido,
y entonces dirás,
más allá de verdad y fe:
esto es lo que significa,
lo que significó siempre,
desde el principio del mundo
y hasta el final de los tiempos.
Lo que ya sabía. Nada más.

Raistlin y el Caballero de Solamnia

Margaret Weis y Tracy Hickman

Era una noche fría para ser primavera, razón, sin duda, de que hubiera tanta gente en la posada, donde no era habitual que se reuniera tal muchedumbre. De hecho, no era habitual ninguna clase de aglomeraciones, pues la posada era nueva; tan nueva que todavía olía a madera recién cortada y pintura fresca, en lugar de oler a cerveza vieja y a guiso del día anterior. Se llamaba «Tres sábanas», por una canción actual muy popular en las tabernas, y estaba situada en... Bueno, su localización no tiene importancia. La posada fue destruida cinco años más tarde, en la Guerra de la Lanza, y nunca se reconstruyó. No es de extrañar, puesto que se encontraba en una calzada poco frecuentada por aquel entonces, y aún menos después de que los dragones arrasaron la villa.

Tendría que pasar todavía algún tiempo antes de que la Reina de la Oscuridad sumiera al mundo en lo que esperaba fuera una noche eterna, pero ya, en estos años precedentes a la guerra, su sombra maligna se estaba extendiendo. Los goblins siempre habían sido un problema en esta región, pero, de improviso, lo que habían sido bandas reducidas que asaltaban granjas aisladas, se habían convertido en ejércitos que atacaban pueblos.

—¿Qué ofrece su señoría? —inquirió un mago Túnica Roja que estaba sentado a una mesa, la más cercana al fuego y en el rincón más cómodo de la abarrotada posada, ocupada sólo por él y un compañero. A nadie se le ocurrió unirse a ellos. Aunque el mago tenía apariencia enfermiza, con una tos que casi lo hacía doblarse en dos, los que habían servido con él en campañas previas comentaban en voz baja que tenía un genio pronto y no era remiso en utilizar sus conjuros.

—Lo habitual. Dos piezas de acero a la semana y la prima por las orejas de goblins. He firmado por los dos.

El hombre que respondió era un guerrero fornido y corpulento, que se hallaba sentado enfrente del mago. Con la cálida temperatura de la posada, se despojó de su capa, sencilla y sin adornos, y dejó al descubierto unos brazos musculosos, del

tamaño de troncos, y un pecho de toro. Desabrochó el cinturón del que pendía una espada y dejó sobre la mesa, al alcance de la mano, el arma, que tenía toda la apariencia de haber sido utilizada mucho y diestramente.

—¿Cuándo cobramos la paga?

—Después de que hayamos expulsado a los goblins. Nos hará ganárnosla.

—Por supuesto —dijo el mago—, y no tendrá que pagar a los que mueran.
¿Por qué tardaste tanto?

—¡La ciudad está atestada! Todos los mercenarios de esta parte de Ansalon se encuentran aquí, por no mencionar a los tratantes de caballos, los forjadores de espadas, los que siempre siguen a los campamentos y todos los kenders que no están entre rejas. Tendremos suerte si encontramos un sitio en el campo donde extender los petates esta noche.

—¡Hola, Caramon! —saludó un hombre vestido con coraza de cuero, que se acercó a la mesa y palmeó la espalda del guerrero—. ¿Os importa si me siento con vosotros? —preguntó mientras empezaba a acomodarse en el banco—. Sólo hay sitio aquí. ¿Es éste tu gemelo, de quien tanto he oído hablar? Preséntanos.

El mago alzó la cabeza y miró al extraño.

Unos ojos dorados, con las pupilas en forma de reloj de arena, relucían en las sombras de la capucha roja. La luz de la posada arrancó destellos metálicos en la piel, también dorada. Un bastón de madera —obvia y ominosamente mágico— estaba al alcance de su mano; una bola de cristal facetado, aferrada por una garra de dragón, remataba el cayado. El hombre tragó saliva, se levantó presuroso; y, tras despedirse precipitadamente de Caramon, cogió su cerveza y se marchó al otro extremo de la sala.

—¡Me miró como si me estuviera contemplando en mi lecho de muerte! —masculló el hombre, que se había reunido con otros compañeros más cordiales.

—Va a ser una noche fría, Raist —dijo el guerrero a su hermano en voz baja, cuando los dos estuvieron de nuevo a solas—. El aire trae olor a nieve. No deberías dormir al raso.

—¿Y dónde quieres que duerma, Caramon? —inquinó el mago en un tono quedo y burlón—. ¿En un agujero en el suelo, como un conejo? Porque eso es lo único que podemos pag... —La tos lo interrumpió, dejándolo casi sin aliento.

Su gemelo lo observó con ansiedad. Sacó una moneda de una bolsa raída que llevaba en el cinturón y la sostuvo en alto.

—Nos queda esto, Raist. Podrías dormir aquí esta noche y la próxima.

—¿Y qué comeríamos entre tanto, hermano? No cobraremos hasta dentro de dos semanas, por lo menos.

Caramon se inclinó sobre la mesa, agarró el brazo de su gemelo para acercarlo a él, y bajó la voz:

—Podría poner trampas y cazar algo, si es necesario.

—Serías tú el que acabarías con un lazo al cuello, insensato. —El mago apartó

el brazo de un tirón—. Los hombres del noble patrullan por todo el bosque, atrapando a los cazadores furtivos con el mismo entusiasmo con que persiguen a los goblins. No, regresaremos al campamento a pasar la noche. No te preocupes tanto por mí. Sabes que no lo soporto. Estaré bien. He dormido en sitios peores.

Raistlin empezó a toser otra vez y los espasmos sacudieron su frágil cuerpo hasta parecer que iban a romperlo en pedazos. Sacó un pañuelo y se lo llevó a la boca. Los que lo observaban preocupados vieron que, al retirarlo de los labios, la tela estaba manchada de sangre.

—Prepárame la infusión —ordenó a Caramon, que entendió lo que decía por el movimiento de los labios, ya que al mago le faltaba aliento para hablar. Se recostó exhausto en el rincón, cerró los ojos y se concentró en recobrar la respiración. Los que estaban cerca pudieron oír el silbido del aire en sus pulmones.

Caramon recorrió la muchedumbre con la mirada hasta localizar a la camarera y le pidió a voces un cazo de agua hervida. Raistlin pasó por encima de la mesa un saquillo y se lo tendió a su hermano, que lo cogió y echó en la taza una cantidad precisa del contenido. El propietario de la posada en persona se acercó presuroso a la mesa con el agua caliente en una humeante tetera. Estaba a punto de verterla en la taza cuando, de improviso, se alzó un griterío cerca de la puerta.

—¡Eh, tú! ¡Fuera de aquí, pequeña sabandija! ¡No se permite la entrada a los kenders! —gritaron varios clientes.

—¡Un kender! —Sin soltar la tetera, el propietario corrió hacia la puerta con gesto de pánico.

—¡Eh! —chilló Caramon al posadero, exasperado—. ¡Olvidaste dejarnos el agua!

—¡Te repito que tengo amigos aquí! —Una voz de timbre agudo se alzó junto a la puerta—. ¿Dónde? ¡Vaya...! —Hubo una pausa—. ¡Allí! ¡Eh, Caramon! ¿Te acuerdas de mí?

—¡En nombre del Abismo! —masculló el guerrero, al tiempo que encorbaba los anchos hombros y agachaba la cabeza.

Una figura de corta talla, con la estatura, más o menos, de un chiquillo humano de doce años, el rostro de un hombre de veinte, y los ojos muy abiertos con la inocente expresión de un niño de tres, señalaba con alegría la mesa ocupada por el guerrero y su hermano. Iba vestido con una túnica verde brillante y polainas naranjas. Llevaba el cabello recogido en un largo copete que le colgaba por la espalda. Del cinturón pendían numerosos saquillos que guardaban las posesiones de todos cuantos habían sido lo bastante desafortunados de cruzarse en su camino.

—Entonces vosotros respondéis por él —rezongó el propietario con gesto severo mientras conducía al kender a través de la sala, con una mano

firmemente cerrada sobre los esbeltos hombros del hombrecillo.

Se alzó un revuelo a su paso, en tanto todo el mundo guardaba su dinero dentro de camisas, pantalones o cualquier otro sitio que considerara seguro y a salvo de los ágiles y diestros dedos del kender.

—¡Eh! ¡El agua! —Caramon tendió la mano para agarrar al posadero, pero, en cambio, sus dedos se cerraron sobre el kender.

—Earwig Fuerzacerrojos —dijo el hombrecillo, ofreciendo su mano con educación—. Amigo de Tasslehoff Burrfoot. Nos conocimos en la posada El Ultimo Hogar. No pude quedarme mucho tiempo. Hubo un malentendido acerca de un caballo. Les dije que no lo había robado. No comprendo por qué me seguía el animal.

—¿Quizá porque sostenías sus riendas? —le sugirió Caramon.

—¿Tú crees? Porque yo... ¡Auch!

—¡Suéltalo! —advirtió Raistlin, cuya esbelta mano se cerraba firmemente sobre la muñeca del kender.

—¡Oh! ¿Es tuyo? —inquirió Earwig con tono sumiso, y soltó el saquillo que había estado sobre la mesa y ahora se hallaba camino del bolsillo del kender.

El mago lanzó una mirada penetrante e iracunda a su hermano, que enrojeció y se encogió de hombros, con desasosiego.

—Haré que te traigan el agua, Raist. ¡Posadero!

—¡Vaya, mirad allí! —exclamó Earwig, retorcido en el banco para mirar la puerta principal, que se había cerrado a espaldas de un reducido grupo de viajeros—. Entré en la ciudad siguiendo a esa gente. No podéis imaginar lo grosero que es ese hombre —comentó en un susurro indignado que se oyó en toda la posada—. En lugar de darme las gracias por encontrar su daga, me...

—Saludos, caballero. Bienvenida, señora. —El propietario hizo varias reverencias. El hombre y la mujer, muy abrigados en sus capas, iban, por las apariencias, muy bien vestidos—. Querréis una habitación, sin duda, y después la cena. Hay heno en el establo para vuestros caballos.

—No queremos nada —repuso el hombre con voz hosca. Llevaba un chiquillo en los brazos y, mientras hablaba, lo dejó en el suelo; a continuación flexionó los brazos, como si le dolieran—. Nada salvo un asiento junto al fuego. No habríamos entrado a no ser porque mi esposa no se encuentra bien.

—¿Que no se encuentra bien? —El posadero retrocedió al tiempo que levantaba el paño ante él como si fuera un escudo, y los miró con desconfianza—. No será la peste, ¿verdad?

—No, no —respondió la mujer con una voz de timbre bajo y cultivado—. No estoy enferma. Sólo cansada y helada hasta los huesos, eso es todo. —Alargó la mano y atrajo hacia sí al niño—. Hemos caminado una larga distancia.

—¡Caminado! —masculló el posadero, a quien no le gustó cómo sonaba eso. Observó con más detenimiento las ropas de la familia.

Varios hombres que estaban frente a la chimenea se apartaron a un lado. Otros se apresuraron a acercar un banco al fuego; y la atareada camarera, sin hacer caso de los clientes que esperaban ser servidos, rodeó con el brazo los hombros de la mujer y la ayudó a sentarse. La recién llegada se dejó caer en el banco con actitud desmadrada.

—Estáis muy pálida, señora —dijo la camarera—. Os traeré un vaso de leche caliente, con miel y brandy.

—No —se opuso el hombre, que se acercó a su esposa—. No tenemos dinero para pagarlo.

—Bah, ya hablaremos de dinero más tarde —repuso, enérgica, la camarera—. Invito yo.

—¡No aceptamos caridad! —La voz del hombre se alzó destemplada, furiosa.

El chiquillo se acurrucó contra su madre, que miró a su esposo y después bajó los ojos.

—Gracias por tu amable oferta —le dijo a la camarera—, pero no necesito nada. Ya me siento mucho mejor.

El propietario, que no había perdido de vista a los nuevos huéspedes, advirtió que, a la luz del fuego, sus ropas no eran tan buenas como le habían parecido al principio. La capa del hombre estaba raída en el repulgo; el paño, desgastado y manchado de barro. El vestido de la mujer se veía limpio, pero muy remendado. El niño, que parecía tener cinco o seis años, vestía camisa y pantalones que probablemente habían pertenecido a su padre y se habían cortado para que encajaran con su pequeño y delgado cuerpecillo. El posadero estaba a punto de insinuar que sólo los que gastaran dinero en su establecimiento tenían derecho a calentarse con su fuego, cuando lo distrajo un grito procedente de la cocina.

—¿Dónde está ese kender? —gritó, alarmado.

—¡Aquí mismo! —repuso Earwig con entusiasmo mientras alzaba la mano y la agitaba—. ¿Me necesitas?

El posadero le lanzó una mirada funesta y después se marchó.

Caramon rezongó en voz baja, sin apartar los ojos de la mujer. Ella había retirado la capucha de su capa con una mano temblorosa, mostrando una faz pálida y delgada que en otros tiempos debía de haber sido muy hermosa, pero que ahora estaba consumida por el cansancio y la preocupación. Su brazo rodeaba a su hijo, que la contemplaba con inquietud, y la mujer lo apretó más contra sí.

—Me pregunto cuándo fue la última vez que esos dos comieron algo —refunfuñó Caramon.

—Si quieres, se lo pregunto —se ofreció Earwig, servicial—. ¡Eh, señora! ¿Cuándo...?

El guerrero le tapó la boca con la mano.

—No es asunto tuyo, hermano —espetó Raistlin con tono irritado—.

¡Consigue que ese imbécil de posadero traiga el agua de una vez! —Sufrió otro ataque de tos.

Caramon soltó al kender, que se retorció bajo su manaza (y que llevaba tres minutos callado, ya que no le quedaba aliento para hablar), y se puso de pie para mirar por encima de las cabezas de la muchedumbre, buscando al propietario. Por debajo de la puerta de la cocina salía humo.

—Me parece que va a estar ausente un rato, Raist —informó el guerrero—. Llamaré a la camarera.

Intentó atraer la atención de la sirvienta, pero ésta se encontraba muy ocupada con la mujer.

—Iré a prepararos una buena taza de té, señora. No, no. No os preocupéis. En esta posada no se cobra por el té, ¿verdad? —dijo lanzando una mirada admonitoria a los otros clientes.

—No, no. No cuesta nada —corearon los hombres en respuesta.

El hombre de la capa frunció el entrecejo, pero se tragó cualesquiera que fueran las palabras que pensaba decir.

—¡Eh, oye! —gritó Caramon, pero la camarera seguía de pie frente a la mujer, retorciendo el delantal entre los dedos.

—Señora —empezó, vacilante, en voz baja—. He hablado antes con el cocinero. Estamos tan atareados esta noche que andamos cortos de personal. Nos haríais un gran favor, señora, si nos echarais una mano. Os pagarían con una noche de alojamiento y una comida.

La mujer lanzó una fugaz mirada suplicante a su marido. El hombre estaba muy pálido.

—¡La esposa de un Caballero de Solamnia no trabaja en una posada! ¡Antes moriremos de hambre los tres e iremos a la tumba!

—Oh, no —rezongó Caramon mientras volvía a tomar asiento.

Las conversaciones y las risas cesaron, y el silencio se adueñó de la sala a medida que se corría la voz. Todas las miradas se volvieron hacia el hombre, a quien se le había agolpado la sangre en las mejillas. Era evidente que no era su intención dejar escapar tal información acerca de sí mismo. Se llevó la mano al labio superior, afeitado, y a los que lo contemplaban casi les pareció ver el largo bigote que distinguía a los Caballeros de Solamnia. No era algo inusual el que se lo hubiera afeitado. Durante muchos siglos, su Orden había defendido la justicia y la ley en Krynn, pero ahora se odiaba y despreciaba a los caballeros, a quienes se culpaba de que la ira de los dioses se hubiera descargado sobre el mundo. ¿Qué habría obligado a este caballero y a su familia a huir de su tierra natal, sin dinero, y sin más ropas que las que llevaban puestas? La muchedumbre que ocupaba la posada no lo sabía, y a la mayoría no le importaba. El posadero ya no era el único que quería que el caballero y su familia se marcharan.

—Vamos, Aileen —dijo el hombre con aspereza—. No nos quedaremos en

este sitio, donde atienden a gente como ésa. —Sus ojos entrecerrados se posaban en Raistlin, en la Túnica Roja que lo señalaba como un hechicero, y en el bastón mágico que tenía a su lado. Luego se volvió hacia la camarera—. Tengo entendido que el señor de esta región busca hombres para luchar contra los goblins. Si me indicas dónde puedo encontrarlo...

—Busca guerreros —intervino un hombre, desde un rincón alejado de la sala—. No chicos guapos vestidos con armaduras ostentosas.

—Ja, te equivocas, Nathan —lo secundó otro cliente—. Oí decir que su señoría buscaba a alguien para dirigir un regimiento... ¡Un regimiento de enanos gullys!

Se alzó un coro de risotadas. El caballero, mudo de cólera, buscó la empuñadura de su espada. La mano de su esposa se cerró sobre su brazo, en un gesto disuasorio.

—No, Gawain —musitó mientras empezaba a levantarse—. Nos marcharemos. Vamos.

—No os mováis, señora. En cuanto a vosotros... —La camarera dirigió una mirada iracunda a la escandalosa muchedumbre—, cerrad la boca o no servirá más cerveza a nadie esta noche.

Refrenados por tan terrible amenaza, los hombres se callaron. La camarera rodeó con el brazo los hombros de la mujer y alzó la vista hacia el caballero.

—Encontraréis a su señoría en casa del alguacil, a poco más de un kilómetro, calle adelante. Id y atended vuestros asuntos, señor caballero, y dejad que vuestra esposa y vuestro hijo descansen mientras tanto. Allí hay muchos hombres rudos —agregó, al ver que el caballero iba a negarse—. No es un sitio adecuado para un niño.

El posadero se acercó presuroso. Le habría gustado echar a los tres de su establecimiento, pero era evidente que la multitud estaba de parte de su camarera, en favor de la mujer. Acababa de apagar un fuego incipiente en la cocina, y lo que menos deseaba en ese momento era enfrentarse a un tumulto.

—Id, señor caballero, por favor —suplicó el propietario en voz baja—. Cuidaremos bien de vuestra dama.

Viendo que no le quedaba otra alternativa, el caballero accedió de mala gana.

—Galeth, cuida de tu madre. Y no hables con nadie. —Tras dirigir una mirada amenazadora al mago, se arrebujó en la capa, se echó la capucha, y salió presuroso de la sala.

—Su señoría no querrá saber nada de un Caballero de Solamnia —profetizó Caramon—. Si lo contratara, la mitad del ejército se daría de baja. ¿Por qué te miraba así, Raist? No dijiste una sola palabra.

—A los caballeros no les gusta la magia. Es algo que no pueden controlar ni comprender. Y ahora, hermano, pide el agua caliente. ¿O te vas a quedar ahí parado, mirando cómo me muerdo en esta maldita posada?

—Oh... eh... claro, Raist. —Caramon se puso de pie y empezó a buscar a la camarera entre la muchedumbre.

—¡Iré yo! —Earwig se incorporó de un brinco y se escabulló entre el gentío en un visto y no visto.

Las charlas y las risas se reanudaron en la sala. El posadero discutía con dos clientes sobre la cuenta. La camarera había desaparecido en la cocina. La esposa del caballero, vencida por el cansancio, se había tumbado en el banco. El niño permanecía a su lado, con la mano sobre el brazo de su madre, en actitud protectora. Pero sus ojos no se apartaban del mago Túnica Roja.

Raistlin miró de reojo a su hermano. Viendo que Caramon estaba ocupado en conseguir atraer la atención de la camarera, el mago hizo un leve gesto de llamada con la mano.

Nada parece más dulce que la fruta prohibida. Los ojos del niño se abrieron de par en par. Echó un vistazo en derredor para comprobar si el mago se refería a otra persona, y después volvió a mirar a Raistlin, que repitió el gesto. El niño tiró suavemente de la manga de su madre.

—Vamos, vamos, deja dormir a tu mamá —lo reprendió la camarera mientras pasaba presurosa, con una bandeja de jarras de cerveza en las manos—. Sé bueno un rato y, cuando vuelva, te traeré algo. —Desapareció entre la muchedumbre.

—¡Eh, eh, camarera! —Caramon agitaba los brazos y bramaba como un toro.

Raistlin le lanzó una mirada irritada, y después se volvió hacia el niño.

Despacio, atraído por una irresistible curiosidad y fascinación, el chiquillo se apartó de su madre y llegó junto al mago.

—¿De verdad puedes hacer magia? —inquirió, con los ojos muy abiertos por el asombro.

—¡Eh, chico! —El guerrero, al ver al niño, creyó que estaba molestando a su hermano y trató de alejarlo—. Vuelve con tu mamá.

—Caramon, cállate —dijo Raistlin suavemente. Sus dorados ojos se posaron en el niño—. ¿Te llamas Galeth?

—Sí, señor. Era el nombre de mi abuelo, un caballero. Yo también voy a ser un caballero.

Caramon esbozó una sonrisa a su hermano.

—Te recuerda a Sturm, ¿verdad? Estos caballeros están todos chiflados —añadió, cayendo en el mismo error que la mayoría de los adultos, que piensan que los niños, por ser pequeños, no tienen sentimientos.

El chiquillo estalló como la leña seca en el fuego.

—¡Mi padre no está chiflado! ¡Es un gran hombre! —Galeth enrojeció, comprendiendo que, tal vez, el aspecto de su padre no lo hacía parecer tan importante—. Lo que pasa es que le preocupa mi madre. Él y yo podemos pasar

sin comer; somos hombres. Pero mi madre... —Los labios le temblaron, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Galeth —empezó Raistlin, quien lanzó una mirada a Caramon que hizo al hombretón darse media vuelta y empezar a llamar de nuevo a la camarera—, ¿te gustaría ver un poco de magia?

El niño, demasiado impresionado para hablar, asintió con la cabeza.

—Entonces tráeme la bolsa de dinero de tu madre —pidió el hechicero.

—Está vacía, señor —repuso el chiquillo. A pesar de su corta edad, era lo bastante mayor para comprender que tal circunstancia era algo vergonzoso, y sus mejillas se encendieron.

—Tráemela —insistió Raistlin con su voz susurrante.

Galeth se quedó parado un instante, indeciso, debatiéndose entre lo que sabía debería hacer y lo que estaba deseando hacer. La tentación resultó demasiado fuerte para sus seis años. Volvió corriendo hasta donde dormía su madre y con cuidado, para no molestarla, sacó la bolsa del bolsillo de su vestido. Regresó con ella y se la tendió a Raistlin, que la tomó en sus largas y delicadas manos y la estudió con atención. Era una bolsa pequeña de piel, bordada con hilos de oro, como las que utilizaban las señoras elegantes para guardar sus joyas. Si en ésta las había habido alguna vez, debían de haberse vendido hacía mucho tiempo para comprar comida y ropa.

El mago le dio la vuelta a la bolsa y la sacudió. Tenía el forro de seda y estaba, como había dicho el niño, vacía. Entonces, encogiéndose de hombros, Raistlin se la devolvió al chiquillo. Galeth la aceptó con actitud vacilante. ¿Dónde estaba la magia? A su rostro asomó el desencanto.

—Así que vas a ser un caballero, como tu padre —dijo Raistlin.

—Sí. —El niño parpadeó para contener las lágrimas.

—Entonces ¿desde cuándo miente un futuro caballero?

—¡No he mentado, señor! —Galeth se sonrojó—. ¡Eso no se debe hacer!

—Pero dijiste que la bolsa estaba vacía. Mira dentro.

Perplejo, el niño abrió la bolsa de pie. Soltó un silbido de sorpresa y sacó una moneda. Después miró a Raistlin con deleite.

—Anda, ve y guárdala otra vez donde estaba, con cuidado —indicó el mago—. Y no digas una palabra a nadie de dónde vino la moneda, o el hechizo se romperá.

—¡Sí, señor! —respondió, solemne, Galeth. Volvió junto a su madre y metió la bolsa en el bolsillo del vestido con la sigilosa habilidad de un kender. Luego se sentó en cuclillas, al lado de su madre, y empezó a morder un trozo de caramelo de melcocha que la camarera le dio al pasar. De vez en cuando hacía una pausa para compartir una sonrisa cómplice con el mago.

—Todo eso está muy bien —gruñó Caramon, con los codos apoyados en la mesa—, pero ¿qué vamos a comer nosotros en los próximos diez o quince días?

—Ya se nos ocurrirá algo —repuso Raistlin con calma. Levantó la esbelta mano, hizo un gesto débil, y la camarera se acercó presurosa a su lado.

La tenue luz del ocaso se apagó y dio paso a la noche. La posada se puso aún más abarrotada, más ruidosa y más caliente. La esposa del caballero dormía a pesar del jaleo; su agotamiento era tan patente que muchos la miraron con ojos compasivos y murmuraron que merecía mejor suerte. El niño también se había quedado dormido, hecho un ovillo en el suelo, a los pies de su madre. Ni siquiera rebulló cuando Caramon lo levantó en sus fuertes brazos y lo acostó junto a la mujer. Earwig regresó y se sentó al lado de Caramon. Con la faz encendida y feliz vació los abultados saquillos sobre la mesa y empezó a separar su contenido, a la vez que mantenía una ininterrumpida conversación consigo mismo.

El caballero Gawain regresó al cabo de dos horas. Todos los hombres de la posada que lo vieron entrar dieron codazos a sus compañeros instándolos a guardar silencio, de manera que todos los ojos estaban pendientes de él mientras avanzaba por la sala.

—¿Dónde está mi hijo? —demandó mientras miraba en derredor con actitud amenazadora.

—Aquí mismo, a salvo, caliente, y profundamente dormido —respondió la camarera, señalando al niño—. Nadie lo ha raptado, ni le ha hecho daño, si es eso lo que pensáis.

El caballero tuvo el detalle de mostrarse avergonzado.

—Lo siento —dijo Gawain—. Agradezco tu amabilidad.

—Caballero o camarera, la muerte no hace distingos. Y, al menos, podemos ayudarnos unos a otros mientras estamos vivos. Despertaré a vuestra esposa.

—No —dijo Gawain, que levantó la mano para impedirselo—. Déjala dormir. —Se volvió hacia el posadero—. Quisiera pedirte que ella y el niño pasen aquí la noche. Tendré dinero por la mañana y te pagaré —añadió con gesto tirante.

—¿De veras? —El propietario lo miró con desconfianza—. ¿Os ha contratado su señoría?

—No. Al parecer ya tiene todos los hombres que necesita para manejar a esos goblins.

Un sonoro suspiro generalizado se alzó en la sala.

—Te lo dije —susurró Caramon a su hermano.

—¡Calla, mentecato! —replicó Raistlin con aspereza—. Intento enterarme dónde piensa conseguir dinero esta noche.

—Su señoría me ha contado que hay un paraje boscoso, no lejos de aquí, y que en esa floresta existe un alcázar que no tiene utilidad para él ni para nadie

porque está sometido a una maldición. Sólo...

—¿Un alcázar maldito? ¿Dónde? ¿Qué clase de maldición? —inquirió el kender entusiasmado mientras se encaramaba a la mesa para ver mejor.

—La maldición de la doncella —respondieron varios clientes—. El castillo se llama el Alcázar de la Muerte. Ninguno de los que entraron en él ha regresado.

—¡El Alcázar de la Muerte! —exclamó Earwig, con los ojos brillándole por el entusiasmo—. ¡Qué lugar tan interesante!

—Un Caballero de Solamnia puede entrar y regresar. Según su señoría, se precisa un verdadero caballero para acabar con la maldición. Tengo intención de ir allí y, con la ayuda de Paladine, llevar a cabo esta misión.

—Iré cont... —se ofrecía, magnánimo, Earwig, cuando Caramon lo agarró por los tobillos y tiró de él, de manera que se fue de bruces al suelo.

—Su señoría ha prometido recompensarme con largueza —concluyó Gawain, sin hacer caso del golpetazo y las protestas del kender.

—Ajá —dijo, burlón, el posadero—. ¿Y cómo pensáis pagar la cuenta de vuestra familia si no regresáis, mi buen Caballero Verdadero? No sois el primero de los vuestros que va allí, y no he visto regresar a ninguno de ellos.

Cabeceos y murmullos ratificaron las palabras del propietario.

—Su señoría me ha prometido que se ocupará de ellos si perezo —repuso Gawain, con voz firme y calmada.

—¿Su señoría? Oh, entonces está bien —dijo el posadero, de nuevo contento—. Y mis mejores deseos para vos, señor caballero. Yo, personalmente, acompañaré a vuestra dama y al niño (un chico estupendo, si me permitís el comentario) a su habitación.

—Esperad un momento —intervino la camarera, que se metió por debajo del brazo del posadero para plantarse delante del caballero—. ¿Dónde está el mago que os tiene que acompañar al Alcázar de la Muerte?

—No vendrá ninguno —respondió Gawain, con gesto ceñudo—. Y ahora, si no queréis más de mí, he de partir. —Bajó la vista a su esposa dormida y, con suavidad, alargó la mano para acariciarle el cabello. No obstante, temiendo despertarla, la retiró—. Adiós, Aileen, espero que lo comprendas.

Giró con rapidez y se dirigía a la puerta cuando el propietario lo agarró por el brazo.

—¡Ningún mago! ¿Es que no os lo dijo su señoría? ¡Se necesitan un caballero y un mago para acabar con la maldición de la doncella! Pues fue por un caballero y por un mago por lo que el alcázar fue maldito.

—¡Y un kender! —gritó Earwig mientras se incorporaba con precipitación—. ¡Estoy seguro de que oí decir que se necesitan un caballero, un mago y un kender!

—Su señoría mencionó alguna leyenda sobre un caballero y un mago —manifestó, desdeñoso, Gawain—. Pero un verdadero caballero con fe en su dios

no necesita el auxilio de ningún ser de Krynn.

Librándose de la mano del posadero, el caballero se encaminó hacia la puerta.

—¿De verdad estás tan ansioso de perder la vida, señor caballero? —El susurro sibilante acalló la algarabía de la posada, que pareció sumirse en un silencio mortal—. ¿Crees realmente que tu esposa y tu hijo estarán mejor cuando hayas muerto?

El caballero se detuvo. Sus hombros se tensaron y su cuerpo tembló. No se volvió, pero giró la cabeza para mirar al mago por encima del hombro.

—Su señoría lo prometió. Tendrán comida y un techo sobre sus cabezas. Al menos, puedo darles eso.

—Y así, al grito de «el honor es mi vida», corres hacia una muerte cierta, cuando, con sólo doblegar tu orgullo y permitiéndome que te acompañe, tendrías la oportunidad de alcanzar la victoria. Muy típico en los tuyos —comentó Raistlin con una sonrisa desagradable—. No es de extrañar que vuestra Orden haya caído en la decadencia.

El insulto hizo que el rostro de Gawain se tiñera de rojo por la cólera, y el caballero buscó la empuñadura de su espada. Caramon, gruñendo, llevó la mano a la suya.

—Guardad las armas —espetó Raistlin—. Eres un hombre joven, caballero. La suerte no te ha sonreído. Salta a la vista que valoras tu vida, pero, al estar desesperado, no ves otra salida para escapar de la desdicha de un modo honorable. —Sus labios se curvaron al pronunciar la última palabra—. Te he ofrecido mi ayuda. ¿Acaso me matarás por ello?

Los dedos de Gawain se crisparon sobre la empuñadura de la espada.

—¿Es cierto que se necesita un caballero y un mago para acabar con la maldición? —preguntó a los que estaban en la posada.

—¡Y un kender! —chilló una vocecilla estridente, con tono indignado.

—Oh, sí, es cierto —afirmaron todos los que estaban a su alrededor.

—¿Ha habido otros que lo hayan intentado?

Ante esta pregunta, los hombres se miraron unos a otros y después volvieron los ojos al techo, a las paredes, o a sus jarras de cerveza.

—Unos pocos —repuso una voz.

—¿Cuántos? —inquirió Caramon, viendo que su hermano estaba dispuesto a acompañar al caballero.

—Veinte..., treinta, quizá.

—¡Veinte o treinta! ¿Y ninguno regresó? ¿Has oído eso, Raist? ¡Veinte o treinta y no ha vuelto ninguno! —repitió con tono enfático el guerrero.

—Lo he oído. —Valiéndose del bastón para apoyarse, Raistlin se levantó del banco.

—¡Y yo también! —dijo Earwig, brincando de excitación.

—Y aun así, vamos a ir, ¿no? —dijo Caramon con tono lúgubre mientras se ajustaba el cinto de la espada a la cintura—. Es decir, algunos de nosotros. Tú no, Revientacerrojos.

—¡Revientacerrojos! —Al oír la desafortunada tergiversación de un apellido respetado desde antiguo entre los kenders, Earwig se quedó momentáneamente paralizado por la impresión, y olvidó agacharse para eludir la manaza del guerrero.

Caramon lo agarró por el copete y acto seguido, con unos cuantos movimientos diestros, lo ató por el pelo a uno de los postes de carga de la posada.

—¡Me llamo Fuerzacerrojos! —chilló, indignado, el kender.

—¿Por qué haces esto, mago? —preguntó Gawain, receloso, mientras Raistlin cruzaba despacio la sala.

—Sí, Raist, ¿por qué lo hacemos? —demandó el guerrero, hablando sin apenas separar los labios, en voz baja.

—Por el dinero, naturalmente —manifestó Raistlin con frialdad—. ¿Qué otra razón podría haber?

La multitud que abarrotaba la posada estaba de pie, hablando a voces, excitada, indicando la dirección y dando consejos y haciendo apuestas a favor o en contra del regreso de los aventureros. Earwig, atado a conciencia, gritaba y suplicaba y parecía que iba a arrancarse el pelo de raíz de tanto tirar para soltarse.

Sólo la camarera vio que la delgada mano del mago revolvía suavemente el cabello del niño dormido, al pasar junto a él.

La mitad de la clientela de la posada los acompañó por un viejo sendero, poco transitado, hasta el linde de un bosque denso. Allí, bajo los vetustos árboles que parecían estar molestos por ver alterado su descanso, la multitud se despidió de ellos y les deseó suerte.

—¿Necesitáis antorchas? —gritó uno de los hombres.

—No —respondió Raistlin—. *Shirak* —susurró, y la bola de cristal de su bastón se iluminó con un brillante fulgor.

La muchedumbre se quedó boquiabierta por la sorpresa. El caballero dirigió una mirada desconfiada al reluciente bastón.

—Yo llevaré una antorcha. No caminaré con una luz cuya fuente es la oscuridad.

La multitud les dijo adiós y regresó a la posada a esperar el desenlace. Las apuestas estaban altas a favor de que el Alcázar de la Muerte hiciera honor a su nombre. De hecho, el envite parecía ser algo tan seguro que a Raistlin no le resultó fácil convencer a Caramon para que no apostara en contra de ellos mismos.

Antorcha en mano, el caballero echó a andar sendero adelante. Raistlin y su hermano lo seguían a cierta distancia ya que Gawain caminaba tan deprisa que el débil mago no podía mantener el paso.

—Luego dicen de la cortesía de los caballeros —manifestó Raistlin, que se apoyaba en el bastón.

Al instante, Gawain se detuvo y esperó a que lo alcanzaran, con un gesto inflexible en su semblante.

—No es sólo cuestión de cortesía, sino simple sentido común no separarnos en un bosque tan oscuro y tenebroso como éste —declaró Caramon—. ¿Habéis oído algo?

Los tres escucharon atentos, conteniendo el aliento. Las hojas de los árboles susurraron, una rama chascó. Caballero y guerrero se llevaron la mano a la espada. Raistlin cogió un puñado de arena de un saquillo y recordó las palabras de un conjuro de sueño.

—¡Aquí estoy! —exclamó alegremente una voz chillona. Una figura pequeña, verde y naranja, entró en el círculo de luz—. Siento llegar tarde —se excusó Earwig—. Mi pelo se quedó enganchado y tuve que cortármelo para soltarme. —Exhibió la mitad de lo que antes era un largo copete.

—¡Y lo cortaste con mi daga! —dijo Caramon mientras se la arrebatava al kender con brusquedad.

—Ah, ¿era tuya? Qué curioso. Habría jurado que tenía una igual.

Gawain puso un gesto ceñudo.

—Como si no fuera suficiente tener que viajar acompañado por un mago, ahora...

—Lo sé —lo interrumpió Earwig al tiempo que movía la cabeza en actitud compasiva—. Tendremos que sacar el mejor partido posible a la situación, ¿no te parece?

—Ah, dejémoslo venir con nosotros —sugirió Caramon, que sentía remordimientos al ver lo que en otros tiempos había sido un vistoso copete—. Tal vez nos sea útil si nos atacan.

Gawain vaciló, pero resultaba evidente que el único modo de librarse del kender era rajarlo en dos, y aunque el Código y la Medida no prohibía específicamente a un caballero matar a un kender, tampoco lo alentaba a hacerlo.

—¡Si nos atacan! —resopló. Reanudó la marcha, con Earwig pegado a sus talones—. No corremos peligro hasta que lleguemos al alcázar. Al menos, es lo que me dijo su señoría.

—¿Y qué más te dijo su señoría? —inquirió Raistlin, entre toses.

Gawain lo miró hosco. Saltaba a la vista que se estaba preguntando de qué iba a servirle este mago enfermizo.

—Me contó la historia de la maldición de la doncella. Hace mucho tiempo,

antes del Cataclismo, un mago Túnica Roja, como tú, secuestró a una joven del castillo de su padre y se la llevó a ese alcázar. Un caballero, el prometido de la joven, descubrió el rapto y los siguió para rescatarla. Alcanzó al mago y su víctima en el alcázar de este bosque.

» El hechicero, furioso porque sus planes se hubieran frustrado, invocó la ayuda de la Reina de la Oscuridad para destruir al caballero. Éste, a su vez, pidió el auxilio de Paladine. Las fuerzas desatadas en la consiguiente batalla fueron tan poderosas que no sólo destruyeron al mago y al caballero, sino que, tras su muerte, siguieron arrastrando a otros en el conflicto.

—¡Y no me dejaste que hiciera la apuesta! —reprochó Caramon a su hermano.

Raistlin no pareció escucharlo. Estaba, aparentemente, sumido en reflexiones.

—Bueno, ¿qué te parece esa historia? —inquirió Gawain con brusquedad.

—Creo que, como en la mayoría de las leyendas, se ha exagerado la verdad —repuso Raistlin—. Un mago Túnica Roja, por ejemplo, no acudiría a la Reina de la Oscuridad para que lo ayudara. Eso es algo que sólo hacen los Túnicas Negras.

—A mi entender —dijo Gawain, ceñudo—, los de tu clase tienen afición a la oscuridad, sin importar el color de la túnica que lleváis... El zorro disfrazado con piel de oveja, como reza el dicho.

—Sí, también he oído unos cuantos dichos referentes a los de *tu* clase, señor Cabeza de Lata —replicó, iracundo, Caramon—. Uno de ellos dice...

—Déjalo ya, hermano —reconvino Raistlin, cuyos finos dedos se cerraron firmemente en el brazo del guerrero—. Reserva tu aliento para lo que nos aguarda.

El grupo continuó, encerrado en un silencio tenso y opresivo.

—¿Qué ocurrió con la doncella? —preguntó de repente Earwig. Los tres hombres se sobresaltaron, ya que, en su preocupación, habían olvidado la presencia del kender.

—¿Qué? —gruñó Gawain.

—La doncella. ¿Qué le ocurrió? Después de todo, se llama la maldición de la doncella.

—Sí, en efecto —intervino Raistlin—. Un punto interesante.

—¿De veras? —Earwig empezó a dar brincos de alegría, de manera que esparció el contenido de sus saquillos por el sendero y casi tropezó con Caramon—. ¡He sugerido un punto interesante!

—No veo por qué se llama la maldición de la doncella, salvo que fue la víctima inocente —respondió el caballero.

—Ah. —Earwig lanzó un fuerte suspiro—. Una víctima inocente. ¡Sé muy bien lo que se siente!

Los cuatro continuaron adelante. La marcha era fácil, ya que el sendero a través del bosque era recto y llano. Demasiado recto y demasiado llano, en opinión de Caramon, que sostenía que parecía empeñado y decidido a llevarlos a su perdición lo antes posible. Unas cuantas horas después de media noche, llegaron al castillo conocido como el Alcázar de la Muerte.

Oscuro y vacío, su fachada de piedra emitía un brillo blanco grisáceo a la luz de las estrellas y la pálida luna plateada. Macizo y firme, el alcázar había sido diseñado para ser funcional, no hermoso. Era cuadrado, con una torre en cada esquina, para los vigías. Una muralla conectaba las torres y rodeaba la estructura, cuyo propósito principal había sido, probablemente, albergar tropas. Unos portones de madera, reforzados con bandas de acero, eran el único acceso de entrada y salida.

Pero hacía mucho, mucho tiempo que ningún soldado se había alojado allí. Las almenas se estaban desmoronando y en algunos sitios se hallaban totalmente derruidas. La muralla tenía grietas enormes, quizá causadas por el Cataclismo, quizá por la supuesta batalla mágica que había tenido lugar en su interior. Una de las torres se había desplomado sobre sí misma, al igual que el techo del edificio central, pues se veían los perfiles de vigas rotas, negras en contraste con el cielo tachonado de estrellas.

—El alcázar está desierto —proclamó Caramon, que miraba la construcción con desagrado—. Aquí no hay nadie, ni vivo ni muerto. Me sorprende que esos guasones de la posada no se hayan mandado con un saco, diciendo que nos pusieramos en mitad del sendero y gritáramos: « Pitas, pitas, pitas » .

—Ésa sería la tarea que yo te habría encomendado, mi querido y charlatán hermano. —Raistlin empezó a toser, pero sofocó el ruido con la manga de la túnica—. ¡El Alcázar de la Muerte no está desierto! Oigo voces claramente... o podría oír las, si tú silenciaras la tuya.

—También oigo la llamada de alguien —manifestó Gawain, asombrado—. ¡Un caballero de mi Orden está atrapado ahí dentro y pide ayuda! ¡Allá voy! —Espada en mano, corrió hacia el castillo.

—¡Yo también! —gritó Earwig mientras saltaba alrededor de Raistlin—. ¡Oigo voces! ¡Estoy seguro! ¿Qué te dicen a ti? ¿Quieres saber lo que me dicen a mí? « Otra ronda de cerveza » . Eso es lo que les oigo gritar.

—¡Espera! —Raistlin tendió la mano para agarrar al caballero, pero Gawain corrió presuroso hacia las enormes puertas dobles de madera. En otros tiempos el acceso debía de haber estado cerrado a cal y canto contra cualquier enemigo, pero ahora se encontraba ominosamente abierto—. ¡Es un necio! ¡Ve tras él, Caramon! ¡No dejes que haga nada hasta que llegue yo!

—¿Otra ronda de cerveza? —Caramon miraba a su hermano como si se hubiera quedado en blanco.

—¡Grandísimo zopenco! —siseó el mago, con los dientes apretados. Señaló el

alcázar con un dedo tembloroso—. ¡Oigo una voz que *me* llama, y en ella reconozco a uno de los míos! ¡Es la voz de un mago! Creo que empiezo a entender lo que pasa aquí. ¡Ve tras él, Caramon! ¡Derríbalo, siéntate encima de él si es la única manera de detenerlo, pero debes impedir que Gawain ofrezca su espada al caballero!

—¿Qué caballero? ¡Oh, vale, Raist! Ya voy. No es necesario que me mires así. Vamos, Revientacerrosos.

El copete de Earwig brincó de indignación.

—Es Fuerza... ¡Oh, qué más da! ¡Eh, espérame!

Caramon, seguido por el jubiloso kender, corrió en pos del caballero, pero había reaccionado demasiado tarde y Gawain entraba ya en el alcázar como una exhalación. Al llegar a los portones de madera, Caramon vaciló antes de cruzarlos y se volvió para lanzar una mirada inquieta a su hermano.

Raistlin, apoyado en el bastón, caminaba tan deprisa como le era posible, tiendo a cada paso y dando la impresión de que se derrumbaría en cualquier momento.

A pesar de todo, siguió avanzando, e incluso se las ingenió para alzar el luminoso bastón y gesticular furioso con él a su gemelo, ordenándole que entrara al alcázar sin más demora.

Earwig, por su parte, ya había entrado como una flecha. Al descubrir que estaba solo, se dio media vuelta y regresó a todo correr.

—¿Es que no vienes? ¡Ahí dentro está maravillosamente oscuro y espeluznante! Y ¿sabes una cosa? —El kender suspiró extasiado—. Empiezo a oír voces realmente. Quieren que entre y los ayude a luchar. ¡Imagínate! ¿Puedes prestarme tu daga?

—¡No! —bramó el guerrero. También él podía escuchar las voces ahora. Unas voces fantasmagóricas.

—¡Mi causa es justa! Todos saben que los hechiceros son criaturas malignas, engendros de la oscuridad. ¡Por la gloria y el honor de nuestra Orden de la Espada, únete a mí!

—¡Mi causa es justa! Todos saben que los caballeros se esconden tras sus armaduras y se valen de su poder para intimidar y amenazar a los que son más débiles que ellos. ¡Por la gloria y el honor de nuestra Orden de los Túnica Rojas, únete a mí!

Caramon empezaba a tener la inquietante sensación de que el alcázar no estaba tan desierto como había pensado al principio. De mala gana, deseando que su hermano estuviera a su lado, entró en el castillo. El corpulento guerrero no le temía a nada en este mundo que fuera de carne y hueso, pero aquellas voces espeluznantes poseían un tono frío y hueco que lo acobardaba. Era como si le gritaran desde el fondo de una tumba.

Él y el kender se encontraban en un largo pasadizo que conectaba la muralla

exterior con el vestíbulo interior. El corredor estaba equipado con varios mecanismos de defensa para encargarse de un enemigo invasor. Veía el brillo de las estrellas a través de las saeteras que jalonaban la derruida muralla de piedra. Privado de la luz del bastón de su hermano y de la antorcha del caballero, Caramon se vio obligado a avanzar a tientas en la oscuridad, siguiendo la parpadeante llama que brillaba allá adelante, y por poco no se golpeó la cabeza con el rastrillo de hierro que estaba subido sólo a medias.

—¿De parte de quién estás? —inquirió, anhelante, Earwig mientras tiraba de la mano del guerrero para que siguiera avanzando—. Creo que me gustaría ser un caballero, pero, por otro lado, siempre quise ser mago. Supongo que tu hermano no querrá prestarme su bastón...

—¡Chitón! —ordenó Caramon con voz ronca, quebrada por la sequedad de su garganta.

El corredor llegaba a su final y desembocaba en un salón grande. Gawain estaba justo delante de Caramon, sosteniendo la antorcha en alto y gritando palabras en un lenguaje que el corpulento guerrero no entendía, pero suponía era solámnico.

El clamor de las voces había aumentado. Caramon sentía que tiraban de él en ambas direcciones. Pero otra voz, una voz en su interior, era más fuerte. Era la voz de su hermano, una voz que amaba y en la que confiaba; y recordaba lo que le había dicho.

¡Debes impedir que Gawain ofrezca su espada al caballero!

—Quédate aquí —le dijo a Earwig firmemente, con la mano posada en el hombro del kender—. ¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Earwig estaba impresionado por la solemnidad y la palidez del semblante del guerrero.

—Bien. —Caramon dio media vuelta y continuó pasillo adelante, en pos del caballero.

—¿Qué estará pasando? —Earwig temblaba de frustración—. Desde aquí no veo nada. Pero lo prometí. ¡Ya sé! No quiso decir que me quedara aquí, en este mismo punto, sino *aquí*, en el alcázar.

Feliz, el kender avanzó sigiloso, con la daga de Caramon (de la que se había apropiado) en la mano.

—¡Caray! —exclamó—. Caramon, ¿ves lo mismo que yo?

Sí, el guerrero lo veía. A un lado del salón, los cuerpos revestidos con brillantes armaduras y las manos aferrando espadas, había una tropa de caballeros. En el lado contrario estaba un ejército de hechiceros, con las túnicas ondeando a su alrededor como si las agitara el viento. Los caballeros y los magos habían vuelto los rostros hacia los extraños que acababan de entrar, y Caramon vio con horror que todos eran cadáveres corruptos.

Un caballero se materializó al frente de su tropa. Éste, también, estaba

muerto. Las señales de numerosas heridas eran claramente visibles en su cuerpo. El miedo se apoderó de Caramon, que retrocedió contra la pared, pero el caballero no prestó atención ni a él ni al boquiabierto kender, que se encontraba a su lado. Los ojos penetrantes del cadáver estaban prendidos en Gawain.

—Compañero de hermandad, te exhorto, por el Código y la Medida, a que acudas en mi ayuda contra mi enemigo.

El caballero muerto hizo un gesto con la mano y, a cierta distancia de él, apareció un mago que vestía Túnica Roja, desgarrada y con oscuras manchas de sangre. El hechicero también estaba muerto y, a juzgar por sus heridas, la suya había sido una muerte espantosa.

Earwig echó a andar.

—¡Lucharé a tu lado si me enseñas a lanzar conjuros!

Caramon agarró al kender por el cuello de la camisa, lo levantó en vilo y lo arrojó hacia atrás. Earwig chocó contra la pared y se deslizó al suelo, donde pasó unos instantes muy entretenidos procurando recobrar la respiración. El guerrero tendió una mano temblorosa.

—Gawain, salgamos de...

El caballero apartó la diestra de Caramon de un manotazo y, agachándose sobre una rodilla a los pies del caballero muerto, empezó a ofrecerle la espada.

—Os prestaré mi ayuda, señor caballero.

—¡Caramon, deténlo! —El siseante susurro se deslizó sobre piedra y a través de las sombras—. ¡Detenlo, o estaremos perdidos!

—¡No! —clamó el caballero muerto, cuyos ojos ardientes parecieron reparar en el guerrero por primera vez—. ¡Únete a mi lucha! ¿O es que eres un cobarde?

—¡Cobarde! —se encrespó Caramon—. Ningún hombre me llama...

—¡Atiéndeme, hermano! —ordenó Raistlin—. ¡Hazlo al menos por mí, o también estaré perdido!

Caramon lanzó una mirada atemorizada al hechicero muerto y vio que sus vacíos ojos estaban prendidos en su gemelo. El caballero muerto se inclinaba para coger la espada de Gawain. Abalanzándose hacia adelante, Caramon propinó tal patada al arma que la lanzó dando vueltas sobre el suelo de piedra.

El caballero muerto aulló de cólera. Gawain se incorporó de un brinco y corrió a recuperar su espada. Caramon, en un salto desesperado, se echó sobre él y lo agarró por los hombros. Gawain giró veloz sobre sus talones y le lanzó un puñetazo. La legión de caballeros muertos golpeaba las espadas contra los escudos; los hechiceros alzaron sus voces huecas en una aclamación que creció de intensidad al entrar Raistlin en el salón.

—¡Qué experiencia tan interesante! —proclamó Earwig mientras se tanteaba las costillas. Tras comprobar que no tenía nada roto, se puso de pie y miró en derredor para ver qué estaba pasando—. ¡Caramba, alguien ha perdido una

espada! La recogeré.

—¡Hechicero Túnica Roja! —gritaban los magos muertos a Raistlin—. ¡Únete a nuestra lucha!

Caramon atisbo el semblante de su hermano por el rabillo del ojo. Tenso y excitado, Raistlin contemplaba fijamente a los hechiceros, con un brillo ardiente y ansioso en sus dorados ojos.

—¡Raistlin, no!

Aprovechando su descuido, Gawain se escabulló de sus manos y le propinó un puñetazo en el mentón que lanzó al guerrero al suelo; acto seguido se abalanzó sobre su espada, pero se encontró con que Earwig la aferraba con firmeza. La expresión de radiante alegría plasmada en el rostro del kender se apagó al ver aproximarse al caballero.

—Oh, no —manifestó decidido, al tiempo que apretaba el arma contra su pecho—. El que lo encuentra, se lo queda. Evidentemente, tú ya no la querías.

—¡Raist! ¡No los escuches! —Caramon se incorporó tambaleante. «Demasiado tarde», pensó. Su hermano caminaba hacia el hechicero muerto, que extendía una mano huesuda hacia el reluciente bastón.

Los gélidos dedos estaban a punto de tocar la madera cuando, de improviso, Raistlin hizo girar el cayado en posición horizontal y lo sostuvo ante sí. La luz del cristal se intensificó, y el hechicero muerto retrocedió de un salto, como si la frágil barrera lo hubiese escaldado.

—¡No me uniré a vuestra lucha, porque es una batalla eterna! —La voz de Raistlin se alzó sobre el clamor de los muertos—. Una lucha que no puede ganarse jamás.

Ante estas palabras, las llamadas de los muertos cesaron. Un silencio expectante se cernió sobre el salón. Gawain dejó de amenazar al kender y se dio media vuelta. Earwig, que de pronto perdió el interés por el arma, la dejó caer al suelo y se adelantó para ver qué estaba pasando. Caramon se frotó la dolorida mandíbula y se puso alerta, dispuesto a saltar en defensa de su hermano.

Apoyado en el bastón, cuyo cristal parecía brillar aún más en la escalofriante oscuridad, Raistlin avanzó unos pasos hasta situarse en el centro de la sala. Miró primero al caballero —el rostro putrefacto bajo el abollado yelmo, la mano huesuda aferrando una espada oxidada—. El joven mago volvió sus dorados ojos hacia el hechicero; la Túnica Roja, desgarrada por diversas cuchilladas, cubría un cuerpo al que se le negaba el descanso de la muerte desde hacía siglos. Entonces, Raistlin alzó la cabeza y clavó la vista en la oscuridad.

—Quisiera hablar con la doncella —manifestó.

La figura de una mujer joven se materializó en la noche y se acercó al mago. Era bonita, de tez pálida, rostro ovalado, espeso cabello castaño y ojos azules, brillantes y alegres. Era tan encantadora, con una apariencia tan viva, que pasaron varios segundos antes de que Caramon comprendiera que llevaba

muerta mucho tiempo.

—Fuiste *tú* quien echó la maldición, ¿no es cierto? —preguntó Raistlin.

—Sí. —La voz de la doncella era fría como un témpano—. ¿Qué bando eliges, mago? Aquí está la arrogancia —señaló al caballero—, y aquí la soberbia —señaló al mago—. ¿Cuál escoges? Tampoco es que importe mucho.

—No lucharé por ninguno de los dos —repuso Raistlin—. No elijo la arrogancia ni la soberbia. Elijo... —Hizo una pausa, y después añadió suavemente—: Elijo el amor.

La oscuridad cayó sobre ellos con el peso y la fuerza de una avalancha, apagando incluso la mágica luz del bastón.

—¡Guau! —se oyó la voz admirada del kender.

Caramon parpadeó y escudriñó a su alrededor intentando ver a través de la negrura, que era tan densa e impenetrable como roca sólida. Los ejércitos espectrales habían desaparecido.

—¿Raistlin? —llamó, presa del pánico.

—Aquí estoy, hermano mío. Chist, guarda silencio.

Caramon sintió que una mano lo agarraba por el hombro; alargó los dedos y tocó un cálido brazo humano.

—¿Gawain? —susurró.

—Sí. —El tono del caballero era tenso—. ¿Qué ocurre? ¡No me fio de ese mago! Conseguiré que nos maten.

—Pues a mí me parece que, hasta el momento, ha hecho un buen trabajo para mantenernos con vida —replicó, severo, Caramon—. ¡Mira!

—*Shirak* —entonó Raistlin, y la luz del cristal irradió con fuerza. De pie frente a él, iluminada por el bastón, se encontraba la doncella.

—Has roto la maldición, joven mago —declaró el espíritu—. ¿Hay algo que quieras pedirme antes de que me entregue al tan esperado descanso?

—Cuéntanos tu historia —pidió Raistlin—. Según la leyenda, el mago te trajo a la fuerza.

—¡Por supuesto, eso es lo que han dicho los que nunca se molestaron en descubrir la verdad! —manifestó el espíritu con desprecio—. Y sus palabras fueron combustible para el fuego de mi maldición. Lo cierto es que el mago y yo nos amábamos. Mi padre, un Caballero de Solamnia, me prohibió casarme con un hechicero y me prometió con otro caballero, al que no amaba. El mago y yo nos escapamos. Me marché voluntariamente, para estar con el hombre a quien quería. El caballero nos persiguió y huimos a este lugar, sabiendo que estaba abandonado hacía mucho tiempo. El mago y yo podíamos haber escapado, pero él dijo que, por su honor, debía regresar y luchar. Por su honor —repitió con amargura. Sus ojos azules se quedaron prendidos en las sombras del salón como si todavía pudiesen ver lo que había acontecido allí tanto tiempo atrás—. Entre estas paredes, desafió al caballero a combatir, y lucharon... uno con su espada,

el otro con su magia. ¡Lucharon por su honor!

» Y, mientras los observaba, incapaz de impedir su enfrentamiento, me di cuenta de que ninguno me amaba tanto como amaban su equivoco orgullo.

» Cuando murieron, me acerqué a sus cadáveres y rogué a los dioses para que aquellos hombres cuyo amor propio fuera tan importante que lo antepusieran a todo vinieran aquí y quedaran atrapados. Entonces me marché de aquí y recorrí el mundo. Encontré a un hombre que me amó lo bastante como para vivir conmigo, no para morir por mí. Fui bendecida con una vida plena y larga, rodeada de amor. Tras mi muerte, mi espíritu retornó a este lugar y aquí ha permanecido, esperando al que amara lo bastante para no hacer caso a las voces —su mirada fue hacia Caramon— y al que fuera lo suficientemente inteligente como para romper el hechizo.

» Y ahora, joven mago, los has liberado a ellos y me has liberado a mí. Iré a descansar junto a mi esposo, que me ha esperado a lo largo de los años. Pero antes quisiera preguntarte algo. ¿Cómo supiste ver y entender la verdad?

—Podría decir que tenía ante mis ojos un notable ejemplo de orgullo mal entendido. —Repuso Raistlin mientras lanzaba una mirada de soslayo al caballero. Gawain enrojeció y agachó la cabeza. El mago esbozó una leve sonrisa y añadió—: Pero sería más veraz afirmar que, sobre todo, se debió a la curiosidad de un kender.

—¡Yo! —Earwig estaba impresionado por esta revelación—. ¡Estás hablando de mí! ¡Fui yo! ¡Rompí la maldición! ¡Te dije que tenía que ser un caballero, un mago y un kender!

La imagen de la joven empezó a desdibujarse.

—Adiós —se despidió Raistlin—. Que no se perturbe tu descanso.

—Adiós, joven mago. Te dejo una advertencia. Faltó poco para que sucumbieras. Tu inteligencia y tu voluntad te salvaron pero, a menos que cambies, preveo un tiempo en que este destino funesto, que ahora has evitado, acabará por arrastrarte.

Los ojos azules se cerraron y dejaron de verse.

—¡No te vayas! —chilló Earwig mientras corría de un lado para otro y agarraba el aire vacío con sus manos—. ¡Tengo muchas preguntas que hacerte! ¿Has estado en el Abismo? ¿Qué se siente al estar muerto? Oh, por favor...

Caramon avanzó cauteloso, sin apartar los ojos del punto donde había estado el espíritu, temeroso de que la joven pudiera reaparecer de repente. Su manaza se posó en el hombro de su hermano.

—Raist —empezó con tono preocupado—, ¿qué quiso decir?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —espetó el mago, librándose de la mano de su gemelo con un brusco tirón. Empezó a toser violentamente—. ¡Ve a buscar madera para encender un fuego! ¡Es que no ves que me estoy muriendo de frío?

—Claro, Raistlin —dijo el guerrero suavemente—. Vamos, Earmite.

—Earwig —rectificó el kender de manera automática. Fue tras Caramon—. ¡Verás cuando primo Tas se entere de esto! ¡Ni siquiera tío Saltatrapas, el kender más famoso de todos los tiempos, rompió jamás una maldición!

Gawain se mantuvo en silencio hasta que Caramon y Earwig salieron de la sala. Después, lentamente, espada en mano, se aproximó al mago.

—Te debo la vida —manifestó de mala gana, con torpeza—. Por el Código y la Medida, tienes mi lealtad. —Tendió la espada, empuñadura por delante, al mago—. ¿Qué quieres que haga?

Raistlin soltó un suspiro estremecido. Contempló el arma y sus finos labios se curvaron.

—¿Que qué quiero que hagas? Rompe tu Código. Quema tu Medida. Como dijo la doncella, vive por aquéllos a quienes amas. Se acerca una época de oscuridad, señor caballero, y el amor puede ser muy bien lo único que nos salve.

Los labios del caballero se apretaron, su semblante enrojeció. Raistlin lo miró de hito en hito, impasible, y la expresión colérica de Gawain fue dando paso a otra de reflexión. Con un gesto brusco, envainó de nuevo la espada.

—Ah, otra cosa, señor caballero. —El tono del mago era frío—. No olvidéis entregarnos nuestra parte de la recompensa.

Gawain desabrochó el cinturón del que pendía la espada y se lo quitó.

—Quédate con todo —manifestó, arrojando espada y cinturón a los pies de Raistlin—. He encontrado algo mucho más valioso. —Hizo una breve inclinación de cabeza y salió del alcázar.

La luna roja se alzó en el cielo. Su escalofriante resplandor se filtró a través de las paredes derruidas del alcázar e iluminó el sendero. El mago permaneció de pie en el salón vacío. Todavía podía sentir en sus dedos el tacto suave y sedoso del cabello del niño.

—Sí, señor caballero, has encontrado algo mucho más valioso —musitó. Pensó en las palabras del espíritu. Después, encogiéndose de hombros, cerró con fuerza los dedos sobre el bastón—. *Dulak*.

La luz del cristal se apagó y lo dejó en las sombras, iluminado sólo por los rayos de la luna roja.

El regreso

Roger E. Moore

—¡Allá va! —gritó, borracho, un goblin, en la última luz rojiza del ocaso—. ¡Allá va! ¡Se larga!

El cielo se había despejado de nubes. El viento se levantó a mi alrededor, y su ronco gruñido casi ahogó la risa de los centinelas goblins que se encontraban doce metros más arriba de la empinada ladera. Por el ruido, aquellos dos debían de haber abierto hacía rato uno de los barriles de vino robados en una granja cercana a las afueras de Arroyo Tortuoso, y disfrutaban con la satisfacción nata que les da a los goblins asesinar granjeros indefensos... como mis primos, Garayn y Klart.

Me humedecí los labios y busqué a tientas el odre colgado de mi cinturón, dispuesto a desatarlo y beber, pero me encontré con que apenas quedaba agua. En consecuencia, desistí y me recosté en la cara rocosa del cerro, manteniendo los brazos pegados al cuerpo para evitar que los goblins, desde arriba, advirtieran algún movimiento a la mortecina luz. Mis dedos se cerraron en torno a la empuñadura de la espada, pero permanecieron relajados. El resplandor sobre la planicie, en el oeste, casi había desaparecido; la única luna visible era Lunitari, un semicírculo, bajo y rojo, en el horizonte. Allá arriba, muy alto, el trono de los dioses se construía con relucientes estrellas. Era hermosísimo, pero pude ver que llovería a la noche siguiente. Los exploradores saben estas cosas.

—¡Se largó! —chilló de nuevo el goblin—. ¡«S'acabó» el sol!

Vanos gritos distantes respondieron, todos ellos juramentos mascullados en el zafio lenguaje goblin.

—¡Vosotros, bastardos, quisisteis «qui'ciera» la guardia! —bramó el goblin furioso, y después se echó a reír otra vez. Sonaba como si tuviera rota la nariz—. ¡Más vale que no quitéis ojo a las estrellas! ¡Vienen a echaros el guante!

Yo había llegado hacía sólo una hora y ya estaba harto. Alrededor de una docena de goblins estaban acampados en lo alto de esta loma, cerca de la frontera oriental de Solanthus. Arroyo Tortuoso se encontraba a dos días de

camino hacia el suroeste. Al otro lado de los cerros, hacia el este, más allá del río Garetmar, se extendía el territorio salvaje poblado por bandidos, desertores y basura goblin.

Un goblin soltó una risotada y después farfulló una frase que se llevó el viento. A no mucho tardar, los dos centinelas estarían durmiendo como troncos. No tenían nada que temer, que ellos supieran. Habían sido lo bastante listos como para llevar a cabo asaltos poco importantes y escasos, evitando así atraer demasiado la atención de la milicia de Arroyo Tortuoso. Atacar con rapidez, apoderarse del botín y salir pitando: la misma fórmula de siempre. Los goblins habían prendido fuego a unos pocos establos, matado algunos caballos y robado sobras y restos antes de darse a la fuga. No querían una pelea; sólo hacer patente que estaban por los alrededores.

Me llamo Evredd Kaan, y soy un explorador retirado, con cabello y ojos oscuros, y un buen físico. Dejé de formar parte del ejército desde que cayó Neraka y mi unidad fue licenciada. Después de aquello, regresé a casa, la ciudad de Solanthus, para encontrarla arrasada en su mayor parte. Trabajé durante un año en cuadrillas de peones, quitando cenizas, escombros y huesos a paladas, y a veces haciendo turno de noche como miliciano en una ciudad rebosante de mendigos que robaban para sobrevivir. Por fin, renuncié a todo eso y me dirigí hacia el este, a Arroyo Tortuoso, donde mis padres habían vivido años atrás, antes de que las fiebres se los llevaran de este mundo. Trabajé en la granja de mi tío y me ocupé del mantenimiento de las carretas que necesitaba para sus negocios comerciales, los cuales se habían resentido bastante con la odiosa presencia de los goblins.

Hace tres noches los goblins acabaron con sus primeras víctimas humanas. El risueño Garayn y el taciturno Klart volvían a pie tras pasar una velada en la ciudad cuando les dispararon con ballestas y los mataron. En uno de los cuerpos se encontró una daga goblin. Contemplé los preparativos de los vecinos mientras amortajaban a mis primos para enterrarlos, y después fui a decirle a mi tío que estaría ausente unos cuantos días.

—Asuntos de familia —comenté.

—No hagas una tontería, muchacho —instó mi tío. Era un hombretón con la cara mofletuda, nariz ganchuda y calvicie incipiente. Arroyo Tortuoso había sido bastante afortunada para no acabar saqueada y quemada durante la Guerra de la Lanza, que había terminado hacía dos años, y los negocios de mi tío habían subsistido. Pero ahora sus dos hijos le habían sido arrebatados, y su vida había quedado marcada para siempre por los mismos elementos que todavía rondaban por la zona—. Tú eres todo cuanto me queda, Evredd.

—Lo que haré no será ninguna tontería —le repuse lacónico.

Sus ojos se pusieron vidriosos. Sus manos toquetearon los objetos de su escritorio, como buscando seguridad en su tacto. Las lágrimas amenazaron con

desbordarse.

—Ya ha habido suficiente muerte y dolor —suplicó mi tío—. Déjalo estar.

Huelga decir que no le hice caso. Mi tío había estado muy absorto últimamente en sus negocios; se encerraba en su estudio con sus libros de contabilidad y maldecía el efecto negativo de los goblins en el comercio. Y ahora esto. Tenía el aspecto de un hombre acabado.

Partí de la ciudad al amanecer, llevando mi espada, comida y poco más. Sabía hacia dónde se dirigían parte de las viejas rutas de los goblins, de manera que seguí ese rumbo hasta que apareció un sendero regular, a unos diez kilómetros de la villa. Las huellas marcadas parecía que hubiesen sido dejadas por un pequeño ejército, en lugar de unos cuantos salteadores, cargados con su botín. Dos días después, llegaba aquí.

Uno de los goblins eructó como si fuera un sapo gigante croando; después dejó caer una copa metálica y masculló:

—¡Maldita sea, mi trago! ¡« Me se » ha caído!

El otro centinela carraspeó y escupió.

—Toma, « pa » que llenes tu copa —dijo, con una risotada.

—Yo te daré algo « pa » que llenes la tuya —rezongó el primero, y una piedra salió volando de la cima y paso por encima de mí. Me quedé quieto, por si acaso a alguno de ellos se le ocurría asomarse al precipicio. Los goblins son una raza amante de la diversión en cuanto se refiere a los humanos. Podían pasarlo estupendamente a mi costa, tener una buena diversión goblin, con látigos, cuchillos, hierros candentes y cosas por el estilo.

Otra piedra me pasó por encima y cayó sobre la hierba que había un poco más abajo.

—¡Tira otra y el viejo Garith te prenderá fuego al culo! —dijo con irritación uno de los goblins.

—Si es que aparece —replicó el otro—. Ése no asoma el hocico por aquí. Ahora quiere vivir como un humano. Se cree « mu » importante.

—Va a volver —espetó el primero—. ¿Es que no le dije que se espabilara o empezáramos a chingar las cosas? Sabe que causaremos problemas. Ese sapo tripón sabe que necesitamos acción. Tenemos que movernos, no estar sentados, « pa » que nos salga callo en el culo. Y tú, ya estás soltando esa piedra, o te voy a dejar una jeta que asustaría a un enano ciego.

Tras varios minutos de discusión, los goblins se sumieron en un silencio empapado de alcohol. Decidí avanzar un poco otra vez cuando los centinelas estuvieran dormidos o demasiado embotados por el vino y la falta de descanso para darse cuenta. Entonces me ocuparía de ellos, uno por uno, como aprendí a hacerlo durante la guerra. Sólo se oían los grillos en la oscuridad. Suspiré y esperé paciente, con los dedos cerrados sobre la empuñadura de la espada.

Algo me golpeó el pecho. Un dolor lacerante me atravesó el pulmón

izquierdo, haciéndome más daño que ninguna otra herida sufrida en Neraka. Bajé la vista mientras mis manos iban, de manera involuntaria, hacia la fuente de dolor, y vi un astil corto sobresaliendo de mi chaleco de cuero, cerca del corazón. Supe que la flecha me había atravesado de parte a parte. Nunca me había sorprendido tanto de ver algo.

«Hijos de perra —pensé mientras intentaba contener la respiración y no gritar—. Me han descubierto; los goblins me han descubierto. Pero ¿cómo demonios lo han hecho? No los he oído llegar». Me quedé inmóvil, como un idiota, mirando el astil de la flecha y preguntándome por qué los goblins no daban la alarma. La conmoción y el dolor de la herida fue más de lo que podía soportar; me resultaba imposible pensar.

Algo hormigueante y frío se propagó por la sangre que manaba de la herida. El dolor cesó y se convirtió en una oscura nada, como si mi pecho hubiese desaparecido. Perdí los nervios e intenté gritar, pero no podía inhalar. Era como si un peso enorme me aplastara la caja torácica, impidiendo que penetrara aire en mis pulmones. Me desplomé contra la cara rocosa del cerro, en tanto que mi visión se tornaba borrosa y mis manos se crispaban sobre la herida.

Comprendí que iba a morir, pero no podía hacer nada para evitarlo. No quería morir, ni entonces ni nunca. Quería regresar a casa. Quería respirar. Quería vivir. Por un instante pensé en Garayn y Klart. Casi veía sus rostros ante mí.

El entumecimiento llegó a mi cabeza. Todo se volvió ligero y etéreo. Me asaltó una repentina sensación de vértigo, como si estuviese cayendo.

«Esto no es justo —fue la absurda idea que vino a mi mente—. Los goblins me han matado. Mataron a mis primos, y ahora a mí. Esto no es justo y quiero que paguen por ello, del peor modo posible».

Aquel fue el último pensamiento de mi mente mortal.

Estaba teniendo una pesadilla espantosa, peor que las que tuve una vez en Neraka. Soñaba que estaba muerto y enterrado. Una lluvia, fría como hielo, caía constantemente sobre mí y escurría por mi carne muerta. Mi cuerpo estaba totalmente insensibilizado, y los miembros, pesados como plomo. Estaba vacío; era una cáscara hueca que no albergaba nada en su interior. Me esforcé por despertar o incluso mover aunque sólo fuera un solo músculo. Supliqué a los grandes dioses de Krynn que me permitieran despertar.

Ninguno me escuchó.

Les pedí compasión. Les pedí justicia.

Ninguna voz sonó en la oscuridad.

Entonces los maldije; maldije a los dioses y clamé venganza.

Advertí la aparición de una luz incolora. Sin pensarlo, abrí los ojos, todavía

moviendo los labios.

Unas nubes grises, con los bordes deshilachados, pasaban veloces sobre mí. Unas gotas frías se estrellaban contra mi rostro y caían en mis ojos abiertos. No podía mover los miembros. No sentía nada, nada en absoluto, salvo el frío; escuché el tamborileo de la lluvia sobre el suelo.

Las nubes grises estuvieron pasando durante una eternidad. Y la lluvia caía. Entonces pareció que me quitaban un peso de encima, y supe que podía sentarme.

Muy despacio, rodé sobre un costado y me incorporé a medias. Cada movimiento carecía de equilibrio, y me tambaleé, mareado, abrazándome a mí mismo. El oscilante escenario se estabilizó por fin ante mis ojos, y miré en derredor.

El paisaje tenía una apariencia extraña con la tenue penumbra lluviosa, pero ví que estaba todavía al pie del rocoso risco. Era ya avanzada la tarde, pero no sabía de qué día. La alta hierba de la planicie había sido aplastada por la lluvia hacía un tiempo. Una brisa ligera soplaba sobre el campo, ondeando los tallos doblados y rotos.

Estuve sentado un buen rato, aturdido, y después bajé la vista y me miré.

El extremo roto de un astil de flecha asomaba en mi pecho. Tras unos instantes, recordé cómo se había alojado allí y pensé que tenía suerte de no estar muerto.

Entonces, claro está, supe la verdad.

Contemplé el astil roto un buen rato. La lluvia, por fin, amainó. Reinaba un profundo silencio, roto sólo por los graznidos de cuervos en la lejanía. No estaba asustado; sólo ofuscado por el asombro. En mi interior no sonaba el latido del corazón, no manaba sangre de mi herida. Estaba perplejo, pero eso era todo.

Detestaba ver aquella flecha hincada en mí. No era apropiado. Tenía que quitármela. Con cuidado, alargué la mano y la toqué; después le di unos golpecitos. No sentí dolor, sino únicamente la sensación de su presencia. Cerré los dedos sobre el astil y tiré de él con precaución. No se movió. Entonces lo cogí con ambas manos y lo rompí en el punto donde penetraba en mi pecho, a fin de no hacer más grande la herida. Sentía la necesidad de mantener mi cuerpo con el mejor aspecto posible. Cuestión de amor propio, supongo.

Una vez hecho eso, me llevé una mano a la espalda y rocé la punta de la flecha, que asomaba cuatro o cinco centímetros entre dos costillas. Tras vencer ciertas dificultades para agarrarla con precisión, tiré lentamente de la flecha hasta sacármela y junté las dos partes ante mí.

Era más corta de lo que esperaba; la punta era pequeña y acanalada. De hecho, era la saeta de una ballesta, no la flecha de un arco largo; y, además, estaba muy bien hecha. Manufactura enana, seguramente. Saltaba a la vista que los goblins habían conseguido buen armamento durante sus correrías.

Giré y me puse de rodillas; después me incorporé tambaleante y me eché un vistazo a mí mismo. Estaba pringado de barro. La funda de mi espada estaba vacía, habían desaparecido mis botas, la bolsa de vituallas se encontraba abierta y la correa que sostenía el odre aparecía cortada. Sabía que llevaba mi equipo bien sujeto antes de que me mataran, así que mi asesino me había registrado para saquearme. Yo mismo había hecho igual en Neraka, rebuscando en los cadáveres de los goblins después de las batallas. Sólo llevaba conmigo unas cuantas monedas; abrí la bolsa y comprobé que estaba vacía. Bajé la vista al suelo y vi que la comida estaba tirada en el barro. No habían aprovechado nada; todo estaba estropeado. Un poco más lejos se encontraban las botas y el odre, rajados. De la espada no había rastro; sin duda, el asesino se la había llevado consigo para después, probablemente, desecharla. Era un arma barata. Mi asesino era un tipo meticuloso.

Arrojé al suelo los dos trozos de saeta. Me examiné los brazos mientras lo hacía y reparé en que, para ser una persona muerta, no tenía tan mal aspecto. La piel estaba muy pálida. Mis manos y brazos parecían más delgados de lo que recordaba, más huesudos y menos llenos y musculosos. Mis ropas estaban embarradas y empapadas, y el chaleco de cuero, manchado con lo que debía de ser sangre. No debía llevar muerto mucho tiempo, quizá sólo un día o dos.

No podía verme el rostro, por supuesto, y ello me hizo sentirme curiosamente agradecido. Tanteé mi barba corta y mi bigote, y los limpié de barro lo mejor que pude; luego me ajusté el chaleco de cuero y froté el pequeño agujero de la pechera, como si acabara de mancharme con algo de comida. Mis dedos, largos y finos, estaban como témpanos, pero era un frío casi agradable.

Una rama chascó; el sonido procedía de alguna parte en lo alto del risco, por encima de donde me encontraba. Alcé la vista pero no vi rostros; sólo nubes y lluvia.

« Probablemente esos malditos goblins se han olvidado de mí y me han dejado para pasto de alimañas. Quizás estén todavía borrachos ».

No estaría de más que lo comprobara.

Examiné la cara del cerro. La piedra era vieja y estaba erosionada, llena de grietas y raíces de plantas. Merecía la pena intentarlo. Afirmé mis huesudos dedos en una ranura vertical de la roca y encontré un hueco para apoyar el pie; empecé a escalar.

Me llevó tiempo alcanzar la cima, pero no me importó tener que trepar. No sentía el menor dolor. Me pregunté qué harían los goblins cuando me vieses. Estaba impaciente por descubrirlo. No disponía de espada, pero tenía mis manos; y, además, estaba muerto.

A escasos centímetros de la cima, me detuve y escuché. Alguien se movía allá arriba; se oyó un ruido metálico, quizá de una cota de malla. Ahora no tenía miedo a sus armas, pero quería sorprenderlos. Me balanceé ligeramente y

después me aupé, rápido y en silencio, por el borde de la cornisa.

A mis pies, sobre la hierba, alta y húmeda, yacía una pesada figura, con la deforme cabeza enterrada boca abajo en el barro y agua sucia. Una gruesa piel de lobo le cubría los hombros y la espalda. Una mano, gris verdosa, estaba extendida hacia adelante y los dedos clavados en el suelo mojado. Parecía como si el goblin hubiese tropezado en algo mientras se dirigía al borde del escarpado y luego no se hubiera levantado. Nunca lo haría. El dardo de la ballesta sobresalía por la parte de atrás de su grueso cuello. Una nube de hambrientas moscas negras zumbaba a su alrededor.

Ciertamente no había sido él quien había roto la rama que había oído chascar. Entonces vi al que lo había hecho. A unos siete u ocho metros de distancia había un enano que se cubría con una capa de hule. Estaba de espaldas a mí, inclinado sobre otro goblin desplomado; una cota de malla tintineaba debajo de la capa. El enano se incorporó. En una mano, enguantada en cuero, llevaba una brillante hacha de guerra con filo por un lado y el otro terminado en pico. Entonces echó un vistazo en derredor, cauteloso, y se volvió en mi dirección de manera que vi su barba, enmarañada y húmeda, de color castaño, sus cejas espesas y oscuras, sus pequeños ojos negros, que se abrieron desmesuradamente al verme.

—¡Por Reorx! —exclamó. Hizo girar la hacha en su mano derecha al tiempo que levantaba el brazo izquierdo para frenarme si me abalanzaba sobre él. Adoptó una postura agazapada, con los pies colocados de manera que podía moverlos en cualquier dirección. Otro veterano de la guerra.

Levanté las manos, con las palmas hacia afuera y los dedos extendidos, y sacudí la cabeza despacio. El enano no se dio por aludido y continuó preparado para un ataque. Su imagen, con la reluciente hacha aferrada con fuerza, me hizo gracia, pero no sonreí.

Avancé lateralmente a fin de apartarme de la cornisa; la inestabilidad que sentía al principio había desaparecido por completo. El enano giró sobre sí mismo para no perderme de vista.

Moví los labios para decirle algo, pero no emití ningún sonido. Me costó un momento entender el motivo; entonces aspiré aire para llenarme los pulmones. Parte de mi caja torácica se expandió, pero se produjo un desagradable sonido de succión en el esternón y tuve la sensación de que el lado izquierdo de mi pecho no se estaba llenando. Alcé la mano derecha con rapidez y la metí por el cuello de la camisa para cubrir el agujero de la herida. Lo intenté de nuevo.

—No temas —articulé... y me sobresaltó el sonido de mi propia voz. Era ronca y afónica, como si hubiese tragado ácido. Aspiré una nueva bocanada de aire—. No te haré daño —finalicé con una boqueada.

El enano tragó saliva, sin apartar sus ojos de mí ni un solo instante. Un músculo de la mejilla izquierda le daba tirones.

—Aprecio tan buena disposición —masculló—. Lo tendré en cuenta.

Sentía curiosidad por los goblins muertos. Me encogí de hombros en un gesto despreocupado antes de arrodillarme a examinar uno de los cuerpos cubierto de moscas. Como había sospechado, la cabeza del dardo que sobresalía del cuello del goblin era igual a la que me había herido a mí. Saqué la mano derecha de dentro de la camisa y la alargué para examinar la punta.

Retiré la mano con presteza. Un hilo de brea negra colgaba de la cabeza del dardo e impregnaba la ranura. Había visto esa sustancia antes, en Neraka. Cera negra, la había llamado mi comandante. Un veneno mortal. Un puñado de humanos de Neraka lo había utilizado en sus armas, con lo que era su idea de darnos una buena bienvenida. Sólo los dioses saben de dónde lo sacaron; los propios nerakinos no sabían cómo manejarlo. Encontrábamos sus cadáveres de tanto en tanto, agazapados en lugares de emboscada, con pequeñas manchas de cera negra en sus labios o dedos, en donde se habían tocado por descuido.

Recordé la sensación de vacío extendiéndose dentro de mí mientras moría, con el dardo hincado en mi pecho. Había sido el primero en sentir el beso del veneno esa noche. Supuse que mis primos lo habían sentido antes incluso que yo. Mal asunto que no se me ocurriera la idea de examinar sus cuerpos.

Me incliné para seguir estudiando al goblin, que probablemente me había sobrepasado en casi cincuenta kilos de peso en vida. Había sido un bruto corpulento; sus ropas y armadura estaban tan mugrientas como su piel. El filo de una daga había cortado su cinturón y su bolsa de dinero, ahora vacía, así como también su armadura de cuero y sus botas. También le faltaba la oreja izquierda. Por las apariencias, había sido cortada limpiamente, por debajo del borde del casco.

Alcé la vista hacia el enano, que no se había movido, y recordé llevarme la mano al pecho para taponar el agujero antes de hablar.

—¿Y aquél? —inquirí roncamente, señalando con un dedo huesudo al goblin que estaba muerto detrás de él. Mi voz sonaba como si fuera un animal aprendiendo a hablar.

El enano aflojó un poco la tensión, pero sólo un pelo. Se apartó del cuerpo para que lo viera bien. Este goblin yacía boca arriba, con un brazo extendido junto a un barril de vino vacío que tenía a su lado, sobre la hierba. El proyectil había atravesado su armadura de cuero a la altura del abdomen. Una segunda herida, ahora negra azulada, resultaba visible en su garganta. Le faltaba también la oreja izquierda, que había sido cortada limpiamente. Ni siquiera se había incorporado; había muerto sentado y después se desplomó de espaldas.

Alcé las manos y me tanteé las orejas. Ambas seguían intactas y en su sitio.

—Tal vez podrías darme una idea de lo que buscas. —La voz del enano era firme y baja; el brazo que enarbolaba el hacha continuaba dispuesto a golpear o a arrojar.

Escudriñé la cima del cerro, en la que crecían algunos árboles. No había

nadie más por los alrededores.

—Busco a alguien —repuse por último.

Esto no lo respondía todo, pero el enano lo pasó de momento por alto.

—¿Tienes nombre? —preguntó.

—Evredd —respondí; la palabra sonó como un refunfuño. Me tapé la herida y lo repetí, con más claridad.

Los negros ojos del enano fueron a mi pecho.

—Estás muerto, ¿verdad, chico? —inquirió.

Encontré difícil responder a eso. Era algo a lo que no quería enfrentarme.

—Apuesto a que eres un espíritu. Llevas muerto poco tiempo, eso puedo asegurarlo. He visto muchos tipos muertos antes, pero ninguno que caminara, como tú. Sí, tienes que ser un espíritu que has vuelto a la vida para vengarte de tu asesino. ¿Me equivoco?

Para ser enano, era muy hablador.

—¿Quién hizo esto? —pregunté, señalando los cuerpos.

El enano siguió mirándome un poco más y después echó un vistazo en derredor, pero sin quitarme ojo. El cielo empezaba a oscurecer con la llegada del ocaso, pero había dejado de llover. Unos sesenta metros detrás del enano, en una línea de árboles, había una afloración rocosa irregular, cubierta con enredaderas. Una cárcava, o vereda abierta por la erosión, salía de la espesura y después cruzaba la cima del cerro en dirección sur.

—No lo sé —repuso el enano, que volvió a mirarme y luego a los goblins muertos—. Yo mismo acababa de llegar aquí. —El agua de lluvia resbalaba por el filo del hacha.

Me incorporé. El enano retrocedió, con semblante tenso, y alzó el brazo que sostenía el hacha.

—No —dije, pero la palabra sonó como un jadeo. Me llené la mano al pecho —. No —repetí—. ¿Cuánto hace...? ¿Qué día es hoy?

—Dieciséis —contestó mientras estrechaba de nuevo los ojos.

Entonces, llevaba muerto un día. Los goblins habían atacado el doce, y salí tras ellos al día siguiente.

—¿Hay más... gente contigo? —Resultaba difícil pronunciar todas las palabras de un solo tirón. Iba a tener que practicar mucho.

—Sólo yo —repuso el enano, vacilante. Esbozó una sonrisa nerviosa y cambió de posición la mano en el mango del hacha—. No fui yo quien te mandó al mundo de los muertos, y, si eres un espíritu vengativo, creo que no me atacarás. Eso lo reservarás para tu asesino.

No sentía necesidad de molestar al enano si él no me molestaba a mí, así que supuse que había dado en el clavo. Registré el suelo para dar con cualquier clase de pista que identificara a mi asesino. El enano se mantuvo alejado, pero no tardó mucho en recobrar suficiente valor para seguir examinando al goblin tirado boca

arriba, buscando cosas de valor y sin quitarme ojo al mismo tiempo.

La fuerte lluvia había destruido prácticamente todas las pistas que hubiera podido haber: huellas, hierba pisada, todo. A pesar de ello, todavía era capaz de adivinar unas cuantas cosas acerca de mi asesino. Había utilizado ballesta, casi con certeza una de fabricación enana. Sabía envenenar los proyectiles. Era muy probable que pudiera escalar riscos; tenía que haber trepado por éste, después de acabar conmigo. Luego disparó a los goblins, que estaban borrachos y cansados, pero la ausencia de otros cadáveres indicaba que el asesino se había movido con considerable rapidez, para derribarlos antes de que pudieran lanzar un grito de alarma, ni siquiera el uno al otro.

Pero, si había matado a los goblins, ¿por qué matarme también a mí? Debía de saber que iba tras ellos. Y, si veía tan bien como para acertarme con tanta precisión, no podía haberme confundido con una carroña goblin. Reflexioné un minuto, y después me asomé a la cornisa. Todavía se percibía la impresión de la figura de un hombre en el embarrado suelo, allá abajo, donde había caído. Registré el campo hasta el horizonte. Unos quince metros hacia el oeste, apartado de la base del risco donde me habían disparado, había un pequeño árbol muerto, con un zarzal escaramujo rodeando la parte inferior del tronco. Yo había estado de espaldas a la pared rocosa, mirando hacia el oeste. El asesino podía haber estado escondido allá fuera, en la oscuridad, cuando me atisbó.

Sí, mi asesino era un tirador condenadamente bueno.

Y tal vez también podía ver en la oscuridad.

—¿Sabes? —empezó el enano con tono coloquial—, los goblins no van en parejas. Tiene que haber otros muertos, por aquí, en alguna parte. En caso contrario, estaríamos con el cuerpo cosido a flechazos a estas alturas. Quizá sería mejor que echáramos un vistazo.

El enano se incorporó. Casi había olvidado que estaba allí. Los enanos, recordé, veían en la oscuridad cualquier fuente de calor. Como los elfos y algunos hechiceros. Pero los hechiceros no podían utilizar ballestas y los elfos que conocí en la guerra sentían una repulsión general hacia esa clase de arma. A los enanos, por el contrario, les gustaba.

—Eh —dijo el enano mientras agitaba la mano libre, la que no sostenía firmemente el mango del hacha—. ¿Es que también estás sordo, además de muerto?

Sacudí la cabeza, pues no quería hablar mucho.

—¿Habrás más? —pronuncié de un tirón, en tanto señalaba el cuerpo del goblin más cercano.

El enano echó un vistazo a la línea de árboles.

—Allí hay un fortín —indicó—. Uno viejo. Apuesto a que los encontramos en él.

Asentí con la cabeza al ver ahora que el «afloramiento rocoso» era en

realidad parte de una muralla desmoronada. Los distantes gritos de otros goblins, que había escuchado la noche anterior, debían de proceder allí.

El enano me echó un último vistazo escrutador.

—Me llamo Orun —se presentó. No tendió su mano para cerrarla sobre mi antebrazo, como tenían por costumbre hacer la mayoría de los enanos que había conocido en esta región.

En respuesta, hice una leve inclinación de cabeza y después señalé en dirección al fortín. Dejamos los cadáveres y echamos a andar. Orun se aseguró de que en todo momento hubiera entre nosotros una distancia mínima de seis o siete metros. Era precavido, pero parecía haberse acostumbrado a mi presencia. Una de dos: o no tenía nada en contra de un cadáver andante, o estaba completamente loco.

Claro que yo estaba muerto, y no era quién para criticar.

El fortín en la arboleda era probablemente una reliquia de los tiempos anteriores al Cataclismo. Burdas murallas de piedra, portón doble de madera y, a la izquierda, los cimientos de piedra de una torre; en conjunto, sólo eran ruinas desmoronadas.

En el acceso nos topamos con un tercer goblin, tirado boca abajo. El penacho de otro dardo de ballesta le sobresalía por la coraza de cuero; había caído sobre el proyectil y había roto el astil por la parte delantera. Unas moscas zumbadoras volaban sobre él y muchas se alimentaban en la herida donde antes estaba su oreja izquierda. Tenía los brazos pillados bajo el cuerpo ya que, al parecer, había agarrado la saeta, como había hecho yo. Su espada seguía enfundada en la vaina, a su costado. Otro cliente cogido por sorpresa.

A través de los portones abiertos pudimos ver el patio central, cubierto de maleza, que, si no era demasiado grande de nuevo, ahora lo era aún menos con los arbustos y árboles que crecían profusamente en su interior. Al otro lado del patio estaba el edificio de barracones, con las paredes de piedra y parte de la techumbre sosteniéndose todavía en pie. A la derecha, contra la muralla, había un edificio bajo que debían de haber sido los establos. La torre de la izquierda era en su mayor parte escombros. Reinaba el silencio, salvo por el zumbido de las moscas.

Orun me miró de soslayo y después se agachó con cautela sobre el desplomado goblin. Sus gruesos dedos cogieron el rostro rígido y tocaron la mejilla grisácea; luego levantó uno de los párpados dejando a la vista un globo ocular blanco.

—Muerto hace un día, más o menos —masculló. Me observó con los ojos entrecerrados y a continuación recorrió con la mirada el patio del fortín—. Creo que estamos solos —añadió con tono seguro.

Moví la cabeza arriba y abajo y crucé el acceso, con el enano pisándome los talones.

El patio estaba cubierto con hierba alta y arbustos espinosos. Los árboles crecían junto a la muralla de piedra. Alguien, probablemente los goblins, había cubierto en parte el deteriorado techo de los barracones con pieles de animales. Se habían abierto caminos en la alta hierba recientemente, conectando la entrada principal con los barracones. Los establos conservaban su techumbre original y parecían estar en mejores condiciones de habitar que el resto de los edificios. Los goblins podían estar a salvo y a resguardo en su interior, y disparar por las aspilleras a cualquier intruso.

Intrusos como nosotros.

Una ardilla corrió ligera sobre el techo del establo, se detuvo al vernos y nos observó con curiosidad. Huyó cuando la contemplé con fijeza largo tiempo.

—Te apuesto una pieza de acero a que los demás están ahí —dijo Orun mientras señalaba con el hacha los barracones—. Quizás está también tu asesino, sea quien sea. Más vale que echemos un vistazo.

Nos acercamos; Orun, generosamente, me dejó ir delante. Unas formas oscuras yacían en el suelo, al otro lado de la puerta abierta de los barracones. El enano se detuvo a unos seis metros del peldaño de piedra, con el hacha preparada, observándonos tanto a mí como al vano. No era ningún tonto.

Vacilé sólo un instante antes de subir el escalón y pasar al interior. El zumbido de insectos saturó mis oídos en medio de la oscuridad. Una débil claridad penetraba por la puerta y a través de los agujeros del improvisado techo. El agua goteaba sin cesar de lo alto y salpicaba la habitación.

Mientras miraba a mi alrededor, me alegré de estar muerto. La visión de cadáveres hinchados no me afectaba ya como lo había hecho en las sangrientas llanuras de Neraka. Ahora era un mero escenario, sombras que no guardaban terror alguno. Nadie gritaba, nadie chillaba, nada dolía. Dondequiera que mirara había cuerpos y por todas partes estaban presentes las moscas negras y cosas que se arrastraban en un mórbido festín, alfombrando los cadáveres descoloridos y retorcidos de los goblins.

Conté ocho cuerpos. Cinco de ellos aferrándose las gargantas o los rostros. El resto contemplaba el techo con ojos desorbitados y bocas abiertas de par en par, los brazos rígidos rodeándose el pecho o abiertos como si trataran de asir algo. Resultaba difícil adivinar qué habían estado haciendo, pero era evidente que ninguno intentó coger su arma. Todas las espadas estaban envainadas o apoyadas contra la pared.

Examiné la habitación. Había una puerta a la derecha que debía de conducir a los establos. La madera estaba gris de vieja que era y parecía estar a punto de caerse en pedazos. Se abrió con facilidad.

Al otro lado estaba muy oscuro. Caminé con cuidado para evitar tropezar con

cuerpos que podían encontrarse en mi camino. No topé con ninguno hasta que llegué a los establos propiamente dichos.

Aparentemente, los goblins habían limpiado las cuadras y habían hecho de ellas un acogedor hogar. La luz gris se colaba a través de pequeños agujeros practicados en el techo y las paredes exteriores. Las interiores se habían podrido hacía mucho tiempo, pero los goblins habían limpiado los desechos con gran eficiencia. Un círculo de piedras, lleno de ceniza, servía como asiento junto al hoyo de la lumbre. Una colección ingente de harapos medio podridos cubría un montón de hojas secas, haciendo las veces de lecho. Era suficiente, si no acogedor.

El cuerpo tendido cerca del hoyo de la lumbre era el único ocupante de la habitación. Me arrodillé a su lado y lo miré detenidamente. En vida, debía de haber sido el goblin más corpulento que uno pueda imaginar; me aventajaba en altura una cabeza y media. Incluso en la gris penumbra pude ver un enorme boquete carbonizado en la pechera de su coraza de cuero. Sólo en otra ocasión había visto algo semejante, cuando un rayo se descargó durante una tormenta y mató a uno de los caballos de mi tío mientras pastaba.

Alcé la vista. El techo del establo era sólido.

Siguiendo un impulso, me incorporé y fui hacia la cama, donde revolví los harapos hasta encontrar una tira larga de tela. Me la até alrededor del pecho, de manera que sujetaba el puñado de trapos con el que había tapado el agujero de la herida. Probé a articular algunas palabras y descubrí que podía hablar de un modo casi normal, si bien mi voz sonaba como si tuviera rocas en la garganta, en lugar de cuerdas vocales.

—Me pareció oírte hablar contigo mismo —rezongó Orun cuando salí al exterior. Se había acercado a la puerta del barracón, pero el hedor, evidentemente, era más de lo que podía soportar, ya que tuvo tapada la nariz hasta encontrarnos lejos—. ¿Alguna idea de lo que les pasó a nuestros amigos goblins? —inquirió, señalando con el hacha la puerta.

Sacudí la cabeza. El enano frunció el entrecejo y miró en derredor.

—¿Quién se los cargó? —se preguntó, absorto, y luego se volvió hacia mí—. ¿Hay alguien más aparte de ellos?

Una vez más, sacudí la cabeza en un gesto de negación.

—¿Ni rastro de un enano? ¿Uno muy pálido, realmente feo?

De nuevo, moví la cabeza a la derecha e izquierda, pero esta vez con más lentitud.

—¿Por qué? —quise saber.

Orun miró a otro lado y masculló algo que no entendí.

—¿Cebiar? —repetí.

—No. Theiwar —respondió con gesto de asco. Soltó el hacha en el suelo para frotarse las manos—. Maldita sea su alma.

El nombre me sonaba familiar. Estaba relacionado con una casta de enanos, recordé.

—¿Theiwars?

—Chacales, todos ellos —repuso con voz ronca—. Dicen ser verdaderos enanos, pero no existe relación alguna, que yo sepa. Algunos utilizan magia, los peores de ellos. Nunca le des la espalda a un theiwar a menos que ya estés muerto, y, aun entonces, más vale que lo pienses dos veces. Nacidos para hacer mal, todos ellos.

¿Un enano utilizando magia? Nunca había oído algo semejante, pero, ahora que había muerto, había sobrepasado un punto en el que casi todo puede ser posible.

—¿Qué clase de magia?—inquirí.

—Oh, hechizos de cualquier tipo. Algunos para matar, por ejemplo el del gas venenoso. Ése podría haber sido utilizado con los muchachos de ahí dentro. —Señaló el barracón—. Quién sabe todo lo que son capaces de hacer.

—¿Persigues a un theiwar?

Orun sonrió con timidez.

—Tiene gracia que lo preguntes. Estoy en ello. —Alzó los ojos hacia mí—. Soy cazador de recompensas. Vengo de Kayolin. ¿Lo conoces? Bonito sitio.

Kayolin era un respetable reino enano de montaña, unos ciento treinta kilómetros al suroeste de Arroyo Tortuoso.

—¿Por qué cazar a un theiwar?

—Por traición a Kayolin. —Orun se atusó la barba húmeda—. Se suponía que debía actuar como espía nuestro entre los draconianos y los goblins, y quitar alguno de en medio cuando se le presentara la ocasión. Algunos theiwars te ayudan por amor al tacto de las piezas de acero en sus manos; otros lo hacen por el mero gusto de matar. Los utilizamos. —Suspiró—. Teníamos que hacerlo. La guerra es la guerra.

—¿Qué ocurrió?

Orun resopló con desdén.

—A ése le gustaba demasiado la parte de matar. Y quería más para sí mismo. Se vendió al Ejército Azul y trabajó de espía para ellos. Nos dimos cuenta y fuimos tras él, pero escapó con una banda de goblins. Apuesto que eran éstos. La misma clase de armadura, las mismas marcas tribales... Todo coincide. —Se frotó los párpados—. Ignoro si fue él mismo quien hizo esto a su propia banda, o el por qué. Pero es genuinamente perverso, feza de la Reina Oscura, eso puedes tenerlo por seguro. Es muy bueno con las ilusiones, cambiando de aspecto y todo lo demás. —Bajó la vista a su hacha, que tenía recostada contra la pierna; la levantó y la sopesó—. Estoy deseando reunirme con él, ya lo creo que sí.

—¿Cómo se llama?

—¿El theiwar? Garith. No tiene apellido.

Yo ardía de curiosidad. ¿Sería el mismo Garith del que había oído hablar a los goblins? Estaba a punto de hacer más preguntas cuando todo sufrió un cambio radical en mi cabeza.

El sol acababa de ponerse. La claridad había menguado perceptiblemente en los últimos segundos, pero yo sabía, en otro plano más interno, que el sol había desaparecido. Algo había despertado dentro de mí. Era como ver y oír después de nacer ciego y sordo. Era como si ahora lo supiera todo; todo lo que realmente tenía importancia.

—Evredd... —llamó Orun al verme salir del fortín—. ¡Evredd! —oí que gritaba con más fuerza y después echaba a correr tras de mí con sonoras zancadas.

Fui al borde del risco desde donde se divisaba el punto en el que me habían matado. Allí, más allá de los cuerpos de los dos goblins, me detuve y escudriñé el paisaje hacia el suroeste. Mis miembros habían recuperado fuerza, sentía hormigueo en las manos y mis dedos se abrían y cerraban sin control.

De pronto lo entendí: tenía que dirigirme al suroeste, tan rápido como me fuera posible.

—Maldita sea, muchacho, te mueves muy deprisa para estar muerto —jadeó Orun mientras se paraba tras de mí, a unos seis metros—. Te traes algo entre manos, ¿verdad? He oído decir que los fantasmas vengativos pueden oler a su asesino en la oscuridad. Hueles a tu chico ahí fuera, ¿eh?

Me volví y miré al enano. Otro par de manos podía ser útil en lo que se acercaba.

—Sígueme —dije y me encaminé por la senda que cruzaba la cima del cerro. Avancé a zancadas lentas para que Orun pudiera mantener el paso, pero aun así el enano tuvo que ir al trote. Me acribillé a preguntas, que yo pasé por alto, mientras me seguía; después, frustrado, empezó a proferir maldiciones y palabras malsonantes.

Delante, a kilómetros de distancia en la creciente oscuridad, sentía una presencia moviéndose. No era realmente un olor, y mis sentidos, aguzados al caer la noche, no me descubrían quién era el asesino, pero sabía dónde estaba; con exactitud.

Si me daba prisa, quizás él y yo podríamos mantener una pequeña charla.

Caminamos toda la noche por terrenos llanos ligeramente boscosos y a través de arroyos someros. Orun mantuvo el paso, a mi lado, resoplando como un caballo, con su cota de malla tintineando al ritmo de las zancadas.

—¿No estás cansado aún? —preguntó en una ocasión, pero no respondí.

El asesino nos sacaba una gran ventaja.

—Yo lo agunto bien —comentó Orun un rato más tarde—. Hice esto durante

la guerra. Una vez marchamos durante dos días sin parar. —Se quedó sin aliento un momento—. Justo a continuación, mis hermanos y yo combatimos con un ejército de goblins y los barrimos en una hora. Los hicimos retroceder y los arrojamos por un cañón. Puedes apostar a que fue un día estupendo.

Me mantuve en silencio. Estaba esforzándome por ver qué más podía detectar acerca de mi asesino. Dejé mi mente abierta a todo.

—Como te dije, soy de Kayolin —continuó Orun, entre jadeo y jadeo—. Conoces Kayolin..., en las Garnet. Un sitio bonito. ¿Te lo he dicho ya? Salí para ver mundo y luchar en la guerra, y desde entonces ando de aquí para allí. ¿Has estado en Kayolin? Tienes que verlo alguna vez. —Oí a Orun soltarse de un zarzal que se había enganchado a su capa. Su armadura tintineaba como una música de fondo—. Es precioso en primavera.

El enano guardó silencio un rato antes de preguntarme en un tono diferente:

—¿Hueles a tu asesino?

No respondí.

—Soy un fisgón, lo sé —manifestó con un suspiro mientras trotaba—. Es lo que siempre decían en Kayolin. Demasiado fisgón. Yo...

—Sí —repose, sin apartar la vista de los campos oscuros que había delante.

—Oh. Eh... bien, hay gente más fisgona que yo —manifestó Orun, ahora con actitud altanera.

—Sí —repetí, en tono más alto y preciso—. Puedo ver a mi asesino.

—Oh —gruñó Orun, que añadió—: Tenía entendido que los olías.

Después de aquello viajamos en silencio varias horas.

A medida que el horizonte oriental se volvía más luminoso, algo empezó a escabullirse de mi cabeza. La claridad de mente que sentía antes disminuyó de manera considerable, y la percepción del paradero de mi asesino se tornó evasiva, borrosa.

—¿Empiezas a cansarte? —inquirió Orun, poco antes del alba. El cielo seguía encapotado, pero no había vuelto a llover.

No contesté.

—¿Estás cansado? —repetió Orun un rato más tarde. Me giré y vi que el sudor le corría por el rostro y la barba.

—No —respondí sin detenerme. Podía continuar a este paso eternamente, pero había advertido que mi presa iba más despacio. ¿Se había fatigado ya? Muy pronto lamentaría cada pausa hecha para recobrar el aliento—. ¿Y tú? —dije, preguntándome si Orun sería capaz de resistirlo.

—Todavía no he muerto —contestó. Entonces carraspeó y guardó silencio varios minutos, abochornado. Durante la noche había acertado a un par de metros la distancia que nos separaba y no la volvió a incrementar. Parecía que se estaba acostumbrando a mí.

El asesino al que seguía el rastro continuó reduciendo la marcha a medida

que el nublado amanecer se aproximaba. Cuando el sol salió por detrás de las densas nubes matinales, mi percepción interior del paradero del asesino se desvaneció en momentos. Parte de mi energía sobrenatural pareció disiparse también, pero todavía me sentía capaz de seguir caminando a un paso sostenido. Quizá la pérdida de energía al amanecer era parte de ser un espíritu vengador. Quizá sacaba mi sustento de la oscuridad. Puesto que ésta era mi primera mañana como un hombre muerto, tal vez mi ignorancia me sería disculpada.

Para entonces ya sabía hacia dónde se dirigía el asesino. Conocía el camino a Arroyo Tortuoso con los ojos vendados, pues había salido de caza por estas planicies hacia pocos meses. Era casi mediodía cuando cruzamos un camino de carros abandonado y entramos en un pequeño bosque, detrás del cual se encontraban las ruinas de una granja del pre-Cataclismo. De la estructura sólo quedaban los cimientos de piedra, y unos árboles jóvenes extendían sus ramas donde en otros tiempos había estado la planta baja. Un regato corría entre los árboles.

—¡Puff! —resopló Orun, que se había quedado rezagado—. Párate un momento. Haz un alto y déjame descansar.

Me detuve, aunque sentía una premiosa necesidad de continuar y alcanzar a mi asesino. Levanté una mano delgada y señalé el bosquecillo y las ruinas.

—Descansa —grazné.

Orun dio las gracias con un gruñido y se dirigió hacia unos árboles para aliviar sus necesidades en privado. Después fue a la orilla del regato y, con cuidado, recostó su reluciente hacha contra un tronco caído. Tenía el rostro y las ropas cubiertos de polo y churretones de su propio sudor. Dejó el casco a un lado, se arrodilló junto al regato, se agachó y se echó agua por la cabeza. Tras lavarse y beber un buen trago, se sentó en la ribera mientras se frotaba las rodillas.

Durante un buen rato, sólo se escuchó la voz del regato. Pensé en los goblins muertos, en mis primos y en mí mismo. Me pregunté quién nos había matado a todos y por qué.

Entonces estudié a Orun. Se había recostado en el tronco caído contra el que descansaba su preciosa hacha, con las piernas extendidas. Su barba oscura estaba tan enredada y húmeda que parecía una bayeta.

—Háblame de los theiwars —pedí.

—¿Qué quieres saber? —Orun estaba sorprendido.

—Todo.

—¿No sabes nada de ellos?

—No.

—Mmmm. —Orun bajó la vista y se mordisqueó el labio—. Los theiwars son una especie de enanos, pero anormales. Son diferentes de los verdaderos enanos. Más feos, por supuesto. Ya te conté que utilizan hechizos. Sin embargo, son más débiles. La luz del sol los pone enfermos; no la soportan. Tienen que ocultarse

durante las horas diurnas, o, en caso contrario, involucrarse en ropas negras. Es a causa de la endogamia. —Hizo una pausa y se quedó pensativo.

» Su fealdad no es sólo exterior. También son cobardes, ladrones, asesinos. Ésos son sus rasgos positivos. —Esbozó una breve sonrisa—. Son como el garbanzo negro de la familia. Como ese primo lejano al que detestas, porque es un tramposo que miente, roba y piensa que el mundo entero le pertenece. Aun así, sigue siendo de la familia, siempre y cuando cumpla las normas de la casa. ¿Me sigues?

Asentí con un cabeceo y pensé en los goblins.

—¿Coleccionan trofeos? —inquirí.

—Desde luego. Les gustan las orejas; son más fáciles de cortar que los dedos. Las guardan y se las muestran a sus amigos. Las usan como prueba de las muertes cometidas. Tal vez se las comen después. No lo sé y tampoco quiero saberlo. —Se atusó la enredada barba.

—¿Los theiwars utilizan ballestas? —Era una pregunta que debía haber formulado antes.

—Claro. —Orun se puso de pie y se sacudió el polvo de los pantalones y la capa—. Disponen de todo tipo de armas raras, pero les gustan las ballestas.

No resultaba descabellado suponer que mi asesino había sido un theiwar. Sabía que un enano veía bastante bien en la oscuridad. El theiwar pudo haber trepado por el risco después de matarme, acabar con los centinelas goblins y después con el resto de ellos. Pero ¿por qué iba a querer matarme un theiwar? ¿Acaso él o los goblins habían asesinado a mis primos? ¿Por qué iba a matar a sus propios compinches? No tenía sentido.

Orun pateó con fuerza el suelo y después observó el bosquecillo y las ruinas. Volvió la vista hacia su hacha, apoyada todavía en el tronco; luego se encogió de hombros y escupió.

—Nunca pensé que vería a un espíritu vengador, o que hablaría con él —manifestó mientras se abrochaba la capa—. Un viejo pariente mío, un tío abuelo, fue otro como tú, un muerto que vuelve a la vida para vengarse de su asesino. Un tipo de Lemish lo mató en el campo y le robó el dinero. Broan regresó, todavía ensangrentado, y pidió ayuda. Dos familiares lo acompañaron y encontraron al lemishita a mitad de camino de vuelta a su casa. Mis parientes regresaron, pero Broan no. Los que lo acompañaron nunca hablaron mucho sobre ello. Eso pasó hace cien o ciento diez años. —Se frotó la garganta.

» He visto a otros que volvieron a la vida, pero no como tú. Eran muertos vivientes, zombis sin voluntad. A los magos Túnicas Negras les gustan. Uno de ellos pasó por Kayolin, una vez. No le dejamos que se parara. Llevaba un montón de ayudantes muertos. —El semblante de Orun se contrajo en una mueca de asco al recordarlo—. Hechiceros —masculló.

—¿Conocías al tal Garith? —pregunté.

Un tic nervioso tensó un músculo de la mejilla izquierda de Orun y le estiró la comisura de la boca. Volvió la mirada hacia el camino mientras recordaba.

—Era su contacto con Kayolin, una especie de encargado de mantenerlo bajo vigilancia. Se supone que debí saber lo que se traía entre manos cuando empezó a matar a los nuestros, pero me dio el pego. —El enano gruñó y se arrebujó más en la capa—. Casi me cazó a mí también, pero tuve suerte. Tuve suerte, maldita sea.

Lo contemplé con fijeza unos instantes.

—Deseas atraparlo —dije.

Orun guardó silencio un poco más; después, lentamente, se dio media vuelta y me sonrió de un modo raro, casi retraído.

—Por supuesto —repuso. Sus ojos eran meras rendijas, como las saeteras de un castillo—. Lo deseo mucho. Mató a varios buenos amigos míos. Fue culpa mía. Sé cómo te sientes. Ansias echarle las zarpas a su escuálido cuello y apretar hasta matarlo, hacerle sentirse cómo te sientes tú. ¿A que sí?

No respondí. Orun ensanchó la sonrisa.

—Bueno, si se te escabulle, yo lo remataré por ti. Estoy deseando que llegue el momento. Nuestro chico ha estado muy ocupado, matando todo cuanto encontraba en su camino. La da igual uno que otro como al resto de los suyos. Se considera un chico malo, al que hay que temer, pero no le va a gustar ni pizca vernos juntos a los dos.

—¿Por qué no tienes miedo de mí? —inquirí.

El enano me observó en silencio y después resopló como si le hubiesen contado un mal chiste.

—¿Quieres que me asuste de alguien como tú, chico muerto? Te diré una cosa. En la guerra, a mi comandante lo mató un draconiano, del tipo sivak. Son esos grandes, plateados, que cambian de forma cuando matan a alguien, de manera que adoptan la apariencia de quien acaban de asesinar. ¿Los conoces?

Sí, recordaba muy bien a los sivaks, de la guerra, y así lo dije.

—Vé cómo lo mataba —continuó Orun—, pero no estaba en situación de hacer nada al respecto entonces y allí. Tuve que viajar con él durante dos días, fingiendo que era mi amigo y sabiendo todo el tiempo que nos estaba engañando y nos conducía a mis compañeros y a mí a una emboscada. Nos llegó la ayuda de refuerzos a tiempo, por fortuna, y cortamos a ese chico reptil en pedacitos pequeños para alimento de gullys. Tú serás un muerto, pero después de aquel sivak no me impresiona casi nada. —Dio una palmada y fue a recoger su hacha.

» Además, como ya he dicho, confío en que me conducirás directamente a Garith. Será casi como una reunión familiar. —Alzó el arma y recorrió con la mirada el filo de la hoja—. Me muero por volver a ver a ese muchacho. Como, probablemente le ocurrirá a él... después de verme.

Por fin llegó el atardecer. Nos detuvimos un rato para que Orun descansara y después reanudamos la marcha cuando el sol se ponía. Le hablé a Orun de mis primos, mi tío, mi vida y mi muerte. Caminó en silencio mientras escuchaba, haciendo sólo alguna que otra pregunta. Hablé y hablé hasta que no me quedó nada por contar.

Al hacerse de noche, mi percepción de la localización de mi asesino surgió en mi conciencia con tanta firmeza como si nunca se hubiera disipado. Aún se dirigía hacia Arroyo Tortuoso, pero ahora nos encontrábamos mucho más cerca de él. Su velocidad había aumentado con la llegada de la noche, igual que ocurría con la mía... pero yo avanzaba más deprisa, a pesar de ir con Orun.

Al mediodía siguiente, estábamos a unas dos horas de Arroyo Tortuoso. Allí hicimos un alto en una granja abandonada, una que sabía que había pertenecido a una pareja que se había mudado durante la guerra. La casa, hecha con piedra y troncos, estaba cubierta de plantas trepadoras y asegurada con tablones, pero parecía encontrarse en buen estado. Sólo nos llevó unos segundos forzar la entrada. Orun durmió hasta media tarde. Yo sabía que podíamos permitirnos un descanso y quería que Orun estuviera en plena forma cuando nos encontráramos con el theiwar. Mi compañero se despertó «dispuesto a entrar en materia».

—Ojalá supiera qué hechizos ha reunido últimamente —repetió Orun por tercera vez en la tarde, al cabo de unas horas. La piedra afiladora que sostenía en la mano hacía un sonido chirriante al rozar el filo del hacha con ella—. Garith puede hacerse invisible, hipnotizar con colores a la gente y hacer que brille luz. Y crear un gas venenoso, que fue el que utilizó probablemente con los goblins. Pero sabía muchos más conjuros que éstos. —Alzó el hacha y la examinó a la tenue luz que se colaba por las grietas de las contraventanas rotas—. Maldita sea, ¡qué ganas tengo de que nos veamos las caras!

Orun registró la casa mientras yo esperaba a que mi percepción sobrenatural reapareciera. El enano encontró una capa de tela gris, comida por la polilla, y la echó en mi regazo, así como un par de pantalones manchados y una camisa. Para ir por la ciudad necesitaba otra ropa que no fuera la que llevaba puesta. No convenía que nadie, incluido el theiwar, supiera quién era, al menos al principio. Por el modo en que Orun arrugaba su enorme nariz, deduje que las prendas apestaban a moho y humedad. Probablemente mi olor era aún peor, pero no podía afirmarlo, ya que no respiraba.

Fuera oscurecía de manera paulatina y, de pronto, la energía fluyó por mi interior como un río helado. Cuando me giré en dirección a la villa, pude sentir que mi asesino estaba a muy poca distancia de mí.

—Lo veo —declaré.

Orun asintió en silencio y se envolvió los pies con unas tiras de tela seca.

—Como te dije —comentó mientras se calzaba las botas—, los theiwars odian la luz del sol. Sin duda se ha quedado en una posada o en una bodega,

escondiéndose del brillante astro y haciendo acopio de coraje mientras llegaba la noche. ¡Reorx todopoderoso, cómo odian el sol!

Partimos al caer la noche. Orun había agregado una capa extra de tela mohosa debajo de su armadura, a fin de añadir una pequeña protección contra las dagas que, según él, Garith era tan aficionado a usar. Sin embargo, sabía que no detendría el impacto de un dardo de ballesta. Además, yo lo había puesto al corriente de la sustancia venenosa que había visto impregnada en las puntas. La cera negra era difícil de utilizar, de manera que no era probable que Garith tuviera los dardos envenenados ya. A pesar de todo, no podíamos dar nada por hecho. Había acabado con una docena de goblins en una tarde, y lo más seguro es que ni siquiera hubiese sudado por el esfuerzo.

La noche era clara. Las estrellas habían salido temprano. Un viento cálido soplaba de cara, procedente de la villa que teníamos delante. Recordé la última noche como ésta que había vivido; qué tranquila había sido, lo bien que había ido todo, hasta el final.

—En cierto modo, te echaré de menos —manifestó Orun. Llevaba el hacha sujeta al cinto y caminaba con una zancada rápida y larga, pareja a la mía.

—¿Y eso? —El comentario me había cogido por sorpresa.

—Bueno, sabes que lo único por lo que estás aquí es para encontrar a tu asesino. Cuando todo haya acabado, tú también desaparecerás.

Lo había sospechado, pero no me importaba. Morir por segunda vez era un bajo precio a pagar con tal de llevarme por delante a mi asesino.

—Avisame cuando lo veas —añadió Orun.

Quise echarme a reír, pero no estaba de humor.

—Lo sabrás —dije.

Al entrar en las anchas calles de tierra de Arroyo Tortuoso, varias personas pasaron a nuestro lado y me dirigieron miradas de asco por las condiciones de mis ropas y, probablemente, mi olor. Ninguno echó siquiera un vistazo a Orun. Los comerciantes enanos acudían desde Kayolin de manera continua.

Pasamos ante hileras de familias sentadas a los lados de la calle, en tanto que los niños se perseguían o peleaban. Había casi tanta gente que no tenía hogar como aquéllos que sí lo tenían, gracias a la guerra. Reconocí a muchos de ellos, pero en la oscuridad no pareció que ninguno me reconociera a mí.

—¿Vas siguiendo a tu hombre? —preguntó Orun en voz queda.

—No está lejos.

Orun olisqueó y sonrió.

Mis sentidos me conducían a través de la villa, hacia el otro extremo. Tuve una extraña sensación de temor al darme cuenta de que me dirigía hacia la granja de mi tío.

Dejamos atrás la herrería y los establos. Alcé la vista y atisé una pequeña mansión en un cerro bajo, a sólo unos cuantos cientos de metros de distancia.

Estaba iluminada por globos de cristal amarillo, blanqueando la casa y el paseo principal. La valla, que recordaba haber arreglado en vida, rodeaba el edificio principal y las dependencias, que estaban detrás.

—Allí —señalé, deteniéndome—. Está allí.

Orun se paró también y estrechó los ojos.

—Bonito sitio.

Asentí despacio con la cabeza y eché a andar de nuevo.

—Es la casa de mi tío —expliqué.

—¿Está ahí, con tu familia? —Orun me miraba de hito en hito, el gesto endurecido.

No respondí. Mi tío era un buen hombre, pese a sus faltas; si sufría algún daño, tendría otra cuenta que liquidar con el theiwar cuando nos viéramos las caras.

Giramos en el camino de carros que remontaba la cuesta y conducía a las puertas de la mansión. Esferas de cristal amarillo, colocadas en postes, iluminaban el sendero. Mi tío las había hecho traer desde la ciudad de Solanthus; era unos globos de cristal con luz mágica en su interior, que nunca se apagaba.

«Siempre lo mejor —le gustaba decir—. No hay que conformarse con menos».

No había nadie fuera de la casa cuando nos acercamos. Todo seguía igual desde la última vez que yo había estado allí.

Orun se apartó la capa de hule y soltó la presilla que sujetaba el mango del hacha al cinturón.

Todo cuanto yo necesitaba eran mis manos.

Remontamos los peldaños y llegamos a la puerta. Vacilé al sentir tan fuerte la presencia de mi presa que casi podía tocarla.

Estaba dentro, a la derecha. Allí se encontraba el estudio de mi tío, a un lado del vestíbulo. Quizás había cogido de rehenes a todos, o había irrumpido en la casa y estaba tomando «prestadas» algunas cosas para su uso.

Me pregunté si, cuando lo tuviera cara a cara, le preguntaría por qué me había matado, antes de acabar con él.

Alcé la mano y llamé con fuerza a la puerta, tres veces; escuché el eco. Esperamos.

La cerradura chascó, la puerta principal se movió un poco y luego se abrió de par en par. Era nuestro sirviente más viejo, Roggis. Su rostro se tornó pálido al verme y sus ojos se abrieron de forma desmesurada.

—¡Evredd! —exclamó—. ¡Benditos sean los dioses! ¿Qué te ha ocurrido?

—Estoy en casa —dije suavemente mientras apartaba al anciano y pasaba al interior, con Orun pisándome los talones. El vestíbulo estaba profusamente iluminado. La gran escalinata doble, que conducía a los cuartos del primer piso, ascendía en curva por las paredes laterales.

Algo en mi interior se liberó con un desgarrar. Quería ver el rostro de mi asesino ahora. La puerta del estudio estaba cerrada, pero al instante me planté delante, con la mano sobre el picaporte, y la abrí.

El estudio, con sus vitrinas, anaqueles y librerías, estaba ante mí. La luz amarilla se derramaba desde los globos colgados del techo. Sólo había una persona en la habitación, sentada al otro lado de la mesa central, con un montón de libros contables delante. Era un hombre corpulento, de cara mofletuda, nariz ganchuda y calvicie incipiente. Al abrirse la puerta levanto la vista con actitud irritada.

Mi asesino, entonces me frío en mi sangre.

Mi tío, me decían los ojos.

—¿Es que no puedes...? —empezó, antes de fijarse bien en mí. Dio un brinco en la silla y la derribó. Su semblante se contrajo en una mueca de terror. Alargó la mano hacia algo que había en una banqueta, a su lado.

—Tío —mascullé. No podía creerlo, pero sabía que era cierto. *Él* me había matado—. ¿Qué...?

Mi tío se dio media vuelta. Sostenía un pesado artefacto en las manos. Era una ballesta de fabricación enana, que chasqueó al dispararse.

El dardo me golpeó en el pecho con la fuerza de la coza de una mula, me atravesó el pulmón derecho y me rompió una costilla. El impacto me hizo retroceder varios pasos y faltó poco para que chocara contra Orun antes de recobrar el equilibrio.

El dardo no me dolía ni poco ni mucho.

Eché a correr y salté sobre la mesa para agarrar a mi tío, con las manos extendidas y los dedos crispados como garras.

Me arrojó la ballesta, falló, e hizo un quiebro para esquivarme. Mis dedos se cerraron en sus ropas y las desgarraron. Traté de agarrarlo por el cuello.

Se produjo un débil chasquido en el aire, un destello luminoso. Mi tío había desaparecido.

En su lugar se encontraba un enano que me llegaba a la cintura, vestido con mugrientas ropas negras. En mis manos sostenía su camisa desgarrada. Tenía la tez blanca como un champiñón; los ojos, de un color azul desvaído, eran muy saltones; no tenía más pelo que la rala barba, sucia y amarillenta como paja; y una boca con dientes cariados, abierta como una herida. Era el enano más espantoso que había visto nunca y lanzó un alarido que me habría mandado derecho a la tumba de no haber estado ya muerto.

Mi tío... un hombre acabado...

El theiwar se había valido de un hechizo de ilusión para disfrazarse. Supe entonces lo que debía de haberle ocurrido a mi tío y por qué parecía haber cambiado últimamente. Y quién había sido el que había asesinado a mis primos. Probablemente, habían empezado a sospechar algo.

Garith va a vivir ahora como un humano, había dicho el goblin.

—¡Garith! —gritó Orun desde la puerta. El enano cerró a sus espaldas, cortando los gritos de Roggis, en el vestíbulo.

Dominado por el pánico, el theiwar se metió debajo de la mesa para eludirme. Me bajé del mueble de un empujón y cogí una pesada silla de madera, con la que golpeé el tablero una y otra vez. La silla se rompió; la mesa se partió por la mitad y se derrumbó. Libros y papeles se esparcieron por el suelo... así como una bolsa llena de putrefactas orejas grises, que también se desparrramaron. Algunas estaban mordisqueadas.

Retrocedí un paso. El theiwar había desaparecido.

—¡Garith! —tronó Orun, con el hacha enarbolada—. ¡Ya puedes darte por muerto, chico! Eres una pequeña rata muerta, ¿me oyes?

Capté algo por el rabillo del ojo. El theiwar había reaparecido en un rincón de la habitación, lejos de Orun y de mí. Sacó las manos de los bolsillos ocultos en sus ropajes negros.

—*Orkiska shakatan sekis!* —pronunció con una voz ronca y estridente mientras sostenía algo parecido a un trapo y una varita de cristal y los frotaba. Me estaba apuntando con ellos.

—¡Reorx nos asista! —gritó Orun, mientras yo me abalanzaba sobre el theiwar—. Evredd, está...

Entonces hubo un estallido de luz como nunca lo había visto antes ni volvería a ver después. Mi cuerpo quedó flotando en el aire, sostenido por una cimbreada cinta blanca de poder que salía de las manos del theiwar. Por primera vez desde mi muerte, sentí verdadero dolor. Era una agonía inhumana que me abrasaba cada músculo, cada nervio, cada centímetro de piel; y yo ni siquiera podía gritar.

Entonces cesó, y me precipité al suelo. Salía humo de los chamuscados harapos que me cubrían. Mis miembros, manchados de hollín, se sacudían a tontas y a locas, como si fuera una marioneta manejada por un titiritero chiflado. Me quedé tumbado boca abajo. El theiwar trepaba como una araña por una pared que no tenía librería. Orun le arrojó su hacha. El arma chocó contra algo en el aire, justo antes de alcanzar a Garith, y salió rebotada, para ir a caer cerca de mi cabeza con un repiqueteo metálico.

—¡Maldito seas, Garith! —chilló Orun mientras levantaba el hacha—. ¡Malditos tú y tu magia! ¡Acabaré contigo!

Mis miembros empezaron a moverse como yo quería que lo hicieran y me puse de pie con esfuerzo. El theiwar estaba en lo alto de una vitrina y nos señaló con un dedo blanco y corto.

—*N'zkool akrek grafkun... ¡miwarsh!* —aulló triunfante.

Una niebla verde amarillenta se disparó de su dedo extendido. Un vendaval se alzó en la habitación, y las luces del techo se amortiguaron con la espesa niebla.

Orun empezó a gritar algo, pero su voz se cortó de manera repentina con un

jadeo ahogado, al que siguió una tos seca. Apenas lo veía a través de la niebla verde. Se había llevado las dos manos a la garganta, y el hacha había caído al suelo. Soltó un grito estrangulado; apretó los dientes al sentir que los pulmones se le llenaban de aire envenenado.

Me acerqué al mueble en el que estaba encaramado el theiwar. Mis manos agarraron el anaquel que había a la altura de mi cabeza y tiré de él con fuerza. La vitrina, llena de platos, se tambaleó y la loza tintineó. El theiwar maldijo entre dientes y se dejó caer de rodillas, intentando aferrarse al mueble. Tiré otra vez del anaquel y vi que la vitrina se inclinaba hacia mí más y más. La aparté de un empellón. El mueble se estrelló contra el suelo, lejos del enano medio asfixiado.

Del mismo modo repentino con que había aparecido, la niebla verdosa se disipó como barrida por el viento. La tos seca y los gritos roncós de Orun resonaban en el ahora silencioso cuarto.

El theiwar había caído en el suelo, al otro lado de la habitación. Rodó sobre sí mismo y se puso de pie. Me vio acercarme, rodeando la vitrina derribada, e intentó huir hacia la puerta cerrada. Del cinturón sacó un largo frasco de cristal.

Sus ojos saltones eran tan grandes como las lunas cuando me enfrenté a él y mis manos muertas se cerraron en torno a su cuerpecillo. Sus gritos debieron de oírse en kilómetros a la redonda; chillaba como una rata empalada, pero con la fuerza de un gigante en los pulmones. Pateó y dio puñetazos en un ataque de histeria. Introduje una mano entre la lluvia de golpes, alcancé con mis largos y fríos dedos la carne de su garganta y los hundi como garras. Jadeante, me dio con el frasco en el brazo, de manera que el recipiente de cristal se rompió y me abrió tajos que llegaban hasta el hueso, pero que no sangraban.

De manera brusca, se quedó rígido. Agarré su brazo con la mano libre y se lo sostuve un instante. Lo había visto venir.

Un reguero rojo, mezclado con rezumantes hilillos negros, corría por su antebrazo. Sus enormes y llorosos ojos se enfocaron en su mano con una expresión de absoluto terror como no había visto otra en un semblante viviente. Entonces puso los ojos en blanco, su cuerpo se estremeció con un estertor y luego se quedó quieto.

Garith acababa de aprender lo que los nerakinos habían descubierto acerca de la cera negra; y con el mismo resultado.

Lo solté, y el cuerpo se desplomó en el suelo. Intenté mantenerme erguido, pero ahora las fuerzas me abandonaban, derramándose como el agua a través de una presa rota. En un segundo plano, como una música de fondo, oía los lamentos de Roggis y la tos de Orun. La puerta del estudio se abrió violentamente y todos los habitantes de la mansión irrumpieron en el cuarto gritando y señalando. Pero todos se mantuvieron alejados de mí. Sabían lo que pasaba.

—¡Los muchachos me advirtieron que su padre había cambiado! —decía Roggis con lágrimas en los ojos—. No quise creerles. Cuando los mataron, actuó

como si no le importara ni poco ni mucho. Pensé que se había vuelto loco, pero no me atreví a hablar con él sobre el asunto. Tenía miedo de que se tornara violento. ¡Apenas parecía la misma persona!

El alboroto iba perdiendo fuerza, alejándose más y más. Me esforcé para incorporarme, pero fue inútil. Había llevado a cabo la tarea por la que había regresado a la vida. Me sentía más cansado de lo que había estado nunca.

—Evredd —jadeó una voz ronca, cerca de mi oído—. ¿Estás aún ahí?

Me las arreglé para asentir con un leve cabeceo, pero eso fue todo.

—Buen trabajo, chico —dijo Orun—. No lo hiciste mal, para ser alguien que está muerto.

Ocurrente elogio. Me pregunté si vería pronto a Garayn y a Klart y a mi tío, y qué dirían al respecto. Asuntos de familia.

Me hundí en la oscuridad. Todo volvía a estar bien, y ya no habría regreso.

Máquinas de guerra

Nick O'Donohoe

Hubo una gran explosión de vapor en el pasadizo que cruzaba la montaña. Los gnomos resbalaron por los laterales rocosos y unos cuantos cayeron al vacío y fueron cogidos justo a tiempo por redes; dos salieron disparados por las tuberías de aire comprimido que recorrían el suelo, y dieron volteretas en el aire antes de precipitarse sobre un cojín de aterrizaje, cerca de la fuente de vapor. Uno aterrizó en el cojín; el otro, en un arbusto. Los gnomos reunidos tiraron de palancas, hicieron sonar alarmas, giraron bielas y se gritaron instrucciones los unos a los otros sin prestar atención a las que les gritaban a su vez.

Mara se escabulló veloz de piedra en piedra, como un niño que juega al escondite, acercándose más y más a su objetivo. En toda su vida, transcurrida en Arnisson, jamás había escuchado tanto silbido, golpeteo metálico y ruido en general. Resistió el impulso de llevarse las manos a los oídos y pasó, rápida y sigilosa, entre los gnomos reunidos hasta que llegó a una estrecha cornisa, en un punto donde el pasadizo desembocaba en el muro interior del cráter de la montaña. Se deslizó por la repisa y miró hacia abajo; contempló fascinada el despliegue de grúas y armazones y la casi continua lluvia de herramientas, aparatos y gnomos. Lejos, allá abajo, podía ver una trampilla.

Un cable suelto se meció en su dirección.

Mara saltó con agilidad desde las sombras y agarró el cable colgante con la mano protegida con tiras de tela. Se dejó resbalar hacia abajo, rozando ligeramente la pared rocosa con los pies e impulsándose de nuevo en el aire para descender otro poco, hasta desaparecer en un agujero del suelo.

Vio sobre ella, en un fugaz destello, capa sobre capa de casas y talleres gnomos, grúas, redes y, de vez en cuando, algún gnomo volando (o cayendo) por el aire. Se felicitó a sí misma por pasar inadvertida, pero en el fondo tuvo que admitir, aunque de mala gana, que cualquier gnomo que la viera daría por hecho que sólo estaba probando un nuevo invento, a menos que se acercara lo bastante a ella para descubrir que era humana. Además, nadie podía oírla con los

golpeteos, zumbidos, chirridos y silbidos intermitentes de vapor.

El cable se meció contra el borde del agujero, que ahora, visto desde abajo, semejaba una claraboya. Trepó por la cuerda, se impulsó con las piernas para acelerar el balanceo, saltó, giró en el aire y de esa manera aterrizó en silencio sobre el suelo de piedra, cerca de una «gnomo-lanzadera».

—Perfecto, desde luego —susurró con satisfacción.

Desenrolló la cuerda de su mano, avanzó tras pasos con actitud fanfarrona y chocó con un gnomo que caminaba mirando a otro lado. Mara retrocedió trastabillando y cayó patas arriba. El gnomo se incorporó con esfuerzo y le tendió una mano.

—Cuánto lo siento, fue culpa mía. Iba absorto, pensando que tenía que haber un defecto en él...

—No, tuve yo la culpa —empezó ella—. Lo siento... —Entonces se dio cuenta de que el hombrecillo no había dejado de hablar.

—... un equipamiento hidráulico lo haría aún más eficiente, si no lo desequilibrara al pesar más en la parte superior... Y un muelle, con palanca de gatillo, podría almacenar la energía...

—Para. —El gnomo enmudeció—. ¿De qué estás hablando?

—Te estaba contando la idea que se me ocurrió mientras observaba cómo intentabas colarte aquí abajo... —empezó, impaciente, el hombrecillo.

—¿Me viste llegar? —Mara sufrió un ligero desánimo.

—... y pensé que si la gente va a saltar por el aire, cosa que no se me había ocurrido hasta que te vi (y tu presencia era notoria, por cierto), tendríamos que tomar medidas de precaución a causa de las gnomolanzaderas. —Sus ojos, de un color violeta claro, relucían—. Necesitamos topes. Sí. Parachoques para seres vivos, utilizando mis sensores. Grandes parachoques de alta resistencia, colgados de los hombros para absorber el impacto. Tendrían el armazón metálico y por el exterior irían forrados con acolchado de tela...

—Por la descripción parecen excesivamente pesados —objetó Mara. Era muy joven y de constitución esbelta, comparada con el gnomo.

—Entonces tendremos que equiparlos con ruedas —continuó el hombrecillo, sin pausa—. Y un eje con carga de resorte para cada rueda y un regulador para mantener equilibrados los ejes...

—¿Quién podría moverse con todo eso encima?

—... y un motor para moverlo todo —concluyó el gnomo con firmeza—. ¿Cómo esperas ir a ninguna parte si no usas un motor? Ah, los jóvenes de hoy en día. —Puso los ojos en blanco y le sonrió—. Discúlpame. —Sacó una voluminosa pluma de una lazada del cinturón, se dio unos golpecitos en la barbilla y acto seguido empezó a dibujar con gestos frenéticos unas líneas irregulares a lo ancho de la camisa; una camisa que ya estaba cubierta de bosquejos de armazones de madera, ruedas dentadas y tornillos sin fin, y sistemas entrelazados de poleas. Un

esquema se iniciaba a la altura de la barriga y se movía a través de conductos y cuerdas de vientos hasta llegar al puño de la manga izquierda.

El gnomo alzó la vista y se encontró con Mara, que lo miraba fijamente.

—Bien, no siempre se tiene a mano una hoja de papel cuando surge una idea —proclamó con un cierto tono áspero.

—¿Tienes una camisa para cada proyecto?

—Por supuesto que no. De hecho, algunos diseños están repartidos en cinco o seis camisas diferentes. No pierdo la esperanza de que algún día tenga ocasión de englobarlas en un índice, pero, cada vez que he estado a punto de conseguirlo, tenía que hacer la colada. Ah, así es la vida. —La miró de hito en hito—. Por cierto, ¿eres alguien a quien debería conocer?

—Todo el mundo debería conocerme —manifestó Mara con orgullo mientras se estiraba todo lo posible.

—Bueno, pues no todo el mundo te conoce, porque yo no te conozco —argumentó, pensativo, el gnomo—. ¿Quién eres?

—Se me conoce como Mara la Indómita —se presentó, al tiempo que hacía una reverencia y un gesto pomposo con el brazo—. También como Mara la Sagaz. —Chasqueó los dedos—. Y también como... —Dio unos golpecitos significativos en los bolsillos del gnomo mientras agregaba en un susurro— Mara la Reina de los Ladrones.

—Cielos —musitó el gnomo con actitud desaprobadora—. ¿Has robado mucho?

—Eh... no mucho —admitió la Reina de los Ladrones. Arrastró la punta del pie sobre el suelo del túnel—. Nada, para ser sincera.

Éste era el motivo por el que, tras anunciar a la familia su plan del presente atraco, también se la conocía como Mara la Estúpida Peligrosa. Dirigió una mirada desafiante al gnomo.

—Pero estoy segura de que podría robar algo si fuera realmente importante. También soy una mujer de fascinante belleza —manifestó con afectada gazoñería—, a la que todos los hombres adoran y pretenden. —Se atusó el cabello, corto y oscuro, con coquetería.

El gnomo se limitó a mirarla en silencio.

—Vale, vale —admitió Mara a regañadientes—, no seré una mujer de fascinante belleza hasta dentro de dos años. Pero te prometo que va a ser así.

—Espero que sepas aceptar toda esa adoración y cortejos sin volverte vanidosa en exceso —dijo él seriamente.

Mara sonrió y, a falta de un espejo, admiró su esbelta sombra proyectada en la pared de piedra.

—Estoy segura de que manejaré la situación sin ningún problema. En fin, ¿cómo te llamas?

De inmediato, el gnomo se lanzó a recitar una letanía, haciendo pausas para

respirar en donde, evidentemente, eran paradas habituales.

—Sólo te he preguntado tu nombre —lo interrumpió Mara por último.

—Ni siquiera he llegado a la mitad. —El gnomo parecía desconcertado.

—Quizás hice mal la pregunta. ¿Qué significado tiene tu nombre para los humanos?

—Es muy descriptivo, incluso para mi gente, y sorprendentemente apropiado. Entre los humanos se me conoce como El Que No se Conformaba con la Ciencia Establecida, Sino Que Investigará De Nuevas Ideas Peligrosas e Incluso Impracticables, Ni Se Conformará con Pruebas Convencionales, Sino Que Recurrirá a Técnicas Arriesgadas y Perjudiciales y Respalda la Fe en la Tecnología, la Cual, en el Tiempo Anterior al Cataclismo...

—¿Cuál es el nombre corto que te dan los humanos? —lo interrumpió Mara, desesperada.

—Aléjate.

Mara se apartó de un salto.

—No, no —aclaró el gnomo—. Ése es mi nombre: Aléjate.

—¿Eres inventor? ¿Dónde está tu taller? ¿Haces todo tu trabajo aquí, en los sótanos? No dirás a nadie que me has visto, ¿verdad?

El pobre Aléjate no tenía ni idea de cómo responder a las cuatro preguntas sin emplear al menos un mes.

—¿Te importa que te dé una contestación sucinta? —inquirió con timidez.

Mara, comprendiendo con un escalofrío lo poco que había faltado para morir de vieja oyendo su respuesta, puso la mano en el brazo del gnomo.

—Por favor, malgasta lo menos posible tu precioso tiempo dedicado a la investigación.

Aléjate se sentía halagado y agradecido. Se concentró.

—Sí, soy inventor. Estos túneles son mi área de trabajo; sé que no tienen un gran aspecto, pero son amplios. Hago todo mi trabajo aquí. Y no, no le diré a nadie que te he visto... porque no hay nadie más a quien pueda decírselo —terminó con tono melancólico—. Soy el único que está aquí. Resulta agradable hablar con alguien. ¿De dónde eres?

Mara adoptó una actitud heroica, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vengo de Arnisson, un pueblo sitiado que resiste con desesperación para mantenerse libre de las crueles garras del ejército draconiano. Estamos bajo el mando de un único Caballero de Solamnia, llamado Kalend, y antiguo residente de la localidad. Es amigo de mi hermano mayor. —Suspiró y su voz adoptó un tono más suave—. Kalend es simpático y cree que soy maravillosa, aunque eso no es de sorprender, ya que mi belleza resulta embrujadora. —Suspiro de nuevo, esta vez con desaliento—. Aunque quisiera que dejara de llamarme «pequeña» todo el tiempo. En fin, cuando me encontré con él en las murallas hace unas cuantas noches, le pregunté si teníamos posibilidades de sobrevivir y me dijo que

no muchas, pero que, si los draconianos atacaban antes de tiempo o mientras suponían que no estábamos preparados, todavía nos quedaba una oportunidad de ganar. También dijo que si tuviéramos aunque sólo fuera una arma gnoma que funcionara, teníamos posibilidades. Y creo que hablaba en serio.

Mara continuó y continuó... Algunas cosas eran referentes a los draconianos; otras, sobre lo apurado de la situación, pero sobre todo se refería a Kalend, que aumentó de estatura y se tornó más apuesto a medida que avanzaba la historia. Aléjate asentía con la cabeza frecuentemente.

—Por consiguiente —finalizó Mara mientras adoptaba de nuevo la actitud heroica—, partí de Arnisson esa misma noche. Nadie me vio —añadió, haciendo una pausa y mirando a Aléjate con severidad.

—Nadie te vio —repitió éste, sumiso.

—Exacto. —Su mirada se perdió en el vacío—. Escabulléndome sigilosa, al amparo de la oscuridad, sola, arrastrándome a través del campamento enemigo...

Otra vez siguió, charla que te charla, un buen rato, sin preocuparse de contar la historia verdadera que, por cierto, era terriblemente aburrida y estaba segura de que a nadie le habría gustado escucharla.

Aléjate escuchaba con paciencia, sintiéndose sólo un poco molesto porque ella se extendiera tanto después de instarlo a ser breve.

—Pero ¿por qué viniste? —preguntó, al terminar Mara.

—¿Qué? —La chiquilla salió bruscamente de su ensimismamiento y volvió a ser la Reina de los Ladrones—. Vine aquí —empezó con audacia, pero entonces vaciló al caer en la cuenta de lo raro que podía sonar lo que iba a decir—, para... tomar prestado, o... conseguir, o... coger, en cierta forma... Vale, para robar algún armamento gnomo que nos sea útil en la guerra contra los draconianos.

Había enrojecido hasta la raíz del cabello. Aléjate llegó a la conclusión de que Mara le caía bien, pero no tenía muy claro lo sensata que era.

—La tecnología gnoma es famosa en todo Krynn —añadió Mara, engatusadora, pero en cierto modo diciendo la verdad. *Famosa o con mala fama* era bastante parecido—. Existen leyendas de grandiosas armas del pasado. Los Caballeros de Solamnia todavía hablan sobre vuestro gas venenoso...

—Eh, bueno, sí —la interrumpió Aléjate con desasosiego—. Se suponía que era para hacernos invisibles, ¿sabes? Aun así, no fue una pérdida total; ha hecho maravillas en el control de plagas aquí abajo. Casi siempre. —Miró de reojo a un lado y a otro.

—¿Casi siempre? —Mara dio un brinco cuando un fuerte ruido, semejante a un castañeteo, pasó veloz junto a su oído. Giró sobre sí misma, pero no vio nada.

—Se nos acabó hace poco la mezcla original, así que hicimos una nueva. Parece que ya no los mata. —Aléjate se agachó mientras una especie de aleteo pasaba cerca de su cabeza—. Ahora los hace invisibles.

Mara miró en derredor con nerviosismo. El túnel, al final del cráter que formaba Monte Noimporta, era roca pura, abierta con alguna enorme hoja de excavar y salpicada con agujeros de taladro y pernos de hierro. Cuerdas y cables colgaban por todas partes, con garruchas, aparejos de poleas y rieles de pescantes que corrían a todo lo largo del techo.

A pesar de no verse antorchas, había claridad en el túnel. Mara tanteó las paredes con cautela; estaban calientes, pero ni con mucho lo que sería necesario para que emitieran brillo.

—¿Con qué están iluminados estos túneles?

Aléjate señaló unos hongos luminosos que había en la pared.

—Los cultivábamos para alimento. Por fortuna, los que cultivábamos para dar luz son bastante sabrosos. —Se quedó abstraído—. ¿Sabes? Nos gustaría hacer más con ingeniería biológica. Es la tecnología del futuro.

—O el fin del mundo —rezongó Mara. Empezaba a dudar de que robar invenciones gnomas fuera una idea sensata. No obstante, si el maravilloso y sabio Kalend, Caballero de Solamnia, tenía fe en la tecnología gnoma...— ¿Podrías enseñarme alguna de vuestras armas?

—Será un placer —respondió Aléjate sin vacilar y una actitud ceremoniosa—. Por aquí, por favor.

Echaron a andar túnel adelante, entre la chatarra.

—Pareces encontrarte a tus anchas con las mujeres, incluso con las turbadoramente bellas —le dijo Mara.

Aléjate estaba muy callado... algo realmente raro en un gnomo.

—Tal vez se deba a que estoy enamorado de alguien —le dijo por último.

—¿De veras? —Mara estaba fascinada—. ¿Cómo es ella?

Aléjate se explayó a gusto acerca de la exquisita curva del dedo meñique izquierdo de su amada.

—Vale, demos por hecho que es guapa. ¿Cómo se llama? Su nombre humano —añadió Mara con presteza.

—Es muy hermoso. —Aléjate miró a lo alto con actitud soñadora—. Se llama Contempla el Movimiento de Sus Máquinas Atrás y Adelante, Como un Sereno Sopla una Vela para Encender una Lámpara de Tan Increíble...

—La versión corta, por favor.

—Cuidado. —Suspiró.

—Aléjate y Cuidado. —Mara movió la cabeza arriba y abajo—. Estáis hechos el uno para el otro.

—Eso creo yo —comentó con tristeza—, y ella también. Pero, a menos que las cosas cambien, será un amor imposible.

—¿Por qué? —preguntó Mara, compasiva.

Aléjate se puso ceñudo y dijo de repente, de gnomo a gnomo:

—Esaesabsolutamentelapeorparte...

—¿Qué?

Él aspiró hondo, tembloroso, y repitió al estilo más lento de los humanos:

—Ésa es absolutamente la peor parte de todo el asunto. Todavía no he recibido la aprobación de mi Misión en la Vida.

—¿Tu qué?

—Mi Misión en la Vida. Mi único logro, mi única meta, en realidad. Serán los sensores de las alarmas para ladrones. Ya los he diseñado y colocado por todo Monte Noimporta.

—Supongo que están todavía en un proceso de desarrollo —murmuró Mara, recordando cómo se había colado sin poner en funcionamiento ninguna.

—Oh, no; están en completo funcionamiento. Por cierto, ¿cómo las pasaste?

—Hice un plan complejo y astuto para bajar desde lo alto del cráter por una cuerda accionada con una cabría... —Mara vaciló.

Aléjate sacudió la cabeza.

—Imposible. Tengo controlado con un sensor cada pasaje, cada ventana, cada abertura y conexión con la cara exterior de la montaña. ¿Cómo funcionó tu plan?

Mara rebulló intranquila, como si tuviera azogue.

—No utilicé ningún plan —admitió por último—. Me encontraba en la puerta de acero de la entrada, pensando cómo escalar la montaña, mientras las puertas empezaban a cerrarse. Pero el triple cierre se atascó y las dejó abiertas, de modo que pude colarme a través de...

—Las puertas. —Aléjate se dio una palmada en la frente; se dejó una mancha de tinta—. Por supuesto. Sabía que se me olvidaba algo: sensores en las puertas. Aun así —se apresuró a añadir—, fue muy inteligente desarrollar un plan con montones de cuerda y una cabría. Casi discurre como un gnomo.

Mara decidió tomar eso como un cumplido.

—¿Has enseñado al comité la evidencia de tu investigación?

—No puedo. —Aléjate parecía sentirse incómodo—. Los estaba limpiando, con un solvente perfectamente indicado que era invento de un amigo mío, cuando se disolvieron. Y también la mesa donde los había puesto. Un quitamanchas fabuloso, desde luego. —Las espesas cejas del gnomo se fruncieron en un gesto taciturno—. No me es posible presentar una nueva solicitud hasta que hay a probado que dispongo de un prototipo medio funcional. Si al menos hubieses sido atrapada o si hubieses resultado muerta... —agregó con tristeza.

—Si al menos fueras el jefe del Gremio de Armamento —suspiró a su vez Mara.

—Si lo fuera, Cuidado y yo ya estaríamos casados. —Aléjate sacudió la cabeza—. Y yo estaría en un nivel bastante más alto. —Alzó la vista con expresión anhelante, como si pudiera ver a través del techo—. Allí arriba están el

honor, la gloria y la consiguiente provisión de fondos. Allí los diseñadores están constantemente diseñando tableros de diseño más grandes para proyectos más grandes con mayores costes que rebasan presupuestos...

Mara, desanimada, escuchó mientras le describía el Departamento de Reprogramación de Programas, la Gerencia de Supervisores de Negligencias, y la Expansión de Contratistas, al parecer todopoderosa.

—Dime —lo interrumpió por último—, ¿alguno de esos proyectos ha sido terminado?

Aléjate la contempló de hito en hito, conmocionado hasta lo más hondo de su regordete y pequeño ser.

—Jovencita, todo proyecto digno de financiación pública debe ser perfeccionado, nunca terminado.

—Bueno, si no eres el jefe del Gremio de Armamentos, entonces ¿qué eres? —inquirió ella.

—Soy un inventor de los niveles bajos, cuya futura vida laboral tiene que desarrollarse escamoteando los desechos dejados por los fracasos de otros...

—¿Has inventado algo?

—He realizado un trabajo más variado que la mayoría de los gnomos que hayas conocido.

Puesto que Mara no conocía a ninguno, se limitó a asentir con la cabeza.

—Mi Misión en la Vida... —Aléjate se interrumpió, la expresión dolorida, y dijo con cuidadoso énfasis—: Mi labor principal ahora mismo sigue estando relacionada con los sensores, ya que era mi Misión en la Vida. Inventé equipos de seguridad y defensa para residencias o fortalezas, para protección y prevención contra espías, intrusos, o armas...

—Por los calzones de Paladine —juró Mara irreverentemente—. Quieres decir que fabricas alarmas y trampas para ladrones.

—Por eso me sentí tan contento cuando apareciste —manifestó Aléjate con alegría—. Era una suerte, un ladrón de verdad metiéndose a través de las alarmas y trampas para ladrones. Una mejora para mis datos.

—Mala suerte. —Mara estaba teniendo problemas para entender algo—. Quiero decir, Kalend me ordenó que llevara a cabo esta peligrosa misión, y...

Aléjate no parecía muy convencido.

—No te ofendas ni me malinterpretes, pero ¿de verdad te lo ordenó? Eres bastante joven.

Mara asintió con un enfático y vigoroso cabeceo.

—Fue mientras caminaba junto a él por la muralla, algo que llevaba tiempo intentando conseguir... No es que a él le importe o nada por el estilo, pues, a pesar de que soy más joven que él, también soy muy madura, responsable y excepcionalmente atractiva para mi edad. En fin, paseábamos y hablábamos sobre la guerra. Él dijo: «Con que sólo hubiera un arma gнома en

funcionamiento y la tuviéramos...» . —Mara enmudeció y se mordió el labio con gesto pensativo—. O quizá lo que dijo fue: « Con que hubiera una sola arma gnoma que funcionara y la tuviéramos...» .

» Sea como sea —continuó—, recuerdo que pensé que haría mejor en no hablar de esas cosas donde los draconianos podían oírlo, o podrían adelantarse en ir en busca de esa arma. Después pensé lo feliz que se sentiría si llegaba yo primero y le proporcionaba un arma y salvaba el pueblo, y... En fin, que me marché. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Al amparo de la oscuridad, como ya he dicho. A través del campamento draconiano...

El gnomo arqueó las espesas cejas. Empezaba a conocer a Mara.

—¿A través de su campamento?

—Bueno, alrededor. Delante de sus escamosas narices.

—Es decir, que los viste.

—No, en realidad no. —Admitió, si bien se apresuró a añadir—: Pero sabía que estaban allí y que era demasiado lista para que me atraparan. Sola, con gran valentía, vine...

—A encontrar las armas. —Aléjate frunció el entrecejo, pensativo—. Para luchar contra esos draconianos a los que en realidad no has visto. Mmmm.

Tomó una decisión y se frotó las callosas manos manchadas de tinta.

—Bien, puesto que ya estás aquí, no veo por qué no podemos llegar a un acuerdo. ¿Sigues queriendo alguna arma gnoma?

—¿Qué? —Tuvo que pasar un segundo para que Mara, perdida en sueños de su propio heroísmo, volviera a la realidad y recordara para qué estaba allí. Sus finos labios se apretaron en un gesto decidido—. Más que nunca.

—Te dejaré que te lleves una. La que quieras. Siempre y cuando pruebes mis mecanismos de seguridad.

Ella tragó saliva. ¿Mecanismos de seguridad?

—¿Tengo otra opción?

El gnomo no respondió; estaba absorto, extasiado.

—Y a continuación —farfulló Aléjate gozoso—, escribiré el informe del resultado de la prueba y lo someteré al comité. Y entonces, si aprueban mi trabajo, que sin duda lo aprobarán, me casaré con Cuidado.

Avanzaron túnel adelante; sus pisadas causaban un inquietante susurro y aleteo en la colonia invisible colgada de las paredes y del techo, sobre sus cabezas.

—Sólo son murciélagos —explicó Aléjate con segura tranquilidad—. Espero —añadió, menos seguro y menos tranquilo.

Pasaron ante varios túneles laterales cuyas entradas estaban medio ocultas con la chatarra y las cuerdas y cables colgantes. Mara, como buena ladrona, tomó nota de los giros y la dirección de regreso a la salida.

—¿De dónde procede el dinero para la investigación de armamento? —se

interesó.

—Sólo utilizo chatarra, piezas de repuesto. Los proyectos principales se empezaron con la subvención de los Caballeros de Solamnia.

—¿Los caballeros? —Mara se puso seria—. Espero que no cuentes con ellos para más subvenciones. Ya no son tan ricos como antes, ¿sabes?

—Esto fue hace tiempo. Ahora tampoco nos visitan con tanta frecuencia como acostumbraban —aclaró Aléjate. Su frente se arrugó—. De hecho, no lo he vuelto a ver desde la última Prueba de Armas Puertas Adentro, hace varios años. No, hace varias décadas, mejor dicho.

—¿Y el proyecto sigue en marcha?

—Nunca se dejó, incluso antes de que me encargara yo de él. Un proyecto es un compromiso —manifestó Aléjate con actitud estirada—. Es tan importante como un juramento.

—Pagaron por adelantado, ¿verdad? —preguntó Mara secamente.

—Eh, bueno, sí. Bastante, de hecho. Hemos llegado.

Tiró de una llave muy compleja (cuatro muescas y un candado de seguridad) de un aro que llevaba colgada a la cintura. Insertó la llave, no sin cierta dificultad, en una cerradura instalada en una gruesa puerta de madera que había en la pared del túnel. Después de tres intentos, se abrió.

—Tú primero —dijo—. Este cuarto guarda mi primer ingenio antiespías.

Mara entró con cautela.

—¿No deberían haberme detectado los sensores de tus alarmas?

—Es una alarma de proximidad —explicó el gnomo—. Una vez que se haya completado la prueba, colocaré cientos de ellas en cualquier parte que necesite vigilancia. No se puede tener demasiada redundancia, ¿sabes? —Mientras hablaba escribía otra nota en su camisa—. ¿Te importaría colocarte en esa gran « X » negra marcada en el suelo?

La « X » tenía un pequeño resalte en el centro del aspa. Había un maniquí del tamaño de un gnomo cerca de la « X ». Mara lo llevó rodando hasta el punto señalado y luego se situó a un lado.

—Probemos primero así —propuso.

—Lo he hecho muchas veces —objetó Aléjate—, con este mismo maniquí.

—Bueno, pues yo todavía no lo he visto funcionar —argumentó Mara firmemente. Advirtió que el maniquí no tenía ninguna marca, si bien las paredes y el suelo del cuarto estaban llenos de desconchones y arañazos.

—Lo prometiste —protestó el gnomo, no sin razón—. ¿Es que no existe el honor entre los ladrones?

—Hubo un tiempo en que sí —repuso Mara—, pero alguien lo robó. — Después suspiró y quitó el maniquí de la « X » —. Te lo advierto, me largo a la primera señal de peligro. ¿Qué es lo que vamos a probar?

—Se llama la Sala de Seguridad Machacadora de Espías —dijo Aléjate con

tono impaciente—. ¿Quieres colocarte en la « X », por favor?

Mara tanteó con la punta del pie en el centro del aspa, saltó, se agachó y rodó sobre sí misma, preparándose para observar desde una distancia segura.

Oyó un sonido vibrante. Un mazo de piedra, cuya cabeza tenía el mismo tamaño que la suya, le pasó silbando por encima, lo bastante cerca para alborotarle el cabello. Mara se agachó, oyó un segundo chasquido y sintió un vivo y repentino dolor en la mejilla cuando un cordón elástico, unido al mango del mazo, se tensó bruscamente contra su piel.

El mazo golpeó la pared opuesta y una trampilla saltó y se abrió al lado. El mazo regresó zumbando. El brinco hacia atrás de Mara la puso justo fuera de su radio de acción; acto seguido tuvo que aplastarse contra el suelo al ver que un segundo mazo salía disparado de la trampilla, le pasaba silbando y ponía en funcionamiento un tercer mazo. Poco después, seis martillos estaban rebotando y dando golpes sordos por toda la habitación. Mara rodó, saltó, se agachó, giró, y, en cierto momento, se deslizó bajo uno de los vibrantes cordones elásticos para quitarse de en medio.

Finalmente, a la desesperada, gateó de vuelta a un sector del suelo por el que no había pasado ni un solo mazo. Desde allí estuvo lanzando miradas en derredor, preparada para saltar en cualquier momento, hasta que los mazos perdieron ímpetu de manera gradual y quedaron colgando flácidos de los enredados cordones elásticos.

En el rincón más apartado, Aléjate aplaudió:

—Una prueba perfecta. —Escribió con entusiasmo en la camisa, a la altura del estómago—. Absolutamente perfecta, con la excepción de unos pocos defectos de trayectoria.

Mara bajó la vista al suelo. Estaba acuclillada en el centro de la « X ».

—Has intentado matarme.

Aléjate sacudió enérgicamente la cabeza.

—En absoluto. El Machador de Espías está diseñado solamente para autoprotección; matar sería una circunstancia puramente accidental. ¿Me ayudas a colocar todo esto en su sitio?

De un armario rinconera, Aléjate sacó una gran manivela de madera. La insertó en un ensamblaje de resorte y trinquete de la primera trampilla y la giró hasta que el mecanismo quedó lo bastante comprimido para dejar espacio al martillo. Con grandes esfuerzos, levantó el mazo y después se incorporó, jadeante.

—Y tan sorprendentemente fácil de volver a montar —comentó mientras se apresuraba a cerrar la trampilla antes de que el martillo saliera disparado.

Mara cogió la manivela y levantó los otros cinco.

—¿En qué otra cosa has estado trabajando?

En respuesta, el gnomo la condujo a través de una segunda puerta... que

llevaba por un túnel corto a otra habitación.

—Esto no es para espías, ni tampoco es un arma ofensiva. Es un ingenio de amortiguación de choque, una medida preventiva para desastres de gran impacto. Una contramedida neumáticamente seismosensitiva para contrarrestar los temblores producidos por combates.

—¿Y qué hace?

—Acabo de decírtelo —espetó Aléjate—. Cuando llegemos, ¿querrás ponerte justo en el centro de la « X » ?

Mara iba a dar su conformidad, pero lo pensó mejor.

—¿Se supone que es el sitio más seguro? —inquirió.

Aléjate asintió con un cabeceo.

—En ese caso, ¿por qué no te pones tú y yo observo? —sugirió amablemente Mara.

Las espesas cejas del gnomo se alzaron con brusquedad.

—Eres muy cortés. —Se plantó sobre la señal—. ¿No te importa correr ese riesgo?

—En absoluto. —Mara se cruzó de brazos—. El peligro y yo somos viejos conocidos.

—De acuerdo. Entonces, observa. Los Amortiguadores están diseñados para proteger contra los impactos. —Hizo una pausa—. ¿Has visto las gnomolanzaderas funcionando allá arriba?

Mara se estremeció. Había descendido de nivel en nivel, a hurtadillas, amparada en las sombras, observando cómo salían lanzados al aire los gnomos (para, generalmente, volver a caer) desde las enormes catapultas que estaban equipadas con todo lo imaginable, salvo precisión y control.

—Bien —continuó Aléjate—, esto tal vez te sorprenda, pero varios caballeros que nos visitaron pensaron que las gnomolanzaderas podían ser también peligrosas.

—¡No me digas!

—En serio. Pensaron (y, desde mi punto de vista, hace falta tener una mente retorcida para que se te ocurra algo así) que alguien podría utilizarlas para arrojar proyectiles de peso muerto en lugar de pasajeros. En fin, llevamos a cabo algunos experimentos, pero nunca obtuvimos resultados lo bastante fiables para sugerir que eso pudiera funcionar.

—¿Por qué no?

—Principalmente —Aléjate suspiró— porque los encargados de tomar apuntes caían aplastados continuamente por las rocas lanzadas. En cualquier caso, los caballeros nos pidieron que proyectáramos alguna clase de defensa para protección contra las piedras voladoras. Sugirieron escudos y barreras, pero nuestro Comité de Análisis de Riesgo entrevistó a los Supervivientes de la Prueba de Impacto y llegó a la conclusión de que el problema rebasaba con creces los

escudos y las murallas. Traje los resultados aquí abajo.

La condujo a la siguiente habitación. Los muebles, advirtió Mara con alivio, no tenían señales de golpes. ¿Qué peligro podía haber en ese cuarto?

Un examen más detenido le descubrió que los muebles eran completamente nuevos. En las esquinas había enormes montones de astillas.

—¿Seguro que quieres que me ponga en la «X»? —insistió Aléjate—. Después de todo, garantizo que es el sitio más seguro de la habitación.

—Razón de más para que lo ocupes tú —respondió Mara con una inclinación de cabeza.

El gnomo se sentía muy halagado.

—Qué amable eres, y qué valerosa.

—También me llaman Mara la Intrépida —afirmó.

Al gnomo no lo sorprendía en absoluto. Se puso en la señal y cruzó los brazos con actitud tranquila.

—Este cuarto tiene un sensor de banda ancha. —Señaló un pequeño resalte redondo que había en el suelo—. Da un pisotón en cualquier parte. No es necesario que lo des muy fuerte.

El suelo parecía de alguna clase de entarimado, roto a intervalos regulares con tapaderas redondas del tamaño aproximado de un melón.

Mara contempló a Aléjate con los ojos entrecerrados y después dio una patada en el suelo. No ocurrió nada. Repitió la patada, con más fuerza. Nada. Tomó impulso, saltó y golpeó con los dos pies, lo bastante fuerte para hacerse daño en los tobillos. Nada. Se dio por vencida y se recostó en la pared.

Unos enormes balones de cuero salieron bruscamente del suelo. Hinchados al instante con aire comprimido, los balones hicieron astillas los muebles nuevos.

Mara se deslizó por el perímetro de la habitación, estrujada entre la pared y los balones.

—Esto ha sido muy impresionante, Aléjate... ¿Hola? —Rascó con el dedo uno de los balones—. ¿Aléjate?

Se oyó rascar en respuesta. Mara subió de un salto a uno de los balones y, cernida en lo alto como un gato, atisbó una mano levantándose con esfuerzo por un hueco donde todos los balones convergían.

La muchacha rodó hasta donde estaba la mano, plantó los pies contra un balón y empujó otro con el hombro. De manera gradual los dos se separaron. Mara escuchó una inhalación jadeante por debajo de ella y después un golpe sordo, cuando algo cayó al suelo.

—Gracias, muchas gracias —dijo Aléjate con un hilo de voz—. Los Amortiguadores son casi perfectos. No tengo ni una sola contusión, pero apenas podía respirar ahí dentro.

—Podrías hacer un tubo corto para respirar por él —comentó Mara, sarcástica. Había crecido cerca del mar.

Se oyó un siseo, seguido por otro. Los balones se estaban desinflando. Aléjate apareció entre ellos, metiéndolos a empujones bajo el nivel del suelo.

—Ésa es una respuesta excesivamente simple —dijo dubitativo—. Se deben dejar los planteamientos de diseño para los especialistas. Por otro lado —añadió pensativo—, si tuviera tanques de reserva y una bomba de aire y balancines de vaivén libre para mantenerlo derecho... —Empezó a dibujarlo todo en el único espacio libre que le quedaba en la camisa.

Mara, que necesitaba un descanso, se sentó a su lado, con la mejilla apoyada en la mano.

—Ahora entiendo que tengas problemas para lograr tu promoción. ¿Es preciso que todo esto funcione para obtener la aprobación?

—¡Cielos, no! —exclamó Aléjate, que añadió casi a la defensiva—: Además, todo funciona a las mil maravillas. —Contempló el mobiliario destrozado con gesto pensativo—. No, es sólo cuestión de conseguir el sello de aprobación del comité. Por desgracia, ni siquiera logro llamar su atención. No me hacen el menor caso.

—Pero ¿es que lo tenéis que hacer todo a través de un comité?

—Algunos humanos piensan que los comités los inventamos nosotros.

—¿Y hasta que no consigas su aprobación, la pobre Cuidado no puede comprometerse contigo?

—Ni debería, aunque pudiese —replicó sombrío—. Después de todo, ¿aceptarías casarte con un gnomo sin credenciales?

Mara pensaba que, en ningún caso, se casaría con un gnomo, pero decidió que sería poco delicado hacer ese comentario.

—Eres encantador, con credenciales o sin ellas. Y ahora —dijo con firmeza—, ¿qué pasa con las armas?

—Un trato es un trato. —Tras hacer una última anotación en la camisa, Aléjate abrió la puerta trasera del cuarto de los Amortiguadores, y Mara se encontró en un ramal del túnel principal. Regresaron por el pasaje hasta la bifurcación. La muchacha contempló con interés los montones de chatarra y los voluminosos inventos medio ocultos bajo lonas o en las sombras. Varios estaban etiquetados, pero la vida es demasiado corta para gastarla leyendo etiquetas gnomas.

—Espera. —Mara se había fijado en un ingenio cuidadosamente apartado a un lado del suelo del túnel.

Tenía una culata negra y reluciente y una caja que sostenía un tubo de brillante acero azulado acabado en forma de yugo y rematado por otro tubo pequeño en el que se había añadido un diminuto anillo con un punto de mira. En su conjunto, tenía un aspecto terriblemente amenazador.

—¿Qué es? —preguntó Mara con cierto temor.

—¿El qué? ¡Ah, eso! —Aléjate lo empujó con el pie en un gesto desdeñoso—.

Un coadjunto lo hizo.

—¿No te caía bien?—aventuró Mara.

Aléjate sacudió la cabeza y su barba fue de un lado a otro con rapidez.

—Este proyecto iba a ser su Misión en la Vida y lo abandonó. ¿Te imaginas abandonar tu Misión en la Vida? Ha jurado que lo arreglará algún día, pero dudo que pueda hacerlo. Tiene demasiadas pocas piezas, es excesivamente pequeño y puede moverse por sí mismo. ¡Ni siquiera tiene un sitio para que se siente el operario! —concluyó con indignación.

—Encaja en la mano —comentó Mara, que se había agachado junto al invento.

—¿Ves a lo que me refiero?

—¿Para qué sirve?—se limitó a preguntar la muchacha.

El gnomo resopló desdeñoso.

—Se supone que detecta manantiales de agua, pero no funciona. Soy capaz de tolerar algunos comienzos fallidos, o estar al borde del fracaso, o alguna que otra explosión, o la pérdida de un miembro, pero esto...

—Entonces ¿no encuentra agua?

—No, sólo diamantes, esmeraldas, rubíes y otras piedras —repuso Aléjate con repugnancia, al tiempo que apartaba el ingenio de una patada.

Mara lo contempló con ansiedad, pero siguió caminando.

Recostado contra un paño que colgaba de la pared del túnel había un maniquí de tamaño humano, equipado con una especie de mochila.

—Esto es el Poderoso Tronador.

Mara examinó las tres boquillas conectadas a dos tanques y a lo que parecía la piedra de un yesquero. Cerca de la parte superior de la unidad había también el ya familiar bulto de uno de los sensores de Aléjate. Rozó con cautela una especie de aleta direccional, semejante a la de un pez, que sobresalía del Tronador.

—¿Cómo se apunta?—preguntó.

Aléjate soltó una risita indulgente.

—No es un arma; es un transporte individual de tropas.

Mara se lo puso sobre los hombros. Para estar hecho de metal, y sobre todo siendo un producto de fabricación gnomas, era sorprendentemente ligero.

—Muy impresionante —dijo. Se imaginó un ejército (dirigido por ella, naturalmente) precipitándose sobre escuadrones de draconianos y haciéndolos trizas—. ¿Cómo se pone en marcha?

—Con el simple roce de un arma de hierro —repuso Aléjate enorgullecido—. Utilizo en el ingenio una roca especial. ¿Tienes una daga?

Mara vaciló.

—Vamos, vamos —instó, impaciente, el gnomo—. Todos los ladrones tienen dagas.

Avergonzada, Mara le tendió un cuchillo de pelar que había cogido de la cocina de casa.

—Cuando lo acerque al sensor, el Poderoso Tronador se pondrá en marcha como un cohete. —Estiró los brazos y añadió con voz melancólica—: Bueno, adiós.

Mara, viendo que el cuchillo ondeaba y reparando con retraso en el énfasis de Aléjate al decir «cohete», se lanzó hacia adelante para apartarse del brazo extendido del gnomo. Con gran alivio por su parte, el Tronador no se activó.

—¿Qué quieres decir con «adiós»? ¿Esta cosa ha sido probada con anterioridad?—demandó.

—Por supuesto, y ampliamente. Echa un vistazo a ese cuarto.

El gnomo señaló a la izquierda, detrás del paño que Mara había dado por hecho que colgaba contra la pared del túnel.

La muchacha levantó la tela. Apilados desde el suelo hasta el techo estaban los brazos y piernas de los maniqués de prueba. No quedaba ningún torso.

—¿Alguna vez lo ha probado una persona viva?

—Por supuesto que no. ¿Por qué crees si no que...? ¡Ah, quieres decir por alguien que estuviera vivo cuando se hizo la prueba! Sí, una vez. —Aléjate adoptó un gesto solemne—. Pobre muchacho. Tan joven...

Mara se despojó del Tronador y, cosa digna de alabanza, apenas temblaba.

—¿Qué otras cosas tienes?

—Más ingenios de transporte. —La escoltó hasta lo que denominó «una variación de la gnomolanzadera»—. La llamo Portapulta.

La Portapulta consistía en dos gnomolanzaderas, ingeniosa e intrincadamente unidas por cables, cadenas y varias piezas de fino alambre, para los que Mara no consiguió imaginar propósito alguno.

Cada una de las gnomolanzaderas descansaba sobre seis ruedas en tres ejes. El eje delantero tenía un pivote incorporado que iba conectado al de la otra gnomolanzadera con una cadena.

Aléjate siguió la mirada desconcertada de Mara.

—Oh, son inseparables —se jactó—. Conectadas en estructura, función y detonador. La Portapulta se desmonta para transportarla —parecía que iba a desmoronarse en pedazos mientras el gnomo hablaba—, pero se vuelve a montar para la acción sincronizada. La Portapulta puede lanzar seis soldados de manera simultánea, arrojarlos decenas de metros por el aire... ¿No es maravillosa? —terminó con voz ronca mientras daba unas palmaditas afectuosas en una de las plataformas de lanzamiento. Ésta se disparó hacia arriba y la Portapulta giró lateralmente. Una plataforma idéntica de la segunda gnomolanzadera se disparó también hacia arriba y la unidad giró también lateralmente hacia la primera y ambas plataformas chocaron con un encontronazo que puso los pelos de punta a Aléjate y a Mara le dejó taponados los oídos.

—Tendré que examinar de nuevo ese disparador —masculló el gnomo, pensativo—. Y también, quizá, los trinquetes del gatillo.

Se acomodó en un estrecho asiento, detrás de una de las plataformas, y empezó a pedalear enérgicamente. La cadena de una rueda dentada imprimió un movimiento de rotación que hizo descender la plataforma; la otra hizo otro tanto, al mismo tiempo. Mara captó unos chasquidos casi imperceptibles a medida que las minúsculas uñas metálicas se enganchaban sobre las plataformas para mantener en su sitio las dobladas y tensas barras y el entramado de cables.

Ayudó al gnomo que, con sumo cuidado, puso las dos unidades juntas otra vez.

—Tiene una apariencia peligrosa —comentó la muchacha.

—Oh, sí —repuso, feliz, Aléjate, que la entendió mal—. Algún día tendrán una gran importancia estratégica.

—Pero todavía no —suspiró Mara—. ¿Hay algo útil aquí abajo?

—Sí, lo hay —contestó el gnomo, tras considerarlo un momento—. Una poderosa arma defensiva, diseñada para abrirse paso entre cualquier fuerza sitiadora. No estoy seguro de que deba dejarte verla...

—Por favor. —Mara casi había perdido la fe en la tecnología gnomo, pero ansiaba volver llevándose alguna cosa.

—De acuerdo. —Aléjate la condujo por varios giros, túnel abajo, hasta llegar a otro pasaje lateral. En medio del corredor había una lona encerada que tapaba algo del tamaño de un hombre agazapado.

—¿Por qué no está guardado esto en una habitación? —preguntó Mara.

—¿Meterse en una habitación con esto? —Aléjate se estremeció—. Sería demasiado peligroso. —Señaló las largas cuchilladas horizontales en las paredes del túnel, así como las marcas paralelas del suelo, cinceladas en la roca. Algunas eran recientes.

—¿De veras es tan peligrosa como dices? —Mara se sentía mucho más animada.

—Absolutamente. Se puede desviar una espada. Se puede rechazar una lanza. —Aléjate hizo una pausa para impresionar, algo nada fácil en un gnomo—. Pero no hay modo de que tu adversario luche contra la prodigiosa Hacha Mortal Flotante.

Retiró la lona que cubría el hacha.

A despecho de su desilusión, Mara sintió el apremio de reír al ver el hacha con forma de péndulo que se balanceaba de un armazón de tres extraños ventiladores de madera, similares a remos. Los ventiladores estaban acoplados a un mecanismo de carretes accionados por correas y elásticos.

—Buen diseño —dijo la muchacha por último—. Si es mortífero, lo disimula muy bien.

—¿Tú crees? —Aléjate lo miró de hito en hito—. A mí me parece igual que

cualquier otro diseño de armamento.

—¿Cómo funciona? No es mi intención ofender, pero parece pensado para amasar pan en una cocina de locos. ¿Qué hacen esos pequeños remos?

El gnomo alargó un dedo y los hizo girar con expresión afectuosa.

—Se llaman propulsores. Cuando están equilibrados, impulsan el ingenio.

Mara contempló desconcertada los propulsores, que no iban acoplados a ninguna rueda o rodillo.

—¿Cómo? —preguntó.

—En línea recta, si están ajustados adecuadamente.

—No, quiero decir que cómo lo mueven.

—Por el aire. Vuela.

Ahora Mara ya no pudo contener la carcajada.

—¿Y qué lo hace volar? —Vio un cordón que colgaba de uno de los carretes —. ¿Esto?

—Sí, pero sólo después de estar ajustado correctamente. Si quieres...

—Oh, no, déjalo —dijo Mara con gesto aburrido.

Aléjate se quedó muy abatido.

—Lo siento. —Mara suspiró—. No quise decir eso. Es sólo que... Había imaginado que regresaría llevando cosas maravillosas y que salvaría a mi gente y que conseguiría que Kalend se fijara en mí... —Contuvo las lágrimas. Las reinas de los ladrones no lloran.

Aléjate le dio unas palmaditas en el hombro mientras caminaban en silencio; eran dos seres con muy poco en común, salvo el hecho de que la vida no les iba muy bien a ninguno de ellos.

Regresaron al tragaluz por donde Mara había entrado. La muchacha se paró debajo del agujero cuadrado por el que penetraba la luz del día a través del humo y el vapor; se recostó contra la pared de piedra y contempló los inútiles inventos.

De alguna parte, muy lejos, arriba, llegó una explosión amortiguada. El túnel entero se sacudió y soltó polvo y telarañas. En algún otro lugar de allá arriba un enorme carillón empezó a repicar con frenesí, y lo siguieron alguna clase de trompeta, varios badajos, una sirena y numerosos silbatos.

Criaturas invisibles se soltaron del techo y aletearon de un lado a otro, dominadas por el pánico. Mara se tapó los oídos.

—¡Funciona! —chilló Aléjate rebosante de alegría.

—¿Qué? —Mara podía leerle los labios, pero resultaba difícil a causa de la barba.

—La alarma del perímetro. La coloqué alrededor de la cima de la montaña.

—Aléjate bailaba de contento—. Denuncia la presencia de merodeadores...

—Ya me doy cuenta.

—... localiza el punto de entrada, e incluso sella habitaciones y niveles. — Señaló la trampilla de piedra que se deslizaba lentamente sobre el tragaluz al

suelo del cráter. Entonces su semblante se tornó preocupado—. Me necesitarán allá arriba para desconectarlo. Probablemente estarán completamente sordos a estas alturas.

—¿Queeeeé?

—Nada. —Aléjate corrió presuroso hacia una gnomolanzadera, brincó con ímpetu sobre el cojín de carga útil repetidas veces y (cosa realmente sorprendente) salió lanzado con facilidad a través del tragaluz medio cerrado—. Volveré para accionar la palanca y sacarte de ahí...

La trampilla se deslizó por completo y se cerró con un golpe sordo. El sonido de campanas, silbatos, badajos y sirenas que repicaban allá arriba quedó amortiguado.

Mara alzó la vista, boquiabierta. Un ingenio gnomohabía funcionado como se suponía que debía hacer. Pero ¿cómo iba a salir ella ahora?

Examinó la palanca de la pared e intentó descubrir su relación con la trampilla. Se veía una cuerda floja que desaparecía en un agujero del techo del túnel; reparó en una barra que iba de la palanca a la viga voladiza, pero no alcanzaba a comprender cómo funcionaba.

Los ruidos de las alarmas cesaron de manera repentina. Aléjate o cualquier otro había hallado el modo de desconectarlas o, más probablemente, silenciarlas de forma accidental. Mara ya sabía bastante de los gnomos como para esperar que no hubiese heridos.

Sus oídos se ajustaron al súbito y casi total silencio; escuchó un suave zumbido (y goteo) de aparatos ventiladores en alguna parte y el continuo movimiento de invisibles criaturas voladoras. Y algo más: un roce susurrante, en alguno de los túneles laterales.

Parecían pisadas, pero era un ruido rasposo, no de botas ni tampoco de pies descalzos. Luego sonó el golpeteo de metal contra metal. No sonaba como nada gnomo, definitivamente. En aquel momento se le ocurrió a Mara que, en efecto, *algo* había hecho saltar las alarmas de Aléjate. Un ladrón *de verdad*... La muchacha se escondió en un nicho del muro.

Apareció una figura sombría que llevaba un yelmo con cresta de dragón.

—Éstas deben de ser las armas de las que hablaron los caballeros. ¡Deprisa, antes de que vuelva el gnomo! —siseó—. Coge lo que parezca útil y salgamos cuanto antes.

¡Era un draconiano! ¡Dos draconianos!

—¿Qué pasa con la chica a la que seguimos hasta aquí? —preguntó el otro draconiano.

A Mara se le cayó el alma a los pies. Volvió a escuchar la voz de Kalend diciendo: *Acamparán a nuestro alrededor y esperarán hasta que algo rompa las defensas... refuerzos o mejores armas...*

—Ha cumplido su cometido —repuso el capitán mientras se encogía de

hombros—. Si la ves, máatala y no pierdas tiempo.

Mara se apretó contra la pared de piedra, oculta en las sombras de cables e instrumentos colgados.

Otros cuatro draconianos avanzaban por el estrecho corredor lateral en dirección al túnel principal. Todos portaban enormes armas de aspecto mortífero. Sus alas llenaban el pasillo, tenían manos con garras y espantosos dientes afilados. Uno de ellos se dirigía directamente hacia donde estaba ella. Mara la Intrépida no pudo evitarlo. Soltó un quedo gemido.

Los draconianos la oyeron. Uno arremetió con la lanza. Aterrada, Mara se tiró al suelo; la lanza casi le abrió una raya en el pelo. Otro draconiano siseó y lanzó una cuchillada lateral con su espada. La muchacha se incorporó de un salto, eludió el arma y retrocedió un poco más. Una maza le rozó el hombro.

Empezó a correr y se encaminó hacia la claraboya buscando una vía de escape. « ¡Debería hacerles frente! —pensó, frenética. Pero una vocecilla interior le contestó—: Admítelo. No eres guerrera, ni siquiera ladrona. ¡Eres sólo una chiquilla estúpida!» .

Fue de pared a pared dando saltos al azar a fin de esquivar más armas que le eran arrojadas, y tropezó al pisar unos canastillos. Se detuvo. Uno de ellos tenía una etiqueta; en medio de la confusión de sílabas Mara reconoció la palabra *plaga*. Cogió el canastillo y se lo puso debajo del brazo. Si era el nuevo compuesto del pesticida se lo podía echar por encima y se volvería invisible. Empezó a abrir el cesto, pero se detuvo de pronto.

Si era el compuesto viejo, podría matarla.

Claro que, en ese caso, también podría arrojárselo a los draconianos que la perseguían y acabaría con ellos. Tiró de nuevo de la tapadera.

O, tal vez, los haría invisibles. Tuvo una fugaz visión de sí misma rodeada por draconianos invisibles. Arrojó el canastillo a un lado y echó a correr de nuevo.

Los draconianos la seguían de cerca cuando Mara llegó a la claraboya. Saltó para alcanzar la palanca de apertura y tiró de ella con todas sus fuerzas. La palanca gruñó al moverse... y bajó un contrapeso, que tiró de un cable, que hizo girar una rueda volante, que hizo rotar un eje, que dio vueltas a un tornillo sinfin, que enrolló la cuerda de tracción...

Que se rompió. Todo el sistema se paró en punto muerto, con la punta de la cuerda chasqueando inútilmente.

—Sería estupendo que, por una vez, un invento gnomo funcionara bien —masculló Mara entre dientes. Aquello le dio una idea.

Agarró la cuerda ondeante y se balanceó en ella dándose impulso con las piernas. Dio una patada en el techo y salió rebotada, dando giros, en dirección contraria, por encima de las cabezas de los sorprendidos draconianos. Uno de ellos levantó la lanza, pero no lo hizo con suficiente rapidez y apenas arañó a Mara.

La muchacha se soltó de la cuerda y aterrizó a bastante distancia de los desconcertados draconianos; echó a correr en la misma dirección por donde había venido. Sin embargo, tenía que asegurarse de que la siguieran. En la esquina del túnel recogió un puñado de oxidadas piezas de repuesto de viejos mecanismos y lo arrojó hacia donde se encontraban los draconianos. Un perno herrumbroso golpeó al capitán en su hocico de reptil.

—¡Tras ella! —aulló el oficial—. ¡Matadla!

—¿Deprisa o despacio? —preguntó uno de los subordinados.

—Deprisa —siseó. Una tuerca hexagonal chocó contra su yelmo—. Pero no demasiado.

Salieron a todo correr tras la muchacha, con las armas preparadas y las terribles mandíbulas abiertas. Mara huyó, pero se aseguró de que veían el camino que tomaba. La persiguieron con tranquila seguridad; al fin y al cabo, ¿qué podían temer de una chiquilla humana, desarmada e indefensa?

Los draconianos la alcanzaron de repente, al doblar una esquina. Mara estaba, aparentemente, paralizada de terror.

Él capitán draconiano la miró con malicia y bramó de manera innecesaria:

—¡Vamos a matarte!

—Si no tenéis otro remedio —replicó con más frialdad de la que en realidad sentía—. Pero sed rápidos.

El draconiano la contempló con una expresión de resentimiento mezclada con cierta admiración.

—¿No te damos miedo?

—¿Vosotros? Jamás. —Mara señaló el suelo—. Eso sí que me asusta. Puedo soportar cualquier cosa, salvo el Hacha Mortal Flotante —manifestó ansiosamente.

A un gesto del capitán, el draconiano que estaba delante la levantó.

—¿Esta cosa? —preguntó, riendo con incredulidad.

Mara se encogió sobre sí misma, al tiempo que retrocedía.

—No tires de esa cuerda, por favor. Suéltala...

El capitán le sonrió dejando a la vista una sorprendente cantidad de dientes afilados.

—Por supuesto, la soltaré. —Dejó el ingenio en el suelo, delante de la muchacha, e hizo una reverencia. Mientras se incorporaba tiró de la cuerda de arranque con un fulgurante movimiento y puso las aspas propulsoras en marcha. Observó el resultado con una risita maligna.

Los propulsores giraron e, increíblemente, el Hacha Mortal se alzó en el aire. A la par que se alejaba del suelo, la afilada hoja se columpió atrás y adelante con un ruido siseante. Se quedó suspendida, vaciló y después empezó a girar en círculo, lentamente. Mara observaba, boquiabierta, cómo la hoja del hacha cortaba un agujón que sobresalía del muro del túnel. Ahora el hacha se movía

con mayor rapidez y el círculo había ampliado el radio. Mara retrocedió un paso, nerviosa.

El Hacha Mortal chocó contra el techo y rebotó. La hoja cortó el yelmo y la cabeza de un soldado draconiano sin perder velocidad. El soldado se convirtió en piedra y se desplomó.

El capitán pronunció una orden, sucinta incluso para las voces de mando de los draconianos en un campo de batalla:

—¡Corred!

Mara obedeció, al igual que los otros soldados. El hacha abrió un surco en la pared donde la muchacha había estado un instante antes, giró sobre sí misma y alcanzó a otro draconiano en el pecho antes de remontarse para golpear contra el techo y volver a descender en medio de giros.

El draconiano herido, gritando de pánico, chocó de cabeza contra uno de sus compañeros. Ambos se derrumbaron en el suelo del túnel, inconscientes pero no muertos. Los otros dos restantes corrieron en pos de Mara, seguidos de cerca por la zumbante Hacha Mortal.

Mara no se había imaginado que los pesados draconianos pudieran correr tan deprisa; claro que también su propia velocidad la tenía sorprendida. En cierto momento, en un absurdo rebote contra una polea colgante, el Hacha Mortal giró en el suelo delante de la muchacha y luego salió disparada directamente hacia ella. Mara brincó hacia atrás, rodó entre las piernas del sorprendido draconiano que venía tras ella, y saltó lateralmente. El Hacha Mortal le cortó la cabeza al soldado, que se convirtió en piedra y se derrumbó en el mismo punto donde estaba. El capitán chilló de frustración. El Hacha Mortal, ahora detrás de él, daba media vuelta en dirección a ambos, y los dos echaron de nuevo a correr.

Perversamente, el hacha los persiguió en lugar de volver por donde había venido o girar en algún otro pasillo. Mara se preguntó si aquella no sería otra de las funciones de los sensores de Aléjate. También se preguntó durante cuánto tiempo mantendrían el mismo ritmo ella y el capitán; ella era una gran corredora, pero él tenía más resistencia. Si se cansaba o tropezaba... Apretó los dientes y continuó esquivando y corriendo.

Después de lo que le parecieron días, la muchacha creyó notar que el hacha empezaba a perder velocidad. Al cabo de un minuto estaba segura; el arma iba perdiendo ímpetu y giraba más despacio. Por último, con un crujido del mango y un revoloteo de propulsores, el Hacha Mortal cayó al suelo. Mara y el draconiano, jadeantes, se derrumbaron a continuación... separados entre sí por el largo de una lanza.

El draconiano se recobró primero. Se incorporó vacilante y buscó su espada, que había dejado caer al tirarse al suelo. El arma se encontraba ahora al alcance de Mara.

La muchacha se puso de pie con esfuerzo, recogió la pesada espada y por

poco no pierde el equilibrio. El draconiano se rió de ella y avanzó para quitarle el arma y matarla.

Mara escuchó un agitado roce en el túnel del techo, sobre sus cabezas, aunque no veía nada. Arremetió con la espada contra la pared del castillo y la golpeó al tiempo que gritaba con fuerza.

El aire se llenó repentinamente de un terrible escándalo y el aleteo de cientos de alas. El draconiano, desconcertado, agitó los brazos sobre su cabeza. Mara aferró con firmeza la espada e hizo acopio de energía.

El draconiano abrió las fauces y las chasqueó en el aire vacío, donde sonaban los ruidos; se escuchó un pequeño chillido que se interrumpió con brusquedad. Mara, sintiendo revuelto el estómago, inhaló hondo y arremetió con la espada.

Era demasiado pesada para ella, pero se las ingenió para alcanzar al capitán draconiano justo debajo de la rótula. Él soltó un rugido que espantó a todas las invisibles criaturas voladoras. Mara dejó caer la espada y retrocedió.

Con una mueca de dolor, el capitán bajó la vista a la rodilla. De la herida manaba sangre verde. Abrió la boca para gritarle a Mara, pero no le salieron más que gruñidos y espumarajos.

Mara se alejó a todo correr mientras pensaba para sus adentros: «Tendré un nuevo nombre. Mara la Guerrera... Mara, Reina de la Batalla...».

Una daga le pasó silbando entre el brazo y el costado. Mara, Reina de la Batalla, corrió como Mara la Liebre por la bifurcación izquierda del túnel. El draconiano se movía pesadamente detrás de ella y cojeaba de manera dolorosa.

Mara se coló dentro de una habitación. El capitán la encontró agazapada contra la pared opuesta y sosteniendo la pata astillada de una silla a guisa de arma. Al avanzar el draconiano, la muchacha la dejó caer y se apretó contra la pared, con el semblante convertido en una máscara de terror.

—Ya te tengo —dijo él lentamente, con satisfacción. Avanzó cojeando hacia el centro de la habitación, sonriente...

Mara dio unos ligeros golpecitos con el dedo en la pared. Los Amortiguadores se activaron. El draconiano perdió el equilibrio; los dos brazos estaban inmovilizados por las bolsas hinchadas y no le era posible alcanzar la espada, que había tirado cuando la primera bolsa se infló delante de sus narices. Asomó la cabeza entre los balones y miró frustrado a Mara, que se había encaramado a uno de ellos.

—¡Tú! —farfulló con rabia, fuera de sí—. Tú...

—A callar —ordenó Mara, que le quitó el yelmo y lo dejó inconsciente de un golpe.

Se oyó correr a alguien y, a poco, Aléjate apareció en la puerta.

—¿Te encuentras bien? —El gnomo jadeaba.

La muchacha se deslizó de lo alto del balón.

—Mara la Audaz siempre está bien.

—Estupendo. Cuando llegué al nivel superior creí que se trataba de una falsa alarma y bajé de nuevo. Entonces vi a los draconianos muertos y desmayados... —Hizo una pausa—. Estás sangrando.

Mara se miró con sorpresa el hombro.

—No es gran cosa. —Esbozó una mueca—. Di más que recibí.

—Ya lo veo —dijo, impresionado, Aléjate mientras miraba al inconsciente capitán—. ¿Iban tras mis armas?

Mara asintió en silencio. El gnomo, echando otro vistazo al aprisionado e inconsciente oficial, manifestó con actitud pensativa:

—Monte Noimporta no está en guerra con los draconianos. No osaremos matarlos y son demasiado peligrosos para cogerlos prisioneros. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

—Ya he pensado en ello. —Mara hizo una pausa para causar la impresión oportuna—. Déjalos que escapen.

Aléjate la miró con los ojos desorbitados.

—Pero, si escapan, se llevarán nuestras armas o proyectos para armas nuevas...

—Que es exactamente lo que te conviene que hagan —manifestó la muchacha.

Aléjate era ahora una rareza única en Monte Noimporta o en cualquier otro lugar: un gnomo mudo de estupefacción.

—Piénsalo —continuó Mara—. Los draconianos quieren las armas. Tú necesitas que esas armas se prueben. Ellos son soldados. ¿Quién mejor para someterlas a pruebas? —Como el gnomo todavía dudaba, añadió—: ¿Y un robo llevado a cabo por verdaderos guerreros no es una especie de convalidación de que tus armas son dignas de prueba? Podrás decirles eso a los miembros del comité y después pedir la mano de Cuidado.

Aléjate parpadeó.

—Pero ¿no tienes miedo de que utilicen estas... terribles armas contra tu gente?

Mara imaginó a las tropas draconianas haciendo funcionar las Portapultas en el campo de batalla.

—En verdad son armas terribles —dijo—, pero permitir que las tengan los draconianos hará que el combate sea más nivelado. Es una cuestión de honor..., algo a lo que los caballeros dan mucha importancia.

Aléjate le cogió la mano y se la estrechó con entusiasmo.

—Jamás conocí a un guerrero de tal integridad...

—Oh, yo no diría tanto.

—... y modestia, también. —Volvió la vista hacia el capitán draconiano inconsciente—. Los dejaré escapar con la Portapulta, el Hacha Mortal Flotante...

—Eh... me parece que no les va a gustar mucho el Hacha Mortal. ¿Por qué

no dejas que se lleven el Poderoso Tronador, en cambio?

—Eso es demasiado —protestó Aléjate—. ¿Es que no quieres llevarte tú nada?

—A veces —declaró Mara con tono noble—, hay mayor alegría en dar que en tomar. —De repente recordó algo—. Si no te importa, sólo cogeré el fallido buscador de manantiales.

—¿El que no encuentra agua? ¿Lo quieres?

—Sólo como un recuerdo. —Mara lo recogió del suelo.

—Eres asombrosa —manifestó el gnomo con lágrimas en los ojos—. Para ti, una simple baratija, en tanto que entregas a tus peores enemigos un armamento gnomo a gran escala.

Mara sonrió radiante mientras se guardaba el detector de piedras preciosas.

—En fin, así soy yo —dijo con humildad.

El Sitio Prometido

Dan Parkinson

Una vez, recientemente, esto fue una ciudad. Hacía sólo unos días hubo un castillo en el punto más alto de la colina. Desde las murallas almenadas se contemplaban las tierras en kilómetros a la redonda y en su patio amurallado se reunían multitudes.

Al pie de las almenas, extendiéndose hacia los campos, había existido una ciudad bulliciosa y animada: posadas y viviendas, comercios y mercados, tabernas, herrerías, graneros y pajares, puestos de tejedores y curtidores, música y ruido y vida.

Chaldis había sido una ciudad. Pero los ejércitos de los Dragones de la Reina Oscura habían llegado, y la ciudad dejó de ser ciudad. Donde antes se alzaban las almenas, ahora había escombros ennegrecidos y aplastados y debajo todo eran ruinas calcinadas y retorcidas. De Chaldis no quedaba nada. Sólo la calzada que había defendido seguía intacta y su superficie mostraba las huellas del reciente paso de los ejércitos. La gente que vivió aquí ya no estaba; algunos habían huido, otros estaban muertos y a otros se los habían llevado como esclavos. Donde antes pacían hatos de ganado, ahora sólo había pastos calcinados, y donde crecían cosechas, ahora eran campos asolados.

El silencio habitaba ahora aquí. Un silencio sombrío...

Sombras y silencio, roto únicamente por el lamento del viento.

Sin embargo, algo acechaba en el silencio. Y en las sombras se movían otras sombras pequeñas.

Entre los escombros sonaron voces apagadas:

—¿Qué clase de sitio éste? Todo hecho un asco.

—Los Altos estado aquí. Alguien atizarles a modo, creo.

—Esto recién quemado.

—¡Olvida quemado! Buscar algo para comer.

Y otro ruido, en alguna parte a la cabeza del grupo:

—¡Chist!

Un golpe y un repiqueteo metálico.

—¡Chist!

—Alguien caer.

—¡Chist!

—Alguien decir « chist» . Mejor callar.

Otro golpe y varios repiqueteos metálicos.

—¿Qué pasar?

—Alguien tropieza en otro alguien. Todos caer.

—¡CHIIIST!

—¿Qué?

—*¡Cerrar pico y callar boca!*

—Oh. Vale.

Las sombras, bruscamente acalladas, reanudaron la marcha; pequeñas figuras en una fila irregular, encaminándose entre piedras caídas y vigas abrasadas, abriéndose paso sigilosamente entre los escombros que en otros tiempos habían sido una ciudad. Durante varios minutos, avanzaron en silencio y después los susurros y los murmullos se reanudaron a medida que el efecto de la autoridad ejercida perdía fuerza.

—¿Parar y cavar? Puede que bonito material bajo estos cascajos.

—Olvida cavar. Necesitar primero comida. Busca algo que hacer estofado.

—¿Cómo qué?

—Quién sabe. Casi todo hacer estofado.

—¡Eh! Aquí algo... No, no, nada. Sólo muerto. Un Alto.

—Ratas.

—¿Qué?

—« Teñe» que haber ratas aquí. Ratas bien para estofado.

—Sigue busca.

—¡Auch! ¡Quita de mi pie!

Golpe. Repiqueteo.

—¡Chist!

—Alguien caer otra vez.

—*¡Chist!*

Eran peregrinos. Habían estado viajando desde hacía más tiempo del que ninguno de ellos era capaz de recordar, lo que no era demasiado, a menos que la cosa mereciera la pena de ser recordada; y viajar, por lo general, no lo merecía. Sólo era algo que hacían, algo que siempre habían hecho, algo que sus padres y sus antepasados habían hecho. Muy pocos de ellos tenían idea de por qué viajaban o por qué se dirigían —casi siempre— hacia el oeste.

Para los pocos que podían preguntarse de vez en cuando estas cosas, la respuesta era simple y extremadamente imprecisa: viajaban porque iban en busca del Sitio Prometido.

¿Dónde estaba el Sitio Prometido? Nadie tenía la más remota idea.

¿Por qué buscaban el Sitio Prometido? En realidad, tampoco eso lo sabía nadie. Hacía mucho tiempo, alguien —algún Gran Bulp, seguramente, pues casi siempre era un Gran Bulp el que iniciaba aventuras inexplicables— tuvo la idea de que había un Sitio Prometido, hacia el oeste, y que hallarlo era su destino. Eso habría sido generaciones atrás, un período inimaginable para una gente que sólo distingue dos días que no sean hoy: ayer y mañana. Pero, una vez iniciado el peregrinaje, éste continuó y continuó.

Tal es la naturaleza de los aghars, la raza a la que casi todo el mundo llama enanos gullys. Uno de sus instintos más desarrollado es la simple inercia.

El tamaño y la forma del grupo cambiaban constantemente a medida que se abría paso entre las ruinas de la ciudad, si bien tendía a dirigirse hacia el centro. Aquí y allí, de vez en cuando, de uno en uno, de tres en tres o de cinco en cinco, algunos fueron perdiendo interés en la marcha y se apartaron para realizar exploraciones paralelas, buscando y mirando boquiabiertos, y reuniéndose, por lo general, con el grupo principal en algún momento, más adelante.

No había modo de saber si regresaban todos. Ninguno de ellos tenía una idea real de cuantos eran, salvo que eran más de dos: un montón más de dos. Puede que cincuenta veces dos, aunque tales conceptos escapaban a la comprensión del más despierto de ellos. Números superiores a dos casi nunca eran considerados merecedores de prestarles atención.

De manera gradual, el grupo disperso convergió en las zonas más altas de la ciudad en ruinas. Aquí las piedras de los edificios derruidos eran más grandes: bloques inmensos, oscurecidos por el humo, tumbados oblicuamente unos contra otros de manera que creaban túneles y acequias techados con escombros. Aquí encontraron más muertos, humanos y animales, cadáveres mutilados, desnudos y quemados, el brutal residuo de la batalla. Los rodearon cautelosos, a cierta distancia, con los ojos muy abiertos por el miedo. Aquí había ocurrido algo espantoso y el horror flotaba en el ambiente casi tan tangible como una mortaja.

En un lugar donde un muro lateral se había desmoronado, algunos de ellos hicieron un alto para contemplar un revoltijo de enormes tabloncillos reforzados con hierro que, tal vez, en el pasado había sido un artilugio gigantesco, pero que ahora sólo era un despojo hecho añicos. Estaba caído como si se hubiese precipitado desde una gran altura, con sus diferentes partes desparramadas. Sin tener la más remota idea de lo que podría ser, casi todos pasaron de largo sin detenerse. Uno, sin embargo, se quedó allí y caminó alrededor de la cosa enorme, con el entrecejo fruncido en un gesto pensativo.

Se llamaba Cuño y un vago recuerdo lo importunaba mientras sus ojos seguían las dimensiones de la cosa caída. Había visto algo parecido con anterioridad... en alguna parte. Dándose tirones del labio, Cuño la rodeó hasta completar el círculo. Otros cuantos se le habían unido ahora; habían reparado en

la curiosidad que el objeto despertaba en él y regresaron, sintiéndose también curiosos.

—Tener un brazo —masculló, al tiempo que bizqueaba por el esfuerzo de encontrarle explicación a la colocación de una enorme viga que sobresalía del ingenio. Dentro de la propia estructura, la viga estaba unida a una especie de tambor grande de madera, con una gruesa soga atada alrededor y un juego de engranajes enormes en su eje—. Lanza-cosa —dijo, empezando a recordar.

Era parecida a algo que había visto desde lejos, en lo alto de una estructura humana por la que su gente había pasado dando un rodeo hacía mucho tiempo, en el viaje. La recordaba porque había visto a los Altos manejarla y se había quedado impresionado. Era una torre de madera encima de otra torre, y un montón de humanos, los Altos, estaban agrupados en torno a ella y giraban despacio una manivela de manera que el enorme brazo extendido se volvió hacia atrás y después, con brusquedad, se había soltado. Hizo un ruido semejante a un trueno lejano y la cosa que salió volando del ingenio tenía un gran tamaño y había derribado un árbol.

—«Eslo» —decidió—. Una de ésas. Lanza-cosa.

Varios gullys se habían reunido a su alrededor.

—¿De qué hablar, Cuño? —preguntó uno.

—Esta cosa —señaló Cuño—. Esto una lanza-cosa. Arroja material.

—¿Por qué? —quiso saber otro.

—No sé. Pero hace. Arroja cosa grande, tira árbol suelo.

—Ya sé. «Calapulta».

—No. Eso una otra cosa. Ésta llama eh... disco... disco... algo.

—Vale. —Perdido el interés, algunos volvieron a deambular por los alrededores, si bien Cuño y otros dos permanecieron un poco más, caminando cautelosos y asombrados entre los destrozados restos del artilugio. Uno era un anciano de barba blanca, llamado Gandy, que tenía de vez en cuando destellos de razonamiento lúcido y actuaba como Gran Opinante para los distintos clanes. La otra era una joven gully, llamada Mina.

Cuño sentía una vaga alegría porque Mina estuviera interesada en lo mismo que le interesaba a él. Su presencia le resultaba agradable. Sus ojos se posaron en una chuchería, una piedra reluciente que había entre los escombros; la recogió y se la tendió a la joven gully.

—Ten —dijo con timidez—, cosa bonita para Mina.

Treparon entre los retorcidos restos del lanzadiscos; Cuño ayudo a Mina a pasar sobre un tablón roto y después se volvió y tropezó con el viejo Gandy. El Gran Opinante estaba de rodillas, mirando fijamente algo, y Cuño topó con él y se fue de bruces al suelo manchado de hollín.

Sin apenas percatarse de su presencia, Gandy barrió con la mano una vaga forma del suelo.

—Aquí algo. ¿Qué esto?

Cuño se acercó gateando y Mina se asomó sobre su hombro. El objeto era un gran disco de hierro con dientes aserrados por todo el borde de su circunferencia, salvo una parte que había sido despuntada y doblada.

—Eso, disco —dijo Cuño—. Es lo que lanza-cosa lanzar. Tirar árboles como éstos.

—Tirar algo, sí —decidió Gandy mientras examinaba el borde embotado. El disco había golpeado algo muy sólido, muy duro. Lo frotó otra vez y observó las manchas oscuras de su superficie. Había otras manchas en el resquebrajado suelo, cerca, como si se hubiese coagulado sangre. Rascó una mancha con la uña y después se chupó el dedo. Frunció el entrecejo y escupió; no era ningún tipo de sangre conocida por él.

No obstante, le recordó el propósito principal del momento. Se puso de pie y golpeó con la punta del destartalado mango de escoba que llevaba.

—Basta mirar material —proclamó—. Buscar comida primero. Vamos.

Obedientemente lo siguieron y se alejaron de la máquina de guerra; después se pararon y miraron en derredor.

—¿Dónde ir todo mundo? —se preguntó Cuño.

—Por ahí, algún sitio. —Gandy se encogió de hombros—. No ir muy lejos siguiendo Gran Bulp. Fallo no mover de prisa.

Desde el punto donde estaban partía una docena de túneles y aberturas entre los escombros, en distintas direcciones. Tras elegir uno al azar, el viejo Gandy echó a andar con Cuño y Mina pisándole los talones.

—Ahora mirar bien —ordenó.

—¿Mirar... qué?

—¿Cómo?

—¿Tú hacer truco o algo?

—¡No! Mirar por comida. Hay que encontrar material para guisado.

El túnel en el que estaban era un pasadizo largo y sinuoso creado por los huecos entre las piedras de edificios que habían caído unos sobre otros. Al cabo de unos pocos minutos, Cuño preguntó:

—¿Qué clase comida Gran Opinante espera encontrar aquí?

—No decir —contestó Mina.

Un poco más adelante, Gandy se volvió y adoptó un gesto ceñudo.

—Cualquiera clase comida —espetó—. Seguir mirando. Si mueve algo, seguro que bueno para guisado.

—Vale. —Cuño se adelantó y se puso al frente del grupo.

Habían avanzado sólo unos cuantos pasos cuando Cuño, cuyos jóvenes ojos recorrían el entorno muy alerta, captaron un movimiento.

Era algo que sobresalía de una grieta entre unas piedras caídas y después se curvaba hacia abajo. Tenía forma ahusada y era tan largo como su brazo. De un

color verdoso oscuro, pasaba casi inadvertido con los apagados tonos jaspeados de los escombros que lo rodeaban. Pero cuando los ojos de Cuño pasaron sobre aquello, la cosa se agitó.

Cuño se paró, y los otros chocaron contra él. El viejo Gandy se tambaleó un momento y luego recobró el equilibrio. Mina se agarró a Cuño, apretándose contra él, y su cercanía logró distraer por completo al joven gully, quien decidió en ese mismo instante que, por su parte, Mina podía toparse con él cada vez que quisiera.

—¿Por qué frena Cuño?—instó Gandy—. Casi caer yo.

—Vale —musitó el joven gully, sin prestar la menor atención al anciano—. «Ta» bien.

—¡No bien! —chilló Gandy—. Supone nosotros estar buscando comida, no haciendo tonto. ¡Tú! —Azuzó a Mina con el mango de la escoba—. «Solta». Cuño. ¡Basta tontunas!

—Oh. —Mina se retiró y se encogió de hombros—. Vale.

Con un suspiro, Cuño se volvió para reemprender la marcha y entonces volvió a ver la cosa que le había llamado antes la atención. La cosa que se agitaba. La señaló.

—¿Qué eso? ¿Quizá comida?

Se aproximaron un poco más, y Gandy se inclinó para observarla más cerca. La cosa salía a través de una pequeña grieta de los escombros. Aunque no era fácil de precisar con la luz mortecina, parecía ser redonda y ahusada, con una pequeña cresta afilada corriendo a lo largo de la parte superior, y de color verde oscuro. Mientras estaban observándola, se agitó de nuevo.

Retrocedieron a trompicones, desconfiados.

—¿Qué es?—preguntó Cuño.

—No sé. —Gandy la miró otra vez, atentamente—. ¿Quizá media culebra?

—Quizá. —Cuño se acercó cauteloso, extendió el brazo, dio unos empujoncitos con el dedo a la cosa y luego se apartó de un brinco. Al tocarla, había hecho algo más que agitarse: como si fuera la cola de una inmensa rata, se meció a un lado y a otro. Por lo demás, parecía inofensiva. Hubiera lo que hubiese al otro extremo, esta punta no tenía dientes ni garras.

—¿Esto comida?—preguntó Cuño al Gran Opinante.

—Puede —decidió Gandy—. Culebra buena para guisado, si no amarga. Comprueba.

—¿Qué?

—*Pruébala*. Ver si amarga.

De mala gana, Cuño se acercó de nuevo a la cosa y la agarró con las dos manos. Se retorció entre sus dedos; fuera lo que fuese, tenía mucha fuerza. Pero él aguantó y, cuando la cosa pareció calmarse un poco, agachó la cabeza, abrió la boca y mordió con todas sus fuerzas.

Bruscamente, la cosa ondeó y se sacudió. Cuño fue lanzado contra la pared opuesta del túnel, y, como si surgiera de las propias piedras, un inmenso rugido de rabia vibró en el aire.

Cuño se incorporó al mismo tiempo que el Gran Opinante se le echaba encima, corriendo como si en ello le fuera la vida y seguido de cerca por Mina. Ambos chocaron con Cuño y los tres se fueron de bruces y rodaron por el resquebrajado suelo en un revoltijo de brazos, piernas y ahogadas maldiciones.

Apenas acababan de frenarse cuando otros —muchos, muchos otros— se amontonaron sobre ellos y a su alrededor. El grupo principal, conducido por el Gran Bulp Fallo I en persona, salía de una bifurcación cuando sonó el rugido que desató el pánico general. Un instante después, había enanos gullys topando y cayendo a lo largo del túnel y un enorme montón de ellos apilados en la convergencia donde Fallo I y todos cuantos lo seguían habían tropezado con el trío que rodaba por el suelo.

Pasaron varios minutos hasta que todo el mundo estuvo desenredado de los demás, y Cuño, debajo de toda la pila, se sintió profundamente satisfecho de estar enredado con Mina hasta que alzó la vista y se encontró con el semblante furibundo de su señor y cabecilla, Fallo I, Gran Bulp por Persuasión y Señor Protector de Este Sitio y Cualquier Otro Sitio que Diga.

Fallo miró ferozmente a los tres mientras se levantaban.

—¡Gandy! ¿Qué pasar aquí?

—No sé —gruñó el Gran Opinante—. Todo mundo subido encima mí. ¿Cómo saber qué pasa si no poder ver nada?

—Oírse ruido grande —insistió el Gran Bulp—. ¿Hacerlo tú?

—Yo no. —Gandy sacudió la cabeza y señaló a Cuño con el palo de la escoba, en un gesto acusador—. Culpa suya. Él hacer.

—¿Hacer qué?

—Mordisco culebra.

Comprendiendo que era mejor explicarse, Cuño señaló al fondo del pasadizo.

—Algo asomar por allí. Como media culebra. Probar para ver si amarga.

El Gran Bulp estrechó los ojos y observó la cosa que se retorció.

—¿Ser culebra? —preguntó.

El rugido se había apagado en ecos resonantes y había dado paso a un furioso sonido siseante que parecía llegar de todas partes y de ninguna en particular.

—Ahora parece. Sonar igual —opinó Cuño.

Con cautela, los clanes bulps se reunieron en torno a la cosa verde que sobresalía de los escombros. Fallo la examinó con detenimiento, primero por un lado, después por el otro, y luego hizo un gesto con la mano.

—Sopapo, ven aquí. Traer « isturmento atizador ».

Un enano gully achaparrado, de hombros anchos, se adelantó vacilante. Sobre el hombro llevaba un pesado palo de unos noventa centímetros de largo.

Fallo señaló la cosa cimbreante.

—Sopapo, atiza culebra.

Sopapo no parecía muy convencido, pero hizo lo que le mandaban. Levantó el palo sobre su cabeza y lo descargó con toda su fuerza sobre la cosa que se retorció. En esta ocasión el rugido que salió de alguna parte, más allá de las piedras desprendidas, fue un grito de pura indignación. Las rocas temblaron y chirriaron, el polvo se desprendió de las grietas y todo el muro de piedras desplomadas empezó a moverse. La cimbreante cosa verde desapareció bajo los escombros y las enormes sacudidas al otro lado hicieron saltar por el aire fragmentos de roca. Por doquier, los cascotes se levantaban y se hundían, taponando grietas y túneles de salida.

Mientras los enanos gullys se desparramaban en todas direcciones, tropezando y cayendo unos sobre otros, toda la pared de escombros se resquebrajó y, a través del polvo que empezaba a posarse, asomó una cara escamosa de mirada furibunda. Unos ojos verdes, tan brillantes como esmeraldas y estrechados en meras rendijas, relucieron coléricos, y unas fauces del tamaño de una mina de sal se abrieron y dejaron a la vista hileras de dientes afilados y goteantes. La cresta escamosa que coronaba la cabeza se encrespó y el cuello se arqueó para atacar. Entonces los ojos esmeraldas se agrandaron ligeramente y la boca se cerró con una mueca.

—Enanos gullys —siseó Verden Brillo de Hoja con un ribete de dolor y desprecio—. Sólo enanos gullys.

Durante un tiempo, la hembra de dragón se limitó a hacer caso omiso de ellos. Sus súplicas pidiendo clemencia, el olor de su miedo, los montones de criaturas acurrucadas de pánico aquí y allí, en las sombras, le resultaba débilmente placentero, como un apagado soniquete de fondo, en cierta forma tranquilizante.

Un hatajo de gullys. No podían hacerle daño alguno a ella, una poderosa hembra de dragón. Tampoco podían escapar, ya que todas las salidas a las que tenían acceso estaban taponadas con escombros y por el momento, decidió, no merecían el esfuerzo de aplastarlos. Por consiguiente, no les hizo caso y en cambio se concentró en sus heridas. La humillación de que le hubieran mordido y golpeado la punta de la cola la sacaba de quicio, pero ya se encargaría de los malhechores más tarde, cuando hubiese recobrado fuerzas. Estaban atrapados entre los escombros, con ella. No tenían escapatoria.

El disco de filo aserrado le había desgarrado el cuerpo, y se había desplomado entre los escombros. En la oscuridad del castillo derruido, casi enterrada entre cascotes, había quedado tumbada, sangrando, mientras los ejércitos de la Reina de los Dragones pasaban de largo; pasaban de largo

dejándola atrás, pensó amargamente. Nunca se lo perdonaría a Fuego Garra Candente. El inmenso y arrogante dragón rojo, con su preocupado jinete humano, sabía que estaba allí. En su mente había resonado con claridad su voz de dragón, reprendiéndole y lanzándole pullas.

El ala izquierda colgaba inutilizada a un costado, la garra delantera izquierda estaba terriblemente lisiada y había tenido que emplearse a fondo para cerrar el tajo abierto en la base de su cuello mediante hechizos y pura concentración. Sólo esa herida habría sido suficiente para matarla si sus poderes hubiesen sido menores.

Con todo, la curación era lenta, dolorosa e incompleta. Al desgarrar las escamas de su pecho, el disco había cortado también su frasco de poción, oculto bajo las escamas, y había arrastrado a su paso la preciada piedra-alma, escondida allí. Había desaparecido, en alguna parte entre los escombros, y sin ella la poderosa hembra de dragón verde carecía de la magia necesaria para recomponer las partes de su cuerpo lisiadas. El poder definitivo de curación estaba fuera de su alcance sin su piedra-alma.

Enfocando toda su concentración en las zonas dañadas, hizo acopio de la fuerza que le restaba y la aplicó en la curación. Cuando el esfuerzo la agotó, se quedó dormida.

Cuando el ciego pánico inicial empezó a disminuir, reemplazado por un simple temor y pismo, los súbditos de Fallo I, Gran Bulp por Persuasión y Señor Protector de Este Sitio, etc., etc., se volvieron hacia su líder en busca de consejo. Aunque, claro está, primero tenían que encontrarlo. Al primer atisbo de la aparición que había surgido entre los tambaleantes escombros, Fallo había salido disparado entre las primeras filas de sus súbditos, gateando por encima y por debajo de varias hileras más de gullys aterrorizados, y por último se encajó en una grieta, detrás de todos ellos. Sacarlo de allí fue una tarea cuya dificultad se incrementó por el hecho de que no quería salir.

Finalmente, sin embargo, se encontró entre ellos, mirando alelado la enorme y verde cabeza durmiente de la cosa que estaba en el agujero, a sólo unos cuantos pasos de distancia.

—¿Qué...? —Se atragantó, tosió y lo intentó de nuevo—. ¿Qué..., qué esa cosa?

La mayoría de sus súbditos lo miraron con desconcierto. Algunos se encogieron de hombros y otros sacudieron la cabeza.

—Eso no culebra —informó Cuño a su cabecilla—. Tampoco material para estofado.

Envalentonado con la reaparición del Gran Bulp, el viejo Gandy, el Gran Opinante, dio uno o dos pasos cautelosos hacia la cosa dormida y levantó el palo

de la escoba como si fuera a golpearla. Pero cambió de opinión, bajó el palo y se apoyó en él mientras estrechaba los ojos.

—¿Dragón? —se preguntó—. Puede. ¿Alguien aquí ver dragón alguna vez?

Nadie recordaba haber visto un dragón, y casi todos estaban seguros de que se acordarían si lo hubiesen visto.

Entonces Cuño tuvo una idea brillante.

—Dragones tener alas —declaró, y añadió con gesto vacilante—: ¿Verdad?

—Verdad —se mostró de acuerdo Gandy—. Dragones tener alas. ¿Esa cosa las tiene?

Varios gullys se acercaron cautelosos e intentaron asomarse al agujero, alrededor de la enorme cabeza, para atisbar lo que había detrás. Pero la mortecina luz que se filtraba por arriba no llegaba al orificio, donde solo había oscuridad. Les era imposible ver si la criatura tenía alas o no.

—Traer alguien vela —ordenó Fallo I—. Gran Bulp comprueba.

Con miradas de sorpresa y admiración ante tan inesperada muestra de coraje, varios gullys sacaron de los bolsillos trozos de velas rotas y alguno incluso se las ingenió para encender una y se la tendió a Fallo. El Gran Bulp la sostuvo en alto, se puso de puntillas y atisbó el oscuro agujero. Después sacudió la cabeza y entregó la vela a Cuño, que daba la casualidad de encontrarse cerca.

—No ver nada —dijo—. Cuño, ir a ver.

Cogido por sorpresa, el joven gully miró el trozo de vela que le había puesto en la mano y luego sus ojos fueron a los feroces rasgos de la dormida criatura del agujero. Se puso pálido, tragó saliva y empezó a sacudir la cabeza, pero entonces vio a Mina entre la muchedumbre. Ella lo contemplaba con un brillo en los ojos que debía de ser algo más que el reflejo de la llama de la vela.

Cuño hizo una inhalación temblorosa a fin de cobrar ánimos.

—Porras —masculló—. Vale.

La enorme y verde cabeza casi tapaba el agujero de la pared de escombros. Mientras Cuño se deslizaba por un lado, con la espalda pegada contra las piedras, si hubiese alargado el brazo habría podido tocar una de las ventanas del hocico, las afiladas puntas de los dientes gigantescos que asomaban entre las fauces, el brillante párpado. El abanico erizado de la elegante cresta de la criatura se alzaba sobre él a medida que descendía sigiloso, bordeando el largo y esbelto cuello, que tenía una anchura igual a la altura de Cuño, y parecía prolongarse indefinidamente, hasta perderse en la oscuridad.

—Cuño muy valiente —susurró Mina mientras lo observaban avanzar. En un gesto mecánico, su mano fue a la bolsita colgada del cinturón y agarró la bonita chuchería que el joven gully le había regalado. Sus dedos la acariciaron, y la inmensa criatura durmiente rebulló un poco y después se sumió de nuevo en un sueño profundo.

—No valiente —rectificó Gandy—. Sólo tonto. Gran Bulp hace que Cuño

muerto, seguro.

Entretanto, el joven gully se deslizaba entre los destrozados escombros, a escasos centímetros del gran cuello verde que casi taponaba el túnel. Una vez que hubo pasado la capa de cascotes, sostuvo la vela en alto. El sitio donde se encontraba era una especie de caverna, bajo la pendiente de la destrozada colina que se encumbraba sobre sus cabezas. Apenas había luz, olía a humedad y el inmenso corpachón verde de la criatura casi llenaba la cavidad.

En el punto donde el cuello se unía al enorme cuerpo, Cuño atisbo unas feas heridas en las escamas. Las contempló pasmado y luego sus ojos fueron más allá y se abrieron de forma desmesurada. La cosa, en verdad, era gigantesca. Unas patas como pilares escamosos descansaban bajo el lomo macizo y terminaban en «manos» con garras tan grandes como él... o más. El hombro más cercano a Cuño tenía otra fea herida y la mano correspondiente estaba aplastada, como si casi hubiese sido rebanada.

El gully alzó los ojos y los estrechó para escudriñar con la débil luz de la vela. Por encima de la cosa, en el lado opuesto, había una ala grande doblada. Más cerca, otra ala aparecía extendida en un ángulo raro y mostraba otra herida abierta.

—Esta cosa en mal estado —musitó para sí mismo Cuño—. Muy zurrada.

El corpachón se encumbraba sobre él y la cresta se perdía en las sombras, allá arriba. Más atrás, el cuerpo se ensanchaba bruscamente y Cuño comprendió que lo que veía era una pata..., una pata enorme, doblada en una postura de descanso. Debajo de ella asomaban los dedos de una garra con uñas tan largas como su brazo. Por detrás aparecía la punta de una larga cola. Cuño reconoció el apéndice. Era lo que había mordido, cuando creía que podía ser la mitad de una culebra. El recuerdo le hizo temblar las rodillas y estuvo a punto de irse al suelo.

Los nervios del joven gully habían llegado a su límite. Había visto más que suficiente. Inició el regreso.

Justo cuando pasaba a su lado, el ojo más cercano se abrió un par de centímetros y la pupila vertical se clavó en él. Con un aullido, Cuño salió disparado por el agujero y rebotó contra media docena de curiosos enanos gullys, que rodaron como bolos por el suelo. Detrás, el enorme párpado se agitó con menosprecio y se volvió a cerrar.

Al tiempo que Cuño se ponía de pie, Fallo se acercó a él.

—¿Bien?

—¿Bien qué?

—Bien... —Fallo vaciló desconcertado mientras intentaba recordar qué había mandado hacer a Cuño.

—¿Tiene alas esa cosa? —inquirió Gandy con voz áspera.

—Oh, sí, tiene alas. Y garras y cola y tajos también. —Recogió la vela que se le había caído y se la devolvió a Fallo—. Si Gran Bulp quiere ver más, Gran Bulp

ir él y mirar. Yo ver bastante.

—¿Tajos?—Gandy parpadeó—. ¿Qué clase de tajos?

—Ese dragón todo lleno rajás —le explicó Cuño—. Alguien herirlo muy mucho.

Mina se acercó a él y contempló compasiva la espantosa faz del dragón verde dormido a unos cuantos pasos de distancia.

—Pobre cosa —dijo.

Mientras hablaba, los ojos de la criatura se abrieron unas rendijas y después se cerraron de nuevo. Se movió un poco, suspiró y pareció tranquilizarse, como si el dolor de las heridas se hubiese calmado algo.

Durante la hora siguiente, los gullys buscaron una salida para huir de la trampa de escombros. No encontraron ninguna; al menos, ninguna que no los obligara a pasar junto a la hembra de dragón. Las previas sacudidas de la bestia en su cubil habían cambiado la posición de las piedras derrumbadas, de manera que habían taponado cualquier paso. Uno tras otro, los exploradores se dieron por vencidos, se encogieron de hombros y se reunieron en un apretado grupo, tan lejos del dragón como les era posible.

Cuando resultó evidente que estaban atrapados sin remedio, Sopapo preguntó, a nadie en particular:

—¿Y ahora qué?

Gandy se rascó la cabeza y se apoyó en el palo de la escoba.

—No sé —manifestó—. Mejor preguntar a « como-se-llame » .

—¿Quién?

—« Como-se-llame », el Gran Bulp. —Se dio media vuelta—. Gran Bulp, ¿qué hacer nosotros ahora? —Escudriñó la penumbra a su alrededor—. ¿Gran Bulp? ¿Dónde Gran Bulp?

Les llevó varios minutos encontrarlo. Sin nada mejor que hacer, Fallo se había enroscado junto a una roca y se había quedado profundamente dormido.

Todos dormían cuando Verden Brillo de Hoja despertó... y vio enanos gullys por doquier, repartidos en grupos apiñados por el sombrío nicho, y roncando la mayoría de ellos. En un solo vistazo contó más de sesenta individuos que estaban a la vista, y sabía que había más tras las rocas, en las sombras, y debajo o detrás de las pilas de durmientes. Uno de ellos, incluso, se había colado en su cubil, creyendo que estaba dormida y no se daría cuenta. Pero la pequeña criatura se había limitado a mirar en derredor y enseguida había regresado con los otros.

Su primer impulso fue exterminarlos, sencillamente. Pero luego tuvo una idea mejor. Tal vez le fueran útiles, si los conservaba con vida durante un tiempo... y si lograba que la obedecieran.

Enanos gullys. Su desprecio por ellos era incluso mayor que el que sentían las

demás razas por los aghars. Como buen dragón que se precie, detestaba a todas las otras etnias, y estas criaturas eran, indiscutiblemente, las más despreciables entre las despreciables. Incluso comparada con la inteligencia de humanos, enanos y otros seres semejantes, la mentalidad de los enanos gullys era tan increíblemente simple que bordeaba la imbecilidad. Y, comparada con la inteligencia de un dragón, era menos que nada.

Aun así, estas patéticas criaturas tenían ciertos instintos que podrían resultar útiles. Eran excelentes recolectores, aficionados a explorar sitios cuya existencia otros ni siquiera conocían. Y eran buenos encontrando cosas, siempre y cuando consiguieran concentrar su atención en ello durante un rato.

Aquí, en alguna parte, entre los cascotes de la ciudad destruida de Chaldis, estaba su piedra-alma. Mientras dormía había sentido su presencia. Con su piedra-alma se curaría por completo. Convenientemente motivados, los enanos gullys podrían encontrar y traerle la piedra-alma.

Cerró los ojos y pensó en un hechizo; sus sentidos de dragón captaron el inicio de pequeños movimientos entre los escombros de la caverna derrumbada, donde los gullys estaban atrapados: sonidos tenues, sigilosos; atisbos de movimiento, más producto de la vibración en las piedras que de un ruido real. Se concentró en el conjuro, y los movimientos insinuados se incrementaron en número y volumen. La hembra de dragón añadió otra dimensión al hechizo, y pudo percibir otros movimientos; movimientos deslizantes, reptantes, que parecían venir de la tierra que había sobre el cubil.

Las vibraciones se convirtieron en sonido real, y ciertas cosas se abrieron paso en las sombras más profundas de la cámara. De grietas y hendeduras emergieron pequeñas cosas y fueron hacia ella. Ratas y ratones, alguna que otra ardilla, un conejo o una liebre... salieron por docenas, respondiendo a la llamada de su hechizo.

Por un instante pareció que el lugar estaba lleno de roedores que corrían por entre los montones de enanos gullys dormidos y después se encontraron todos directamente frente a ella. Moviéndose con cuidado, haciendo caso omiso del dolor de sus heridas, arremetió con la garra derecha; las uñas descendieron cortantes, y un gran número de roedores cayeron muertos. Valiéndose de la cola, rascó el techo de su cubil y extrajo las hierbas y raíces que colgaban de la tierra, atraídas hacia abajo por su magia. Las empujó hasta la pata trasera y de ésta a la delantera, y las depositó delante del agujero, junto a los roedores muertos. Un último toque al conjuro, y las rocas se movieron arriba, en alguna parte. Segundos más tarde, el agua empezó a filtrarse por el techo de escombros, y un pequeño manantial fluyó a través de la cámara. Una hoguera chisporroteante apareció en medio de la cueva.

—Despertad, criaturas detestables —retumbó Verden Brillo de Hoja—. Despertad y preparad el guisado. No me serviréis de nada si os morís de hambre.

—Claro. Nosotros encuentra cosa para ti. No problema. ¿Qué cosa es? —Fallo contuvo un eructo y esbozó una sonrisa animosa al semblante monstruoso que lo contemplaba desde el agujero.

Cuando la primera impresión que significaba compartir una cueva obstruida por escombros con un dragón hubo perdido fuerza, y cuando resultó evidente que el monstruo no tenía intención de matarlos y comérselos —al menos de momento—, el clan había puesto manos a la obra. Lo primero era lo primero. Tenían hambre y había comida.

En cuestión de minutos, un sabroso guisado se cocía dentro de su mejor puchero encima de lo que, para algunas señoras especialmente, era la lumbre más sorprendente que habían visto nunca. Parecía que el fuego ardía sin combustible; y ni falta que le hacía. Ninguna de ellas había visto jamás que un guisado estuviera a punto tan pronto.

Después, cuando los estómagos estuvieron llenos, la hembra de dragón les explicó lo que quería. A despecho de su gran tamaño y horrenda apariencia, parecía ser un dragón bastante agradable. Su voz era queda y confortante, sus palabras lo bastante simples como para que la mayoría las entendiera, e incluso se las arregló para simular alguna que otra sonrisa. Unos cuantos gullys descubrieron —sin considerar siquiera la posibilidad de que la magia tuviera algo que ver en el asunto— que estaban encariñados con la pobrecita Verden Brillo de Hoja.

—Lo que necesito es una cosa pequeña —le respondió al Gran Bulp—. Es una especie de piedra, de este tamaño, más o menos... —Una «mano» enorme, de tres dedos y con garras de sesenta centímetros de largo, apareció junto al rostro verde; dos de las uñas señalaban una medida: unos cuatro centímetros.

—Mucha cantidad piedras por aquí —comentó Fallo dubitativo mientras echaba un vistazo alrededor de la caverna—. Pero muchas más fuera. Mejor buscar fuera de aquí.

—¡Por supuesto! —accedió Verden—. Mejor fuera. Y estoy segura de que, una vez que os encontraseis en el exterior, ni siquiera se os pasaría por la cabeza marcharos y dejarme, ¿verdad?

—Oh, no. —Fallo sacudió la cabeza y levantó la voz un poco demasiado—. No, no. No hacer eso, seguro.

—Desde luego que no —dijo Verden suavemente—. Porque sería una necedad poco aconsejable.

—Seguro que sí —se mostró de acuerdo Fallo, con gran énfasis. Después su rostro asumió una expresión perpleja—. ¿Por qué?

—Porque sólo unos pocos de vosotros saldréis a buscar —siseó la hembra de dragón. De repente, con la misma sutileza con que estrechó los ojos, todo atisbo de «amistad» desapareció y los enanos gullys vieron a Verden Brillo de Hoja

como realmente era—. Todos los demás se quedarán aquí, conmigo —añadió.

Mientras retrocedían agazapados, Verden señaló con una garra inmensa.

—Tú —dijo, apuntando al viejo Gandy—. Serás uno de los que busquen. Y tú. —En esta ocasión señaló a Cuño—. Vosotros dos y otros tres más. El resto se queda. La salida es por aquí —la uña se volvió, apuntando en dirección contraria—, justo detrás de mi cabeza.

Algunos se acercaron para echar un vistazo. Detrás del «agujero», a la derecha de la cabeza, había una grieta en los escombros. Cuño cogió a Mina de la mano y se encaminó hacia la salida. De repente, la hembra de dragón movió la cabeza y le cerró el paso.

—La hembra no —siseó—. Ella se queda.

Verden sabía que había estado acertada en su elección. El viejo enano gully, con el palo de escoba como bastón, era el más listo de todos, dentro de los límites de la inteligencia de los aghars. Podía buscar bien y era con el que había menos riesgo de que intentara escapar. El joven varón era el mismo que se había colado en el cubil para echar un vistazo. Para uno de su raza, había demostrado tener valor y un cierto grado de curiosidad. Y no era probable que se diera a la fuga mientras Verden retuviera a la hembra que le gustaba.

También se quedaría al que llamaban Gran Bulp. Los demás demostraban hacia él cierta lealtad... probablemente más de la que él tenía por cualquiera de ellos. Movió de nuevo la cabeza.

—Id. ¡Ahora! Encontrad el disco que me hirió. La piedra puede encontrarse cerca de él.

Cuño y Gandy pasaron volando junto a las fauces de la hembra de dragón y a través de la hendidura. El joven gully se volvió para lanzar una mirada breve y atemorizada a Mina. Tan pronto como estuvieron fuera, otros corrieron en pos de ellos. Verden dejó que pasaran tres más y después volvió a obstruir el paso.

La hembra de dragón se tranquilizó. Cabía la posibilidad de que los gullys encontraran la piedra-alma. Estaba cerca, podía sentir su presencia, tenuemente. Cabía la posibilidad de que la recuperaran. Si no... bueno, entonces se limitaría a acabar con los aghars e intentaría encontrarla por sí misma.

Mientras se le cerraban los párpados, sus rehenes empezaron a cuchichear entre ellos. No les hizo caso, pero a poco abría un ojo sintiendo algo de curiosidad.

—¿Sitio prometido? —musitó—. ¿Qué sitio prometido?

Desde su refugio, detrás de las filas de sus súbditos, Fallo la miró a hurtadillas.

—El... Sitio Prometido —repuso—. Donde supone que nosotros tener que ir. Nuestro... desatino.

—¿Desatino? ¡Ah! ¿Quieres decir destino?

—Justo. « Distino» .

—¿Y dónde está ese Sitio Prometido?

—No sé —admitió Fallo—. Nadie saber.

Verden cerró los ojos otra vez, aburrida de los enanos gullys y su « desatino» . Segundos después se había quedado dormida.

Con Sopapo y otros dos, Sapó y Zambo, pisándoles los talones, Gandy y Cuño se dirigieron hacia donde habían encontrado el disco dentado. Verden les había dicho que buscaran allí y no estaban en disposición de discutir con una hembra de dragón.

Había transcurrido más de un día. Puede que dos o tres, en lo que a ellos concernía. El humo que había flotado sobre las ruinas de la ciudad había desaparecido, barrido por el viento, y sólo quedaban los escombros a la intemperie. Aparte de eso, todo seguía igual que cuando llegaron... casi. Al girar en un recodo de una hononada abierta entre los cascotes, los cinco escucharon voces un poco más adelante. Aplastándose en las sombras, avanzaron sigilosos para ver quién era. Cuño fue el primero en descubrirlo y a punto estuvo de tirar patas arriba a los demás cuando retrocedió a tropicones.

—Altos —susurró—. ¡Chist!

Atisbaron desde la sombría boca de un « túnel» donde grandes piedras habían caído a través de brechas abiertas entre otras piedras.

Los humanos, que se encontraban un poco más adelante, estaban andrajosos y llenos de cicatrices. Había dos y trabajaban afanosos en el gran esqueleto derrumbado del lanzadiscos, girando la enorme manivela centímetro a centímetro mientras el largo brazo lanzador se alzaba sobre ellos. Tendido sobre su costado, el brazo lateral se convirtió en una barra oblicua, con la punta exterior alzándose hacia el cielo, por encima de las paredes de escombros que los rodeaban.

—Para empezar... no ha sido buen negocio... venir en esta dirección —gruñó uno de ellos mientras manejaba el torno de la manivela—. Aquí no hay nada... más que ruinas.

—¡Chitón! —siseó el otro—. Es culpa tuya... que cayéramos en este desfiladero. Ahora tira... con más fuerza... si quieres... que salgamos.

—¿Qué hacer Altos? —susurró Sopapo.

—No sé. —Gandy se encogió de hombros—. Cosas de Altos no tener sentido. Calla.

Despacio, en el reducido espacio despejado (que era, ciertamente, un desfiladero entre escarpadas paredes si se contemplaba desde el punto de vista humano, sin fijarse en las muchas vías de salida que eran como avenidas para los enanos gullys), los dos hombres siguieron manipulando el torno del lanzadiscos y el brazo propulsor se alzó centímetro a centímetro. Tuvieron que parar varias veces para descansar, pero por último el brazo estuvo extendido, con la punta a

sólo unos cuantos palmos del muro de piedra más cercano. Los hombres alzaron la vista.

—Así vale —jadeó uno de ellos—. Asegurémolos. No me haría gracia que esta cosa se disparara cuando estamos trepando por ella.

El otro palideció ante esta idea y se estremeció.

—Dioses —musitó—. Nos haríamos papilla.

—Cierra el pico y asegura esta cosa con algo. Vaya, ¿qué es esto? ¿La clavija de seguridad? —Recogió un cilindro robusto de madera dura, de unos noventa centímetros de largo, y sus ojos fueron de esa piedra al tambor del lanza-discos —. Sí, aquí hay una ranura. Sujeta el torno hasta que haya colocado esto.

Mientras el otro agarraba el torno, él puso la clavija en la ranura y la golpeó con una piedra para asegurarla. Su compañero soltó un poco la manivela, luego otro poco más y después se apartó mientras lanzaba un suspiro de alivio. La clavija aguantaba. La máquina permanecía inmóvil.

—Salgamos de aquí —dijo uno de ellos.

Cautelosamente, pisó sobre la base del brazo extendido y se agarró a él. Valiéndose de las barras de tensión como apoyos para manos y pies, empezó a trepar. El otro lo siguió. Desde abajo, parecían un par de ardillas escalando un árbol inmenso, salvo que, en lugar de ramas, este tronco tenía refuerzos triangulares de cables, sostenidos hacia afuera por pesadas barras tensoras de madera. Treparon más y más alto. Al llegar arriba, vacilaron un instante; después se mecieron desde el extremo del brazo a lo alto del irregular muro y desaparecieron de la vista. Sus voces se fueron apagando en la distancia, hasta perderse por completo.

—Pregunto a qué venir todo eso —masculló Cuño. Se rascó la cabeza y miró alrededor, desconcertado. Había algo que se suponía tenía que hacer, pero había estado tan absorto observando a los Altos que se le había olvidado qué era. A los otros les ocurría lo mismo, pero un instante después el viejo Gandy chasqueó los dedos.

—Encontrar piedra de dragón —les recordó—. Piedra de este tamaño, más menos.

Salieron del « túnel » y miraron en derredor.

—Montones piedras de tamaño así por todas partes —les hizo notar Cuño—. ¿Cuál?

—No sé —admitió Gandy—. Mejor llevar todas.

Se pusieron a trabajar recogiendo piedras pequeñas; todos, menos Sopapo, que había perdido su « isturmento atizador » en alguna parte y se sentía incómodo sin él. Por tanto, se dedicó a encontrar un nuevo « isturmento atizador ».

Con Gandy seleccionando las piedras y Cuño, Zambo y Sapo recogiénolas, tenían un buen montón reunido cuando Sopapo encontró lo que estaba buscando. Era un cilindro robusto de pulida madera dura, tirado entre las extravagantes

piezas del gran ingenio tumbado en los escombros.

Era exactamente lo que quería, pero parecía estar atascado. Tiró de ello con insistencia y lo movió ligeramente, pero no lo soltó. Fruncido el entrecejo en un gesto de determinación, el gully bajó gateando del laberinto de maderos, halló una piedra pesada y regresó.

Sopapo tenía una filosofía de la vida —sólo una, pero siempre le había funcionado bien— y era: si una cosa no se mueve cuando quieres que se mueva, atízala.

Los otros le oyeron dando martillazos entre el tinglado de madera y alzaron la vista.

—¿Qué haciendo Sopapo? —preguntó Zambo.

—No sé. —Gandy se encogió de hombros—. Pero no cogiendo piedras.

El martilleo prosiguió, y entonces el tono del sonido cambió. Después de cada golpe algo crujía, y muy lejos, allá arriba —aunque los que estaban abajo no lo advirtieron— el inmenso brazo asegurado de pronto empezó a temblar.

—Casi tengo —llegó la voz de Sopapo entre los maderos.

Golpeó una vez más, y otra, y de repente el mundo se volvió loco. El conjunto de tablones al completo gimió, gruñó y se encabritó como si estuviera bailando. Y el alto y pesado brazo extendido se disparó hacia abajo con tal fuerza que el aire silbó a su alrededor. Se arqueó hacia el suelo, impulsado por el torno liberado, y se estrelló en el piso, a escasos metros del punto donde los otros gullys estaban amontonando las piedras.

El impacto fue tremendo. Enanos gullys, rocas y cascotes volaron por el aire. Trozos de paredes, que todavía seguían de pie entre los escombros, se tambalearon y se desplomaron, y una nube de polvo se alzó y lo cubrió todo. Bajo los cascotes, que se agitaban con la sacudida, sonó un profundo y cavernoso retumbo y en sus ecos se escuchó un apagado rugido de sorpresa e indignación. La propia tierra pareció hundirse y reacomodarse varios palmos más abajo de donde estaba antes.

Durante un tiempo reinó el silencio, y después el polvo que cubría el suelo se movió y apareció una cabeza.

—¿Qué pasado? —preguntó Cuño.

A su alrededor los otros se levantaban de entre el polvo, temblorosos y con los ojos muy abiertos. Zambo y Sapo aparecieron primero y después el viejo Gandy, que tosía y escupía polvo.

—¿Qué pasado? —coreó alguien la pregunta de Cuño.

Gandy miró a su alrededor, perplejo; luego alzó la vista y parpadeó.

—Lanza-cosa caer —anunció.

A poca distancia, el laberinto de maderos que había sido un lanzadiscos era ahora un revoltijo de madera completamente diferente. Se había desplomado y, en el proceso, los tablones se habían acoplado de manera distinta. Al principio, los

gullys no vieron movimiento alguno allí, pero a poco se oyeron unos sonidos apagados y Sopapo apareció, gateando a través de un boquete entre palos rotos. Salió, se sacudió el polvo y los miró parpadeante.

—¿Dónde estado Sopapo?—demandó Gandy.

Sopapo alzó un robusto cilindro de madera pulida.

—Coger nuevo « isturmento atizador» —explicó—. ¿Qué pasado aquí fuera?

El montón de piedras, recogidas con tanto interés y cuidado, había desaparecido, desparramado por todo el espacio despejado de alrededor. Gandy suspiró y empezó a recoger piedras de nuevo. Los otros lo observaron un momento y enseguida se le unieron a la tarea. Cuando aparecieron más gullys a su lado charlando, Gandy los silenció con una mirada feroz.

—No hablar —espetó—. Coger rocas.

Pronto había docenas de gullys por allí, todos muy atareados recogiendo piedras. Y después fueron más, y luego aún más.

De repente, Cuño miró a su alrededor y vio a Mina a su lado, cogiendo piedras. Parpadeó, frunció el entrecejo y recordó.

—¿Qué hace Mina aquí fuera?—preguntó.

—Cogiendo pequeñas rocas —explicó ella—. Alguien decirlo.

—¿Dónde dragón? ¿Dejar ir todo mundo?

—Agujero caer —dijo Mina—. Dragón no puede mover. Pero nosotros encontrar nueva zanja para salir.

—Oh.

Miró en derredor. Había enanos gullys por doquier y todos recogían piedras. Pero para Cuño aquello ya no parecía tan importante como antes. Encontró a Gandy y fue hacia él para explicarle la situación.

—Dragón no tiene todo mundo ya —manifestó—. Mira.

Le costó más trabajo a Gandy conseguir que todos dejaran de recoger piedras que lo que le había costado convencerlos para que se pusieran a la tarea. Como ya se ha dicho, la inercia es una característica muy arraigada en los enanos gullys. Pero, por fin, todos estuvieron reunidos a su alrededor.

—¿Qué hacer ahora?—preguntó alguien.

—No sé —le contestó Gandy—. Preguntar Gran Bulp. —Giró una vuelta completa sobre sus talones, buscando—. ¿Dónde estar « como-se-llame »?

—¿Quién?

—El Gran Bulp! El viejo Fallo. ¿Dónde Gran Bulp?

Nadie lo sabía, de manera que se pusieron a buscar a Fallo I. Lo encontraron, al fin, justo en el mismo sitio donde lo habían dejado.

Fallo había seguido durmiendo durante el « terremoto » y al despertar se encontró con que todo el mundo se había marchado. Se sentó, se frotó los ojos y advirtió que las rocas se habían movido y que había un nuevo túnel abierto. Por consiguiente, se encaminó en aquella dirección, rezongando. Era muy propio de

sus súbditos vagar por ahí y dejar que su soberano los alcanzara cuando descubría que se habían marchado.

Se agachaba para pasar a través del hueco cuando una voz a sus espaldas dijo:

—¡Oh, está bien! ¡Hagamos un trato!

Al principio no vio quién hablaba. En algún momento, durante su siesta, un nuevo desprendimiento parecía haber llenado casi la mitad de la caverna. Unas losas inmensas se habían desplomado desde el techo y, con ellas, torrentes de grava. Escudriñó aquí y allí hasta que localizó al orador: un enorme ojo, verde y encolerizado, lo contemplaba fijamente desde el fondo de una grieta abierta entre las piedras.

—¿Quién tú? —preguntó Fallo mientras retrocedía con presteza.

—Verden Brillo de Hoja, ¡pequeño imbécil! —La estruendosa voz perdió potencia hasta convertirse en un áspero susurro de resignación—. Estoy dispuesta a llegar a un acuerdo.

—¿Qué clase acuerdo? —Se apretó contra la pared de la caverna, dispuesto a salir corriendo en cualquier momento.

—Estoy atrapada aquí —admitió la hembra de dragón—. La colina se ha desplomado sobre mí y no puedo moverme. —Aquello no era totalmente cierto. Sabía que podía abrirse paso si no le quedaba más remedio, pero el esfuerzo, en sus condiciones actuales, podía matarla—. Necesito ayuda.

El Gran Bulp se tranquilizó un poco.

—¿Qué clase ayuda?

—¡La misma que necesitaba antes! —La respuesta fue casi un rugido exacerbado. Después Verden suspiró y bajó el tono—. Mi piedra-alma. Ya te hablé de ella, ¿recuerdas?

El Gran Bulp tuvo que rascarse un poco la cabeza, pero después recordó.

—¿Piedra pequeña? ¿Tamaño así, más menos? ¿Piedra especial?

—Ésa es, exactamente. Me hace falta y necesito que tú y tus... tu gente la encontréis y me la traigáis.

Fallo frunció el entrecejo en un gesto de profunda reflexión, al tiempo que hurgaba el suelo con la punta del pie. Sus ojos se iluminaron con un brillo de astucia.

—¿Qué saca y o de eso? —inquirió.

El profundo gruñido que se filtró entre las piedras desplomadas era una mezcla de irritación y cólera controlada, pero Verden no perdió los estribos. Estaba atrapada, pero no indefensa. Sería cuestión de un momento sacar una garra y hacer picadillo a aquel pequeño mastuerzo arrogante. Sin embargo, con ello no resolvería el problema.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

Cuando el resto de su tribu lo encontró —justo donde lo habían dejado—, Fallo I, Gran Bulp por Persuasión y Señor de... etc., etc., estaba sentado en una roca del desprendimiento de la caverna, con la barbilla apoyada en los nudillos. Al principio parecía estar sumido en hondas reflexiones; después los otros gullys se dieron cuenta de que estaba dormido.

Se reunieron en torno a él, con curiosidad. El viejo Gandy caminó a su alrededor y después le dio unos golpecitos con el palo de la escoba para atraer su atención.

—¿Qué hacer Gran Bulp?—preguntó.

Fallo parpadeó, levantó la cabeza y miró en derredor.

—¿Qué?

—¿Por qué Gran Bulp sentado aquí?

—Pensar —manifestó Fallo, irritado porque lo hubieran despertado—. Gran Bulp mucho pensar.

—¿Pensar, dormido como tronco? ¿De qué pensar?

Fallo se rascó la cabeza mientras intentaba recordar sobre qué había estado pensando.

—Intenta decidir qué va a pedirme —llegó una voz exasperada, de detrás del desprendimiento de rocas, entre las sombras.

El sonido sobresaltó de tal modo a los gullys que varios de ellos tropezaron con otros y por un instante la caverna fue un barullo de caídas y volteretas. Después Gandy se agachó para mirar por debajo de las rocas.

—¿Dragón? ¿Aún ser tú?

—Sí, soy yo —le aseguró Verden—. No puedo creer que ese pequeño zoquete se haya quedado dormido. Creí que estaba pensando.

—Gran Bulp siempre quedar dormido cuando intenta pensar —explicó Gandy—. ¿Pensar sobre qué?

—Estoy dispuesta a ofrecer a tus apuestosos..., a tu gente algo que queráis a cambio de traerme la piedra-alma. *Así que, en nombre de los dioses, ¿qué infiernos queréis?*

Los enanos gullys chocaron y rodaron otra vez; algunos, al zambullirse de cabeza en busca de refugio; otros, al correr hacia la salida. Con un siseo, Verden exhaló un chorro de vapores nocivos —sólo una pequeña cantidad— dirigido exactamente a la boca del túnel. Los gullys que entraron a todo correr en la niebla, retrocedieron jadeando, tosiendo y boqueando para alejarse de las verdes volutas.

—¡No huyáis! —ordenó Verden—. ¡Vamos a arreglar este asunto, aquí y ahora! ¡Decidme de una vez lo que queréis, idiotas!

El Gran Opinante miró a su alrededor, desconcertado.

—¿Querer? No sé. ¿Alguien saber qué queremos?

—Guisado —sugirieron varios.

—Marchar —propusieron otros cuantos.

—¿Ratas? —se preguntó alguien.

—Decidíos —siseó la hembra de dragón.

—Nosotros encontrar piedra-alma, damos a ti ¿y tú das algo nosotros? — insistió Gandy, a fin de dejar las cosas claras.

—Sí.

—¿Qué cosa das?

—*¡No lo sé! ¡Es lo que estoy intentando que...!*

Los gullys se zambulleron tras las rocas, tropezaron entre sí y rodaron por todas partes. El Gran Bulp corrió a esconderse detrás de una olla de guisado; luego olfateó el aroma y cayó en la cuenta de que estaba hambriento.

No sin esfuerzo, Verden bajó de nuevo el tono de voz y habló muy despacio:

—Estoy... intentando... que... me... digáis... lo... que... queréis...

Gandy se asomó por detrás de una roca.

—Oh, vale —dijo—. Gran Bulp, ¿qué nosotros quiere?

Fallo no contestó. Estaba ocupado comiendo guisado.

Algo parecido a una inspiración cosquilleó en la mente de Cuño, estimulada, probablemente, por la proximidad de Mina, que le tenía agarrada la mano.

—Quizá lo que siempre en busca, ser lo que querer nosotros —sugirió.

—¿Y qué eso ser? —preguntó Gandy.

—Sitio Prometido. Parece que siempre nosotros busca que busca Sitio Prometido.

—Puede que sí. —Se mostró de acuerdo Gandy. Luego se dirigió al dragón—: Si conseguir piedra ti, ¿tú llevar nosotros Sitio Prometido?

—Sí —aceptó Verden con un suspiro—. ¿Dónde está?

—No sé. Esperaba que tú saber.

—Sapos y culebras —rezongó la hembra de dragón.

—Y también ratas —presionó Gandy—. Incluir algunas ratas en pacto.

—¡De acuerdo! Acepto el trato.

El Gran Opinante se acercó al desprendimiento y se agachó para escudriñar al fondo. Un ojo, grande y verde, le devolvió la mirada.

—¿Dice «verdá» tú? —preguntó Gandy.

Verden le lanzó una mirada furibunda y después suspiró.

—Soy sincera. ¿Es que os he mentido alguna vez?

—Vale —decidió Gandy—. Cuando Gran Bulp termina comer, alguien decir él que ya decidió qué querer. Conseguir piedra para este dragón y luego ir a Sitio Prometido.

En cuestión de segundos, una riada de gullys salía por la boca del túnel mientras se decían unos a otros:

—Encontrar roca pequeña, tamaño así, más menos. Cuño empezó a ir tras ellos, pero Mina lo retuvo. Todavía agarrada de su mano, se acercó cautelosa al

desprendimiento y miró abajo.

—¿Por qué tú trato con nosotros, dragón? —preguntó.

—Porque mi cubil se ha derrumbado —contestó Verden.

—Oh. —Mina volvió a asomarse al fondo de las rocas caídas y el enorme y verde ojo le devolvió la mirada—. Oh, pobrecita. —Compadecida y muy preocupada, la joven gully metió la mano en su bolsillo y sacó su más preciado tesoro, la pequeña bagatela que Cuño le había regalado—. Toma. Tengo una pequeña cosa bonita para ti.

Alargó la chuchería a través del agujero, y el ojo verde relució.

—¡Ésa es! —siseó la hembra de dragón—. ¡Es mi piedra!

Una garra se disparó hacia arriba, y varios fragmentos de roca salieron despedidos.

Cuño retrocedió, arrastrando a Mina consigo. A la joven gully se le escapó de los dedos la piedra-alma, que trazó un arco ascendente en el aire y luego descendente. Sonó un chapoteo.

—¡«Cuidado»! —gritó Fallo—. Gran Bulp estar comiendo. —Con una mirada feroz, se metió otra cucharada de guiso en la boca, tragó y rezongó—: ¿Cómo guisado tener piedras?

—¡Mi piedra-alma! —aulló Verden Brillo de Hoja—. ¡Te..., te has *tragado* mi piedra-alma!

Las rocas salieron lanzadas por el aire otra vez y una garra gigantesca emergió del agujero. Durante un instante, las enormes uñas se cernieron sobre el aterrorizado Gran Bulp. Luego, Verden siseó con frustración y apartó la garra. El pequeño mostrenco podía ser sólo un simple gully, pero era un ser vivo. Y su piedra-alma estaba dentro de él. La piedra-alma, y su afinidad con la vida.

Si el gully moría teniendo dentro la piedra, ésta podía destruirse.

Bajo cielos encapotados de humo, a través de la tierra destrozada por la guerra, los miembros del clan bulp partieron de Chaldis y entraron en las estribaciones de las montañas Kharolis, siempre adelante y siempre hacia arriba, conducidos por un dragón verde de once metros de largo, que transportaba al Gran Bulp en su regazo.

Verden Brillo de Hoja no estaba muy satisfecha con la situación. Actuar como guía de aquellas patéticas criaturas, a las que tanto despreciaba, la hacía sentirse humillada y degradada. Ansiaba ardientemente machacarlas y salpicar con su sangre la ladera de la montaña. Soñaba con hacerlo, pero no lo hacía. Estaba atada a ellos. Sosteniendo a Fallo I —y a la piedra-alma con él— cerca de su pecho, había conseguido llevar a cabo una cura temporal de sus heridas. Pero era sólo provisional, hasta que hubiese recuperado su piedra-alma, intacta y fuera del aparato digestivo del gully.

Necesitaba al detestable pequeño imbécil, y él lo sabía. Al principio, el puro terror de estar entre las garras de un dragón y apretado contra su pecho casi lo había matado. Un individuo de mente más compleja probablemente no habría soportado la impresión y habría muerto. Fallo se limitó a chillar como una rata y luego se desmayó.

Pero, desde entonces, había llegado a la conclusión de que le gustaba ser transportado de aquí para allí por un dragón y parecía estar haciendo cuanto estaba en su mano a fin de mantener el *statu quo*. Ya fuera por su buen hacer o simplemente por buena suerte, lo cierto es que Fallo había mantenido alojada la piedra-alma de Verden en algún tramo de su intestino desde hacía casi una semana. Sólo gracias a una cerril obstinación, al parecer, Fallo I estaba estreñado y, a juzgar por las apariencias, estaba decidido a seguir así hasta que Verden lo llevara a él y a sus súbditos hasta su Sitio Prometido. La hembra de dragón no podía matarlo, no podía librarse de él —cada vez que lo soltaba durante más de una hora, sus heridas volvían a abrirse— y no podía separarse del gully sin correr el riesgo de que evacuara la piedra y la perdiera.

La piedra-alma en sus tripas era la garantía del Gran Bulp, y el pequeño latoso arrogante lo sabía. De algún modo, a pesar de los días y de todos los guisos, la piedra-alma había permanecido en el interior de Fallo como si estuviera pegada con cola.

Su Sitio Prometido. No sabían dónde estaba y ni siquiera qué era, pero Fallo I estaba disfrutando con su recién alcanzada gloria como dueño de un dragón y no renunciaría a ella por menos de un sitio perfecto. Actuaba de un modo francamente odioso con respecto a ello. Verden lo condujo a la región de Itzan Nul y allí, mientras los aghars dormían bajo la luz de las lunas, una voz familiar de dragón sonó dentro de su mente.

Has sobrevivido, le dijo. Me preguntaba si lo conseguirías.

No gracias a ti, Fuego Garra Candente, repuso de igual forma; el odio era patente en el pensamiento. Me abandonaste a mi suerte. Sabías que estaba allí y me dejaste para que muriera.

Estabas herida e inmovilizada. No eras de utilidad. La voz mental del dragón rojo sonaba aburrida y bostezante por el desinterés. Ahora, sin embargo, hay una tarea para ti. Los ejércitos están...

No me vengas con historias, espetó Verden, cuya ardiente cólera era evidente en sus pensamientos. Tú y yo tenemos mucho que arreglar... Tan pronto como esté libre, me reuniré contigo.

Tienes un deber que... La voz mental de Garra Candente tenía ribetes cáusticos.

¡Fuera!, pensó Verden, que interrumpió la comunicación mental de manera brusca.

No olvidaría su «deber», pero antes tenía que recobrar su piedra-alma. Había de llevar a estos inútiles gullys a su Sitio Prometido. Imágenes de matanza acudieron a su mente al pensar en el momento en que su precioso talismán estuviera de nuevo a salvo. El Gran Bulp y los demás... ¡Oh, cómo iba a hacerlos sufrir cuando ya no los necesitara! Pero antes...

¿Dónde podría estar el lugar que aceptarían como su Sitio Prometido? ¿Sitio? Había muchos sitios... Sitios abandonados, sitios devastados, sitios en los que nadie vivía ahora y donde quizá nadie quisiera volver a vivir. Por lógica, tal era la definición perfecta de un Sitio Prometido para enanos gullys. En consecuencia, Verden los condujo sin descanso mientras los días pasaban. Dejaron atrás el reino subterráneo de Thorbardin, cruzaron tierras agrestes de las que no existían mapas, viajaron más allá de Pax Tharkas, bordeando los asediados reinos elfos y humanos.

Caminaba a la cabeza de la marcha, con Fallo I en su regazo, cuando Fuego Garra Candente la llamó de nuevo. Cruel e impaciente, con un tono tan fiero como las escamas rubias que centelleaban cuando volaba, la voz distante del dragón rojo penetró en su mente.

¿Qué estás haciendo?, demandó. Se te ordenó que vinieras, pero no estás aquí. ¡Informa!

Deberías estar agradecido de que no haya acudido, Fuego Garra Candente, replicó con fiereza. Tenemos una cuenta pendiente de ajustar, tú y yo.

Cuando gustes, serpiente verde, repuso él con desprecio. Pero antes tienes un deber que cumplir. ¿Por qué no estás aquí?

No puedo ir, admitió. Todavía, no. Están estos... estas criaturas. Estoy sujeta a ellas por un compromiso e insisten en que las conduzca a... un sitio.

¿Criaturas? ¿Qué criaturas?

Notó la presencia del dragón rojo en su mente, escudriñando más allá de lo que le había dicho. Después lo sintió retroceder sorprendido e incrédulo.

¿Gullys? ¿Tú, la gran Verden Brillo de Hoja, rehén de... unos enanos gullys? Una risa cruel resonó en su cerebro. *¿Qué es lo que quieren de ti?*

Que los lleve a su Sitio Prometido, pero no saben dónde se encuentra.

Gullys. De nuevo, la risa cruel y siniestra. Apresúrate en cumplir con tus... con tus nuevos amos, Verden Brillo de Hoja. Se requiere tu presencia aquí.

La voz mental se apagó, y Verden tembló de ira.

—¡Auch!

Bajó la vista al Gran Bulp, que se retorció entre sus garras.

—¿Qué pasa?

—¡Me estás «pachurrando»! ¡No «esturjes» tan fuerte!

«Pequeño zote —pensó—. Podría estrujarte como un limón y acabar contigo sin el menor esfuerzo».

No obstante, notaba que la piedra-alma alojada dentro de la pequeña criatura respondía a su incomodidad. Su piedra-alma. Debía protegerla. De mala gana, aflojó las garras.

Los ejércitos de los Dragones marchaban por todas partes, y Verden Brillo de Hoja anhelaba reunirse con ellos..., unirse a la muerte y destrucción que sembraban a su paso. Deseaba ardientemente entrar en la diversión.

Con el maloliente e irritante pequeño Gran Bulp en el regazo, los condujo a una docena de lugares abandonados, deprimentes, desdeñados por todos... Unos lugares espléndidos para enanos gullys. Pero, en cada ocasión, Fallo I, el Gran Bulp, echó un lento y arrogante vistazo en derredor y dijo:

—No, esto no ser. Intenta una otra vez.

Verden pensó anhelante qué placentero sería hacer pedacitos al presuntuoso gallito de corral y esparcirlos por todo Ansalon. Si no fuera porque la piedra-alma estaba alojada en su interior...

—No Sitio Prometido —insistía Fallo I, una y otra vez—. No, este sitio bueno para Este Sitio, pero no para Sitio Prometido. Dragón promete Sitio Prometido. Intenta más vez.

Al otro lado de las Kharolis, mientras sus protegidos no deseados dormían bajo las lunas visibles, una Verden Brillo de Hoja sumamente exasperada cogió a Fallo y se alejó para explorar. Suspendida por las inmensas alas, completamente curadas aunque de manera temporal, se remontó muy alto en el cielo nocturno. Con todos sus sentidos alertas al máximo, buscó y buscó. La voz mental retornó mientras sobrevolaba la tierra quebrantada y surcada de viejas cicatrices.

Como un mensaje desdeñoso y zahiriente, colgando en el aire a la espera de que ella lo oyera, allí estaba: la voz de Fuego Garra Candente, desde un lugar muy, muy lejano; una risita de maligno regocijo y unas palabras:

Así que todavía son tus dueños, dijo. Los más insignificantes entre los insignificantes en busca de su herencia. Y Verden Brillo de Hoja es su esclava. Qué maravilloso. Sin embargo, hay una respuesta para tu enigma.

Continúa, repuso desdeñosa. Tienes toda mi atención.

Destino, se mofó la voz mental del dragón. Un Gran Bulp con destino. Y alguien como tú guiándolo. Qué exquisito. Verden ardía en cólera, pero escuchó. Fuego prosiguió. Xak Tsaroth. Xak Tsaroth es un Sitio Prometido muy adecuado. Deja que el «Pozzo» sea su destino. Y conducirlos a semejante lugar en este preciso momento será tu recompensa. Con una última risita de burlón regocijo, la voz de Fuego Garra Candente repitió: Xak Tsaroth..., el «Pozzo»... y se dispipó.

Xak Tsaroth. Suspendida sobre las inmensas alas, Verden bajó la vista hacia el Gran Bulp Fallo I, sujeto contra su pecho. El pequeño imbécil no había oído nada de la conversación, por supuesto. Además, parecía dormido. Xak Tsaroth. A pesar del odio que profesaba a Fuego Garra Candente y la cólera asesina que sentía

hacia él, un maligno placer creció en el interior de Verden. Su recompensa, vaya que sí. Sabía lo que había en Xak Tsaroth. No cabía una venganza más refinada que llevar a los enanos gullys allí, donde ya había otros de su raza... esclavizados, sufriendo abusos y a merced de los draconianos. Que se unieran a ellos.

La idea le resultaba muy grata.

Cuando los gullys despertaron, Verden Brillo de Hoja había regresado donde estaba el clan. Como un verde pilar de brillante esmeralda, se alzó sobre ellos. Sus vastas alas relucían con el sol matinal y sus colmillos formidables centelleaban en su boca de dragón. El pequeño Gran Bulp parecía un muñeco de trapo aferrado a su pecho. Inmensa y malévola, Verden Brillo de Hoja contempló a las patéticas criaturas... y se estremeció de asco cuando una de ellas, todavía adormilada, tropezó con un dedo de su pata.

Sin la menor ceremonia, la hembra de dragón los despertó y les dijo:

—He encontrado vuestro Sitio Prometido. Poneos en movimiento y os llevaré allí.

—No prisa. —Fallo se retorció entre sus garras—. Este sitio no malo para Este Sitio. Tal vez estar un poco, después ir.

—Nos vamos ahora —siseó Verden.

—¿Dónde Sitio Prometido? —inquirió Gandy mientras la miraba con los ojos entrecerrados.

—Xak Tsaroth.

—Salud, dragón —dijo Mina.

—¿Qué?

—Dragón estornuda.

—¡No he estornudado! Nunca estornudo. He dicho « Xak Tsaroth » .

—Salud, dragón —repitió Mina—. ¿Dónde Sitio Prometido?

Verden sacudió la cabeza como si una nube de mosquitos la estuviera atormentando.

—El « Pozzo » —rectificó.

Por doquier, los enanos gullys se miraron unos a otros con verdadero interés.

—Eso sonar mucho bien —decidieron varios.

—Sonar bien, sí —concedió Fallo—. Quizá pensar sobre eso un día, después...

—*¡Cierra el pico!* —bramó Verden—. ¡Nos vamos ahora!

Jamás hasta entonces —si es un dato que importe a alguien— había habido enanos gullys que viajaran más de prisa o con tanta determinación como viajaron los miembros del clan bulp durante los dos días siguientes. Era un grupo casi exhausto el que contempló Xak Tsaroth a la luz del atardecer. Estaban en lo alto de un elevado e irregular peñasco que se asomaba a una oscura profundidad y desde donde se dominaban los riscos que se precipitaban en las aguas del Nuevo Mar.

—El Sitio Prometido —les dijo Verden—. Os he traído aquí, como prometí.

He cumplido mi palabra.

—¿Sitio Prometido?—El Gran Bulp escudriñó en derredor—. ¿Dónde?

—Ahí abajo. —Verden señaló con una mortífera y elocuente garra—. El «Pozzo». —Soltó a Fallo en el suelo sin demasiadas contemplaciones y añadió —: Ahora, escupe mi piedra.

Cuño se acercó cauteloso al borde del precipicio y miró hacia abajo. Era una sima de roca, un vertiginoso declive que se precipitaba en las sombras.

—Guau —masculló.

El Gran Bulp se limitó a echar un vistazo a las profundidades y después se dio media vuelta, con una sonrisa arrogante y maquinadora plasmada en el rostro.

—«Pobablemente» no es —decidió—. No, «pobablemente» no Sitio Prometido. Mejor intentas una otra vez. —Luego, con un ademán indiferente, añadió—: Dragón poder... retirar por ahora. Gran Bulp enviar por ti cuando necesita.

Aquello fue demasiado para Verden Brillo de Hoja, más de lo que se sentía capaz de aguantar.

—¿Retirarme? ¿Tú, pequeño cretino imbécil, me das permiso para que me retire? ¡Rayos y centellas!

Los gullys retrocedieron con precipitación a su alrededor, tropezando unos con otros. Algunos cayeron por el borde y resbalaron y rodaron hacia las oscuras profundidades. Otros se giraron para verlos caer.

—Ir mucho deprisa éstos —dijo alguien.

—Cuesta grande —comentó otro.

—Pero suave —hizo notar un tercero—. Buen «tombogán».

—¡Sapos y culebras! —bramó de nuevo Verden, exasperada más allá de la razón y utilizando los vocablos de sus protegidos—. ¡Sapos y culebras!

Perdido por completo el control de los nervios, lanzó un manotazo a Fallo. El Gran Bulp hizo un quiebro para esquivar el golpe, se agachó... y eructó. Algo salió disparado de su boca y fue dando saltos hasta detenerse a los pies de Verden. La hembra de dragón lo recogió; era su piedra-alma. La había recuperado, intacta.

—Sapos y culebras —masculló Gandy al comprender que los buenos tiempos habían quedado atrás.

—Eso, eso —recordó el Gran Bulp mientras chasqueaba los dedos—. Y ratas también. Dragón prometer ratas a nosotros.

—¿Que... quieres... ratas? —El inmenso rostro de Verden se agachó y se puso cara a cara con el Gran Bulp—. ¿Quieres ratas? Muy bien. Tendrás ratas.

Cerró los ojos, musitó un conjuro y sus sentidos aguzados percibieron el sigiloso avance en la distancia de cosas muy pequeñas; unos sonidos imperceptibles al principio, pero que aumentaron de volumen a medida que se acercaban.

Entonces los gullys los oyeron también y se miraron interrogantes. Los sonidos crecieron; parecían llegar de todas partes. Después se hicieron visibles sombras pequeñas que venían directamente hacia ellos, emergiendo de grietas, remontando elevaciones, trepando por zanjas... a docenas, luego a cientos y después a miles; cosas pequeñas, presurosas, que convergían hacia ellos. Ratas. Una oleada imparable, arrolladora, impetuosa de ratas.

—Gauu —musitó Cuño.

—Montones de ratas —estuvo de acuerdo Mina—. Hacer montón de guisado, seguro.

Sopapo, al que nunca preocupaban los detalles, blandió su «isturmento atizador» y se dispuso a entendedérselas con la cena.

Gandy, en cambio, enfocó el asunto desde otro punto de vista.

—Muchas ratas —empezó—. Venir muy muchas ratas para...

La oleada de roedores se les echó encima y los arrastró consigo. Un segundo más tarde, Verden Brillo de Hoja se encontraba a solas en la repisa y contemplaba la pronunciada pendiente barrida por la avalancha de ratas y gullys que rodaba cuesta abajo y cobraba velocidad en su camino a Xak Tsaroth, la ciudad hundida en las profundidades del «Pozzo».

Mientras desaparecían en las sombras, los ojos de la hembra de dragón captaron ciertos detalles: Cuño y Mina, agarrados de la mano y con el cabello ondeando; el viejo Gandy, agitando el palo de escoba en su intento de mantener el equilibrio a gran velocidad; Sopapo, muy afanoso en atizar ratas y recogiendo sus cuerpos; y el Gran Bulp, Fallo I, rodando en un torbellino de brazos, piernas y barba enredada, en tanto que sus gritos de pavor superaban a los de los demás.

—¡Abrir paso! —chillaba—. ¡Quitar de camino! ¡Gran Bulp rueda abajo!

De algún modo, incluso mientras desaparecía en las profundidades y las sombras —y los insospechados horrores— de la antigua y perdida ciudad que era el final de su viaje y su destino, Fallo I, Gran Bulp por Persuasión y Señor Protector de Montones de Sitios —incluido ahora el Sitio Prometido— se las arregló para que su voz sonara arrogante.

Héroe Mecánico

Jeff Grubb

Ésta es una historia gnomas. Tales historias aparecen de vez en cuando en torno a las chimeneas y mientras se toman unas copas de ponche. El narrador de una historia gnomas propiamente dicha debería indicar siempre al principio que la suya es una historia de estilo gnomas, de manera que los oyentes no se sorprendan con lo que viene a continuación. Los Planos Inferiores no conocen furia comparada a la de un público atento y respetuoso que de repente descubre que se encuentra atrapado en una historia gnomas, sin más salida que la expulsión corporal del narrador. Se han roto cabezas, se han destrozado familias, se han derribado imperios, y todo por culpa de una historia gnomas no anunciada.

Por consiguiente, ésta es una historia gnomas y tal advertencia por sí misma es justa y apropiada. Y es una historia gnomas porque está relacionada, en gran parte, con gnomos.

Veréis, los gnomos tienen la curiosidad ilimitada de los hombres, pero carecen de la contención del sentido común, del discurrir directo del pensamiento, de la sabiduría de controlar esta curiosidad. Tal disposición hace de los gnomos una parte vital de la narración de historias, tanto como el campesino bobo que demuestra ser la persona más lista de la tertulia o el hombre santo que llega en el último momento para resolver los problemas de los personajes. En una forma parecida, los gnomos, con su curiosidad insaciable, su jovial ingenio y su perseverancia a pesar del frecuente (y dramático) fracaso, son como una luz orientadora, un faro para otras razas. Al contemplar sus fracasos, sus ineficaces inventos y proyectos, nos vemos en buena medida a nosotros mismos y nos consideramos prevenidos contra ese exceso. En consecuencia, los gnomos tienen un sitio importante en el universo (al menos en un sentido ficticio), de modo que, si los gnomos no existieran, exigirían que se los inventara... y nadie que no fuera semejante a un gnomos podría inventar tal concepto.

Afortunadamente para todos, existen.

Ésta, pues, es una historia gnomas con todas sus ventajas y desventajas, sus

pros y sus contras. Es un cuento raro en el que se narra la historia de un gnomo que tuvo éxito, un gnomo que creó algo realmente maravilloso. Pero nos estamos adelantando al relato.

Las historias gnomas empiezan, por lo general, con el narrador hablando de algún forastero que se tropieza por casualidad con un pueblo oculto de los gnomos. La idea de un pueblo oculto de los gnomos suele ser una «licencia artística», un alarde de imaginación, ya que existen pocos lugares más ruidosos, humeantes, malolientes y, en definitiva, más patentemente ostensibles que una comunidad gnoma. Los volcanes en erupción o una reunión de enanos gullys de una semana ocuparían un segundo o tercer puesto, y, al igual que un montón de volcanes activos o una multitud graznante de gullys, una comunidad gnoma no pasa inadvertida por sus vecinos, que se cuidan bien de dejarla en paz. En consecuencia, están alejadas del resto de la civilización, pero al servicio de la civilización.

Este narrador ha de asegurarnos que la comunidad gnoma de la que vamos a hablar era un sitio ruidoso en extremo, resonante con el golpeteo de martillos, el siseo de escapes de vapor y alguna que otra explosión. Cuanto más ruidosos son los gnomos, más distante de la civilización está su comunidad, y ésta era una localidad muy, muy distante. Tanto lo era que los sucesos del mundo exterior —el retorno de los dragones, la llegada de los Señores de los Dragones y de los héroes, la guerra y toda la consiguiente destrucción— pasaron de largo por este lugar. En cierto sentido, era el sitio perfecto para un forastero.

El forastero en cuestión no era el personaje habitual de la mayoría de las historias gnomas. Para empezar, no era sólo uno, sino un par; algo caído del cielo, por lo que se refiere a las historias gnomas. Estos forasteros tenían dos cosas en común: fueron encontrados a las afueras de este pueblo de gnomos —sí, es cierto—, pero lo más importante es que se los encontró despatarrados en el suelo, en unas posturas embarazosas pero, al parecer, cómodas, cerca de una forma grande que antes había tenido alas correosas. Dicha forma había sido un dragón, pero ahora era poco más que un banquete gratis para los carroñeros locales.

Sin embargo, los extranjeros estaban vivos. Uno de ellos era un guerrero enfundado de la cabeza a los pies en una oscura armadura, en tanto que el otro era más rollizo y blando, no llevaba coraza, vestía ropas finas hechas jirones y estaba atado de pies y manos. El guerrero era una mujer, aunque esta circunstancia no era inmediatamente evidente a causa de la armadura; el de las ropas finas y desgarradas era un hombre. Para los gnomos, el género es tan poco importante como el color de ojos o el gusto musical, pero, puesto que estos personajes eran forasteros *humanos*, será un detalle que cobrará importancia. Pero eso ocurrirá más adelante, ya que el gnomo ha entrado por fin en escena para examinar los daños, y ésta, al fin y al cabo, es una historia gnoma.

Era un gnomo llamado Kalifirkinshibirin el que descubrió a los extranjeros

cómodamente despatarrados, fuera (por supuesto) de su pueblo. Kalifirkínshibirin (o Kali, acortando aún más un nombre ya truncado debido al espacio) era un gnomo más bien pequeño, entre cuyas aficiones se incluía coleccionar cucharas y pensar entre cristales flores secas. También tenía lo que se consideraba habilidad para las artes curativas, ya que estaba versado en la preparación de ciertos emplastos naturales y pociones que tenían la única ventaja (entre los gnomos) de no matar a sus pacientes de manera fulminante.

Kali estaba recogiendo ingredientes para las mencionadas pociones y emplastos en aquel campo en particular en aquella mañana en particular, y así fue como descubrió aquellos restos en particular de aquel dragón en particular y cerca a los forasteros descansando cómodamente. Kali no había salido al campo buscando hacer nuevos descubrimientos o revelar nuevos hallazgos o inventar nuevos objetos con los que fastidiar. Para decirlo de un modo delicado, Kali era diferente de sus compañeros.

No, será mejor prescindir de un lenguaje delicado y plantarle cara al asunto. Kali era un bicho raro entre su gente. Los gnomos viven para inventar. Tienen cinco, incluso diez proyectos en marcha al mismo tiempo, y a menudo alguno de ellos fusionándose con otro por casualidad. Los gnomos ven el mundo como algo intrínsecamente defectuoso que funciona mal (un sentimiento bastante generalizado), pero los gnomos difieren del resto del universo en que creen que es su tarea enderezar las cosas. Tal es el motivo por el que inventan —continúa, incansable y explosivamente— toda clase de trastos mecánicos. Es algo tan natural en los gnomos como respirar o tomar té.

Pero Kali no tenía las mismas tendencias que sus congéneres. Se sentía muy satisfecho haciendo lo que hacía con sus pociones y plantas y emplastos para aliviar una epidemia de gripe esporádica o catarros fuertes. Además, tenía sus cucharas; grabadas con flores silvestres, héroes legendarios y animales míticos (que fue como reconoció al dragón, por cierto), pero ninguna de ellas era mecánica. Tenía sobre su escritorio algunos planos de un faro alimentado con luz solar —para guardar las apariencias—, pero no había añadido una sola línea hacía años.

En resumen, Kali era un conformista que no desarrollaba todo su potencial mental. (Esto no era un crimen para los compatriotas de Kali, quienes tendían a ser comprensivos al respecto. En realidad, el hecho de que los métodos curativos de Kali no variaran de semana en semana, le daba cierta reputación como curandero).

Sea como sea, el hecho es que Kali fue quien encontró a los forasteros. Llegó a la conclusión de que estaban dentro de los límites de « aún respiran », y llevó a rastras los dos cuerpos, el de armadura y el de sin armadura, hasta su casa en el pueblo. (Esto es importante, ya que, por costumbre, la recuperación de los forasteros pasó a ser responsabilidad de Kali). Para cuando llevó al segundo (el

que no tenía armadura y era más rechoncho, el varón), una pequeña multitud de gnomos se había reunido delante del porche de su hogar. Iban armados con todo tipo de artefactos de aspecto temible y todos los ojos relucían.

Para un extraño (en particular para uno humano), estos gnomos habrían parecido ser una horda de verdugos malvados que se preparaba para iniciar una cruel inquisición, pero Kali los vio simplemente como sus compañeros inventores. Los artefactos eran creaciones montadas con precipitación para enderezar una pierna rota, abrir una zona infectada, o inmovilizar a un paciente que se resistiera al tratamiento (esta última invención era necesaria a la hora de poner en práctica la cirugía experimental). El brillo de los ojos que parecía tan malvado era sólo el sincero y genuino deseo que cualquier gnomo siente cuando uno de sus inventos puede demostrar su utilidad.

Para un forastero, sin embargo, ese brillo parecería comprensible e indudablemente malicioso, y el tamaño y número de filos agudos en los ingenios sólo conseguiría intensificar dicha duda. Si los dos extranjeros hubiesen disfrutado de un buen estado de salud, no habrían entrado en esta población aparentemente peligrosa sin ir acompañados, al menos, por una docena de los suyos, además de la promesa de una sustanciosa recompensa.

Kali arrastraba la figura más corpulenta por el porche cuando se encontró obstruido el paso. El primer forastero, la mujer de la armadura, había vuelto en sí y ahora estaba de pie, tambaleándose, en la puerta. Era alta y de aspecto amenazador y, aunque lo primero podía atribuirse a cualquier humano desde el punto de vista de un gnomo, esta mujer parecía incluso más alta, allí parada, meciéndose sobre sus botas rojas como un pino plantado inoportunamente durante la primera tormenta primaveral. El imponente físico de la mujer quedaba aún más resaltado por la maciza armadura y los grandes cuernos que adornaban su yelmo, como las pinzas mal situadas de un enfurecido escarabajo.

Los gnomos reunidos soltaron un suspiro de desencanto. Al parecer, no estaba herida de gravedad.

La mujer desabrochó los cierres del yelmo y se lo quitó, dejando a la vista un rostro anguloso y colérico, enmarcado por un cabello rojo como la sangre. Tambaleándose como si el suelo y ella no mantuvieran muy buenas relaciones, frunció el entrecejo y gritó con voz vacilante:

—Rendíos todos o...

No ofreció otra alternativa, ya que el peso de sus palabras la hizo perder el equilibrio y se desplomó en el suelo. Era evidente que sus heridas eran peores de lo que parecía al principio. Necesitaba ayuda.

Los gnomos reunidos estaban extáticos.

La pareja de humanos —con armadura y sin ella, hembra y varón, soldado y... bueno, el hombre iba vestido como un mercader, mago o alquimista— descansaron en casa de Kali durante cinco días, febriles. Ninguno se encontraba

lo bastante fuerte para despertar, tomar alimento o hacer peticiones. El hombre mercader dormía el sueño sin sueños de los muertos, en tanto que la mujer guerrera se sacudía con convulsiones que casi la hacían despertar a la dolorosa realidad de este mundo. Durante todo el tiempo, Kali se vio obligado a convencer a más de uno de sus compatriotas gnomos de que el recién inventado ingenio — como el destinado a abrir un pequeño agujero en la frente para presenciar sus sueños— no era necesario, y poner en práctica su propio arte con ellos. El oficio de Kali era curar y era bastante bueno... desde el punto de vista gnomo.

En la mañana del sexto día, Kali se despertó para encontrarse con la punta de una espada en la garganta. Ello fue una sorpresa porque por costumbre guardaba cosas tales como espadas en el otro cuarto, en la vitrina de cristal que tenía el rótulo: «Espadas». Como era de esperar, dada la localización del arma, la mujer guerrera estaba al otro extremo. Kali había inmovilizado a la pareja mientras dormía para que no se hirieran a sí mismos en algún sueño violento, pero las ataduras eran tiras de tela, y no muy prietas.

Nada prietas.

—Ríndete o morirás —siseó ella.

Kali hizo un cuidadoso (y rápido) repaso a sus opciones, tras lo cual le preguntó a la mujer qué le apetecía para desayunar.

La noticia de la rendición de Kali a la forastera que había vuelto en sí se propagó por el pueblo como los abrasadores resultados de un experimento químico fallido.

(En las historias gnomas los forasteros siempre se declaran a sí mismos dueños de las tierras y los gnomos siempre aceptan. Algunas almas poco caritativas dicen que esto se debe a que los gnomos dan largas mientras planean alegremente la venganza. En realidad, los clanes gnomos están sinceramente interesados en aprender cuanto sea posible de los recién llegados e intentarán complacerlos. Si la rendición es lo que quiere un forastero, no es un precio muy alto con tal que el forastero se quede. Y éste era el caso presente).

Pronto, una horda de individuos bajitos pero vehementes hicieron cola a la puerta de Kali, todos ellos dispuestos a rendirse a la mujer guerrera que estaba dentro, desayunando molletes de arándanos y salchichas. Algunos gnomos escribieron largos poemas, otros recitaron declaraciones de lealtad aún más largas, en tanto que otros intentaron rendirse mediante señas y haciendo juegos malabares para que no se hiciera caso omiso de ellos en favor de los que recitaban y declamaban. Unos pocos trajeron espadas para convertirlas en rejas de arado, aunque éstos llegaron los últimos, ya que antes tuvieron que convertir las rejas de arado en espadas (y, de hecho, muchas de las espadas tenían un marcado parecido con rejas de arado).

En lugar de mostrarse complacida, la mujer guerrera (los gnomos habían empezado a llamarla en sus diarios Forastera A y a su compañero, Forastero B)

pareció sentirse amenazada por esta avalancha de poesía, oratoria y mimo. Lo cierto es que una enorme concentración de gente bajita que gritaba y agitaba las manos, junto con los que venían detrás blandiendo espadas con aspecto de rejas de arado, habría puesto nervioso a cualquier respetable general que no estuviera familiarizado con las costumbres de los gnomos. Por desgracia, la mujer reaccionó como cualquier humano típico y se lanzó a la carga y a un desastre obra de ella misma.

Salió al porche a grandes zancadas para ordenar a los gnomos que se dispersaran. Su presencia fue suficiente para inspirar un grito generalizado de la multitud. Ella, por su parte, creyendo que era inminente un ataque, enarboló su espada. Los gnomos se adelantaron en masa, cada uno de ellos intentando ser el primero en rendirse. La perpleja forastera retrocedió un paso en el vano de la puerta, arremetió contra la multitud con su espada y volvió a retroceder otro paso...

Y tropezó con un portabotas de hierro fundido que Kali guardaba junto a la puerta (para botas de hierro fundido). Mujer y espada cayeron sobre las botas con un golpe estruendoso. Poco después la forastera estaba de nuevo reposando tranquilamente en el suelo, con una pequeña contusión en la coronilla.

Kali hizo que sus amigos, familiares y colegas inventores dejaran libre la puerta y el porche y, con un suspiro, volvió a sus prácticas curativas (en las que era muy bueno... desde el punto de vista gnomo). Escondió las armas y la coraza de la mujer en el cuarto trasero, puesto que la guerrera se había puesto bastante mal en dos ocasiones, después de utilizarlas.

La mujer volvería a despertar dos días después, pero entretanto el otro forastero, el Forastero B, volvió en sí, si bien con efectos mucho menos espectaculares. Se limitó a preguntar qué había de desayuno y, aunque era mediodía, Kali retrasó su reloj seis horas a fin de acomodarlo a su paciente.

El Forastero B, que sorprendió a los gnomos reunidos al informarles que se llamaba Oster, se mostró un poco aturdido, pero menos violento, cuando una multitud de hombrecillos que le llegaban a la cintura recitaron, mascullaron y declararon por señas su absoluta fidelidad hacia él. Después los gnomos reunidos corrieron de vuelta a sus casas para tachar en sus diarios «Forastero B» y escribir «Oster» en su lugar. Oster regresó al interior de la casa para tomar el desayuno y comió plácidamente, en tanto que el sonido de raspadores rascando papel resonaba a lo largo y ancho del pueblo.

Después del desayuno, Kali alejó a los pocos vecinos que se habían dejado caer por allí para rendirse (y para ver si quedaba algún mollete de arándanos). Regresó a la casa para preguntar a Oster sobre sus viajes y cómo habían llegado aquí la mujer y él, pero se encontró con que su paciente no estaba en el cuarto principal. Un súbito pánico hizo presa de Kali. Temió que el forastero se hubiese ido a dar una vuelta y, conociendo a los humanos, se hubiese metido en algún

problema.

Una rápida búsqueda descubrió a Oster en el segundo cuarto de invitados, al pie del lecho donde la mujer guerrera descansaba. El humano tenía una extraña expresión en el rostro, esa expresión que se les pone a los gnomos cuando comprenden que un invento ya no requiere ninguna otra modificación. «Embelesado» sería una buena palabra para describirlo. También lo haría «sorbido-el-seso-y-enamorado-hasta-los-tuétanos», pero embelesado es más corto y por lo tanto será lo que diremos de aquí en adelante.

Kali entró en la habitación sin hacer ruido y se quedó parado durante varios segundos, apoyando el peso ora en un pie ora en otro, y sin saber si debería marcharse o no.

Por fin el hombre suspiró; un suspiro profundo que habría hecho subir varios puntos el indicador de la presión atmosférica del cuarto, si a Kali se le hubiese ocurrido instalar un ingenio así. Era un suspiro humano, lleno de arrobos.

—Es maravillosa —dijo—. Sanador, ¿quién es?

Kali estaba estupefacto. Había dado por hecho que los dos forasteros se conocían, y que los había encontrado juntos. El gnomo se preguntó si el hombre no se habría hecho daño en la cabeza con la caída, como en apariencia le había ocurrido a la mujer.

—Ella, eh... —empezó—, ¿no estaba contigo?

Oster resopló como si hubiese inhalado un pescado.

—¿Conmigo? No, sanador. Soy un simple mercader, demasiado testarudo para vivir bajo la tiranía sin oponerme, pero demasiado viejo y gordo para combatirla como es debido. Mis carretas fueron confiscadas y me uní a un pequeño grupo que asaltaba y emboscaba a los invasores, quemando sus suministros y liberando a los esclavos. Por ello fuimos perseguidos a través de colinas y valles por una fuerza mayor de la que habríamos podido imaginar. A no tardar, mis compañeros estaban muertos o dispersados, y yo me encontré solo para hacer frente a la furia del Señor del Dragón. —El humano sacudió la cabeza, pero sus ojos no se apartaron un instante de la figura dormida de la mujer.

» Fui un condenado estúpido y no eché a correr ni pedí clemencia; ni siquiera se me ocurrió sacar mi espada. Para cuando estas ideas empezaron a abrirse paso en mi cabeza, el diabólico comandante de esa fuerza, el Señor del Dragón en persona, se me había echado encima y me dejaba fuera de combate con un golpe. Ignoro el por qué no me mató allí mismo; que Morgion le pudra los huesos. En cambio me ató y me echó a lomos del dragón como si fuera un saco de harina. Cuando volví en mí, y a nos habíamos remontado en el aire. Entonces algo macizo alcanzó al dragón en el vuelo y nos estrellamos. Desperté para encontrarme en tu sala de estar, con todas esas pequeñas personas, extrañas y agradables —se inclinó sobre la mujer— y con esta bellísima visión.

La guerrera era delgada y fibrosa, con los músculos endurecidos por la batalla y pulidos por la guerra. Pero, con su blanca tez y su cabello de color castaño rojizo desparramado por las almohadas, ofrecía un aspecto casi angelical. Era fácil que un humano pensara que era hermosa mientras estaba inconsciente.

Los pensamientos de Kali, al ser gnomo, discurrían por otros derroteros.

—¿Conocías a ese Señor del Dragón?—preguntó.

—No —le respondió Oster, que miraba arrobado a la mujer—. Nunca lo vi sin la máscara.

Entonces comprendió Kali que el «diabólico comandante» y la radiante criatura de la que el hombre estaba locamente enamorado (pues incluso los gnomos se dan cuenta de cuándo alguien está locamente enamorado) eran la misma persona. Pero en ese momento era más importante la información de que el dragón había sido alcanzado por algo durante el vuelo y que ello lo había hecho estrellarse. Armas que pudieran arrojar al aire proyectiles de tal calibre que derribaran a un dragón en pleno vuelo, le sonaban sospechosamente gnomos al gnomo.

Por supuesto, el forastero, Oster, sufriría una gran decepción al descubrir que la «bellísima visión» y su captor maldito por Morgion eran la misma persona. Si Kali hubiese sido un individuo menos honrado y más sincero, habría hecho caer el castillo de naipes de Oster. Pero Kali era un gnomo muy caballero, y había ciertas cosas que no se hacen en la buena sociedad, y desilusionar a alguien a quien acabas de rendirte era una de ellas.

Oster sacó al gnomo de sus reflexiones con otro sonoro suspiro.

—¿Sabes cómo se llama?—preguntó.

—Eh... mmmmm... —farfulló el gnomo—. ¿Me dijo su nombre cuando... eh... te trajo? Comentó algo sobre un dragón. Sí, eso es, algo sobre una lucha con un dragón. Lo alcanzó con un conjuro mágico; eso debió de ser... eh... el golpe que sentiste. Tú caíste y... eh... —Recorrió con la mirada el cuarto buscando inspiración y sus ojos se detuvieron en la colección de cucharas adornadas con flores silvestres. Intentó pensar en un nombre floral—. Te trajo aquí, pero estaba... exhausta por el combate y se puso enferma al poco tiempo. Aguileña. Sí, ése era el nombre. Aguileña.

—Aguileña —musitó Oster y volvió a suspirar; un suspiro hondo que le recordó a Kali un fuelle que necesitaba un arreglo—. Le debo la vida. Mi destino era ser prisionero o morir a manos del Señor del Dragón, pero ahora me encuentro a salvo en un lugar mágico, rescatado por una bella y mágica mujer. —Se volvió hacia el gnomo y lo traspasó con la intensidad de su mirada—. He de ayudar a que se recupere, pequeño sanador. ¿Qué puedo hacer?

Kali farfulló y tartamudeó, pero por fin consiguió dar a Oster algunas nociones de métodos sencillos de curación, poco más que aplicar compresas frías

y cosas por el estilo. Después dejó a sus dos protegidos a solas y salió de la casa. Necesitaba pensar sobre lo que acababa de ocurrir y, lo más importante, confirmar sus temores concernientes a la muerte del dragón.

Kali fue de casa en casa, una tarea larga y tediosa que le ocupó el resto del día. Esto no se debía a que la comunidad gnoma fuera grande, que no lo era, sino que, en cada casa, un gnomo que va de visita tiene que mantener una agradable conversación, tomar té, informar sobre cualquier descubrimiento reciente, tomar otro poco más de té, mirar las últimas investigaciones de su anfitrión, mantener otro rato de charla agradable y así sucesivamente antes de despedirse y continuar su camino. Kali confiaba en que los siguientes no se ofendieran si rechazaba una tercera taza de té, pero después de la sexta visita empezaba a sonar un chapoteo en su estómago mientras caminaba.

En la séptima casa, la que pertenecía a Archimedorastimor el Menor, hijo de Archimedorastimor el Mayor (y el más reciente), Kali halló la respuesta que temía. Los Archimedorastimor, padre e hijo, estaban dedicados a la astronomía y llevaban mucho tiempo preguntándose qué hacer con su tiempo libre cuando el cielo estaba nublado o durante las horas diurnas. Mientras que la mayoría de los gnomos involucrados en este campo se limitan a intentar construir torres más altas para sobrepasar las nubes e incluso el sol, los Archimedorastimor (los Archis, para abreviar) en cambio propusieron la original idea de lanzar sus telescopios desde grandes catapultas para situarlos por encima de las nubes y del sol. Los otros gnomos hicieron mofa de la absurda teoría y volvieron a su construcción de torres. Pero Archi padre y Archi hijo siguieron experimentando hasta el día en que, tres años atrás, Archi padre construyó una catapulta explosiva y lanzó al aire su laboratorio al completo, que no volvió a bajar. Desde entonces, Archi, hijo de Archi, había continuado la investigación de su padre, pero (salvo por la creación de una combinación de paracaídas y almohadón) había hecho escasos progresos científicos. De vez en cuando, sin embargo, se las ingeniaba para lanzar una gran roca que acababa por desplomarse sobre una casa o un árbol.

En cualquier caso, fue en la séptima casa donde Kali halló la respuesta que estaba temiéndose. Sí, hacía cinco días, Archi había salido al campo para experimentar con su nueva catapulta astronómica y acababa de regresar de dicha prueba. El experimento había sido un fracaso, ya que algo grande y pesado se había interpuesto en el lanzamiento en el último momento. A Kali ese algo grande y pesado le sonaba sospechosamente a un dragón. Cuando planteó ésta teoría, Archi admitió que el algo pesado tenía más que una ligera apariencia de reptil. Tras el impacto con su roca, había realizado una súbita y brusca zambullida. Kali tomó té, mantuvo una charla trivial durante el resto de la tarde e hizo jurar a Archi que no mencionaría los detalles de este experimento a los nuevos forasteros, Oster y la mujer guerrera. Archi lo prometió y también

anunció que los visitaría más tarde para rendirse, después de terminar las anotaciones en su diario.

Kali, habiendo resuelto el primer problema, se volcó en el segundo. La mujer guerrera era el Señor del Dragón (fuera lo que fuese eso) y había cogido prisionero a Oster, y, para qué engañarse, de un modo ruin. La armadura del Señor del Dragón, que Kali había escondido en un cuarto trasero, había ocultado el hecho de que era una mujer. Ahora, Oster estaba chiflado por ella (como sólo los humanos pueden estar chiflados por alguien) en su verdadera apariencia. Cuando la mujer volviera en sí de nuevo, supuso Kali, probablemente sería otra vez ruin con Oster. Oster se sentiría herido, no sólo porque esta radiante criatura no se llamara Aguileña, sino porque fuera la persona que había actuado de un modo tan ruin con él. Eso haría que *ninguna* de las dos personas a las que se habían rendido los gnomos se sintiera feliz.

Eso no resultaría bien. En absoluto.

Cuando Kali regresó a su casa, vio que el hombre, Oster, había recogido algunas flores silvestres y las había colocado en un jarrón, junto al lecho de la enferma. El gnomo decidió que la cabeza del hombre no había salido afectada con la caída, después de todo. Por las historias humanas que había escuchado frente a chimeneas y en torno a copas de ponche, Kali sabía que este comportamiento era típico. Los humanos siempre estaban ocupados con actividades aparentemente infructuosas, absurdas y emocionales en exceso, haciendo uso de gestos ostentosos y juramentos solemnes.

El primer paso, pensó Kali, era asegurarse de que Oster no estuviera allí cuando la mujer guerrera se despertase. Sus dos últimas apariciones entre la gente habían sido muy poco pacíficas y, basándose en esta clase de comportamiento previo, no era de esperar que la próxima ocasión fuera mejor. Al menos, debería conseguir que el hombre no estuviera en la casa mientras hablaba con la mujer, le explicaba la situación y la calmaba. Si era la mitad de razonable que Oster, todo saldría a pedir de boca. Quizá lo había cogido prisionero porque le gustaba su apariencia, del mismo modo que la suya le gustaba a él, razonaba Kali. Las historias humanas daban mucha importancia al hecho de que los humanos no sabían expresar sus sentimientos, particularmente a las personas que les gustaban.

Cuando Kali entró en el cuarto, reparó en que Oster sostenía la muñeca de la mujer como si con ello pudiera descubrir algo más aparte de que había pulso en su cuerpo. Cobrando ánimos para llevar adelante el engaño, el gnomo se acercó a los pies de la cama y sujetó el dedo gordo del pie de la mujer. Frunciendo el entrecejo como imaginaba haría un humano sabio, Kali soltó un sonoro suspiro.

Oster alzó la vista hacia el gnomo, a los pies de la cama.

—Mal asunto —manifestó Kali.

—¿Mal asunto? —repitió Oster.

—Hay complicaciones —dijo el gnomo—. Tensión de los máximos insensibles. El síndrome de Ornar. Contusiones abundantes. Puede pasar algún tiempo.

Oster se puso de pie y dio una patada al suelo.

—¡Entonces me quedaré para ayudar!

Kali estaba preparado para que el humano pronunciara un solemne juramento al respecto; pero, cuando comprendió que no iba a hacerlo, acentuó el gesto ceñudo y discurrió de prisa.

—Voy a... eh... necesitar abastecerme de ciertas cosas. Si de verdad estás dispuesto a ello, el mejor modo de ayudar sería ocuparte de ir a buscarlas.

—Haré lo que sea, pequeño sanador.

Kali se dirigió a su escritorio y sacó papel y pluma. Hizo una lista con cinco cosas elegidas al azar: picos de gallina, rosas negras, alcohol para friegas, ojos de sapo y esquirlas de feldespato. Luego le entregó la lista a Oster.

—Esto servirá —dijo el gnomo—. Coge algún equipo del área de almacenaje antes de ponerte en camino. Tal vez necesites varios días para reunir estos artículos, pero tómate todo el tiempo que te haga falta.

—¿Podría ayudarme un guía?

Kali pensó en Archi.

—Quizá se pueda arreglar. Ahora, vamos. La mujer... eh... Aguiluña... precisa paz y tranquilidad tanto como esas otras cosas.

El hombre se dirigió al cuarto de almacenaje en tanto que el gnomo escribía una nota a Archi en la que le explicaba la situación y la necesidad de llevar al hombre por la ruta más larga posible para buscar los artículos. Iba a enviar la nota por los medios habituales, pero cambió de opinión al pensar que, muy probablemente, el servicio de correo gnomos se la entregara a Oster o a él mismo, ya que se mencionaban sus nombres. Al final decidió entregarla en persona.

Archi y Oster partieron a la mañana siguiente y la mujer guerrera despertó por la tarde, con fiebre y de mal humor. Kali estaba atendiendo a otro colega, Etonamemdosari (Eton), un armero que estaba trabajando en una espada que podía utilizarse directamente como reja de arado, cuando la mujer entró en la sala con pasos inseguros. La pareja de gnomos alzó la vista de sus copas de ponche. (Estaban intercambiando historias humanas).

Despierta, la mujer era menos encantadora que dormida, pues los pensamientos y recuerdos tensaban su semblante hasta convertirlo en una máscara ceñuda que habría espantado al gato, en caso de que Kali hubiese tenido uno. (No lo tenía, pues lo hacían estornudar; pero, *de haberlo* tenido, dicho gato habría considerado la posibilidad de cambiar de alojamiento después de mirar a la mujer).

—Mis armas —demandó en una voz que habría asustado a un perro guardián.

(Véase la nota más arriba referente a los gatos, pues también podría aplicarse en el caso de perros).

—Eh... ¿quieres un poco de ponche? —preguntó Kali.

—¡Al infierno con tu ponche! —bramó la mujer mientras cruzaba la sala de una sola zancada y golpeaba la mesa con los puños—. ¿Dónde están mis armas? ¿Y mi armadura? ¿Dónde está mi dragón?

—¿Dragón? —repitió Kali, confiando en ofrecer una apariencia más inocente de lo que se sentía.

La guerrera hizo un ruido semejante a una máquina cuando se le quedan enganchados los engranajes y derribó la mesa patas arriba, con copas de ponche incluidas. Kali comprendió que la cosa no iba a funcionar tan bien como había supuesto.

—Inténtalo otra vez —dijo ella, con un brillo maligno en los ojos—, y hazlo mejor, o te arrancaré la cabeza de cuajo.

—Ejem... Bien... eh... —La mente de Kali trabajó a marchas forzadas intentando recordar cuánto de la historia que había contado a Oster podía emplear en el caso presente—. Nosotros, eh... yo, eh... es decir... te trajo un héroe que mató a la bestia en la que montabas. Pensó que era una criatura salvaje pero, cuando te encontró y comprendió que te pertenecía, él... eh... te trajo hasta aquí para que te recuperases y... eh... se marchó en busca de algunas hierbas medicinales para curarte. Dijo que lo lamentaba muchísimo.

Las palabras de Kali causaron en la mujer el mismo efecto que si hubiese recibido un golpe. Sus hombros se hundieron unos segundos en un evidente gesto de desaliento. El gnomo comprendió que el dragón muerto significaba para ella tanto como un gato o un perro habrían significado para él, salvo que no debía de hacerla estornudar. Se dejó caer en una silla y, después de respirar hondo varias veces para recuperar el dominio de sí misma, dijo con voz temblorosa:

—¿Y el prisionero?

—Eh... —Kali sufrió un sobresalto al perder el hilo de la historia durante un instante—. Me temo que no lo conseguí.

Quizá la guerrera mostrase algún sentimiento compasivo y ello le daría pie para consolarla al revelar que Oster estaba sano y salvo. O quizás incluso que había sido resucitado por un hombre santo que iba de paso por el pueblo.

—¿Y su cadáver? —preguntó la mujer. Algo en su tono, en su sonrisa tirante, en el modo en que sus dedos se clavaron en el tablero de la mesa, le dijo a Kali que la compasión no era una prioridad corriente para ella.

—Bien, en realidad... nosotros... eh... tenemos la costumbre de quemar esas cosas. Si hubiésemos sabido que lo querías, te lo habríamos guardado. No sabía que significara tanto para ti.

Ella se echó a reír; fue una risa gutural, profunda, que se iniciaba alrededor de su pétreo corazón, y para cuando salía de entre sus labios, contenía la crueldad

de una criatura que estrangularía pajarillos antes del desayuno. (Véanse notas más arriba referentes a gatos y perros. En lo relativo a Kali: ningún pájaro corría peligro por la risa).

—¿Que significaba mucho para mí? Quería partirlo en pedacitos, romperle todos los huesos y colgarlo de un gancho por las entrañas en la plaza del pueblo para enseñar cómo tratamos a los traidores y rebeldes. Gente como él me hizo perder un transporte de valor incalculable y ahora también me ha costado mi dragón. ¡Ojalá Morgion pudra su cuerpo y Chemosh esparza sus huesos!

Kali estaba impresionado por la frialdad de sus juramentos, en los que no había el menor atisbo de la nobleza y pasión latentes en los juramentos de Oster, a pesar de que invocaban a las mismas deidades. Esta humana no parecía tener ninguna dificultad para expresarse. El gnomo comprendió que, si la reunía con Oster, se encolerizaría... y no sólo con el humano, sino también con él. Más valía dar marcha atrás, pensó, e intentar arreglar la situación.

—Bueno, parecía un buen tipo antes de que... eh... en fin... —Kali miró a Eton buscando ayuda en la conversación. Su colega gnomo había retrocedido hasta la chimenea e intentaba fundirse con los trebejos del hogar.

—¿Sufrió? —preguntó la guerrera—. ¿Se le rompieron los huesos?

Kali contestó afirmativamente una y otra vez a la larga lista de cosas horribles que ella recitó y que casi llenaban un carnet de baile con todo lo espantoso que podía ocurrirle a un individuo que se precipita desde un sitio alto a otro bajo: huesos rotos, cráneo partido, órganos internos desparramados sobre rocas afiladas, suficiente aliento en el destrozado cuerpo para suplicar clemencia y sufrir los estertores de la agonía final. Kali se preguntó si esta clase de charla se consideraría una conversación cortés en el sitio de donde venía la mujer. Sus respuestas parecían agitarla y excitarla, hasta el punto de que el gnomo habría jurado que los ojos de la guerrera relucían como las luces de unos pilotos gemelos, brillando y chispeando con malevolencia.

Una vez agotado aquel tema tan interesante, la guerrera preguntó:

—¿Y mis armas? ¿Mi yelmo? ¿Mi armadura?

—El héroe... eh... el que te trajo aquí... eh... las escondió —repuso el gnomo.

—¿Que las escondió? —chilló mientras se incorporaba con brusquedad.

—Eh... sí. Para ponerlas fuera del alcance de ladrones, ya sabes. Dijo que te las devolverá cuando regrese...

Kali intentó decir que el héroe tardaría en regresar unos cuantos días y que por qué ella no descansaba, pero las cosas empezaron a suceder muy deprisa entonces. Haciendo otra vez ese ruido de engranajes atascados, la guerrera metió las dos manos bajo la barba del gnomo, las cerró firmemente en torno a su garganta y levantó en vilo al hombrecillo. Kali sintió que los dedos le cerraban la tráquea, obstruyendo el paso del aire. Unas chispitas bailaban entre el rostro de la

mujer y el suyo. Para empeorar las cosas, ella gritó que él y sus amigos caras de rata encontrarían sus armas aunque para ello tuvieran que horadar la montaña con los dientes; mientras tanto, recalcaba sus observaciones golpeando la cabeza y los hombros de Kali contra la pared. Los impactos con la pared hicieron que al gnomo se le escaparan algunas palabras, pero captó el meollo del asunto.

Kali ignoraba cuánto tiempo duró el arrebató de la mujer. Por fin fue consciente de que podía respirar otra vez y de que, salvo por la garganta dolorida y una jaqueca considerable, todavía estaba vivo. Vio ante él la figura de la guerrera, descansando en una postura nada cómoda sobre un montón de muebles rotos, boca abajo. Al otro lado, Eton sostenía la badila grande que utilizaba para limpiar la chimenea.

Kali le dio las gracias con voz ronca, pero se dio cuenta de que Eton estaba y a dándole vueltas a la idea de cómo convertir la badila en una combinación de espada y reja de arado.

El gnomo llevó a la mujer a la cama otra vez y arregló el envío de muebles nuevos para cuando Oster y Archie regresaran con el material al día siguiente. En esas horas, Kali tuvo tiempo de sobra para frotarse la dolorida garganta y pensar bien las cosas.

A pesar de las historias que corren, los gnomos no son violentos por naturaleza. Ni tampoco, a despecho de otras muchas historias similares, son estúpidos. Kali se daba cuenta de que esta guerrera iba a encolerizarse cada vez que se despertara, y que decirle la verdad tendría por resultado un alboroto que finalizaría con la destrucción de un considerable número de propiedades gnomas y tal vez de cuerpos gnomos. Esto no sería un buen asunto, dado que los gnomos se habían rendido a la mujer y todo lo demás. Sin olvidar que probablemente hiciera daño a Oster si descubría que estaba vivo. En el poco tiempo que Kali conocía al hombre, el gnomo había llegado a la conclusión de que era uno de los humanos buenos, a pesar de su error a la hora de elegir la persona de la que enamorarse locamente. Se le rompería el corazón si supiera que ella era tan cruel y malvada. Y también acabaría con la garganta rota si los dos se quedaban solos en una habitación.

El problema era, decidió Kali, que se estaba moviendo en un campo con el que no estaba familiarizado. Sólo conocía a los humanos por las historias y cuentos absurdos, y sus actuales experiencias personales indicaban que su conocimiento era incompleto. Las emociones humanas le resultaban aún más incomprensibles. Como la mayoría de los gnomos, Kali estaba muy familiarizado con cosas que podía tocar, coger, retorcer, romper y reparar. Ojalá este asunto tuviera una simple solución física.

Kali contempló a la mujer tumbada en el lecho, sosegada como la muerte y encantadora como el amanecer, y comprendió que quizá sí había una simple solución física.

Para cuando Oster y Archi estuvieron de regreso, Kali no sólo había trazado un plan, sino que había hecho una lista de materiales: una carreta cerrada y bueyes, noventa kilos de yeso, una cantidad similar de cera, un mausoleo de piedra con una valla de hierro alrededor, siete latas de pintura de distintos tonos pastel, la ayuda de Organathoran, el pintor, y la medicación suficiente para mantener a un caballo en el mundo de los sueños durante una semana.

Escribía el último artículo de la lista y se disponía a comprobar el estado de la mujer (sólo para asegurarse de que no había vuelto a despertarse), cuando Oster y Archi regresaron. Una multitud de gnomos se arracimaba a su alrededor mientras Archi describía algo con minuciosidad a la par que hacía con las manos los movimientos de vaivén de una espada.

Kali recibió a la pareja en la puerta, y Oster le tendió al gnomo un paquete pequeño que contenía las hierbas y otros productos recogidos en el campo. A su lado había otro paquete grande. El humano esbozó una leve, casi tímida, sonrisa, pero todos los ojos estaban prendidos en Archi, que gesticulaba como un loco.

—Fue maravilloso —gritaba Archi, reparando en Kali por primera vez—. ¡El muchacho... eh... el humano, Oster, estuvo magnífico! Nos encontrábamos en el Valle del Humo, a unos tres kilómetros de aquí, cuando de repente nos topamos con una especie de wyrm. Un verdadero monstruo salido de los abismos, con las patas de insecto, la voracidad de un oso y los colmillos dos veces más largos que mi brazo.

—Era un behir —dijo en voz queda Oster, que tenía coloradas las orejas—, y además uno pequeño.

—Le habría servido de cena —continuó Archi, sin hacer caso de la interrupción—, pero Oster, Oster el Valiente, me apartó de lo que habría sido una muerte segura.

—Yo... eh... tropecé con él al girar para echar a correr —lo corrigió Oster, a quien el sonrojo se le había extendido por las mejillas e incrementaba su intensidad por momentos.

—Entonces, el valiente Oster, armado sólo con una piedra afilada, llamó la atención de la bestia. Se la arrojó. —Aquí, Archi hizo su mejor imitación de un lanzamiento zigzagueante con tanto realismo que algunos de los gnomos reunidos retrocedieron unos pasos—. Y echó sobre la bestia la ladera de la montaña ¡y la mató!

—Intenté trepar por el risco para huir y causé una avalancha. Casi nos entierra a todos. —La voz de Oster se redujo a un susurro cuando el hombre comprendió que a la mayoría de los gnomos le gustaba más la versión de Archi que la suya.

Archi rodó sobre sí mismo como un mecanismo de movimiento continuo.

—La bestia estaba mortalmente herida —prosiguió—, e intentó revolverse contra nosotros. Oster cogió una roca enorme y la machacó hasta rematarla.

—Bueno, y o... No era tan grande como... eh... bien... supongo... —Oster se encogió de hombros. Si hubiese sabido que en las discusiones gnomas el silencio significaba conformidad, sin duda habría defendido su inocencia de heroísmo un poco más. Pero no lo sabía, así que no protestó... lo que fue tanto como admitirlo.

—Y encontramos toda clase de gemas y cosas mágicas en el cubil de la criatura —añadió Archi mientras señalaba el saco.

Los gnomos, naturalmente, exigieron ver el tesoro y, en consecuencia, Oster sacó de la bolsa grande un objeto tras otro. Puñados de gemas, largos collares de perlas y un conjunto de brigantina de un matiz dorado y un yelmo de color similar, adornado con piedras preciosas. Por último extrajo una vaina y una espada de color cobrizo.

La noticia de la gesta de Oster (y su tesoro) se propagó rápidamente por toda la comunidad y un gran número de gnomos se presentó ante el humano para rendirse de nuevo a Oster (o mejor dicho, a Oster el Héroe, como se lo conocía ahora). Archi tuvo que contar su historia por segunda y tercera vez, y los arrojados ataques se tornaron más arrojados con cada narración. El humano renunció enseguida a intentar rectificar las pequeñas diferencias entre la versión de Archi y la suya, y pareció disfrutar de la atención que le dispensaban.

Oster dio una gran parte de las joyas a Archi y las piedras preciosas a Kali. La cota, la espada de cobre y el yelmo se los guardó para él, ya que eran del tamaño de un humano y Oster era el único miembro (despierto) de la comunidad que encajaba con esa descripción.

A instancia de los gnomos se puso la armadura, si bien tuvo que dejar las correas laterales en su longitud máxima. Con el yelmo cubriéndole el rostro, tenía la apariencia de una figura mecánica o de un autómatas, y el nombre de Oster el Héroe Mecánico quedó reflejado en muchos diarios aquella noche.

Fue sólo después de que Oster terminara de enseñar y repartir su botín y Archi acabara de describir (por quinta vez) los magistrales golpes del Héroe Mecánico contra las hordas de criaturas serpentina, cuando el trío regresó al interior de la casa. Oster dio un respingo de sobresalto al ver los destrozos del salón.

—¿Qué ha pasado? —demandó mientras miraba la mesa rota, las sillas destrozadas y la vajilla hecha añicos.

—Bueno, pues... —balbució Kali, pensando que sería mejor contarle la verdad a Oster: que su dama se había despertado y había destruido el salón mientras describía gozosamente las torturas que le tenía reservadas.

—Parece que un demonio haya pasado por aquí desatando su furia —añadió Oster.

—Eh... sí. Un demonio. —Kali sepultó la verdad en lo más recóndito de su mente. Oster había sido un héroe unos instantes antes y la verdad sólo le haría daño. En la colección de cucharas del gnomo no había ningún demonio dibujado

y Kali se preguntó qué aspecto tendría uno de esos seres. No obstante, tras inhalar hondo, se lanzó a hablar—. Eh... un demonio estuvo aquí. Era muy alto, y sus cuernos arañaban el techo; de los hombros le salían placas rojas de quitina endurecida y su boca era una trama de alambres negros.

—¿Era muy corpulento? ¿Su mano enguantada blandía una espada? ¿Llevaba armadura? —preguntó Oster, con el entrecejo fruncido.

—Sí, sí, iba todo cubierto con armadura. —De repente Kali se tapó la boca con la mano. Buscando definir al «demonio» que había destruido el lugar, había descrito a un Señor del Dragón con su armadura.

—Lo suponía —dijo Oster con expresión severa mientras se erguía—. Sobrevivió gracias a la muerte de su dragón. Pero ¿por qué iba a venir aquí? A menos... ¿Y la doncella, Aguileña? ¿Está a salvo?

—Eh... descansa cómodamente en su habitación. El demonio no mostró interés por ella. —Kali confiaba en que, cuando Oster comprobara el estado de la mujer, no reparara en la nueva contusión que tenía donde Eton la había golpeado con la badila.

—Me buscaba a mí, ¿verdad? —inquirió el hombre con expresión sombría.

—No. Quiero decir, sí. Mejor dicho... —tartamudeó el gnomo, que intentaba sin éxito que no se le enredara la lengua. Otros gnomos, como Archi, eran capaces de hilvanar historias durante toda la noche, pero Kali tenía miedo de que una palabra contradijera otra y lo descubriera como un mentiroso—. Estuvo aquí, buscándote, y se puso furioso cuando le dije que habías muerto. Quería tu cadáver, pero le contesté que lo habíamos quemado. No quería mentir, pero me pareció una buena idea en ese momento. —«Y lo hice con toda mi buena intención», agregó para sus adentros.

—Hiciste bien, pequeño sanador —manifestó Oster—. Pero arriesgaste mucho al engañar a alguien como él. Probablemente regresará. Cuando lo haga, debemos estar preparados. Dime, ¿cómo se encuentra la doncella?

—Eh... descansa —contestó el gnomo, que todavía elegía las palabras con sumo cuidado—. He estado pensando mucho en sus heridas y me temo que tal vez no se recupere. —Iba a añadir que sería muy conveniente para todos que no se recobrara, pero cometió el error de mirar a Oster a la cara y vio el dolor en sus ojos. El humano había dejado de ser un héroe y volvía a ser un mercader de mediana edad. En consecuencia, Kali agregó en cambio—: Tengo una lista de más medicamentos que tal vez curen su enfermedad. Pero llevará tiempo.

De inmediato, Oster se ofreció para ir a buscarlos y Archi se brindó presuroso a acompañarlo. Sólo Eton y Kali sabrían que la doncella no era lo que parecía, y que los ingredientes que el Héroe Mecánico iba a recoger eran para hacer una poción humeante cuyos vapores mantendrían a la mujer en aquel plácido sueño hasta que Kali encontrara una solución al asunto.

Las siguientes semanas —la época de pleno verano— transcurrieron sin que

ocurrieran más incidentes que los que cabían esperarse en una comunidad gnomia. El prestigio de Oster, el Héroe Mecánico, se incrementó cuando acabó con otras cuantas criaturas molestas que habían estado rondando por la zona, incluidos una gran hidra que se había enseñoreado del Arroyo Hirviente y un oso lechuza que tenía sus reales en una vieja mina enana.

El hecho de que en el primer caso Oster fuera acompañado por un grupo de gnomos armados con los proyectores automáticos de lazos corredizos creados por Eton, y que en el segundo caso la espada que había encontrado hubiera sido forjada específicamente para matar osos lechuzas, no hizo que su prestigio disminuyera. Oster era muy apreciado por los gnomos, y más aún después de rescatar a las hermanas Kastopolintar cuando su taller de alquimia decidió estallar inesperadamente el día de la Víspera del Solsticio.

Con todo, cuando no estaba en un viaje de aventuras o asistiendo a una fiesta o banquete en su honor, Oster pasaba la mayor parte del tiempo sentado a la cabecera del lecho de su dama, ahora conocida en la comunidad como la Dama de Oster, esperando que se recuperara mientras contemplaba su faz, reposada y pasiva a la luz de la luna, y el movimiento rítmico de la colcha al subir y bajar con cada inhalación. Los gnomos respetaban a Oster y, por ende, respetaban a su dama dormida, de modo que ninguno de ellos mencionó su extraño comportamiento el día en que había llegado al pueblo, o el hecho de que Kali se mostrara menos efectivo de lo normal para alcanzar una curación. No querían preocupar al humano sin necesidad.

Como era de esperar, Kali se sentía muy desdichado. Conocía la verdad mejor que ninguno de sus colegas y le dolía ver que él era responsable de la pena de Oster. Saltaba a la vista que el humano había creado una imagen ficticia de su dama, una dama que, una vez que hubiese despertado, sin duda le arrancaría de cuajo un miembro tras otro. En más de una ocasión, Kali hizo suficiente acopio de valor como para decidirse a confrontar a Oster con la verdad. El gnomo repasó mentalmente las frases y pensó en cada razón o argumento que aconsejaba decir la verdad al humano. Pero, cada vez que intentaba llevar a la práctica esta idea, ocurría más o menos esto:

—Oster, tenemos que hablar —decía Kali.

El hombre, que sostenía la mano de su amada, suspiraba y decía:

—Sí, sé que paso todo el tiempo aquí cuando no estoy fuera, y piensas que no me conviene.

—Bueno, sí, pero... —empezaba Kali.

—Es que tengo miedo de que alguna vez, cuando no esté a su lado, el maldito Señor del Dragón regrese y haga daño a mi dama y a mis amigos —lo interrumpía Oster, que soltaba otro sonoro suspiro—. Qué bella es, ¿verdad?

En este punto, Kali, odiándose a sí mismo, se acordaba de un proyecto que tenía a medio terminar y dejaba al afligido Oster con su dama. La brigantina del

Héroe Mecánico le encajaba cada vez mejor, a medida que hacía más ejercicio, y la destreza y antiguas aptitudes que tenía olvidadas hacía tiempo retornaban a él. Reunió muchas armas y objetos extraños en sus viajes por todo el valle, pero sólo guardó para sí mismo un puñado de dagas de plata que llevaba al cinturón, así como una capa mágica, y dio el resto a sus amigos. Kali envió al héroe en misiones de búsqueda de materiales que no necesitaba, en tanto que él y Organathoran, el pintor, a quien Kali había hecho jurar que guardaría el secreto, ponían en práctica sus dotes artesanales.

Cada día, cuando Oster se marchaba, mezclaban yeso y hacían un molde de alguna parte del cuerpo de la mujer, ya fuera una mano, un brazo o un pie. Los moldes se llenaban a continuación con cera caliente. Trabajaron durante varias semanas hasta conseguir las copias adecuadas de las manos, y aún más tiempo para las de las piernas, el torso y el rostro. Las copias defectuosas se fundían en la lumbre, al igual que unos pocos moldes buenos de los que tenían que deshacerse cuando Oster regresaba victorioso, y antes de tiempo, de la misión encomendada.

Una vez, mientras tomaba el molde de la cabeza de la mujer, Kali consideró por un momento la posibilidad de cubrirla por completo con yeso y dejarla morir. Resolvería el problema y haría que todo fuera mucho más fácil. Aun cuando le rompiera el corazón a Oster.

Pero, mientras la idea le cruzaba por la cabeza, las manos del gnomo empezaron a temblar y tuvo que salir de la casa para recobrar el dominio de sí mismo. Eran unos pensamientos indignos tanto para un sanador como para un gnomo. Los humanos podían elegir el camino más corto, pero un poco de dificultad no había amilanado jamás a un gnomo. Seguiría con el plan trazado.

Cuando el modelo quedó terminado, Kali lo almacenó en una habitación trasera oculta, junto con la armadura de Señor del Dragón. Valiéndose de la piel de un zorro de pelo largo, Kali fabricó una peluca adecuada y Organathoran trabajó en hacer la réplica exacta de la apariencia de una humana viva aunque enferma.

Cuando el trabajo estuvo terminado, Kali pidió a sus colegas la fabricación de un mausoleo de piedra y un sepulcro. Siguiendo la costumbre gnoma, el encargo costó varios intentos fallidos y tuvo por resultado un edificio cuyo diseño habría vuelto loco al mejor arquitecto humano; lo completaba una larga pasarela de lustrosa piedra negra, cuyo arco finalizaba ante las puertas de treinta centímetros de grosor. El sepulcro propiamente dicho estaba tallado en cristal.

El plan final de Kali era sencillo (considerando que era gnomo). El maniquí se colocaría en la tumba y le dirían a Oster que el sepulcro de cristal mantendría a su dama viva, aunque dormida, durante el resto de sus días, puesto que no había nada que el sanador pudiera hacer para curarla. Oster sufriría, pero sería un dolor con esperanza en el futuro, no la pena de perder al ser amado (al menos, en

opinión de Kali). Al mismo tiempo, la criatura maligna que quería acabar con él sería metida, todavía inconsciente, en un carro tirado por bueyes, que emprendería la marcha calzada adelante, sin conductor. Para cuando se despertara, se encontraría a kilómetros de distancia del remoto asentamiento gnomo, habiendo perdido unos cuantos meses de su vida, y sin que Kali tuviera que ser un asesino.

Éste era el plan, y las hojas acababan de adquirir sus tonalidades del otoño cuando todo estuvo preparado. Un día, Kali y Eton transportaron el maniquí terminado desde su escondrijo, mientras Oster se encontraba en una misión encomendada por Archi. Dejaron la figura tendida en la tumba y echaron los cerrojos. Debajo del cristal yacía ahora una princesa bellísima, adecuada para cualquier historia humana. Sus labios eran rojos y sus ojos, con un leve toque azulado en los párpados, jamás se abrirían.

Completar la tarea les llevó casi dos horas. Cuando regresaron a la casa, sufrieron un sobresalto al descubrir que Oster los estaba esperando.

Oster, el Héroe Mecánico, llevaba puesta todavía su brillante armadura, con el yelmo sujeto bajo el brazo, y paseaba de un lado a otro de la habitación. Recibió a los dos gnomos con una amplia y cálida sonrisa.

Kali tosió y se lanzó a lo que esperaba iba a ser su última mentira:

—Oster, tengo que darte una terrible noticia. El estado de la doncella Aguileña ha cambiado durante el tiempo que estuviste ausente. Ha empeorado tanto que fue necesario meterla en un ataúd mágico, en un edificio de piedra que está en lo alto de la colina. Lo siento, pero... —Enmudeció al mirar a Oster a los ojos, en los que había una expresión desconcertada.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el hombre—. Todavía está ahí dentro. —Señaló la puerta del cuarto y Kali, por primera vez, reparó en que habían dejado abierto el armario secreto de esa habitación—. Tengo una noticia fantástica. Mientras viajaba por el campo buscando los ingredientes, tuve la suerte de rescatar a un clérigo, un verdadero clérigo, con dotes curativas para sanar a los enfermos. Lo traje aquí, para que cure a Aguileña. No es que quiera menoscabar tus habilidades, Kali, mi querido amigo, pero todas tus pociones no han servido de nada. Lleva ahí dentro media hora, desde que...

Las palabras de Oster fueron cortadas con brusquedad. La puerta del dormitorio saltó de sus goznes reforzados, de construcción gnoma, y a través de ella se precipitó el mutilado cuerpo del clérigo. La Señora del Dragón, embutida en la armadura, entró en la sala. Incluso con el rostro cubierto, Kali notó que la mujer sonreía. Una sonrisa que habría podido asustar a un perro, dejar sin aire a un pájaro o matar a un gato.

Kali se descorazonó. El baile había empezado, y el gnomo comprendió por primera vez que había construido su historia de ficción sin afianzarla con la más mínima clavija de seguridad, inventando mentira sobre mentira hasta crear un

edificio de falsedades, una estructura que ahora se tambaleaba, azotada por el viento inclemente de la verdad. Pensó en las historias humanas y deseó fervientemente un arreglo fácil: un anciano sabio que apareciera en escena y ofreciera la solución a todos los problemas.

Y con otro sobresalto comprendió que eso era, precisamente, lo que casi había ocurrido. El hombre santo yacía en un charco de su propia sangre, pagando su error de aparecer en el cuento equivocado.

Pero, mientras la mente de Kali se paraba y aceleraba, yendo de una revelación a otra como un niño asustado va de un cuarto a otro en una vieja casa, los humanos reaccionaron de la manera que lo hacen todos los humanos. La Señora del Dragón se echó a reír y, saltando hacia adelante, arremetió con una cuchillada dirigida al pecho de Oster. El Héroe Mecánico alzó su propia arma y detuvo el golpe, al tiempo que arrojaba su yelmo a la Señora del Dragón. Ella se agachó, pero el casco de bronce le rozó la cabeza y la dejó un momento desorientada. El hombre aprovechó ese instante para retroceder al interior de la sala e indicar a los gnomos que se apartaran.

Kali y Eton se escabulleron hasta la chimenea, que estaba embellecida con unas cuantas de las nuevas reja-arado-badilas de Eton. Estos utensilios de chimenea tenían un bonito recogedor de metal soldado a la base, lo que los hacía muy útiles para limpiar ceniza a paladas, pero también eran prácticos para pequeñas tareas de jardinería y muy apropiados para dar golpes. La pareja de gnomos bordeó el perímetro de la batalla. Kali había oído contar que los kendens eran capaces de fundirse con la propia piedra y moverse sin dejar siquiera una sombra. Deseó desesperadamente tener esa habilidad.

La atención de Oster estaba prendida en la oscura figura que tenía ante sí. Kali esperaba que la Señora del Dragón se mofara, se riera, rugiera y se comportara del mismo modo que hacen todos los malos cuando se enfrentan a la virtud, pero la mujer limitó su repertorio a unos gruñidos del tipo de engranaje medio. Se lanzó al ataque con una andanada de golpes, arremetidas y fintas laterales. Oster los detuvo fácilmente y la obligó a retroceder con un golpe sesgado, dirigido al tronco, y otro a la cabeza. Lo que le faltaba de práctica, lo suplía con fuerza, y la Señora del Dragón se tambaleó cuando una de las fuertes arremetidas de Oster la alcanzó en el brazo izquierdo.

Lucharon durante un minuto, dos, una eternidad de tres. La Señora del Dragón no había perdido de vista a los dos gnomos (escarmentada por la anterior experiencia) y evitaba todos sus intentos de situarse a su espalda. Los dos combatientes no tardaron en dar buena cuenta de la mayor parte de los muebles del salón de Kali, ya que todo lo que era rompible parecía encontrarse inadvertidamente cerca del choque de las espadas. La Señora del Dragón cargaba, y su acero se trababa con el de Oster. La pareja se enzarzaba forcejeante en unos cuantos pasos de la mortal danza y después uno u otro salía

disparado hacia atrás, lo bastante lejos para reducir algún otro mueble a astillas. Arremetida, choque de espadas, forcejeo, destrucción de una silla. Arremetida, ahogue, forcejeos, escritorio. Arremetida, choque, forcejeo, colección de cucharas.

El sudor empapaba el rostro de Oster, pero sus ojos ardían de cólera. El combate se había alargado, y Kali comprendió que sus muertes se habían aplazado. Un capullo de inspiración floreció en su cerebro, y de repente supo el motivo por el que la Señora del Dragón no había acabado con ellos en un santiamén. En tanto que Oster se había estado entrenando como el héroe local de los gnomos, la Señora del Dragón había pasado seis meses en un descanso obligado y, aunque era lo bastante fuerte como para acabar con un par de gnomos o con un sorprendido clérigo que esperaba hallarse ante una joven doncella indefensa, estaba teniendo más problemas con alguien entrenado para combatir.

La duración de la pelea se estaba cobrando su precio en la mujer. La sangre le manaba entre las charreteras de su brazo herido y creaba un tétrico dibujo en su armadura. Incluso Kali advirtió que procuraba protegerse ese brazo, y Oster aprovechaba la ventaja, obligándola a retroceder, paso a paso, hacia la puerta del dormitorio.

Los ojos de Kali captaban la batalla, pero su mente barajaba las opciones, y todas ellas eran malas. Al principio creyó que Oster perecería en el ataque, lo que era bueno considerando que moriría sin descubrir que la doncella que amaba era su asesina, pero malo teniendo en cuenta que dicha asesina tomaría venganza en toda la comunidad. Ahora parecía que Oster saldría victorioso, lo que era igualmente desastroso, pues, una vez que descubriera que el supuesto Señor del Dragón era su Aguiluña, sin duda moriría también con el corazón roto, ya que no por las costillas rotas.

Kali se mordisqueó la barba, rebulló inquieto, alzó la badila y rebulló otra vez. Eton parecía una estatua a su lado, dándole vueltas a sus propios pensamientos o quizá preparándose para su viaje al más allá. La pareja de gnomos estaba extasiada con la danza mortal que se desarrollaba frente a ellos.

Oster superaba ahora con facilidad los golpes de la Señora del Dragón, reduciéndolos a débiles fintas para rechazar sus ataques. Los dos trabaron de nuevo las espadas (Kali hizo una anotación mental de comprobar si quedaba algún mueble intacto). Esta vez, cuando se separaron, la espada de la Señora del Dragón escapó de la mano de su dueña y hundió la punta en la vitrina de la loza (con lo que rompió las últimas teteras que quedaban enteras). Oster arremetió con un fuerte golpe lateral, preciso y equilibrado, dirigido al cuello de su oponente. Kali dio un paso al frente.

—¡Oster, no lo hagas! ¡Es tu Aguiluña! —quiso gritar, pero en ese momento se produjo un enorme estallido en la base de su cráneo y se fue de bruces.

La habitación se oscureció y el suelo salió al encuentro del gnomo. Advirtió vagamente que otras dos formas se desplomaban en el piso antes de hacerlo él; una parecía un yelmo humano con cabeza, y la otra, un cuerpo humano sin cabeza ni yelmo. Una parte de la mente de Kali hizo un breve paréntesis para calcular cuánto tiempo tardarían un gnomo rechoncho, una cabeza cortada y un cuerpo descabezado en caer todos al suelo al mismo tiempo. Después el negro vacío se cerró sobre él.

Kali despertó tumbado en su propia cama, contemplando el sombrío semblante de Oster y el preocupado de Eton. La expresión en la faz de su colega gnomo relataba toda la historia, esa misma expresión de perro avergonzado que adopta un gnomo cuando se siente culpable de que un invento no vaya del todo bien, combinada con la leve sensación de orgullo porque se ha demostrado que su idea es factible. Todavía sostenía en las manos su reciente creación de reja de arado y badila combinadas.

El rostro de Oster era humano y, por tanto, indescifrable. Estaba ceniciento. Parecía el de un gnomo que comprende que su invento es irrealizable y que nada puede cambiar ese hecho. Era una expresión de derrota, teñida con otra de preocupación.

—Está muerta —dijo Kali con voz rota. No era una pregunta, en realidad, sino una apostilla, una nota a pie de página.

—Ambos lo están —respondió Oster mientras posaba la mano en el hombro del gnomo—. Y el clérigo también, me temo.

—¿Ambos? —El entrecejo de Kali se frunció.

—El Señor del Dragón y... y... —Oster sacudió la cabeza—. Eton me ha mostrado la tumba que hicisteis para ella. Es preciosa. Casi parece que está viva. Le indiqué al clérigo cuál era el dormitorio y entró en él. El Señor del Dragón estaba esperando. Si no hubieseis llegado en ese momento, nos habría cogido de sorpresa a los dos.

Kali miró fijamente a Eton, confiando en sacar a su colega gnomo una explicación que, al menos, lo pusiera al corriente.

Eton eludió los ojos y en cambio agarró el dedo gordo del pie de Kali y se miró la muñeca.

—Mmmm... aturrido por una « conclusión » lateral. Necesita descansar. ¿Te importa, Oster?

El humano se levantó y salió del cuarto. La puerta del dormitorio había sido reemplazada por una alfombra colgada burdamente y Kali pudo oír el ir y venir atareado de Oster en la sala.

Eton se inclinó sobre él para comprobar el vendaje de la cabeza de Kali. El pequeño sanador agarró por la barba a su cuidador, lo hizo aproximarse más, y siseó a fin de que Oster no lo oyera:

—¿Cómo evitaste que se enterara?

—Reacción mental rápida y presencia de ánimo —susurró Eton—. Antes de que tuviera oportunidad de examinar el cuerpo le dije que, si el Señor del Dragón estaba aquí, también podía haber otros enemigos cerca. Oster salió a explorar y entretanto me ocupé del cuerpo. Cuando regresó ya lo había colocado, sin quitarle la armadura, sobre la pira.

—¿Y Aguileña?

—Está en su cripta. El Héroe Mecánico inventó su propia historia y lo hizo mejor que nosotros. Está destrozado, pero lo superará. Creo. Es difícil estar seguro con los humanos.

—¿Por qué me golpeaste? —Kali miraba fijamente el peligroso utensilio que Eton sostenía en la mano.

El otro gnomo suspiró.

—Porque habías creado algo que funcionaba y no quería que lo echaras a perder —repuso.

A Kali le dolía la cabeza, quizá sólo por el golpe de la badila, pero no estaba seguro. Frunció el entrecejo y permaneció en silencio. Y ya se sabe que el silencio es conformidad entre los gnomos.

—Creaste un héroe, Kali —continuó Eton con voz queda, amable—. Oster llegó como un prisionero, un mercader fracasado y un rebelde. Pero merced a todas las mentiras que urdiste (la historia de Aguileña, los encargos para recoger plantas y objetos inútiles) halló un propósito en su vida. Sabía que estabas decidido a contarle la verdad y tenía que impedírtelo. Si se lo hubieses dicho, tal vez habría parado el golpe y ella nos habría matado a todos.

—¡Pero ahora cree en una mentira! —gimió Kali, manteniendo aún un tono bajo.

—Por lo que sé de los humanos, eso es algo muy corriente entre ellos —manifestó Eton mientras se encogía de hombros—. Son excelentes engañándose a sí mismos. A veces la mentira es la unidad de un país, o la perfección de una causa. O el amor de una buena mujer...

—... que en realidad no existe —rezongó Kali.

—Exactamente. —Eton asintió con un cabeceo—. Puede que incluso así sea preferible. Menos molestias y preocupaciones. Tal vez cree una para mí mismo...

Kali gruñó suavemente y se quedó dormido. Pasados unos días empezó a ver las cosas como las veía Eton. Y Oster se sobrepuso con el tiempo y llegó a sanarse la herida abierta en su corazón por la muerte de Aguileña a manos del Señor del Dragón. Y cada vez se hizo menos importante para Kali contarle la verdad a Oster. Aun así, se prometió a sí mismo no volver a decir más mentiras. Al menos, mentiras que fueran peligrosas.

Y así ha sido desde entonces hasta hoy. Todavía existe un pueblo gnomo tan remoto que otros gnomos se refieren a él cuando hablan de comunidades lejanas;

es un lugar ruidoso por el golpeteo de martillos y alguna que otra explosión. Y tiene como protector un campeón vestido con armadura de bronce, un humano con atavío mecánico. Y su sanador es un gnomo que tiene un aire de satisfacción porque hizo algo que funciona, aunque, si se le insiste, no revelará la naturaleza de su descubrimiento.

Si alguna vez os encontráis con este Héroe Mecánico, podéis preguntarle acerca de la historia y él os contará, tan bien como es capaz de hacerlo con su lenguaje humano y su estilo directo, el relato de su heroísmo en contra de su voluntad, de descubrir que se confía en él para proteger un grupo de pequeños y absurdos gnomos. Os hablará de su encuentro con una belleza sumida en el sueño, una dulce doncella que jamás habló con él y que, sin embargo, le robó el corazón. Y os hablará de la maligna criatura que la mató y amenazó a sus recientes amigos, de manera que le pidieron que los salvara. Y hablará de sacrificios hechos, de solemnes juramentos prestados, de horribles batallas sostenidas y de cómo la justicia y el valor prevalecen al final, aunque a costa de un alto precio.

Pero ésa, por supuesto, es una historia humana y, como tal, no nos tomaremos la molestia de ocuparnos de ella.

El lobo de la noche

Nancy Varian Berberick

El pueblo de Dimmin se alzaba al abrigo de las montañas Kharolis, enclavado entre el reino elfo Qualinesti y el de Thorbardin, de los enanos. A las afueras de ese pequeño pueblo detrás del recodo del arroyo donde los sauces colgaban sobre el agua en ambas orillas, había una casita de piedra. Era la casa de Thorne, el mago, que había vivido allí hacía veinte años. Su aspecto físico era el de un hombre en la plenitud de la vida; el mismo que había tenido durante esos veinte últimos años, sin que le saliera una cana. En consecuencia, la gente suponía que tenía algún antepasado elfo.

Los magos no gozaban de buena reputación en aquellos días, justo después del Cataclismo, pero los aldeanos apreciaban a Thorne. Desde el alcalde a la última moza de la vaquería lo conocían como « nuestro mago ». Incluso Guarinn Golpe de Martillo, el enano que se ocupaba de la herrería, no podía ocultar el apego que sentía, aunque a regañadientes, por Thorne, y eso hablaba por sí solo. Hasta la llegada del mago, únicamente había una persona que podía llamarse amigo de Guarinn: Tam, el alfarero. Aparte de él, Guarinn no había intimado con nadie y se lo consideraba un tipo hosco en el que apenas había cabida para la cordialidad y el afecto. Aun así, cuando Thorne llegó, Guarinn hizo un hueco para otro amigo en su desabrido corazón. Un enano de vida larga y un mago de vida larga... Los aldeanos decían entre bromas que Guarinn debía de haber pensado que Thorne estaría en este mundo bastante tiempo, de manera que tal vez acabaría acostumbrándose a él.

La gente de Dimmin no sabía ni la mitad de lo que había que saber acerca de Guarinn, Tam y Thorne, aunque consideró natural que Roulant Alfarero, que había crecido pegado a los talones de Tam y sus amigos, ocupara el puesto de su padre a la muerte del alfarero... y desarrollara la misma buena amistad con Guarinn y Thorne.

Probablemente, predijeron, cuando el joven Roulant se casara con Ula, la chica del molinero, tendrían un hijo que heredaría los amigos de su abuelo. Nadie

pensaba que sería una mala herencia, mago incluido. La gente se había acostumbrado a Guarinn, el herrero. Y Thorne era útil del modo que lo son los magos, ya que podía hacer que un niño intranquilo durmiera o que brotara agua otra vez de un pozo seco, y siempre se mostraba dispuesto a hacer un buen uso de sus misteriosas habilidades.

Nadie culpaba a Thorne de que fuera incapaz de hacer algo respecto a la Noche del Lobo.

Cualquier habitante de Dimmin que tuviera ojos en la cara podía ver que aquello era motivo de gran frustración y pesadumbre para su mago, pues no podía ofrecerles protección contra el lobo que aterrorizaba la campiña una noche al año. Durante treinta años había evitado trampas y cazadores, y ello era suficiente para que la gente comprendiese que no se trataba de un lobo corriente. ¿Qué bestia normal viviría durante tanto tiempo?

Aun así, Thorne era incapaz de ofrecer una solución mejor que aconsejar a todos que se quedaran encerrados en sus casas, de manera que, para no poner en peligro sus vidas, jamás se aventuraban fuera de sus hogares cuando las dos lunas se alzaban llenas en la primera noche de otoño. Y así, en este día cada año, por todo Dimmin los niños pequeños se recogían temprano en las cabañas y las puertas se cerraban a cal y canto. Y si la cama de un chiquillo estaba cerca de una ventana, esa noche el pequeño dormía en el sobrado, con sus padres.

Más a menudo una oveja extraviada o un perro vagabundo, y a veces un desafortunado viajero al que la noche sorprendía en el bosque, satisfacían el hambre de la gran bestia. Pero, hacía sólo tres años, en la Noche del Lobo, cuando las lunas se ponían, un granjero, que vivía a unas horas de camino de Dimmin, se había despertado con el llanto de su hijo. Por rápido que corrió junto al catre del pequeño, sólo encontró la cama vacía y las anchas y profundas huellas de un lobo grande bajo la ventana. A partir de entonces, nadie puso en tela de juicio el consejo de Thorne de encerrarse en casa en la Noche.

Debía de ser una maldición, murmuraban mientras echaban trancas y cerrojos. ¿Qué otra cosa podía ser si no?

Y eso era, exactamente. Thorne había sabido desde el principio cómo poner fin a la maldición y nadie deseaba que llegara ese final más que él.

El primer día de otoño, Thorne estaba sentado frente a la lumbre cubierta del hogar excavado en el suelo. En el exterior de la casa de piedra un viento frío ululaba en los aleros, pero el mago no lo escuchaba. Con los ojos muy abiertos, soñaba como si estuviese profundamente dormido. En sus sueños las dos lunas, la roja y la plateada, ocupaban el cielo y derramaban su luz sobre los irregulares salientes de unas paredes ruinosas, en tanto que un aullido hambriento y frío se alzaba en el cielo nocturno. En sus sueños, Thorne clamaba piedad, pero no la

obtenía.

Pasó sentado así toda la mañana y siguió sin moverse durante toda la tarde. Cuando la luz adquirió los profundos matices del final del día, escuchó su nombre pronunciado en un susurro apremiante y salió de su estado de ensoñación poco a poco, como un hombre que emerge de la oscuridad de unas aguas profundas. Guarinn Golpe de Martillo se hallaba a su lado, esperando. El semblante del enano estaba blanco, macilento; sus oscuros ojos con motitas azules se hundían en profundas ojeras marcadas por el cansancio. Thorne no había movido un músculo a lo largo del día, pero sabía que Guarinn había permanecido de guardia a su lado, sin alejarse un paso.

—Es la hora, amigo —músitó el mago.

Guarinn asintió en silencio. Mantuvo el mutismo mientras él y el mago se cubrían con cálidas capas de lana gruesa y se calzaban botas de escalar; continuó callado mientras se echaba al hombro un rollo de cuerda recia y metía en el cinturón un hacha arrojadiza, de mango corto.

Cruzaron el arroyo por el viejo puente de transeúntes y penetraron en la oscura floresta. En la cima del primer cerro, Thorne hizo un alto para echar desde allí un vistazo a Dimmin mientras las luces empezaban a encenderse tras las ventanas de las cabañas; pequeños resplandores dorados para consolarse de la inminente llegada de la noche. Contempló la última cabaña, la que estaba sola al extremo del pueblo, donde la calle se convertía en un angosto sendero que descendía sinuoso hacia el horno de la alfarería, en la orilla del arroyo. Cuando se encendió la luz, el mago supo que Roulant estaba cogiendo su arco y su aljaba, preparándose para partir.

—Y así llega la Noche —susurró Thorne—. E intentaremos de nuevo matar al lobo, acabar con la maldición.

Sus palabras cayeron en un pesado silencio. Guarinn dio la espalda a las luces de Dimmin y empezó a trepar la alta colina del bosque, el lugar pelado donde se alzaban las ruinas. Thorne fue en pos de él, respetando el silencio del enano.

Su amistad era más antigua de lo que imaginaba la gente de Dimmin. Guarinn sabía que hubo un tiempo en que al mago se lo llamaba Thorne el Transfigurador. Y sabía que Thorne el Transfigurador era el lobo. Junto con Tam Alfarero, Guarinn había estado presente veinte años atrás, cuando Thorne intentó cortarse las muñecas con una afilada daga en un ciego intento de poner fin a la maldición matándose.

—No hay otra esperanza que esta hoja de acero —había gritado Thorne aquel día, asqueado por el sabor de lo que había matado el lobo—. Me transformaré cada año a menos que uno de vosotros acabe con el lobo, y ninguno de los dos habéis sido capaces de hacerlo.

Sus palabras no guardaban reproche alguno, pues sabía por qué sus amigos habían fracasado cada año. Aquello, también, era parte de la maldición. Pero

ellos mismos se lo reprochaban, y Thorne también lo sabía.

No encontró esperanza en ninguna parte, ni siquiera entre los sabios de la Torre de Wayreth. Huyó allí, después de que se pronunció la maldición, pero era expulsado de aquel refugio por la oscura magia de la propia maldición, impelido a regresar a las destrozadas ruinas de las montañas cuando salían las lunas llenas de otoño. Pasó diez años escondido en la Torre de la Alta Hechicería. Los esfuerzos de los magos más diestros de Wayreth no habían conseguido aplacar aquel apremio. Los más sabios aconsejaron con tristeza a Thorne que aceptara que sólo había un modo de terminar con la maldición. El lobo debía morir y sólo Guarinn o Tam Alfarero podían matarlo. Así lo dictaba la maldición. Pero le habían fallado.

Fue veinte años atrás cuando Thorne decidió que tal vez existía otro modo de acabar con la maldición y, así, con cuidadosa precisión, puso el reluciente filo de la daga sobre las azules venas de su muñeca. Al final, ya fuera por influencia de la maldición o por un deseo innato de supervivencia, que era más fuerte de lo que había imaginado, fue incapaz de hundir la daga en su muñeca.

Guarinn había sollozado de alegría y pesar a partes iguales ante la incapacidad de su amigo para acabar con su vida. Y Tam Alfarero, tomando con suavidad la daga de la mano del mago, manifestó:

—Thorne, regresa y vive en Dimmin con Guarinn y conmigo. Hallaremos el modo de matar al lobo. Seguiremos intentándolo.

En el verano que murió Tam, Roulant Alfarero descubrió que había heredado la participación de su padre en una maldición que era más vieja que él. Thorne le dijo a Roulant lo que su padre había creído y que Guarinn todavía creía: que, cuando muriese el lobo, acabaría la maldición.

—¿Qué te ocurrirá a ti? —preguntó el joven Roulant.

—No sufriré daño —había contestado el mago—. Seré libre.

En parte era verdad y en parte no. Thorne nunca reveló a sus amigos todo lo que había descubierto mientras estuvo en Wayreth.

Envuelta en las sombras, oculta bajo un afloramiento rocoso al borde del bosque, Ula se rodeó con los brazos las piernas dobladas, abrazándose a sí misma para apagar el alocado latido de su corazón. Estaba a cielo descubierto después de la puesta del sol en la Noche del Lobo. Ula llevaba viviendo en Dimmin sólo cinco años, cuando había ido a vivir con una prima de su madre, la esposa del molinero, después de que sus padres muriesen. Tenía entonces trece años y enseguida se enteró de que nadie del pueblo se aventuraba fuera de casa la primera noche de otoño.

Es decir, nadie salvo —últimamente— Roulant Alfarero. No tardaría en entrar sigiloso al bosque. Ula lo había visto hacerlo la Noche de los dos últimos

años y en su mente ni siquiera surgió la menor duda de que guardaría fielmente el secreto de Roulant. Lo amaba desde que lo conoció y él, por su parte, no había estado remiso a la hora de demostrarle que sentía lo mismo por ella. Pronto se casarían. Tal vez.

Y tal vez no. El silencio de Ula acerca de la salida de Roulant en la Noche, se extendía al propio Roulant, pues no sabía cómo hacerle la pregunta sin que sonara a acusación: *¿Qué sabes de la Noche del Lobo que ni siquiera sabe nuestro mago?*

Y, así, el secreto arrojaba una sombra entre ellos. Día a día, un poco cada vez, la sombra, como por arte de una magia maliciosa, los iba convirtiendo en extraños que se sentían incómodos cuando estaban juntos.

A medida que la oscuridad crecía bajo el fino dosel de la floresta, el viento arrastraba remolinos de hojas secas. En el cielo luminoso, una impaciente y solitaria estrella apuntó. Una forma oscura apareció en lo alto de la colina: un hombre joven de hombros anchos y larga zancada. Roulant se detuvo en la cima, y su silueta se recortó contra el cielo, con la última luz del ocaso brillando en su cabello castaño claro. Quieto como una estatua de piedra, permaneció allí, entre el pueblo y la espesura, durante mucho tiempo antes de desaparecer bajo los árboles, con el crepúsculo.

El viento gimió entre las rocas, y Ula se estremeció mientras acariciaba la empuñadura de la daga que llevaba al cinto. Estaba asustada; de la Noche y de lo que podía descubrir y también de lo que podía perder. Pero hizo acopio de coraje. Seguiría a Roulant esta noche y no se volvería atrás. Tenía que saber cuál era su papel en esta noche anual de terror.

Suave en el frío aire, Roulant escuchó un susurro, el seco crujido de arbustos a su espalda. Se volvió rápido y atisbó un destello rojo entre la enmarañada maleza de la ladera, un poco más abajo: algún zorro o raposa siguiendo el rastro de una presa. El joven continuó escalando. Tenía que llegar a las ruinas antes de que salieran las lunas.

Las desmoronadas paredes de piedra en lo alto de la pelada colina del bosque habían sido su punto de destino cada una de las dos últimas Noches, y lo habían sido de su padre cada año desde que Roulant tenía memoria. Cuando era un niño, tras la muerte de su madre, Roulant solía pensar que sabía la razón de que su padre saliera al bosque en la Noche del Lobo. Creía que Tam era un valiente campeón con la misión secreta de salvar a la gente de Dimmin. Roulant jamás le dijo a nadie lo que creía, ni tampoco se lo mencionó a su padre. Un secreto es un secreto, y Tam no tenía por qué soportar la carga de saber que había sido descubierto.

El año en que el lobo mató al hijo del granjero fue el último en que Tam subió a las ruinas. Al verano siguiente, murió. Roulant tenía diecisiete años y fue

entonces cuando supo que Thorne era el lobo.

Fue un duro descubrimiento. Roulant conocía a Thorne desde la infancia y sentía por él ese mágico temor reverencial y adoración que se profesa a un héroe. Incluso saber que el mago se convertía en lobo una vez al año no logró romper su vínculo. Desde entonces, enredado en la telaraña de una vieja maldición, Roulant había salido al bosque en la Noche para acompañar a Guarinn Golpe de Martillo, comprometido por el juramento hecho a Thorne de que matarían al lobo y así liberarían a su amigo de la maldición.

Llegado el momento, sin embargo, era una promesa difícil de cumplir, pues los lobos eran duros de cazar y matar. Pero Roulant, en su entusiasmo juvenil, nunca había pensado seriamente que fuera imposible. Era un buen cazador. Su padre le había enseñado a ser un tirador impecable con arco y flecha. Guarinn lo instruyó en el rastreo, haciendo amenas las lecciones durante las amistosas correrías por los bosques. Del mismo modo que había permanecido fiel a Tam, Guarinn lo fue también con Roulant. Y, al igual que el viejo alfarero había sido incapaz de cumplir su promesa, su hijo, hasta ahora, tampoco lo había hecho.

Había razones para ello y eran esa clase de razones que Roulant no osaba plantearse siquiera aquí, a solas en el oscuro bosque.

El viento soplaba con un quedo murmullo, arrastrando las hojas secas. La noche se cerraba por doquier, oscura y susurrante. Roulant se detuvo para recobrar el aliento antes de empezar a remontar el último tramo del sendero pedregoso, una vereda apenas perceptible que lo conduciría hasta las ruinas. Al observar la tenue nubécula de su aliento en el aire helado, pensó que el pálido vaho era igual que la promesa hecha a Thorne: fácil de que se la llevara el viento.

Roulant sabía que si fracasaba otra vez esta noche se vería obligado a romper otra clase de promesa, una que no tenía nada que ver con lobos y maldiciones. Si no mataba al lobo esta noche, por la mañana iría a ver a Ula y le diría que no podía casarse con ella. Lo haría, a pesar de que a ambos se les partiera el corazón.

Su Ula, una muchacha bonita y cariñosa, con sus anhelantes ojos verdes y su cabello rubio rojizo... Roulant no era poeta, pero últimamente, por las noches, le gustaba sentarse frente al fuego de la chimenea y pensar que las doradas llamas, tan hermosas y generosas con su calor, le recordaban a Ula. Toda felicidad y alegría que alcanzaran el día de su boda, quedarían empañadas rápidamente por su terrible compromiso de subir a las ruinas año tras año, intentando, como lo había intentado su padre, poner fin a la Noche del Lobo. ¿Cómo podía Roulant regresar con Ula cada año con las manos manchadas de sangre tan ciertamente como lo estaban las de Thorne?

Y sin embargo... ¿cómo iba a soportar la perspectiva de una vida sin ella?

El joven remontó el último tramo de escalada y pronto dejó atrás la oscura

densidad del bosque para ver a Thorne y Guarinn aguardándolo en el claro, bajo la pálida luz. Las lunas empezaban a salir, meras sugerencias de luz por encima de la montaña. Muy pronto derramarían sus rayos rojos y plateados sobre la pelada colina coronada por las desmoronadas paredes brillantes de escarcha. Roulant dejó la floresta, intentando rechazar la lúgubre sensación de que los sucesos de esta Noche estaban predestinados. Desde la oscuridad del lindero del bosque, Ula lo vio reunirse con sus amigos. Una vez que Roulant, Thorne y Guarinn treparon hasta las ruinas en la cima de la colina, Ula avanzó cautelosa alrededor de la base y, tras subir la cuesta tan silenciosa como una sombra, entró en el claro por el extremo opuesto y se escondió en el pequeño refugio de vigas carbonizadas y piedras amontonadas que en el pasado había sido una cámara nupcial.

Thorne se encontraba de pie en el centro de las ruinas, rodeado por piedras desmoronadas, de espaldas a las lunas salientes. Alzó la cabeza y olisqueó el aire. Guarinn hizo un lazo corredizo en una punta de la cuerda que llevaba. Roulant colocó la cuerda del arco y situó tres flechas sobre la parte plana de una roca, al alcance de la mano.

—Es la hora, amigo mío —dijo el enano, cuyas manos, cubiertas con cicatrices de quemaduras de la forja, temblaron un poco a pesar de que agarraba la cuerda con firmeza.

Ya habían intentado atar a Thorne con anterioridad, hacía cinco años. Fue cuando todavía era Tam, no Roulant, quien aprestaba arco y flechas. Guarinn pensó que tal vez fuera diferente esta vez, con unos ojos jóvenes, unas manos más firmes que hicieran un disparo preciso en el momento de la transformación. Thorne cerró los párpados para no ver la imagen de la cuerda que lo sujetaría, de Roulant preparando el proyectil largo con la punta de acero, e hizo un gesto de asentimiento a Guarinn.

—Hazlo, y date prisa.

Cuando el lazo pasó sobre su cabeza y se asentó en su cuello, Thorne se oyó a sí mismo jaderar roncamente, como un animal angustiado que busca de manera automática liberarse. La cuerda apestaba a cáñamo, alquitrán y el siniestro olor a humo, el fantasma del fuego. En cuestión de segundos, como la recaída de una enfermedad mal curada, sintió que se perdían sus vínculos de humanidad: compasión reemplazada por hambre, un imperativo que no conocía piedad. La razón y el talento dieron paso velozmente al instinto, que existía sólo para servir a la necesidad de supervivencia. Ahora sus sentidos estaban saturados con la compleja y rica variedad de olores que únicamente los animales conocen. Y esos olores le despertaban el hambre.

El hombre sabía que el miedo que olfateaba en Guarinn estaba justificado, y

con razón. El lobo sólo olería el miedo y sabría instintivamente que ésta era una víctima con la que saciar su apetito. Thorne deseó que Guarinn se diera prisa, pues muy pronto Thorne el Transfigurador, conocido en el pasado por su maestría en la disciplina más difícil de las artes mágicas, el cambio de forma, sería incapaz de detener el proceso de mutación.

Agazapada en su frío y oscuro refugio, Ula contemplaba con creciente alarma y desconcierto cómo Guarinn colocaba el nudo corredizo en torno al cuello de Thorne. Igual que la mayoría de la gente de Dimmin, se sentía como una intrusa en presencia del enano, cuyos silencios taciturnos la convertían en una extraña a quien hay que mantener apartada por recelo. Pero sabía que Roulant amaba a Guarinn tanto como amaba a Thorne y como había amado a su propio padre. Aunque la joven había oído al mago instarlo a que lo atara y veía que Roulant permanecía a su lado inmóvil y callado, Ula observó al enano con los ojos entrecerrados.

Cada nudo que hacía era prieto, y mientras trabajaba, el semblante de Guarinn era como un paisaje severo y desolado, barrido por la pena, despojado de todo salvo una remota esperanza. No obstante, hacía su tarea con esmero y, si hubiese sido cualquier otro, Ula habría dicho que incluso con ternura. Ponía mucho cuidado en no hacer daño y desde su puesto de observación, sin encontrar motivo a lo que estaba presenciando, Ula tragó saliva para quitarse el nudo que se le había hecho en la garganta y contener las lágrimas. Lágrimas por Thorne, atado; por Roulant, que estaba tan inmóvil como el mago, contemplándolo. Y por Guarinn Golpe de Martillo quien, de los tres, parecía ser el único que se odiaba por lo que estaba haciendo.

Y la joven se preguntó *qué* era lo que se estaba haciendo y por qué.

Ula oyó el aleteo de un búho en el bosque y al instante el apagado grito moribundo de una pequeña criatura atrapada entre las garras afiladas como cuchillos. Se levantó el aire frío, como un quedo lamento que se deslizó en la noche. Un misterioso sonido, una doliente súplica.

Tiritando, dominada por un terror frío, vio a Roulant coger una flecha y encajarla en el arco con la actitud del hombre dispuesto a disparar a un blanco y acertar en el centro de la diana. Guarinn se apartó a un lado y la luz lunar se reflejó en el afilado borde del hacha que sostenía en la mano.

El mago, solo, llevando la luz de las lunas como una brillante capa roja y plateada, cayó de rodillas. Guarinn se alejó otro par de pasos, teniendo cuidado en no ponerse entre el mago y la pared. Roulant seguía parado en el mismo sitio y, tras comprobar la posición del enano, no apartó los ojos un instante de Thorne.

La noche empezó a vibrar en torno al mago, como reverbera el aire por encima de una lumbre cubierta. Ula, que había permanecido quieta como una

estatua, hizo entonces un ruido, un roce de tacón de bota sobre piedra, al aproximarse a la abertura de su pequeño refugio para ver mejor.

A pesar de lo débil del sonido, fue escuchado.

Thorne levantó la cabeza con brusquedad y miró directamente hacia ella.

Un miedo frío erizó la piel de Ula y le atenazó dolorosamente las entrañas. Quería alargar la mano hacia su daga, pero sólo era capaz de permanecer agazapada e inmóvil, atrapada y paralizada por los ojos de Thorne: los ojos de un animal acechando más allá del círculo luminoso de una hoguera de campamento. «Y su forma —pensó—, su forma está *mal* de algún modo. Algo en su rostro, en la longitud de sus brazos. Claro que, sin duda, será un truco de la luz de las lunas y el aire reverberante». Lo cierto es que, agazapado allí, no se sostenía como un hombre, sobre sus rodillas, sino sobre las palmas de las manos y las plantas de los pies, como lo haría un animal.

Ula se llevó las manos a la boca para sofocar un grito de horror y piedad cuando vio a Thorne mirar a otro lado y volcar toda su atención en morder febril la cuerda que lo ataba.

La sogá ya no era muy efectiva para inmovilizarlo pues su forma estaba cambiando con rapidez y las ataduras resbalaban flojas en lo que antes era la muñeca o el tobillo de un hombre y que ahora eran las articulaciones más estrechas de un animal, un lobo de ancho pecho, cuyo pelaje gris relucía plateado a la luz de las lunas, que también brillaba en los goteantes colmillos.

—¡Ahora, Roulant! ¡Hazlo! —gritó Guarinn.

En un gesto instintivo, Ula retrocedió veloz contra la desmoronada pared que había a sus espaldas y dio un respingo cuando la grava rodó colina abajo con un golpeteo de piedras que sonó de manera estruendosa en la quietud de la noche.

El ruido no distrajo a Guarinn, cuya hacha alcanzó el hombro del lobo con un tajo profundo, pero sin alojarse en músculo o hueso. Por el contrario, Roulant vaciló y, aunque sólo fue una fracción de segundo, cuando el lobo saltó sobre él y estaba fuera del alcance de la flecha. Rugiendo, el animal lo golpeó con fuerza y lo derribó al pedregoso suelo, donde lo inmovilizó con su peso.

Y entonces Ula salió de su escondrijo como una exhalación y cruzó las ruinas a todo correr, con la daga enarbolada, sin saber muy bien qué pretendía hacer.

Se le echaban encima, la joven hembra y el macho más pequeño, con dagas que se hundirían más profundamente de lo que podían hacer sus colmillos. El lobo, que no sabía lo que era cólera o venganza ni cualquier otro propósito que no fuera sobrevivir, se levantó de un salto del que yacía despatarrado e indefenso bajo él y renunció al tentador efluvio de carne y sangre en favor de una inmediata supervivencia.

Impulsado por el dolor, el lobo ganó su libertad al precio de otro salto sobre la pared desmoronada, que le laceró el vientre. Dejó un rastro de sangre en las piedras de la ladera, a todo lo largo del sendero que se internaba en el bosque, y

se llevó arrastrando el lazo de cuerda anudado a su cuello.

Guarinn había hecho una brillante hoguera en el centro de las ruinas, pero Roulant no creía que le estuviera sirviendo de mucho a Ula para hacerla entrar en calor ni confortarla. Tampoco parecía que sirviera de mucho que Roulant la tuviera rodeada con sus brazos, y el joven se preguntó si los sollozos de la muchacha cesarían alguna vez. En alguna parte, hacia el norte, sonó el aullido del lobo; fue un lamento solitario y prolongado. Ula se estremeció, y Roulant la apretó más contra sí.

—Ula —empezó, dejando a un lado el recuerdo de su fracaso—, ¿por qué me seguiste hasta aquí?

Ella se sentó un poco más derecha, con los puños apretados sobre las rodillas y los ojos todavía húmedos pero sin derramar nuevas lágrimas.

—Sé desde hace dos años que sales al bosque en la Noche. Y me di cuenta de que...

Se interrumpió y miró a Guarinn, que estaba en cuclillas junto al fuego. El enano se giró un poco, aparentando desinterés por lo que tuvieran que discutir entre ellos. Roulant, que lo conocía, comprendió que les estaba ofreciendo un poco de intimidad.

—¿Te diste cuenta de qué? —preguntó el joven suavemente.

—De que algo se interponía entre nosotros. Algo..., un secreto. Roulant, estaba asustada y tenía que saber por qué ibas al bosque en la Noche, cuando nadie salía de sus casas...

—Alguien más lo hacía —la corrigió Guarinn—. Thorne y yo. Y ahora que estás aquí supongo que te crees con el derecho de conocer el secreto en el que has metido las narices, ¿no?

Ula se encrespó y Roulant sacudió la cabeza.

—Guarinn, está aquí y eso le da derecho a saber qué significa lo que ha visto.

—No en lo que a mí concierne.

—Tal vez —admitió el joven—. Pero sí tiene derecho en lo que me concierne a mí y yo debería haberlo respetado mucho antes.

Guarinn los contempló a ambos mientras juzgaba en silencio.

—De acuerdo, entonces —dijo por último—. Escucha con atención, Ula, porque voy a darte la respuesta que has venido a buscar.

» Estas ruinas que ves a tu alrededor fueron antes la casa de Thorne. Un sitio tranquilo y sosegado. Pero eso se acabó. Ahora no es más que una pila de escombros, un montón de piedras para marcar el lugar donde se decidieron tres sinos en esta misma noche, hace treinta años. Tres sinos entrelazados entre sí para formar un único destino.

El viento sopló, agitando el humo y las llamas de la pequeña hoguera. Roulant

rodeó de nuevo en sus brazos a Ula y la estrechó contra sí para darle calor.

—Muchacha —continuó el enano—, el lugar que elegiste para esconderte esta noche era antaño una cámara nupcial. Jamás presencié la dicha para la que fue preparada...

» Thorne pidió sólo a dos invitados que vinieran de testigos y celebraran su enlace. Uno era yo, y me sentía complacido de estar a su lado cuando pronunciara los votos matrimoniales. El otro era Tam Alfarero, y su alegría era por partida doble, ya que uno de los contrayentes, Thorne, era su amigo, y el otro, la novia, era su prima. La joven procedía del lejano sur y creo que a sus parientes más próximos no les gustaba la idea de que se casara con un mago. Pero Tam estaba muy satisfecho, de manera que actuó como el familiar que entrega la mano de la novia.

» Se llamaba Mariel y era bonita, pero no una belleza excepcional. Sin embargo, aquella noche estaba tan radiante que hacía palidecer de envidia a las estrellas, pues es lo que ocurre con las muchachas cuando van a tener pronto lo que quieren y necesitan. Ella necesitaba a Thorne el Transfigurador y renunció a su familia para tenerlo a él. Y no era menos lo que Thorne la necesitaba a ella.

» Era la primera noche de otoño, y las relucientes estrellas brillaban sobre nosotros cuando salimos de la cabaña. Las viejas leyendas afirman que pronunciar los votos matrimoniales bajo los rayos entrelazados de la luna roja y la luna plateada fortalece la unión con amor y confianza. Quizás esas leyendas habrían quedado demostradas esa noche. Quizá. Jamás lo supimos, pues otra persona se presentó en la boda..., alguien que no había sido invitado y cuya presencia no era bien recibida, y la primera noticia que tuvimos de su llegada fue cuando apareció en medio de nosotros, oscuro y frío como la muerte.

» El asistente no invitado era un hechicero Túnica Negra que tenía un pedazo de hielo por corazón... Has de saber que ésta no es una historia de rivalidad entre pretendientes, en la que uno de ellos aparece en el último momento para raptar a la doncella que ama. Ésta es una historia de dos hombres jóvenes, uno de los cuales estaba tan corroído por la envidia que, por odio, tenía que estropear cualquier cosa que poseyera su rival en poder.

» Me referiré a él como el Destructor, pues no pronunciaré jamás su nombre. Que caiga en el olvido para siempre. Así es como los enanos castigan a los asesinos, y no conozco otro método mejor.

» Ese oscuro mago puso las manos en la muchacha, de un modo en que ningún hombre debería tocar a la esposa de otro. Luego, por medios mágicos, la hizo desaparecer antes de que cualquiera de nosotros pudiera hacer nada para impedirlo. Pero no se la llevó lejos, pues en su odio y arrogancia la trasladó al interior de la cabaña. Un instante después de verla desaparecer, la oímos gritar de terror y rabia. A pesar de encontrarse tan cerca, el malvado hechicero nos impidió acudir en su auxilio hasta que fue demasiado tarde. La barrera mágica se

desvaneció. Thorne la encontró enseguida en la cámara nupcial y descubrió que el hechicero la había violado... y algo peor.

» Mariel yacía en el suelo, inmóvil y yerta, como una frágil y bonita muñeca arrojada a un lado, rota. El gran amor de Thorne había sido destrozado por el rencor del Destructor.

» Al verla muerta, Thorne el Transfigurador demostró al Destructor cómo se había ganado ese nombre.

» Has visto al lobo, así que sabes lo que vio el Destructor instantes antes de morir. Pero jamás has escuchado un alarido como el que oí esa noche; nunca has oído una súplica tan lastimera, ni a nadie gritar pidiendo clemencia como lo hizo el Destructor mientras lo desgarraban los colmillos del enorme lobo gris.

» Tam Alfarero y yo pudimos haber intentado detener a Thorne, pero no lo hicimos. Nos quedamos allí parados, contemplando cómo el lobo descargaba toda la fuerza de su violencia sobre su presa. Debimos haber sido clementes.

A despecho de las altas llamas de la hoguera, Ula estaba tiritando y sus manos se cerraban crispadas entre las de Roulant.

—Tam murió deseando haber actuado con clemencia —musitó Guarinn—. Y yo estoy ahora aquí deseando lo mismo, pues el Destructor murió con una maldición en los labios. Fue una muy dura, como lo suelen ser la de los magos agonizantes, y nos marcó a todos con el sino de cazador y presa.

Rígida y fría de permanecer sentada, Ula se puso de pie; no respondió cuando Roulant la llamó. Necesitaba estar a solas para asimilar lo que había oído. La noche era límpida y brillante, tan hermosa como debía de haberlo sido en esa misma fecha treinta años antes. Mientras caminaba, la joven se fijó en la forma de las ruinas y vio que era muy semejante a la casita de piedra cercana al recodo del arroyo, en Dimmin. Únicamente le faltaba una habitación para ser exactamente igual. En la casa de Dimmin, Thorne tenía sólo un austero dormitorio en el sobrado, bajo los aleros.

Ula permaneció parada largo rato frente a la oscura boca del refugio de vigas carbonizadas y paredes desmoronadas donde se había escondido a primera hora de la noche; era todo cuanto quedaba de la profanada cámara nupcial. Regresó junto a la hoguera.

—Dime el resto —pidió.

—Thorne debe rendir su propio ser una noche al año y esperar que Roulant o yo acabemos con la maldición matando al lobo. Ésta —prosiguió Guarinn— es una obligación que se hereda.

Ula permaneció en silencio, con los ojos prendidos en el fuego, en las llamas y las brasas.

—Si matáis al lobo, ¿qué le ocurrirá a Thorne? —preguntó después.

En esta ocasión fue Roulant, que hasta ahora había permanecido callado, quien le respondió.

—La maldición habrá terminado. Él empezará a envejecer de nuevo, como todos nosotros. Thorne no tiene parte de sangre elfa, Ula, aunque todo el mundo lo crea así. Es la maldición la que lo conserva joven como entonces.

—Guarinn, ¿por qué no has matado al lobo en todos estos treinta años? —preguntó la joven suavemente.

—Piensas que ha de ser fácil, ¿no? Disparar cuando está cambiando y poner fin al asunto. Pues no, no es tan sencillo. En una ocasión anterior, atarlo frenó la velocidad de la transformación y es lo que intentamos hacer esta noche. Pero a veces... —El enano se estremeció—. A veces cambia en cuestión de segundos y otras veces aún más deprisa, y el lobo se ha marchado antes de que ninguno de nosotros haya tenido tiempo siquiera de coger un arma. No es sólo que tenga *apariencia* de lobo. ¡Es un lobo! Te haría pedazos o se daría a la fuga, pues es demasiado astuto para quedarse cuando es una batalla perdida de antemano.

—Es decir ¿que tenéis que salir ahí fuera para darle caza?

Ninguno de los dos respondió. Cruzaron una mirada fugaz y Roulant se puso de pie. Tomó a Ula de la mano; la suya estaba fría mientras conducía a la joven hacia la sombra de una pared desmoronada.

—Ula —comenzó—, podemos matar al lobo si lo encontramos...

—Eso no será difícil esta noche. Podéis rastrearlo por las manchas de sangre.

—Podríamos, sí, sólo que... —Su faz estaba muy pálida a la luz de las lunas y sus ojos, oscurecidos por el miedo—. Sólo que no nos atrevemos a poner un pie fuera de las ruinas.

La muchacha frunció el entrecejo y se apoyó en el muro para mirar al otro lado. Sólo vio la noche y las estrellas y las lunas suspendidas sobre el claro. Oía los ruidos nocturnos habituales: el vuelo de los buhos y la carrera de liebres escabullándose, el rumor de un regato sobre el lecho de piedra.

—Lo sé —dijo Roulant—. Veo lo mismo que tú, igual que tú lo ves... cuando lo miro desde aquí. —Se puso de espaldas al bosque—. Cuando pongo un pie fuera de las ruinas, incluso si alargo la mano al otro lado del muro...

Es espantoso ahí fuera. El Destructor nos lanzó también una maldición, una que nunca hemos sabido cómo superar. Aquí estamos a salvo. Ahí fuera... nos matará.

Ula escuchaba y al mismo tiempo contemplaba el bosque y la noche, pensando en lo que le había dicho sobre que las cosas eran muy distintas al otro lado de la pared. Bajó los ojos y vio sus manos, que las tenía entrelazadas flojamente, justo pasado el muro. A diferencia de los otros, ella no veía ni sentía ninguna maldición en la fronda o en la noche.

La joven se apartó de la pared y pasó ante Roulant y Guarinn sin pronunciar una palabra; en el camino, cogió el arco y el carcaj de Roulant. No había

avanzado más que unos pocos metros cuando oyó al joven gritar algo y a Guarinn incorporarse y hacer eco del grito de advertencia. Ula echó a correr, sin querer tomar en cuenta ningún aviso. Saltó la pared por donde había huido el lobo.

Mientras descendía por la ladera de la colina, la muchacha confió en que a ella no la afectara lo que dejaba indefensos a Roulant y Guarinn en las ruinas. Ya era bastante espantoso ir a la caza de un lobo herido en mitad de la noche; y era sólo una tiradora regular. Con todo, el animal estaba herido y, si se le presentaba una ocasión de apuntarle bien, podría matarlo.

Roulant saltó la pared y corrió en pos de Ula sin reparar en nada más. « ¡Muchacha estúpida!», pensó. Guarinn se quedó atrás y rogó porque el joven pudiera alcanzarla a tiempo y traerla de regreso; así él no tendría que seguirlos.

Pero Ula era muy veloz, y desapareció en las sombras al pie de la colina. Roulant se detuvo en el mismo sitio donde había caído al saltar el muro.

Guarinn escudriñaba la oscuridad y Roulant, de pie al otro lado de la pared, estaba tenso, como un sabueso atado a la trailla. La noche podía cobrar vida en cualquier momento con un repentino estallido de terror. El lobo se les echaría encima. Guarinn tamborileó los dedos con nerviosismo en el mango del hacha.

—Roulant, ¿qué te parece?

—¡Voy a buscar a Ula y a traerla, eso es lo que me parece!

Guarinn oyó la respuesta del joven sólo débilmente, ya que Roulant había llegado al pie de la colina. A solas en las ruinas, el enano apoyó el peso ora en un pie, ora en otro, indeciso.

—Esto es una locura —rezongó—. Sé lo que me va a pasar si me alejo de aquí...

Respiró hondo e hizo acopio de valor, con una repentina sensación de creciente esperanza. Quizá no ocurriría nada.

«Roulant puede ir tras su chica si es eso lo que quiere —pensó—. Pero todavía tengo mi hacha y un brazo bastante fuerte, así que voy en busca del lobo».

Guarinn salvó el muro de un brinco, pero cuando sus pies tocaron el suelo se encontró a sí mismo en el lado equivocado de la frontera entre la razón y la pesadilla, cogido en la trampa que el Destructor había colocado para cualquier cazador de lobos que se aventurara fuera de las ruinas.

El lobo caminaba. Y los muertos con él.

Gateaban, se arrastraban y avanzaban bamboleantes a través de una niebla gélida y repulsiva, cada uno de ellos intentando desesperadamente alcanzar a

Guarinn como un condenado se agarraría a la última esperanza. El enano no podía moverse, como un roble enraizado en aquella bruma helada, indefenso mientras las manos putrefactas lo agarraban y se colgaban de él por los hombros, las muñecas y los brazos. Y no era un lugar silencioso este reino de pesadilla. Estaba saturado con los gritos enloquecidos y lamentos frenéticos de gente que había conocido en vida y otros a los que no había visto hasta que estuvieron muertos.

Un cazador que había muerto para saciar el hambre del lobo.

Un viejo vendedor ambulante sorprendido por la noche en el bosque, casi irreconocible como ser humano cuando fue encontrado.

Un niño, un pequeño que gritaba ahora como lo había hecho cuando, tres años antes, el lobo lo había arrastrado fuera de su cama. ¿O era la propia voz de Guarinn la que chillaba, su propia garganta desgarrada por la violencia del terror como la del niño lo había sido por los colmillos del lobo?

Entonces llegó el aullido, un lamento largo de renuncia. El lobo. O un amigo abandonado. O un inocente muriendo.

¡Guarinn, me has fallado, les has fallado a todos!

Las manos se clavaron en su rostro, se hincaron y desgarraron la garganta, dejando pedazos de su propia carne y moho de la tumba enredados en su barba y su cabello.

¡Amigo infiel! ¡Apesta a su sangre, Guarinn Golpe de Martillo!

El enano gritó aterrorizado, incapaz de distinguir su voz de las suyas ni saber ya quién hacía las acusaciones, si ellos o él mismo. La niebla helada le llenaba los pulmones, le impedía respirar, lo sofocaba.

¡Asesino! ¡Guarinn, el Asesino de Niños! ¡Guarinn...!

—¡Guarinn! ¡Respira! ¡Vamos, respira!

Roulant sacudió a su amigo hasta hacer que le castañetearan los dientes, y lo sacudió con más fuerza, pero sin resultado. El joven había oído un ahogado gemido de terror cuando entraba en el bosque y comprendió que, fuera lo que fuese lo que lo mantenía cuerdo y a salvo fuera de las ruinas, no funcionaba con su amigo. El enano estaba atrapado, incapaz de moverse e incluso de respirar, en tanto que mente y alma iban a la deriva por el frío mundo de pesadilla.

—¡Guarinn! —gritó Roulant asustado.

Quizás Ula estaba a salvo porque la trampa del Destructor estaba pensada para afectar sólo a los involucrados en la maldición. Quizás él estaba a salvo porque había abandonado las ruinas para buscar a Ula, no para acabar con la maldición. Pero Guarinn debía de haber salido de las ruinas con el propósito de matar al lobo. Aquello era lo que ponía en funcionamiento la trampa del Destructor, razonó el joven.

—¡Guarinn! —llamó otra vez mientras estrechaba a su amigo en sus brazos —. ¡Tenemos que encontrar a Ula! Necesito que me ayudes. ¡Por favor, Guarinn! Vuelve y ayúdame...

Una inhalación; sólo una y muy débil.

—Guarinn..., ayúdame a encontrar a Ula. ¡Tenemos que encontrarla!

El enano hizo otra inhalación, no más regular pero sí más profunda. Roulant lo sostuvo con fuerza, derecho, obligándolo a mirarlo a los ojos.

—Atiende... *¡Atiéndeme!* No pienses en nada que no sea esto: tenemos que encontrar a Ula. Ni siquiera te preguntes el porqué. La única razón por la que estamos aquí es para encontrar a Ula. ¿Lo entiendes?

Guarinn tragó saliva con dificultad.

—¿*Me entiendes?*

—Sí—repuso el enano con voz ronca—. ¿Qué hacemos ahora?

Roulant lo pensó mientras ayudaba a su amigo a incorporarse.

El lobo despertó al dolor y al hambre. No tenía el dolor, pues sabía que podía superarlo. Tenía miedo del hambre. Los lobos adoran a un solo dios y el nombre de ese dios es Hambre.

Encontró refugio poco después de huir de sus atacantes, un blando nido de hojas secas debajo de unas rocas. Allí, con el viento a su favor, de manera que podía oler a sus enemigos si lo perseguían, se lamió los cortes superficiales del vientre y de las patas y el más profundo del hombro. Había roto a mordiscos el trozo de cuerda que colgaba de su cuello, pues casi lo asustaba tanto como el hambre. En su huida, más de una vez se había quedado enganchada en los matorrales y por poco lo había ahogado. Se libró de casi toda ella, salvo el trozo anudado al cuello; un apestoso collar. Libre y a salvo, se había enroscado para resguardarse del frío y durmió ligeramente, soñando con la sed y el hambre en tanto que un fino velo de nubes avanzaba desde el este para tapar las estrellas.

Ahora las sombras tenían los bordes más suavizados y la oscuridad era más profunda. El viento le dijo que había agua a poca distancia... limpia y fría, por el olor; poco más que un arroyuelo, por el sonido. Sería suficiente para saciar su sed. Y había otro olor, lejano todavía, tenuemente mezclado con la noche, pero el lobo lo identificó: el efluvio humano, mezcla de carne quemada, humo y pieles viejas, sudor, y el ligero, dulce olor de carne; y más tenue, el cálido aroma de la sangre; y sobrepasándolo todo, el tufo del miedo, penetrante y tentador en el frío aire nocturno. Había visto a esta joven hembra no hacía mucho, y llevaba la marca de su colmillo de acero impresa en él. La suya había sido la herida más superficial, pues no era muy fuerte y estaba distraída por el miedo.

Con su magro dios por compañía, el lobo se incorporó sobre los miembros entumecidos y abandonó el calido nido.

Ula se arrodilló para examinar lo que parecía una oscura mancha de sangre dejada en la tierra de la trocha de ciervos y, bajo la tenue luz de las lunas, vio que no era más que una sombra. Un viento frío soplaba del este y traía el olor a nieve temprana. La muchacha se estremeció y se puso de pie. Hacía rato que no veía marcas de sangre ni huellas del paso renqueante del lobo, pero el último rastro seguro había sido en esta trocha de animales, una vereda que era poco más que una débil línea serpenteante que mostraba por dónde pasaban los ciervos entre los altos árboles mientras comían. Careciendo de otra pista mejor, Ula continuó sendero adelante.

No había resultado tan fácil rastrear al lobo como había pensado y ahora empezaba a preguntarse si llegaría a encontrarlo. También se preguntó si las tornas no cambiarían y sería el animal el que la encontraría a ella, o si incluso en ese momento ya estaba acechándola. Intentó no pensar en eso. Sólo necesitaba hacer un buen disparo. Si era capaz de atravesar el pelele de paja donde practicaba, sin duda podría acertar también a un lobo. Así liberaría a Thorne. Los liberaría a todos. Pero sus ideas no estaban respaldadas por una gran seguridad en sí misma, de manera que su atención estaba más puesta detrás de ella que delante cuando la vereda finalizó bruscamente en la fangosa orilla de un somero arroyo.

Ula y el lobo se vieron al mismo tiempo y la muchacha supo, como toda presa lo sabe en sus huesos, que tal vez tuviese tiempo de colocar una flecha en el arco, pero no lo tendría para dispararla.

Guarinn intentaba mantener la mente enfocada en un solo propósito: alejar cualquier pensamiento y rastrear como un animal, empleando únicamente vista, oído y olfato. Calibraba el éxito de su táctica por la proximidad de las voces fantasmales. En el mejor de los casos los muertos no desaparecían del todo; sólo quedaban relegados a una distancia que le resultaba soportable. La protección que le había mostrado Roulant funcionaba, pero sólo por los pelos. ¿Cuánto tardaría en engancharlos la trampa del Destructor si se topaban con el lobo?

Suave —un susurro que resonó en la noche—, Guarinn escuchó el crujido de arbustos. Se detuvo, manteniendo los puños apretados y bien lejos del hacha que había colgado del cinturón, y esperó a oír el ruido otra vez.

—El viento —musitó Roulant.

El enano no lo creía. Aquel suave crujido había sido una nota discordante. Cuando el ruido sonó de nuevo, Guarinn supo que no lo había hecho el viento. Ni tampoco era suave ahora. Algo corría a través de la maleza.

—¡Es Ula! —gritó Roulant, que pasó como una flecha junto a su amigo.

La muchacha no estaba sola. Como un oscuro eco, algo más iba aplastando la maleza detrás de ella.

A toda velocidad y con los ojos desorbitados como una cierva acosada, Ula

irrumpió a través de los arbustos intentando frenéticamente encajar una flecha en el arco al mismo tiempo que corría. No estaba teniendo mucha suerte e incluso desde la distancia Guarinn vio sus manos temblorosas, manipulando con torpeza el proyectil y la cuerda.

—¡Ula! —gritó Roulant—. ¡Aquí!

Al verlos, la muchacha redobló la velocidad. El alivio y la alegría que se reflejaron en su semblante dio paso a otra expresión de pánico cuando se torció el pie al pisar una piedra y se fue de bruces al suelo; el golpe la dejó sin resuello y la flecha se le escapó de los dedos.

Guarinn vio primero al lobo. Aquella imagen —los ardientes ojos inyectados en sangre, los relucientes colmillos— pusieron en marcha el instinto. En el mismo instante en que el lobo saltó, el enano agarró su hacha arrojadiza del cinturón... y se precipitó por el borde de la pesadilla.

El lobo olía miedo y le encantaba, pues era el efluvio de una presa fácil. No percibía amenaza del macho más pequeño, que se había quedado paralizado; ni de la joven hembra, que se esforzaba por recobrar el aliento e incorporarse. De éstos podía hacer caso omiso ahora. Pero el tercero, el macho más grande... De él emanaba un olor a defensor de manada. Él era el peligro y la amenaza.

El lobo pasó veloz junto a Ula. Sofocada por la repentina y fría ráfaga de aire, la muchacha escuchó el encontronazo de unos cuerpos..., el gruñido del lobo y el respingo de dolor e impresión de Roulant.

Y vio al enano, petrificado como una roca, con la hacha arrojadiza aferrada en su fláccida mano.

—¡Guarinn! —chilló mientras tanteaba el suelo buscando el arco—. ¡Ayúdalo!

Guarinn no se movió... y la muchacha dio con el arco, cuya cuerda estaba rota, inutilizada. Roulant chilló; una ronca maldición que se tornó en dolor cuando los colmillos del lobo se hincaron en su hombro. El grito de agonía se volvió un canto: el nombre de la muchacha, repetido una y otra vez con el vacilante ritmo de su respiración entrecortada mientras se debatía contra la bestia.

Ula logró incorporarse y echó a correr. Se arrojó sobre la espalda del lobo, con la daga en la mano. Aferrada al cuello de la encrepada bestia que se retorció, medio ahogada por el olor a sangre, la joven golpeó salvajemente, pero sin eficacia; consiguió herirlo, pero no de muerte.

El lobo se revolvió y se encorvó, como un caballo encabritado.

—¡Guarinn! ¡Ayúdame! ¡El lobo lo está matando!

Los bruscos movimientos de la bestia consiguieron lanzarla por el aire. Sus fauces goteaban espumarajos rojos; detrás, Roulant se incorporó con esfuerzo, sin cesar de repetir su espantosa cantinela jadeante. El lobo se volvió y saltó de

nuevo sobre él. Un sonido hendió la noche, y Ula no supo cuál de los dos habría gritado, si el hombre o el lobo. Fue un aullido salvaje.

Guarinn Golpe de Martillo estaba en mitad de un remolino de gritos y gemidos salvajes. *¡Guarinn! ¡Ayúdalo!*

Las manos se clavaban en él, tiras de carne pálida se desprendían dejando a la vista los huesos, blancos y quebradizos como hielo. *¡El lobo lo está matando!* Unas voces huecas lo acusaban, y los horribles epítetos —¡asesino de niños!, ¡verdugo!, ¡amigo infiel!— transformaban en veneno la fría niebla que le llenaba los pulmones.

Un viento lo azotó, sacudiéndolo con tanta violencia que incluso las manos muertas, la carne putrefacta, los huesos tintineantes, fueron arrastrados. Un viento aullante, ensordecedor.

¡Roulant! Familiarizado con todos los que pululaban por este mundo de pesadilla, Guarinn comprendió que ese nombre no tenía por qué oírse aquí. Se aferró a él, como si en ello le fuera la vida. Estaba ahogándose, esforzándose por respirar, desplomándose... y tambaleándose en la trocha de ciervos, con los dedos cerrados fuertemente en torno al hacha.

El lobo saltaba sobre Roulant, buscando su garganta. En el único instante de cordura que podía tener antes de que los muertos lo arrastraran de nuevo a la trampa del Destructor, Guarinn apuntó, lanzó y no falló.

El lobo cayó al suelo, con la columna vertebral partida.

Oscuros y duros, los ojos de la bestia sostuvieron la mirada de Guarinn durante un largo instante. Después se suavizaron, y el silencio se adueñó de la noche.

El lobo moribundo se transformó en hombre. Éste disponía sólo de un momento y lo utilizó para susurrar unas palabras apenas audibles:

—Roulant..., ¿estás herido?

El joven pasó por alto la pregunta.

—¡Thorne! ¡Te estás muriendo! No, Thorne. ¡No es así como se suponía que tenía que ser! Dijiste que...

El mago sonrió y volvió los ojos hacia Guarinn.

—Tú, viejo amigo —musitó—, sabías que no sobreviviría, ¿verdad?

El enano oía la aflicción de Ula y Roulant; ella sollozando suavemente por la conmoción y la reacción del terror experimentado; él ofreciéndole consuelo al tiempo que hacía frente a su propia pena.

—Y mataste al lobo, sabiéndolo. —Thorne cerró los ojos—. Gracias.

Guarinn tomó la mano de su amigo y la sostuvo contra su corazón hasta dejar de sentir el pulso; la siguió estrechando durante un rato más, después de que hubiese muerto.

Roulant se apoyó en Ula y se acercó cojeando; luego se arrodilló junto a sus amigos, el vivo y el muerto.

Él, Guarinn y Ula siguieron arrodillados en torno al cadáver mientras la nieve empezaba a caer y se levantaba el fúnebre canto del viento. No traía el eco de aullidos. La Noche del Lobo había terminado, y Roulant vio paz en la sonrisa de Guarinn.

Los vendedores de pócimas

Mark Anthony

Era una hermosa mañana dorada de mediados de verano cuando el vendedor de pociones llegó a la villa de Faxfail.

Encaramado en el alto pescante de una carreta peculiar, avanzó por las estrechas y tortuosas callejas. La carreta, tirada por un par de caballos moteados de corta alzada, era un vehículo alto con forma de caja, barnizado en negro y ricamente decorado con tallas de volutas y espirales de madera dorada. En cada uno los paneles laterales, pintado en un matiz púrpura fantásticamente brillante, aparecía el dibujo de una botella sobre la cual iba escrito, con ondulantes letras verdes, un extraño rótulo: ELIXIRES MILAGROSOS DE MOSTO MUSGOSO. En verdad era un mensaje misterioso y sorprendió a los habitantes de la villa, que levantaron la vista de sus tareas matinales para mirar con curiosidad al paso de la traqueteante carreta.

El vendedor de pociones era un hombre de apariencia joven, con el cabello del color de la paja nueva y los ojos tan azules como un cielo de verano. Iba vestido con finas ropas propias de un aristócrata, bien que los colores eran un poco fuertes para el gusto de la mayoría de los nobles, y su capa oscura con forro carmesí ondeaba tras él con la brisa matutina. Saludaba con la mano al pasar ante la gente y su amplia sonrisa era tan radiante que rivalizaba con el sol.

En el pescante de madera, junto al vendedor de pociones, rebotaba un tipo bajito de rostro atezado. Su apariencia no era, ni por asomo, tan placentera como la de su compañero. Pero esto no era de extrañar, pues era un enano y se ha dicho a menudo que los miembros de esta raza son tan duros e inflexibles como los metales que tan aficionados son a fundir en las forjas instaladas en las entrañas de las montañas. Este enano en particular exhibía una expresión desabrida, con las gruesas cejas fruncidas sobre los acerados ojos grises, en un gesto ceñudo. Su barba, áspera y negra, era tan larga que la llevaba remetida por el ancho cinturón, y su cabello greñudo iba atado a la nuca con una cinta de cuero.

—¿Sabes? Vas a asustar a la gente con ese gesto desabrido —le dijo el vendedor de pociones con voz queda, aunque sin dejar de sonreír y saludar—. No nos hará ningún bien si después de echarte una ojeada salen corriendo a encerrarse en sus casas. Supongo que, para variar, podrías sonreír un poco, ¿no? Al menos, hasta que les hayamos sacado el dinero.

—Estoy sonriendo —repuso el enano con voz gruñona. Su semblante hosco resultaba casi tan cálido y amistoso como un pedazo de granito tallado por el viento.

El vendedor de pociones contempló con actitud crítica al enano.

—Tal vez no deberías intentarlo con tanto empeño —sugirió con buen humor, pero la broma pasó completamente inadvertida a su ceñudo compañero. El vendedor de pociones suspiró y sacudió la cabeza. Se llamaba Jastom y había viajado con el enano el tiempo suficiente para saber cuándo no tenía sentido discutir o hacer chanzas. El nombre del enano era Alzuñobeldebar, pero con el paso de los años Jastom había cogido por costumbre llamarlo Zuño. No sólo era un nombre más fácil de pronunciar, sino que también resultaba mucho más acorde con la personalidad del enano.

La noticia de su llegada se propagó por las estrechas calles de la villa con la velocidad del relámpago y, cuando la carreta entró en la plaza central de Faxfail, se había reunido un nutrido número de curiosos que aguardaban con expectación. No sería el público más grande ante el que Jastom había pregonado sus pociones, pero tampoco el más reducido. Faxfail era una localidad enclavada en el corazón de las montañas Garnet, al sur de Solamnia. La ciudad de importancia que estaba más próxima, Kayolin, se encontraba a más de tres días de viaje, hacia el noroeste. Éstos eran campesinos, y los campesinos tienden a ser mucho más confiados que los habitantes de ciudad. O incautos, dependiendo del término que se prefiera utilizar.

—Supongo que esto significa que tendré que preparar más elixires —rezongó Zuño mientras observaba la creciente multitud. El enano abrió un pequeño panel situado detrás del pescante y desapareció ágilmente en el interior de la carreta.

Confeccionar las pociones era tarea de Zuño; venderlas era la de Jastom. Era un arreglo que había demostrado ser muy provechoso en sus viajes de una punta a otra de Ansalor. Los dos se habían conocido años atrás, en el mercado de Kalamán. Por aquel entonces, ninguno de los dos andaba muy boyante. Ni siquiera la rutilante sonrisa de Jastom y su ingenuo semblante eran suficientes para interesar a la gente en las burdas chucherías que intentaba colar por amuletos de buena suerte. En cuanto al enano, su apariencia ceñuda y sombría contribuía a mantener a los posibles clientes alejados del tenderete donde intentaba vender sus elixires. Una noche los dos se encontraron compartiendo una mesa en una taberna, cada cual lamentando su mala suerte frente a su jarra de cerveza. Ambos comprendieron que el otro tenía lo que a él le faltaba y, así,

nació su poco habitual pero lucrativa sociedad.

La carreta se frenó en el centro de la plaza de la villa y Jastom bajó al suelo de adoquines con un ágil salto. Hizo una profunda reverencia, ondeó su pesada capa con la ostentosa actitud de un mago cortesano y después extendió los brazos.

—¡Acercaos, buenas gentes de Faxfail, acercaos! —gritó. Su voz era clara como el toqué de una trompeta, afinada con los años de pregonar mercancías hasta ser tan precisa como el mejor instrumento musical—. ¡Os aguardan maravillas en este día, así que acercaos y observad!

Como salida de la nada (aunque, de hecho, la sacó de su manga) apareció una pequeña botella púrpura sobre la extendida palma de la mano de Jastom. Un respingo de asombro se alzó entre la multitud al tiempo que los reunidos, viejos y jóvenes por igual, se inclinaban hacia adelante y miraban fijamente la extraña botellita. La luz del sol matinal penetraba radiante a través del cristal púrpura e iluminaba el espeso y misterioso líquido que había en su interior.

—Verdaderas maravillas —prosiguió Jastom, que bajó el tono hasta un susurro teatral, si bien resultaba audible incluso a los espectadores que estaban más alejados—. Después de un único sorbo de esta valiosa poción, todos vuestros dolores y achaques, todas vuestras aparentes enfermedades y fastidiosas molestias desaparecerán como si nunca hubiesen existido. Por sólo diez monedas de acero... —un ademán despectivo de su mano hizo que este pormenor pareciera carecer de importancia— ¡esta botella del Elixir Milagroso de Mosto Musgoso lo curará todo!

Esto último, por supuesto, no era precisamente cierto y Jastom lo sabía. Él y Zuño eran unos charlatanes. Estafadores. Timadores. La poción de la botella púrpura ni siquiera podía curar un constipado a un conejo, cuanto menos cualquiera de los terribles males que enumeraba. Mosto Musgoso no era siquiera el verdadero apellido de Jastom, cuyo nombre completo era Jastom Musgo Pringoso. Sin embargo, para cuando la gente de cualquier lugar descubría la verdad, siempre hacía mucho tiempo que Jastom y Zuño se habían largado y viajaban hacia la siguiente villa o ciudad para ejercer su profesión.

En opinión de Jastom, no era un mal negocio ni mucho menos. Él y Zuño conseguían una bolsa llena de monedas a cambio de sus esfuerzos; en contrapartida, la gente a la que timaban obtenía algo en lo que creer, al menos durante unas horas. Y, en los tiempos que corrían, incluso una breve esperanza era un bien escaso y valioso.

Hacía sólo seis cortos meses, en pleno invierno, cuando todo Krynn había padecido bajo las frías y duras garras de los ejércitos de los Dragones. La Guerra de la Lanza terminó con la llegada de la primavera, pero las cicatrices que había dejado sobre la tierra —y la gente— no se borraron con tanta facilidad como las nieves invernales. Las gentes de Ansalon anhelaban desesperadamente cualquier cosa que pudiera ayudarlas a creer que dejarían atrás los oscuros días

de la guerra y que podían curarse a sí mismos y rehacer de nuevo sus vidas. Eso era exactamente lo que Jastom y Zuño les daban.

Por supuesto, ahora había clérigos verdaderos en el mundo, desde la guerra. Algunos eran discípulos de la diosa Mishakal, también llamada Portadora de la Luz, y podían curar con la imposición de manos. O al menos es lo que Jastom había oído decir, pues los clérigos verdaderos eran todavía escasos. No obstante, él y Zuño hacían todo lo posible por evitar las ciudades y villas donde se rumoreaba que había clérigos. La gente no estaría tan propensa a comprar falsas pociones curativas cuando había alguien que tenía el don de la verdadera curación.

De repente se produjo un golpe fuerte e inesperado cuando el panel lateral de la carreta se abrió y, cayendo hacia abajo, dejó a la vista un mostrador de madera pulida y detrás una hilera de estanterías repletas de relucientes botellas púrpuras. Los ceñudos ojos de Zuño apenas asomaban por encima del mostrador, pero la multitud casi no reparó en el taciturno enano. Todos contemplaban fijamente la exposición de brillantes elixires.

Jastom señaló la carreta con un expresivo ademán.

—Sí, mi buena gente, uno solo de estos elixires y todas vuestras molestias desaparecerán. Y lo único que cuesta es la insignificante suma de diez monedas de acero. Pequeño precio por un milagro, ¿no os parece?

Hubo un breve instante de silencio y después, como una sola persona, la multitud prorrumpió en gritos mientras se abalanzaba hacia la carreta, con las tintineantes bolsas de dinero en sus manos.

Durante toda la mañana y toda la tarde, la gente se arremolinó en torno a la carreta barnizada de negro, oyendo a Jastom ensalzar las maravillosas propiedades de la poción y después soltando sus piezas de acero sobre el mostrador a cambio de las pequeñas botellas púrpuras.

Sólo se produjo una pequeña crisis, alrededor del mediodía, cuando la provisión de pociones se terminó. Zuño se afanó yendo de un lado a otro en el abarrotado interior de la carreta, midiendo esto y vertiendo aquello mientras intentaba preparar una nueva mezcla de elixires. No obstante, unos cuantos granjeros corpulentos se pusieron impacientes y empezaron a sacudir la carreta. Jarros, botellas y ollas brincaron locamente en el interior, derramando sus contenidos y cubriendo a Zuño con una asquerosa pringue de olor medicinal. Por fortuna, el enano se las había arreglado para terminar un puñado de pociones para entonces, y Jastom las utilizó para apaciguar a los beligerantes granjeros, vendiéndoselas a mitad de precio. A Jastom no le importaba demasiado perder algo de dinero, pero la pérdida de la carreta y, sobre todo, de Zuño, habría sido desastrosa.

Tras la interrupción, el enano pudo terminar de llenar las botellas vacías con el espeso y acre elixir. No obstante, los ojos de Zuño todavía ardían como hierro candente.

—Bonito modo de ganarse la vida —rezongó para sí mismo mientras intentaba limpiarse la espesa barba de los pegotes pringosos pegados a ella—. Supongo que cualquier día de éstos nos timaremos a nosotros mismos.

—¿Qué dice ese hombrecillo huraño? —inquirió un herrero, que vaciló antes de soltar las diez monedas de acero sobre el mostrador de madera—. ¿He oído algo así como timar?

Jastom dirigió una mirada asesina a Zuño y se volvió hacia el hombre con la más radiante de sus sonrisas.

—Tendrás que perdonar las sandeces de mi amigo —repuso en un susurro conspirador—. No ha sido el mismo desde que uno de los caballos le coceó la cabeza.

El herrero asintió con actitud comprensiva y se alejó de la carreta con una pequeña botella púrpura en la mano. La abultada bolsa de Jastom contó con otras diez monedas. Y Zuño mantuvo cerrada la boca.

Era media tarde cuando Jastom vendió la última poción. El corpulento mercader que la compró agarró con fuerza la botella púrpura entre sus regordetes dedos y se escabulló por las callejas con los ojos relucientes. El tipo no quiso discutir cuál era exactamente la enfermedad que lo aquejaba, pero Jastom sospechó que tenía algo que ver con la mujerona igualmente corpulenta que lo esperaba en la puerta de una cercana posada, sonriendo y parpadeando en una penosa imitación de gazoñería. Jastom sacudió la cabeza y soltó una queda risita.

Una repentina exclamación hizo que Jastom se diera media vuelta, a tiempo de ver a una vieja tirar su bastón torcido y empezar a bailar con entusiasmo al son de la música alegre de un flautista. Otras personas se sumaron enseguida al baile, sin acordarse de los dolores y molestias que, hasta hacía poco, habían sido una carga. Un tipo vestido con harapos, al encontrarse sin pareja, se conformó con un cerdo que tuvo la desgracia de pasar por la plaza en ese momento. El cochino chilló asustado cuando el hombre lo hizo dar vueltas, y Jastom no pudo evitar soltar la carcajada ante aquel espectáculo.

Todo esto era obra de los elixires, por supuesto. Jastom no sabía con exactitud lo que Zuño echaba en las pequeñas botellas púrpuras, pero sí que un ingrediente importante era algo llamado aguardiente enano. Y, en tanto que el aguardiente enano no poseía poderes curativos, sí que tenía unos fuertes efectos embriagadores.

Jastom ignoraba cómo destilaban el licor los enanos. Por lo poco que había

logrado sonsacar a Zuño, descubrió que todo era terriblemente secreto y que la receta pasaba de generación en generación mediante una antigua ceremonia y solemnes juramentos de guardar la fórmula. Pero, fuera lo que fuese, no cabía duda de que funcionaba. Los peones tiraban sus palas; las amas de casa, sus escobas; y todos se unían a lo que se estaba convirtiendo rápidamente en una fiesta improvisada. Los ancianos respetables de la villa daban volteretas por la plaza y los padres saltaban sobre los montones de paja, cogidos de la mano a sus risueños hijos. Por ahora, toda idea sobre guerra, preocupación o enfermedad había desaparecido de la villa de Faxfail.

Mas no podía durar.

—No se sentirán muy bien mañana, cuando se les haya pasado el efecto del aguardiente enano —observó Zuño con gesto hosco.

—Pero hoy sí, y mañana ya nos encontraremos en otra parte —manifestó Jastom mientras se daba unas palmaditas en la bolsa que colgaba de su cinturón y que parecía a punto de reventar.

Cerró el panel lateral del carro y se encaramó al pescante. Zuño subió a continuación. Un suave golpe de riendas puso en marcha a los caballos y la carreta abandonó despacio, entre traqueteos, la alegre plaza de la villa.

Jastom no advirtió que tres hombres —uno con una espada sujeta a la cadera y los otros dos vestidos con gruesas túnicas negras a despecho de lo caluroso del día— salían de un sombrío callejón, se abrían paso entre los componentes de la espontánea celebración, e iban en pos de la carreta.

Jastom silbaba una alegre melodía mientras el carro rodaba bamboleante por la calzada de tierra roja, dejando atrás la villa de Faxfail.

La calzada avanzaba sinuosa a través de un amplio valle. Por el norte y por el sur se encumbraban dos picos de pizarra gris que parecían viejas fortalezas construidas por gigantes largo tiempo atrás desaparecidos. En lo alto, el cielo estaba claro como un zafiro, y un vientecillo agradable, limpio, que sugería las altas cumbres montañosas, soplabla susurrante sobre los campos de hierba verde dorada. Los girasoles asentían como viejas matronas cotorreando y las alondras se alzaban veloces al cielo, entonando sus alegres cantos.

—Pareces estar de un humor excelente, si lo consideramos —hizo notar el enano con su voz gruñona.

—¿Si consideramos qué, Zuño? —preguntó, jovial, Jastom, que continuó silbando.

—La nube de polvo que nos sigue por la calzada —repuso el enano.

El silbido de Jastom cesó repentinamente.

—¿Qué?

Echó una rápida ojeada por encima del hombro. En efecto, una nube de

polvillo rojo se levantaba en la calzada, unos ochocientos metros atrás. Jastom divisó las figuras de tres oscuros jinetes en el centro de la rojiza nube. No..., un jinete y dos figuras a pie que corrían a ambos lados. El trapaleo de cascos resonaba débilmente en el aire, como el ruido de una tormenta lejana. Jastom masculló un juramento.

—Esto es imposible —dijo con incredulidad—. La gente de la villa no puede haberse despejado tan pronto. Ni siquiera imaginan que los hemos estafado. Todavía no.

—¿Tú crees? —gruñó Zuño—. Bueno, pues van muy deprisa para ser alguien que está borracho.

—Quizá no nos siguen a nosotros —replicó Jastom con brusquedad.

No obstante, la imagen inquietante de un lazo corredizo deslizándose por su cuello pasó fugaz por su mente. Con un nuevo juramento, sacudió las riendas, instando a los caballos a iniciar un medio galope. La carreta con forma de caja era pesada y acababan de empezar la subida a un cerro. Los caballos no podían ir mucho más deprisa, y Jastom echó otro vistazo por encima del hombro. El jinete había acortado la distancia a la mitad de lo que era hacía sólo unos momentos. Ahora distinguió que los dos que iban corriendo vestían pesadas túnicas negras. La luz del sol se reflejaba en la espada que el tercero, el jinete, había desenvainado.

Jastom consideró la posibilidad de saltar de la carreta, pero enseguida descartó la idea. Si no se mataban con la caída, los extraños sólo tendrían que cortarles a él y al enano como un par de hierbajos desigualados. Además, todo cuanto poseían estaba en la carreta. Su sustento dependía de ello. Jastom se sentía incapaz de abandonarla, fueran cuales fuesen las consecuencias. Sacudió las riendas más fuerte. Los caballos tiraron valientemente de los arneses, los ollares dilatados por el esfuerzo.

No fue suficiente.

Con un ruido como el de una tormenta al romper, el jinete cabalgó al lado de la carreta. Uno de los hombres de ropajes negros llegó a la altura de los caballos y, con una fuerza increíble, agarró la brida del que estaba más cerca y tiró hacia atrás, clavando los pies en la gravilla de la calzada. Los animales relincharon de miedo mientras la carreta se sacudía con el súbito frenazo.

—¡Fuera de aquí, perros! —gruñó Zuño con fiereza a la par que tanteaba debajo del pescante en busca del hacha de guerra que guardaba allí. El enano no logró poner la mano en el arma. Con una facilidad casi ridícula, el segundo hombre vestido de negro agarró a Zuño por el cuello de la túnica y lo alzó en vilo del pescante. El enano pateó y agitó los brazos fútilmente, suspendido en el aire, con el rostro congestionado de rabia y por la falta de aire.

Jastom apenas pudo prestar atención a su farfullante amigo, ya que tenía sus propios problemas. Una reluciente espada de acero apuntaba directamente a su

corazón.

Quienesquiera que fueran estos tres, Jastom estaba convencido de que no eran habitantes de Faxfail, pero ello no le sirvió de mucho consuelo. El hombre que tenía ante sí parecía un soldado de alguna clase. Iba vestido con una armadura de cuero negro reforzada con placas de bronce, y echada sobre los anchos hombros llevaba una capa azul claro.

De repente, Jastom fue dolorosamente consciente de la abultada bolsa que colgaba de su cinturón. Se maldijo para sus adentros. Debería haberlo previsto y no ponerse en camino haciendo alarde del dinero recién ganado. Los bandidos y asaltantes abundaban en las calzadas hoy en día, ahora que la guerra había terminado. Era probable que estos hombres fueran desertores del ejército solámnico, desesperados y al acecho de viajeros estúpidos como él mismo. Jastom se obligó a esbozar la mejor de sus sonrisas.

—Buenas tardes, amigo —saludó al hombre que sostenía la espada contra su pecho.

El hombre era alto y de rostro severo, llevaba muy corto el cabello rubio y la nariz aguileña resaltaba la inflexibilidad granítica de su semblante. Pero lo más inquietante eran sus ojos: pálidos y carentes de color, como su cabello, pero duros como piedras. Eran unos ojos que habían visto morir hombres sin que les importara un ápice.

El hombre inclinó la cabeza en un gesto cortés, como si no estuviera sosteniendo una espada en la mano.

—Soy el teniente Durm, del Ejército Azul —dijo con una voz acerada: pulida y suave, pero fría e inflexible—. Mi señor, el comandante Skaahzak necesita a alguien con habilidades curativas. —Señaló con la espada el dibujo de la botella pintada en el lateral de la carreta y después la volvió de nuevo hacia Jastom—. Veo que eres un sanador. Me acompañarás para atender a mi comandante.

«¿El Ejército Azul?», pensó Jastom con incredulidad. ¡Pero si la guerra había terminado! Los ejércitos de los Dragones habían sido derrotados por las fuerzas de la Piedra Blanca. Al menos, eso era lo que se contaba. Lanzó una fugaz ojeada a Zuño, pero el enano estaba todavía suspendido en el aire de la mano del hombre de ropas negras, maldiciendo con voz estrangulada. Jastom volvió su atención al hombre que decía llamarse Durm.

—Me temo que tengo una cita en otro lugar —contestó de manera grata, en tanto que su amplia sonrisa se ensanchaba aún más. Su mano fue hacia la abultada bolsa de dinero—. Estoy seguro, teniente, que podrás encontrar fácilmente otro sanador que no esté tan... —«ocupado» iba a decir Jastom, pero antes de que pudiera hacerlo Durm hizo un gesto veloz, casi fortuito, y lo golpeó.

Un estallido sacudió la cabeza de Jastom, que se desplomó al suelo desde lo alto del pescante. Los oídos le zumbaban y por un instante pensó que iba a vomitar. Pasados unos momentos, el lacerante dolor remitió y se redujo a unas

sordas punzadas. Parpadeó y alzó la vista. Durm había desmontado y estaba de pie junto a él; su expresión era tan impávida como antes.

—Te recomiendo que no vuelvas a mentirme —dijo el soldado con una voz educada y fría y en un tono como el de un anfitrión que amonesta a un invitado por derramar vino sobre una alfombra cara—. ¿Lo entiendes, sanador?

Jastom asintió con gesto vacilante. «Este hombre podría matarme con sus propias manos sin siquiera parpadear», pensó estremecido.

—Excelente —dijo Durm. Tendió la mano, la misma con la que antes lo había golpeado, y lo ayudó a incorporarse. Luego hizo un gesto brusco, y el hombre de ropajes negros que sujetaba a Zuño soltó al enano en el pescante, sin contemplaciones. El enano jadeaba, medio asfixiado—. Si me mientes otra vez, sanador —continuó Durm suavemente— ordenaré a mis ayudantes que se ocupen de ti. Y me temo que no los encontrarás tan indulgentes como yo.

Los subordinados de Durm se retiraron las capuchas de las oscuras túnicas. No eran humanos.

Ambos guardaban más parecido con reptiles que con hombres, pero sin ser ni lo uno ni lo otro. Sus amarillos ojos contemplaban sin parpadear a Jastom y a Zuño. Escamas opacas, de un color verde oscuro, casi negro, les cubrían el rostro. Tenían hocicos como perros. De sus frentes, bajas y planas, sobresalían unas crestas aserradas, y donde deberían haber estado las orejas sólo había unas pequeñas fisuras en sus escamosos pellejos. Como si disfrutara con la idea de poder disponer de Jastom a su antojo, el monstruo que estaba más cerca de él esbozó una mueca maligna que dejó al descubierto hileras de afilados, dientes amarillentos. Una lengua bífida entró y salió de la boca de la criatura.

Draconianos. Jastom no había visto a estos seres en su vida, pero había oído suficientes historias de la Guerra de la Lanza para reconocerlos. Los draconianos eran subordinados de los Señores de los Dragones y habían marchado a través del continente para sembrar la destrucción en Krynn por tierra, en tanto que los Dragones del Mal lo hacían desde el aire.

—Podrías ahorrarnos a todos el trabajo y dejar que los lagartos acaben con nosotros en este mismo momento —gritó Zuño, encolerizado—. Sólo somos...

Jastom interrumpió al enano propinándole un fuerte codazo en las costillas.

—Aprendices, nuevos en este oficio. Acabamos de empezar —dijo. Zuño mascullo algo sobre «timos», pero por fortuna sólo lo oyó él. Jastom recurrió a todas sus dotes teatrales para mantener el tipo—. Muy bien, mi buen teniente, te acompañaremos —manifestó. «Como si tuviéramos opción», añadió para sus adentros, mientras se inclinaba el gorro a un lado.

—Eso está bien —se limitó a contestar Durm.

El soldado montó y espoleó brutalmente a su caballo, que salió a medio galope. Jastom comprendió que no podía hacer otra cosa que seguirlo. Se subió a la carreta y sacudió las riendas. El vehículo se puso en marcha con un tirón. Los

dos draconianos corrían a ambos lados, con las manos posadas sobre las empuñaduras de unos sables temibles. Jastom echó una fugaz ojeada a Zuño; el enano le devolvió la mirada y después sacudió la cabeza en un gesto pesimista.

Por primera vez, que él recordara, Jastom se encontró deseando que sus elixires tuvieran realmente los maravillosos resultados que les atribuía.

El amanecer apuntaba en el horizonte como una pálida rosa desplegando los pétalos cuando la carreta entró traqueteante en el campamento del ejército de los Dragones.

Habían viajado durante toda la noche, avanzando por traicioneras calzadas de montaña y guiados sólo por la mortecina luz de la luna carmesí, Lunitari. En más de una ocasión, Jastom pensó que carreta, caballos y ellos iban a caer por el borde del precipicio a las profundas tinieblas del lejano fondo. Aun así, no osó frenar la velocidad del carro mientras descendían bamboleantes por los tortuosos pasos. Jastom temía bastante menos caerse por el risco que enfrentarse al enojo de Durm.

Ahora, a la pálida luz del alba, vio que habían dejado atrás las montañas en algún momento de la noche. El campamento del ejército de los Dragones estaba instalado en una hondonada, al pie de los ondulados cerros. Una vasta planicie gris verdosa se extendía hacia el este en la distancia, sus suaves líneas rotas únicamente aquí y allí por la silueta de un álamo, que hundía sus raíces profundamente buscando agua.

El campamento no era grande; tal vez unas cincuenta tiendas en total, apiñadas en las riberas de un pequeño río. Pero Jastom no había caído en la cuenta de que hubiese todavía fuerzas del ejército de los Dragones tan cerca de Solamnia, o en ninguna otra parte. Por lo que había oído contar, pensaba que se los había barrido a todos de la faz de Krynn. Evidentemente, no era así.

La mayoría de los soldados del campamento eran humanos, con ojos hundidos y bocas crueles. También había un número de draconianos, vestidos con armaduras de cuero similares a las de los soldados humanos. Unas alas cortas sobresalían de la espalda de los draconianos, tan correosas como las de los murciélagos, pero parecían aletear inútilmente mientras los draconianos caminaban pesadamente sobre los pies descalzos, semejantes a garras.

—Éste no parece uno de los públicos más amistosos ante los que has tenido que pregonar nuestras pociones —observó Zuño mientras la carreta rodaba hacia el centro del campamento.

Jastom ya había actuado ante auditorios peligrosos, indómitas multitudes de rufianes que estaban más interesados en romper huesos que en comprar pociones mágicas. Sin embargo, incluso a éstos había conseguido convencer al final.

Un breve destello iluminó los azules ojos del estafador.

—No, quizá no sea el más amable, pero es un público al fin y al cabo, ¿no?— dijo suavemente, contento de que el enano se lo hubiese recordado—. No lo olvidemos, Zuño. Creen que somos sanadores y mientras sigan creyéndolo conservaremos nuestras cabezas unidas al cuerpo.

Había que tener presente una sola regla cuando se hablaba frente a una muchedumbre desagradable: jamás mostrar temor.

Jastom estiró las arrugas de su capa e inclinó en un ángulo extravagante el gorro adornado con plumas.

—Eh, el de ahí —llamó a un hombre mientras esbozaba una encantadora sonrisa con la misma facilidad con que otro se pondría un sombrero—. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Cómo...?

El teniente hizo que su negra montura volviera grupas con brusquedad y se acercó a la carreta.

—Si quieres hacer alguna pregunta, sanador, dirígete a mí. —La voz de Durm era como una afilada cuchilla envuelta en un paño de seda.

—Te... tenéis muchos soldados en este campamento —balbució Jastom, que tragó saliva e hizo un gran esfuerzo para aparentar que mantenía una charla insustancial—. ¿Cómo es que están aquí?

Una débil sonrisa asomó a los labios del teniente, pero no era una expresión de alegría. Jastom contuvo un escalofrío.

—¿Qué cuentan los caballeros en Solamnia? —preguntó a su vez Durm—. ¿Que barrieron a los ejércitos de los Dragones de la faz de Krynn? Bien, como verás, no lo han hecho. Admito que los ejércitos de la Piedra Blanca ganaron una batalla importante, pero, si los Caballeros de Solamnia piensan que esta guerra ha terminado, es que son tan necios como se dice.

Durm señaló el campamento mientras cabalgaba. Una fila de soldados que marchaba en formación con las espadas prestas, saludó a Durm mientras pasaba.

—A decir verdad, esto no es más que una reducida avanzadilla —continuó el teniente—. Un número mucho más abultado de nuestras fuerzas se encuentra hacia el este. Todas las tierras desde aquí hasta las montañas Khalkist pertenecen a la Señora del Dragón del Ejército Azul. Y los demás ejércitos dominan otros territorios, al norte y al este. La Dama Oscura, mi señora y comandante, ya está trazando los planes para contraatacar a los caballeros. Será una batalla gloriosa. —Por primera vez, a Jastom le pareció ver un destello de color en los pálidos ojos de Durm—. De modo que no desesperes, Jastom Mosto Musgoso, porque ahora pertenezcas a la Señora del Dragón —prosiguió el teniente con su cortés y gélido tono—. Muy pronto todo Ansalon le pertenecerá.

Jastom empezó a hacer otra pregunta, pero Durm levantó una mano imponiéndole silencio. Se detuvieron frente a una tienda tan amplia que llamarla pabellón sería más apropiado. Un estandarte ondeaba en el palo más alto: un dragón azul rampante sobre campo negro. Dos soldados hacían guardia a la

entrada de la tienda, con las manos sobre las empuñaduras de las espadas.

Un álamo de aspecto viejo extendía sus gruesas y nudosas ramas sobre el pabellón. Media docena de objetos de extraña apariencia colgaban de varias ramas. Algunos parecían ser poco más que mochilas grandes y andrajosas, pero unos cuantos tenían una forma que le resultaba vagamente familiar a Jastom. De improviso, una leve brisa sopló entre las hojas verdes del árbol y los bultos colgados empezaron a dar vueltas de las cuerdas. Varios círculos pálidos e hinchados se hicieron visibles.

Rostros.

Jastom apartó los ojos con rapidez y se llevó la mano a la boca para contener la náusea. No eran bultos colgados del árbol. Eran personas. Todas parecían mirar burlonas a Jastom con sus oscuras cuencas oculares, que los cuervos habían vaciado.

—¡Por Reorx! —masculló Zuño—. ¿En qué nos hemos metido?

—Ésos son los sanadores que vinieron antes que vosotros —explicó el teniente sin rodeos—. El primero fue nuestro clérigo, Umbreck. Al parecer, su fe en la Reina de la Oscuridad no era lo bastante profunda y ella cerró los oídos a sus plegarias. Todos fracasaron en la curación del comandante Skaahzak.

Jastom tragó saliva y paladeó el sabor del miedo en su garganta, pero se obligó a sonreír.

—No temas, teniente —manifestó con audacia—. Nosotros no fracasaremos. Recuerda que los Elixires Milagrosos de Mosto Musgoso lo curan todo.

Zuño se atragantó al oírlo, pero, por fortuna, no hizo ningún comentario.

Jastom y el enano descendieron del pescante, y Durm los condujo a la penumbra del interior de la tienda. Un olor asquerosamente dulzón, a podrido, saturaba el ambiente y casi hizo vomitar a Jastom. Las hierbas aromáticas que ardían en un pebetero de bronce no conseguían disimular la repugnante pestilencia.

La tienda apenas estaba amueblada. Había una mesa con mapas y rollos de pergamino esparcidos por el tablero, y un astillero en el que había armas de diferentes clases —sables, mazos, lanzas—, todas temibles y de aspecto cruel. En un rincón de la tienda había un catre estrecho y en él yacía, no un hombre, sino un draconiano: el comandante Skaahzak.

Jastom no necesitaba ser un verdadero sanador para ver que el comandante se estaba muriendo. Su escamosa piel tenía un color gris y estaba consumida, tirante contra los huesos de su cráneo. En sus amarillos ojos titilaba un brillo febril, vidrioso, y sus manos, semejantes a garras, aferraban débilmente los revueltos cobertores. Su hombro izquierdo había sido cubierto con un grueso vendaje, pero la tela estaba empapada con la supuración de un líquido seroso negro.

—El comandante Skaahzak fue herido hace dos semanas, en una escaramuza

con una patrulla de reconocimiento de Caballeros de Solamnia —explicó Durm—. Al principio la herida no parecía peligrosa, pero se infectó. Emplea tus artes con él, sanador, o te reunirás fuera con los otros.

—Nosotros... eh... tenemos que preparar el elixir —farfulló Jastom, haciendo cuanto estaba en su poder para que la voz no le temblara.

—De acuerdo. —Durm asintió con gesto estirado—. Si precisas algo para realizar tu tarea, sólo tienes que pedirlo. —Con una nueva sonrisa carente de calidez, el teniente se marchó y los dejó solos.

Cuando Jastom y Zuño estuvieron a solas en el abarrotado interior de la carreta, el enano sacudió la cabeza.

—¿Es que te has vuelto completamente loco, Jastom? —susurró—. Sabes muy bien que vendimos nuestra última poción en Faxfail y sin embargo estás ofreciendo una como si pudiésemos materializarla del aire.

—Bueno, no se me ocurrió otra cosa —contestó Jastom a la defensiva. Después de Faxfail habían planeado dirigirse a Kayolin para comprar los ingredientes a fin de que Zuño preparara otra mezcla con aguardiente enano—. Además, debe de haber algo que podamos hacer. Si no salimos de aquí con un elixir, y pronto, Durm va a alimentar a los cuervos con nosotros. —Empezó a revolver en las cajas, ollas y jarros esparcidos por el interior de la carreta—. ¡Espera un momento! —exclamó de repente, excitado—. Queda un poco aquí, en el fondo de este barril. —Dio la vuelta al recipiente y lo puso sobre una botella púrpura vacía. Un fluido espeso, marrón, de aspecto arenoso empezó a escurrir por la boca del barril.

—¡No puedes dar eso al comandante! —protestó roncamente el enano, al tiempo que intentaba arrebatarle la botella.

—¿Por qué no? —replicó Jastom, manteniendo la botella fuera del alcance de Zuño.

El enano puso el gesto ceñudo y plantó los puños en las caderas.

—Eso es afrecho puro; papilla goblin, lo solía llamar mi abuelo. Los posos que quedan después de destilar el aguardiente enano. Esa pasta hace que el resto de la calderada parezca agua. Oh, lo hará sentirse feliz, incluso *muy* feliz durante un rato, pero al final... —Zuño sacudió la cabeza.

—*¡Durante un rato!* Es todo cuanto necesitamos para escabullimos —dijo Jastom con desesperación mientras tapaba la botella.

—Vamos a resultar un buen festín para los cuervos —rezongó el enano mientras sacudía la cabeza con gesto dubitativo.

El comandante draconiano Skaahzak gemía y se revolvía en su sueño febril.

Jastom sostenía la pequeña botella llena de papilla goblin. Zuño estaba a su lado y Durm los observaba a los dos desde el otro lado de la cama del comandante, con expresión inflexible. Jastom se apartó la capa, levantó la botella púrpura y la destapó. No tenía sentido andarse con actitudes teatrales. Hizo un gesto a Zuño.

El enano sujetó la cabeza al comandante draconiano y la mantuvo inmóvil, abriendo a la fuerza las monstruosas fauces con sus recios dedos. Jastom inclinó la botella y vertió el denso contenido por detrás de la bifida lengua colgante, garganta abajo. Zuño dejó que las mandíbulas de Skaahzak se cerraran de nuevo con un chasquido. Jastom gesticuló con la mano, y la botella vacía pareció desvanecerse en el aire. Durm ni siquiera parpadeó.

Jastom respiró hondo mientras buscaba algo apropiadamente dramático que decir, pero antes de que tuviera tiempo de hacerlo el aire fétido de la tienda fue hendido por un chillido que helaba la sangre.

Skaahzak

El draconiano chilló otra vez mientras se retorció en la cama. Jastom y Zuño miraban boquiabiertos a la criatura. En un visto y no visto, Durm desenvainó su espada y la alzó a la altura del corazón de Jastom.

—Al parecer, has fracasado. —El teniente hablaba con suavidad, casi como lo haría un padre con un hijo descarriado, salvo que su voz era mortalmente fría.

De improviso, el comandante draconiano saltó de la cama y apartó la espada de Durm con brusquedad. La papilla goblin corría por el riego sanguíneo de la criatura como fuego líquido. El tinte grisáceo había desaparecido de su piel, y si la herida le causaba algún dolor Skaahzak no daba señales de que fuera así. Sus amarillos ojos relucían brillantes.

—Basta de tonterías, Durm —siseó—. Mandaré que te corten la cabeza si causas el menor daño a estos sanadores tan hábiles.

A Jastom le daba vueltas la cabeza, pero no estaba dispuesto a desperdiciar esta oportunidad. Se quitó el gorro e hizo una profunda reverencia.

—Mi corazón se alegra al ver a mi señor en tan excelente estado de salud —proclamó en un tono conmovido. De manera subrepticia dio una patada a la rodilla de Zuño, y el enano se ladeó hacia adelante en una zafia imitación de la reverencia cortesana de Jastom.

—Me has hecho un gran servicio, sanador —repuso Skaahzak con su voz seca, de reptil, mientras se vestía una túnica carmesí que un soldado asistente le ofrecía.

—Me complace sobremanera haber podido devolver la salud a tan brillante oficial —dijo Jastom.

Zuño masculló algo en voz baja que resultó inaudible.

—En efecto, lo has hecho —siseó Skaahzak. De repente se dio media vuelta, exhibiendo una sonrisa feroz que dejaba a la vista las hileras de dientes—. ¡En toda mi vida me he sentido mejor! —Se tambaleó y habría caído a no ser por las

fuertes manos de Durm, que lo sostuvieron.

No había duda. El draconiano estaba borracho como una cuba.

—¡Aparta tus sucias zarpas de mí! —espetó Skaahzak mientras se libraba de las manos del teniente con un brusco tirón—. Tú, que me has traído sanador tras sanador, clérigo tras clérigo, todos ellos hurgando, pinchando y rezando a sus asquerosos dioses y todos ellos fracasando. Debería hacerte azotar por permitir que sufriera tanto tiempo. —Su expresión pasaba alternativamente del éxtasis de la embriaguez a la cólera ardiente. No parecía ser mucho lo que separaba las dos emociones en esta criatura.

Durm observaba en silencio, impasible.

—No obstante —continuó Skaahzak, cuya voz ahora era un canturreo—, me trajiste estos excelentes sanadores y por tanto me mostraré clemente. Incluso te daré una recompensa para demostrarte el alcance de mi benevolencia. —Tendió la mano izquierda—. Puedes besar el anillo de tu señor, teniente Durm.

En el ganchudo dedo medio del draconiano había una sortija con un rubí tan grande como una avellana. Jastom supuso que Skaahzak no se había quitado la joya hacía años. De hecho, dudaba que el draconiano pudiera sacársela. La carne escamosa del monstruo estaba hinchada en los bordes del anillo.

Durm no vaciló; hincó una rodilla en tierra, ante la mano tendida de Skaahzak. Se inclinó hacia adelante y puso los labios en el reluciente rubí. Mientras lo hacía, Skaahzak golpeó al teniente. Durm ni siquiera parpadeó. Lentamente, se puso en pie; el rubí le había abierto un corte en la mejilla y un hilillo de sangre, tan rojo como la gema, resbalaba por su mandíbula. El draconiano esbozó una mueca.

—Ahí tienes, teniente —dijo, su voz de reptil borrosa e indistinta—. Has recibido tu recompensa.

Durm se inclinó con movimientos tiesos y dirigió una breve mirada indescifrable a Jastom.

El vendedor de pócimas intentó controlar los latidos desbocados de su corazón, que parecía querer salirse por la boca. Echó una mirada significativa a Zuño; había llegado el momento de largarse de allí. El enano subió y bajó la cabeza en un gesto enfático de asentimiento.

—Bien, me complace ver que todo ha vuelto a la normalidad —manifestó Jastom con tono afable mientras se ponía el gorro otra vez—, así que creo que nos...

—¡Tengo que hacer una proclamación! —lo interrumpió Skaahzak a gritos. Echó un poco de vino en una copa de plata, aunque derramó la mayor parte en su túnica, y empezó a caminar bamboleante por la tienda, tropezando con baúles y muebles. Uno de sus asistentes iba tras él con una pluma y un pergamino, escribiendo cada palabra que decía—. ¡Que se sepa que, por sus excelentes servicios, estos dos sanadores serán nombrados mis médicos personales desde ahora hasta el fin de los tiempos! —Extendió los brazos en un gesto de triunfo. La

copa de plata que sostenía alcanzó la cabeza de su asistente con un golpe sonoro. El soldado se desplomó como una piedra en tanto que la pluma y el papel se deslizaban de entre sus dedos. Skaahzak no reparó en lo ocurrido.

Jastom y Zuño intercambiaron una mirada de alarma.

—Eh... Disculpad, mi señor —comenzó Jastom vacilante—, pero ¿qué es exactamente lo que habéis querido decir?

Skaahzak giró sobre sus talones para mirar a Jastom; sus ojos ardían con el fuego abrasador de la papilla goblin.

—He querido decir que el teniente Durm os mostrará vuestro nuevo aposento —repuso el draconiano, que exhibió sus incontables y afilados dientes en una sonrisa espantosa—. Os quedaréis en el campamento conmigo. De manera permanente. Ahora sois mis sanadores.

Jastom sólo fue capaz de asentir en silencio, sintiéndose repentinamente enfermo. Aunque resultara difícil de creer, en esta ocasión, al parecer, el efecto del elixir había sido demasiado bueno para su propio bien.

—¿Cuántos soldados hay de guardia? —preguntó Jastom en un susurro.

—Dos —respondió Zuño con otro susurro mientras se asomaba por la estrecha rendija de la lona que cubría la entrada de la tienda—. Ambos son draconianos.

Jastom se tiró del pelo en tanto que iba de un extremo a otro de la abarrotada tienda. La atmósfera estaba cargada del acre olor a podrido que soltaba la paja esparcida por el suelo. La única luz procedía de un pálido rayo dorado de sol que penetraba a través de un agujero en la lona del techo.

—Tiene que haber un modo de darles esquinazo —dijo, agitado, Jastom, con los puños apretados.

—Es una pena que no podamos emborracharlos —comentó Zuño secamente.

Jastom lanzó al enano una mirada exasperada.

—Siempre hay una salida, Zuño. Ya hemos estado en suficientes mazmorras para saberlo. Lo único que necesitamos es tiempo para dar con la respuesta.

El enano sacudió la cabeza; sus espesas cejas se fruncían en un ceño pronunciado.

—En estos momentos, la papilla goblin debe de estar abrasando a Skaahzak de dentro afuera, tan seguro como si fuera fuego líquido lo que hubiese tragado. Habrá muerto por la mañana. —Hizo una pausa ominosa—. Lo mismo que nos ocurrirá a nosotros, supongo.

Jastom gimió, conteniendo a duras penas el impulso de estrangular al enano, pero se recordó que haría mejor dirigiendo sus energías a encontrar una manera de escapar.

Una vez que estuviesen libres, *entonces* tendría todo el tiempo del mundo para

estrangularlo.

Con un suspiro de frustración, se sentó con pesadez en la paja y apoyó la barbilla en las manos. La actitud fatalista del enano era contagiosa.

La solapa de la entrada a la tienda se levantó, y las figuras de los dos guardias draconianos se recortaron en el brillante recuadro de luz vespertina; sus lenguas bifidas serpenteaban entre los dientes amarillentos.

—Es hora de cenar —siseó uno de los draconianos, que contemplaba fijamente a Jastom con sus inquietantes ojos.

Durante un instante de confusión, el humano no supo a qué se refería el draconiano, si a la cena de Jastom o a la suya propia. Con gran alivio vio los cuencos que la criatura llevaba en las zarpas. El soldado soltó los dos recipientes de barro, cuyo contenido, queapestaba, se derramaba por los bordes. El otro draconiano les arrojó un odre de vino de aspecto graso.

—El comandante ha ordenado que se os dé la mejor comida del campamento —gruñó el soldado con una nota de envidia en la voz—. Skaahzak debe de teneros en gran estima, no cabe duda. Podéis consideraros afortunados.

Después de que los dos draconianos los dejaron a solas, Jastom echó un vistazo a los cuencos de comida. El líquido grumoso e incoloro de uno de los recipientes empezó a rebullir. Un enorme escarabajo negro salió a la superficie de la pastosa mezcla y trepó al borde del cuenco. Jastom soltó un grito estrangulado. El insecto se escabulló entre la paja.

—¡Puaj! —escupió Zuño, tirando a un lado el odre, que olía a rancio—. ¿De dónde extraen el vino estas bestias? ¿De cebollas podridas?

Jastom sintió el estómago revuelto y contuvo a duras penas la náusea.

—Si ésta es la mejor comida que hay en el campamento, no quiero ni pensar en lo que comerán los soldados de a pie.

Empezó a apartar los recipientes de barro empujándolos con la puntera de la bota pero entonces se detuvo. Se le acababa de ocurrir una idea.

Rápidamente rebuscó en su capa hasta encontrar el bolsillo secreto en el que había guardado la botella vacía después de verter la poción en la garganta de Skaahzak. Quitó el corcho y luego se arrodilló junto al cuenco. Con cuidado, para no derramar ni una gota de la pútrida sustancia sobre sí mismo, inclinó el recipiente y llenó parcialmente la botella con la aguachirle. Después cogió el odre de vino y añadió una buena cantidad del agrio caldo a la botella. Tuvo una última ocurrencia y recogió un puñado de tierra del suelo y también lo añadió. Tapó la botella y después la sacudió vigorosamente a fin de mezclar el extraño mejunje del interior.

—¿Qué demonios estás haciendo, Jastom? —demandó Zuño, cuyos ojos grises centelleaban—. ¿Es que te has vuelto loco de remate? Debí suponer que la tensión de todo este asunto sería demasiado para ti.

—No, Zuño, no me he vuelto loco —replicó su amigo, enojado; luego, a

despecho de sí mismo, sonrió, lanzó al aire la botella y volvió a cogerla con agilidad—. ¿Qué fue lo que dijiste? Emborracharlos, ¿no?

—Sí, pero tú nunca me haces caso —protestó el enano—. ¡Y no creo que sea el mejor momento para empezar a hacérmelo!

—Tú límitate a seguirme la corriente —instruyó Jastom.

El sol se ponía cuando los dos draconianos alzaron de nuevo la solapa de la tienda y entraron para retirar los platos.

—Gracias, amigos —dijo alegremente Jastom mientras los soldados recogían los cuencos vacíos y el pellejo de vino—. Ha sido un excelente refrigerio, verdaderamente.

En realidad, él y Zuño habían enterrado el repugnante alimento en un agujero somero, en un rincón de la tienda, pero los draconianos no tenían por qué saberlo. Las dos criaturas observaron a Jastom de hito en hito; la envidia relucía perversamente en sus ojos de reptil.

—Tenías razón, Jastom —manifestó el enano pensativamente, mirando a los dos draconianos—. Su aspecto es un poco macilento.

Los ojos del primer soldado se estrecharon en un gesto desconfiado.

—¿Qué quiere decir ese asqueroso enano? —preguntó.

Jastom movió la cabeza arriba y abajo; por su franco semblante pasó una fugaz expresión sombría.

—En efecto, Zuño —dijo con gravedad—. Sólo puede ser una cosa: putrefacción virulenta de escamas.

—¿«Putrefacción virulenta de escamas»? ¿Qué tonterías estás farfullando? —bramó el segundo draconiano.

Jastom suspiró, como si fuese reacio a hablar.

—Lo he visto antes —repuso mientras sacudía la cabeza tristemente—. Es un azote que ha acabado con legiones enteras de draconianos, en el lejano sur, en Abanasinia. No creí que hubiese viajado a través del Nuevo Mar, pero al parecer me había equivocado.

—Sí, vi una vez a un draconiano que tenía el virus —comentó Zuño con actitud sombría—. Todo cuanto enterramos fue un montón de moho negro y esponjoso. No murió enseguida. Jamás creí que alguien pudiese chillar tan fuerte.

—¡No he oído nada de eso! —siseó el primer draconiano.

Jastom adoptó su expresión de más pura inocencia. Ni los propios dioses habrían sabido que estaba mintiendo.

—No tenéis que creerme —dijo, encogiéndose de hombros—. Juzgad por vosotros mismos. Los primeros síntomas son tan débiles que es difícil percibirlos si no sabes qué buscas: ojeras de color gris, un tenue dolor en los dientes y las uñas, y después... —Jastom dejó que sus últimas palabras se perdieran en un

murmullo ininteligible.

—¿Qué has dicho? —bramó el segundo draconiano.

—He dicho que después se empieza a perder la audición a ratos, de forma esporádica.

Los ojos de los soldados se abrieron desmesuradamente e intercambiaron una mirada asustada.

—¿Qué podemos hacer? —demandó el primero.

—¡Eres sanador y tienes que ayudarnos! —jadeó el segundo.

—Claro, claro. —Jastom les dirigió una sonrisa animosa—. No temáis, amigos. Tengo una poción aquí mismo. —Hizo un ademán, y la pequeña botella púrpura con el nocivo contenido apareció en su mano. Los draconianos la contemplaron anhelantes—. El Elixir Milagroso de Mosto Musgoso lo cura todo. Incluso la putrefacción virulenta de escamas.

—¿No olvidas una cosa? —gruñó Zuño.

La expresión alegre se borró del semblante de Jastom.

—Oh, vaya —dijo con preocupación.

—¿Qué ocurre? —El primer draconiano hablaba ya a gritos, sus ganchudos dedos estaban crispados y movía las correosas alas por la agitación.

—Me temo que ésta es nuestra última dosis —explicó Jastom, que era el vivo retrato del desconsuelo—. No hay suficiente para los dos. —Dejó la botellita en el suelo y retrocedió. Luego extendió las manos en un gesto de profundo pesar—. Lo siento muchísimo, pero tendréis que decidir vosotros quién se lo toma.

Los dos draconianos se miraron con fijeza mientras sus lenguas siseaban y los ojos amarillos lanzaban chispas.

Se abalanzaron sobre la botella.

—Bien, parecen haber alcanzado la única solución justa a su dilema —observó Jastom con sequedad.

Los dos soldados yacían en el suelo de la tienda, petrificados en un abrazo fatal. Los restos de la botella púrpura se esparcían cerca de ellos, convertidos en minúsculos fragmentos. La lucha había sido breve y violenta. Los dos draconianos se habían arrojado sobre el elixir y en el proceso cada uno de ellos había hincado una daga aserrada en el corazón del otro. De forma instantánea, ambos se habían tornado grises y habían caído pesadamente al suelo. Tal era la naturaleza mágica de estos seres que, una vez muertos, se convertían en piedra.

—¡Por las barbas de Reorx! ¡Fíjate en eso! —dijo Zuño.

Mientras los amigos miraban, los cuerpos de los draconianos empezaron a deshacerse. En cuestión de momentos, sólo quedaban sus armaduras, las dagas y un montón de polvo.

Jastom se agachó y limpió el polvo de una de las dagas. Esbozó una sonrisa

nerviosa.

—Creo que acabamos de encontrar el modo de salir de aquí, Zuño —dijo.

Instante después, Jastom gateaba a través de la grieta de la lona que hacía las veces de pared trasera de la tienda y se asomaba al exterior, donde lo recibió la menguante luz púrpura del ocaso. Hizo una seña a Zuño para que lo siguiera. El enano tropezó al cruzar por la abertura y se fue de bruces al suelo, soltando una maldición. Jastom lo levantó por el cinturón y le lanzó una mirada admonitoria para que guardara silencio.

Los dos avanzaron por el campamento en penumbra; Jastom se paraba cada vez que oía el ruido de pasos acercándose, pero se desvanecían antes de que apareciese algún soldado. Un fulgor plateado empezaba a asomar por el horizonte oriental. La luna blanca, Solinari, no tardaría en levantarse arrojando su brillante y diáfana luz sobre el mundo. Tenían que apresurarse, pues no podían esperar eludir los ojos de los centinelas una vez que la luna se alzara en el firmamento.

Giraron en la esquina de una tienda larga y de inmediato se agazaparon y retrocedieron presurosos para ponerse de nuevo a cubierto. Con sumo cuidado, Jastom se asomó por la esquina. Más allá había un amplio círculo iluminado por la luz rojiza de una docena de antorchas que estaban clavadas en el suelo. Jastom abrió los ojos de par en par ante el espectáculo que se ofrecía a su vista.

—¡Puedo volar! ¡Puedo volar! —chillaba con excitación una voz áspera y pastosa. Era el comandante Skaahzak.

Giraba en el aire dando bandazos, suspendido de la rama de un árbol por una cuerda atada bajo los brazos. Dos draconianos gruñían mientras tiraban de la cuerda, izando más y más alto a su comandante. Skaahzak gritaba de regocijo mientras sus pequeñas e inútiles alas se agitaban débilmente y sus ojos ardían abrasadores con el brillo de la locura.

—Es la papilla goblin —musitó Zuño quedamente—. Le está pudriendo los sesos. Pero dejará de reír pronto, cuando el fuego se propague a su sangre.

Una veintena de soldados contemplaba a Skaahzak girar alocadamente al final de la cuerda, si bien ninguno osaba reír ante el singular espectáculo que ofrecía su oficial al mando. De repente, Jastom vio al teniente Durm de pie, al borde del círculo luminoso, separado de los demás y con los ojos relucientes como gemas incoloras. Una vez más, sus labios esbozaban una débil sonrisa carente de alegría, pero el significado de aquel gesto escapaba a la comprensión de Jastom.

El vendedor de pócimas se ocultó enseguida detrás de la tienda.

—Durm está ahí —susurró con voz ronca—. Creo que no me ha visto.

—Entonces no le demos otra oportunidad —gruñó Zuño.

Jastom se mostró de acuerdo con un cabeceo vigoroso. Los dos amigos se deslizaron en la dirección opuesta y se perdieron en la noche.

La carreta traqueteaba por la angosta calzada de montaña, bajo la luz matinal. Arboledas de gráciles álamos y altos abetos iban quedando atrás, a ambos lados del camino, a medida que los caballos pintos pasaban a trote vivo.

Jastom y Zuño habían viajado durante toda la noche, remontando los traicioneros pasos e internándose en las montañas Garnet, guiados sólo por la pálida y fantasmal luz de Solinari. Pero ahora el alba se asomaba por encima de los distantes y brumosos picos verdes, y Jastom frenó la marcha de los caballos al paso. El campamento del ejército de los Dragones quedaba a más de diez leguas a sus espaldas.

—Ah, es estupendo estar vivo y libre, Zuño —manifestó Jastom mientras aspiraba hondo el limpio aire de la montaña.

—Bueno, y o que tú no me acostumbraría mucho a ello —dijo el enano con gesto ceñudo—. Mira detrás.

Jastom lo hizo, y el corazón casi se le salió del pecho. Una nube de polvo se levantaba en la calzada de tierra a menos de un kilómetro y medio de distancia.

—El teniente Durm —masculló con la boca seca—. ¡Sabía que esto era demasiado fácil!

Zuño asintió con un cabeceo, y Jastom lanzó un agudo silbido al tiempo que azuzaba a los caballos sacudiendo las riendas con ferocidad. Los animales salieron a medio galope.

La calzada, estrecha y pedregosa, empezó a descender sinuosa por una cuesta pronunciada. El viento ondeaba la capa de Jastom a sus espaldas. Zuño se agarró al pescante como si en ello le fuera la vida cuando su compañero consiguió por los pelos girar en una curva cerrada de la calzada. Iban demasiado deprisa. Jastom se apoyó con fuerza en el freno de la carreta. Saltaron chispas. De pronto, se produjo un fuerte crujido... y el humano se quedó con la palanca del freno en la mano.

—¡La carreta está sin control! —gritó.

—¡Eso ya lo veo sin necesidad de que tú me lo digas! —replicó a voces el enano.

Las ruedas del carro se metieron en un surco profundo y la carreta brincó en el aire. Los caballos relincharon aterrados y salieron a galope tendido. Con un ruido desgarrador, se soltaron los arneses y los animales se dirigieron hacia el lado elevado de la ladera en tanto que el vehículo se deslizaba de costado en la dirección opuesta, directamente hacia el precipicio.

Todo cuanto pudo hacer Jastom fue gritar:

—¡Salta!

Él y el enano se zambulleron fuera del carro mientras éste salía disparado por el borde del precipicio. Jastom se golpeó con fuerza contra el suelo. Se incorporó a tiempo de ver desaparecer la carreta en el vacío. Tras un instante de profundo y total silencio llegó el sonido de un golpe estruendoso y luego volvió el silencio.

La carreta, y todo cuanto Jastom y Zuño poseían, se había perdido. Desesperado, dio la espalda al precipicio... y vio a Durm montado a caballo, ante él.

Media docena de soldados, a lomos de sus monturas, iba detrás del teniente y la luz del sol relucía en las empuñaduras de sus espadas. Jastom sacudió la cabeza con incredulidad. Estaba demasiado perplejo como para hacer otra cosa que no fuera quedarse allí de pie, paralizado por la derrota. Zuño, ileso, se acercó para ponerse a su lado.

—El comandante Skaahzak ha muerto —informó Durm con su voz gélida—. Esta mañana no quedaba nada de él salvo un montón de cenizas. —Una extraña luz titiló en los pálidos ojos del teniente—. Por desgracia, vosotros, sus sanadores, no estabais a su lado para proporcionarle alivio alguno en sus últimos momentos. He tenido que cabalgar a todo galope a fin de alcanzaros. No podía dejar que os marchaseis sin recibir lo que merecáis por este fracaso, Mosto Musgoso.

Jastom cayó de rodillas. Cuando todo lo demás fallaba, sabía que había una sola opción: humillarse. Obligó al enano a postrarse también.

—Por favor, mi señor, sé clemente con nosotros —suplicó, adoptando su expresión más lastimosa. Dadas las circunstancias, no le resultó muy difícil—. No podíamos hacer nada por él. Por favor, te lo ruego, permítenos vivir. Verás, señor, no somos sanad...

—¡Silencio! —ordenó Durm cortante.

Los balbuceos de Jastom cesaron. El corazón se le heló en el pecho. El semblante del teniente era tan impasible como la montaña de granito en la que estaban.

—La pena por no curar a Skaahzak es la muerte —continuó Durm. Hizo una pausa durante lo que pareció un instante interminable—. Claro que es derecho del comandante elegir el castigo a imponer. —Durm alargó la mano de manera que resultaba ostensible el anillo, el de Skaahzak que ahora llevaba en su mano izquierda. El enorme rubí brillaba como sangre—. Por ti y por tu elixir, Mosto Musgoso, ahora *yo* soy el comandante. —Con gesto ausente, el oficial se pasó un dedo por la mejilla que Skaahzak había golpeado—. Seré yo, pues, quien elija tu castigo.

La mano de Durm, enguantada en negro, bajó a su cinturón, hacia la empuñadura de la espada. Jastom hizo un ruido ahogado; por primera —y última — vez en su vida, se encontraba falto de palabras.

El comandante sacó algo del cinturón y se lo arrojó a Jastom, que dio un respingo al sentir que lo golpeaba en el pecho. Pero era sólo una bolsa de cuero.

—Creo que diez monedas de acero es lo que cobras por una dosis de tus elixires —dijo Durm.

Jastom miró de hito en hito al oficial, desconcertado. Por una vez, el vendedor de pociones creyó reconocer la extraña nota en la voz de Durm: regocijo. ¿Sería posible?

—Buen trabajo, *sanador*—manifestó el comandante, con aquella sonrisa apenas perceptible insinuándose de nuevo en sus labios.

Después, sin añadir nada más, hizo volver grupas a su montura y partió al galope ladera abajo, seguido de cerca por sus soldados. En cuestión de segundos todos habían desaparecido tras un recodo del camino. Jastom y Zuño estaban a solas.

—Lo sabía desde el principio —dijo el humano, maravillado—. Sabía que éramos unos charlatanes.

—Y por eso nos eligió —comentó el enano, cuya barba se agitaba por el asombro—. Dejar morir a su comandante habría sido traición. Pero de este modo da la impresión de que hizo cuanto estaba en su mano para salvar a Skaahzak y nadie podrá reprocharle su forma de actuar.

—Y yo que pensaba que éramos unos hábiles timadores —dijo Jastom con tono seco. Miró pensativo el borde del precipicio, por donde había desaparecido la carreta.

—Bueno, por lo menos tenemos esto —gruñó ásperamente Zuño mientras recogía la bolsa de cuero.

Jastom contempló con fijeza al enano unos largos segundos y después, poco a poco, una sonrisa iluminó su semblante. Cogió la bolsa a Zuño y la sopesó con gesto pensativo.

—Amigo mío, ¿cuánto aguardiente enano piensas que puedes destilar con diez monedas de acero? —inquirió.

Un destello malicioso asomó a los ojos gris acerado de Zuño.

—Oh, con ese dinero se puede sacar bastante —repuso mientras los dos empezaban a bajar la sinuosa calzada de montaña, de vuelta a terrenos deshabitados—. Es decir, bastante para empezar de nuevo...

La mano que provee

Richard A Knaak

Vandor Grizt solía pensar que el peor olor del mundo era el de un perro mojado. Ahora, sin embargo, sabía que había uno peor.

El de un perro mojado *muerto*.

Atado al mástil del barco, Vandor sólo podía mirar a los funestos ojos carentes de pupilas de la monstruosidad que lo vigilaba, un animal muerto en vida. La combinación de podredumbre y niebla húmeda hacía a la pálida bestia, carente de pelo, tan ofensiva al olfato que incluso los dos draconianos hacían cuanto estaba en su mano para permanecer a favor del viento. Vandor, sin embargo, no tenía esa opción.

Vandor se vio forzado a admitir que, probablemente, tampoco él olía mucho mejor. Atado de la cabeza a los pies, había sido arrastrado sobre calzadas accidentadas durante cuatro días hasta el litoral del Mar Sangriento y allí lo habían subido a bordo del barco. Aquella no era su apariencia habitual, siempre cuidada y pulcra. Confiaba en que ninguno de sus clientes lo hubiese visto; el degradante espectáculo no beneficiaría los negocios... suponiendo que sobreviviera para hacer negocios.

Alto y delgado, Vandor Grizt era, por lo general, lo bastante rápido o lo bastante escurridizo para eludir la captura, ya fuera a manos de las autoridades locales o de alguno que otro cliente insatisfecho. Cuando la velocidad le fallaba, sus rasgos patricios, casi regios, junto con su pico de oro le permitían salir con bien del asunto. Vandor nunca se hizo rico con la venta de sus mercancías « usadas », pero tampoco había pasado hambre. No, jamás se había arrepentido del curso tomado por su vida.

Hasta ahora.

Vandor cambió de postura. El lobo muerto viviente enseñó sus fauces putrefactas en un gesto de advertencia.

—Perrito bonito —replicó Vandor, gruñendo a su vez—. Ve a enterrar un hueso, a poder ser uno tuyo.

—Guarda silencio, humano —siseó uno de los dos draconianos, un sivak. Los draconianos semejaban un par de gemelos escamosos casi idénticos, pero Vandor sabía por dolorosa experiencia que eran muy distintos. El sivak tenía un talento especial: si mataba a una persona, podía alterar su apariencia para adoptar la de su víctima. Bajo el disfraz de uno de los amigos de más confianza de Vandor, el draconiano sivak lo había conducido a un callejón, donde le tendieron una emboscada. Comprendió su error cuando vio al sivak cambiar a su propia forma escamosa... e informarle que su amigo estaba muerto.

De haber tenido la oportunidad, Vandor Grizt habría degollado al lagarto. Ya eran poco los amigos que tenía como para dejar que los asesinaran. Aún no sabía el motivo por el que los draconianos se habían tomado tantas molestias. Quizás el clérigo oscuro que dirigía el grupo se lo diría. Le gustaría conocer, al menos, la razón por la que iba a morir.

—¡Te damos las gracias, Zeboim, señora del mar! —entonaba el clérigo.

Vandor —un experto autodidacta a la hora de conseguir artefactos «perdidos» y mercancías «extraviadas» — no era capaz de identificar al dios o la diosa a cuyo culto pertenecía el clérigo, pero dudaba que fuera la tempestuosa sirena marina que llamaba madre a Takhisis, Reina de la Oscuridad. Zeboim no parecía de la clase que sintiera predilección por la horrenda y blanca máscara de calavera con la que el clérigo se cubría el rostro parcialmente. A alguna otra deidad le gustaban las calaveras y las cosas muertas, pero Vandor no recordaba el nombre. Los dioses no eran su fuerte. Él mismo rendía culto, aunque de manera superficial, a Shinare, que protegía a los mercaderes, incluidos (le gustaba pensar) a los «emprendedores», como era su caso. Puesto que Shinare era uno de los dioses neutrales, Vandor había sido siempre de la opinión que no le importaría si le rezaba sólo cuando estaba en apuros. Pero ahora se preguntó si no sería éste su castigo por dar por hecho los favores divinos. A veces, los dioses eran muy quisquillosos con esas cosas.

El barco cabeceó cuando lo golpeó otra fuerte ola. El Mar Sangriento era siempre horrible para la navegación, pero por la noche y durante una tormenta resultaba una locura suicida, en opinión de Grizt.

Claro que su opinión no fue tenida en cuenta ni por la tripulación ni por los pasajeros.

«Cara de Calavera» dio media vuelta y convocó a sus dos compañeros draconianos. Unas antorchas mágicas, que jamás se apagaban a despecho de las continuas rociadas de espuma, otorgaban al clérigo enmascarado la apariencia de un necrófago. Bajo la máscara sólo eran visibles la boca y la barbilla, fina y puntiaguda.

—¡Vosotros dos, preparad el altar para la invocación! —ordenó el clérigo.

Vandor se estremeció al suponer que tal invocación sólo podía significar cosas espantosas para él.

El draconiano kapak dirigió una mirada interrogante a su señor.

—¿Tan pronto, prefecto Stel? —La saliva le goteó mientras hablaba. La tripulación de minotauros no sentía mucho aprecio por el venenoso kapak. Cada vez que hablaba, hacía agujeros en la cubierta con la corrosiva saliva.

El prefecto Stel se puso unos guantes, negros y lustrosos, en sus huesudas manos. «Viste muy bien —pensó Vandor Grizt—. No es mi estilo de ropa, por supuesto, pero es de un tejido excelente. En otras circunstancias, Stel habría sido un posible cliente». Vandor soltó un suspiro y prestó atención a lo que estaba diciendo el clérigo.

—Quiero que el altar esté dispuesto para usarlo en el momento en que nos encontremos en el sitio. —El clérigo oscuro sacó una pequeña calavera que colgaba de una cadena a su cuello. Vandor estudió con atención la joya, primero para calcular su valor y después porque reparó en que emitía un brillo.

—¿Qué pasa con el humano, prefecto? —preguntó el sivak

—El lobo espectral lo vigilará. No es un hombre que tenga aspecto de ser estúpido. —Stel se volvió hacia Vandor—. ¿Lo eres?

—Tengo que admitir que aún no he llegado a una conclusión a ese respecto, mi buen señor —repuso el mercader independiente—. Mis perspectivas actuales no son un buen agüero para esperar algo positivo.

—Eso es evidente.

Stel parecía divertido. Se acercó un poco más y, por primera vez, el prisionero captó un atisbo de los negros pozos que eran sus ojos. Vandor se preguntó si Stel se despojaría de la máscara en algún momento. En los días transcurridos desde su captura, el mercader no había visto el rostro que se ocultaba detrás.

—Si fuera clérigo del escurridizo Hiddukel en lugar de servir a mi señor Chemosh, estaría tentado de ofrecerte un puesto a mi lado —dijo Stel—. Estás verdaderamente dedicado al exquisito arte de enriquecerte a costa de otros, ¿no es así?

—*Jamás* a expensas de mis buenos clientes, maese Stel! —refutó Vandor con actitud ofendida. Pero su protesta carecía de entusiasmo.

Chemosh..., señor de los muertos vivos. La máscara debería haber sido evidencia más que suficiente y el lobo espectral la prueba definitiva, pero el desconcertado y asustado mercader no había relacionado lo uno con lo otro. Vandor estaba en poder de un nigromante, un clérigo que levantaba a los muertos con propósitos malignos que, por lo general, requerían un *sacrificio*. Pero ¿por qué Vandor Grizt específicamente? El sivak había ido por él, no por cualquier otro.

El barco se sacudió otra vez en las aguas turbulentas. Una ola se estrelló contra la batayola y lo empapó todo, a excepción de las antorchas mágicas y, cosa curiosa, el clérigo. La diminuta calavera de Stel brillaba con más fuerza

ahora. Sus ropas estaban completamente secas.

Restalló el trueno, seguido por una serie de ruidos sordos y pesados; el extraño sonido hizo que Vandor alzara los ojos al cielo para ver qué creaba semejante fenómeno. Una forma maciza llegó a su lado, y el mercader comprendió de inmediato que lo que había tomado como parte de la tormenta habían sido en realidad unas pisadas.

—¡Prefecto! —retumbó el recién llegado con una voz más fuerte que el trueno.

—¿Sí, capitán Kruug?

Kruug parecía sentirse incómodo en presencia del clérigo. Extraño, puesto que el minotauro sobrepasaba los dos metros diez de estatura y probablemente pesaba tres veces lo que el prefecto Stel. Vandor ignoraba cuántos años tenía el hombre toro, pero el capitán Kruug parecía llevar navegando por los mares los treinta años que contaba Vandor y aún más. Tal experiencia aumentaba las posibilidades del mercader de sobrevivir a las encrespadas aguas y la amenazadora tormenta, pero ello no daba ánimos al cautivo si sólo significaba que viviría lo suficiente para enfrentarse con la suerte que el clérigo de Chemosh le tenía reservada.

—Prefecto —repitió Kruug; la propia postura del minotauro ponía de manifiesto su desagrado por el nigromante—, mi barco está aquí sólo porque tú y tu Señor del Dragón me ordenasteis que cooperara.

La esperanza de Vandor aumentó. Quizá los minotauros rehusaran seguir la travesía, echando a perder cualquier plan que el nigromante tuviera en mente.

—Mi tripulación empieza a ponerse nerviosa, clérigo —manifestó el capitán. A los minotauros no les gustaba admitir que se sentían intranquilos. Para ellos, esto era un signo de debilidad—. La tormenta es lo bastante mala por sí misma y navegar durante la noche sólo consigue empeorar la situación. De esas dos cosas, sin embargo, podría ocuparme en cualquier otro momento, prefecto. —Kruug vaciló; se sentía incapaz de mirar directamente a la máscara durante varios segundos sin apartar la vista.

—¿Y bien? —instó, irritado, Stel.

—Es hora de que nos digas por qué estamos navegando por esta zona, en medio de lo más profundo del Mar Sangriento. Circulan rumores entre la tripulación y, a medida que crecen, su inquietud también aumenta. —Kruug resopló y se limpió las gotitas de espuma de mar que empapaban su enorme mandíbula—. Encontramos muy interesante que un clérigo de Chemosh emplee tanto tiempo en rendir homenaje a la Reina de los Mares. ¡Tanto que parece haber olvidado a su propio dios!

El lobo espectral gruñó, y sus ojos carentes de pupilas se estrecharon. Stel le dio unas palmaditas tranquilizadoras.

—Se te ha pagado bien, capitán. Demasiado bien para que hagas preguntas.

Pensé que aprobarías mis esfuerzos por complacer a la Reina de los Mares. ¿Es que no merece tal respeto, sobre todo ahora? Nos encontramos en sus dominios y me he limitado a darle el tributo que merece.

Vandor Griz se sintió descorazonado. « Mi suerte se ha vuelto como una bolsa llena de monedas... ¡de plomo!» .

Al parecer, Kruug no confiaba en las aterciopeladas palabras de Stel. Resopló desdeñoso, pero miró en derredor con inquietud. Siendo una criatura tan dependiente del mar, el capitán tenía que actuar con mucho más cuidado que la mayoría a fin de mantener una relación de respeto con la tempestuosa Reina de los Mares.

La tormenta empeoró. La niebla, que había empapado a todos salvo al clérigo, estaba acompañada por una suave llovizna que presagiaba el chaparrón torrencial que se aproximaba. Truenos y relámpagos estallaban en lo alto.

—Ruega porque Zeboim haya escuchado tus plegarias, prefecto —replicó el minotauro—. De otro modo, la aplacaré arrojándoos por la borda a ti y a tu apetosa mascota. Mi barco y mi tripulación están ante todo. ¡Es fácil para un Señor del Dragón llevar a cabo planes cuando está a salvo en sus aposentos de la costa! —rezongó, sin dirigirse a nadie en particular—. ¡No será él quien sufra, sino el que recoja los beneficios!

—Se te dio a elegir, Kruug. —Stel esbozó una sonrisa desagradable—. O navegabas conmigo o entregabas el mando del *Tauron* a un capitán más valiente que estuviera dispuesto a hacerlo.

Kruug soltó un quedo rugido, pero se echó atrás. Para alguien de la raza de Kruug, aquello no era una elección, ni mucho menos. Ningún minotauro permitiría que lo creyeran un cobarde.

Stel miró a espaldas del capitán, que se volvió para ver qué había llamado la atención al clérigo. Vandor, atado a uno de los mástiles, no pudo girarse, pero supo por el repiqueteo metálico que los draconianos regresaban de su visita a la bodega. Los dos draconianos traían a rastras un peculiar cuenco metálico grande, apoyado en tres patas. El capitán Kruug miró ferozmente al kapak.

—¡Y también arrojaré por la borda a esos lagartos, sobre todo al que es incapaz de mantener cerrada la boca! —agregó Kruug—. Si hace un solo agujero más en la cubierta...

Pero ninguno de ellos le hacía caso y, buscando un blanco sobre el que descargar su frustración, el capitán dirigió una mirada feroz a Vandor, que de pronto quiso ser capaz de fundirse con el mástil. Kruug esbozó una mueca; sus fauces en nada tenían que envidiar a las del lobo espectral en cuanto al número de sus enormes y agudos dientes.

—¡Y puede que arroje ahora mismo a este despojo! —amenazó el minotauro.

—Tócalo, mi astado amigo, y tu contra maestre ascenderá de rango en un

visto y no visto. —La actitud de Stel era fría, mortalmente seria, y sorprendió a Kruug.

—¿Qué tiene de especial este raposo ladronzuelo? —le preguntó.

—¿Él? —Stel dirigió una mirada desdeñosa a Vandor—. Por sí mismo, no vale nada. —A despecho de lo apurado de su situación, Vandor se sintió ofendido—. Es su sangre lo que para mí tiene un valor incalculable —añadió el clérigo.

Vandor ya no se sentía ofendido... Estaba demasiado ocupado intentando recordar las plegarias adecuadas para Shinare. Si había abrigado alguna duda respecto a su suerte, ahora había quedado despejada.

—No comprendo —repuso el capitán.

Stel bajó la vista a la calavera que colgaba de la cadena.

—Dentro de muy poco, capitán Kruug, tú y Vandor Grizt lo entenderéis. Nos estamos aproximando a nuestro punto de destino. Por favor, que tu tripulación se prepare para detener el barco.

—¡En estas aguas profundas el ancla no se agarrará! —protestó Kruug.

—No es preciso que estemos completamente inmóviles. Sólo tienes que asegurarte de que no nos salimos del área. Supongo que eso puedes hacerlo, capitán. Se me aseguró que eras un experto en tu profesión.

—He navegado por estas aguas... —empezó, encrespado, el minotauro.

El estallido de un relámpago apagó cualesquiera que fueran las palabras que el capitán dijo a continuación, pero la ira plasmada en su semblante y la rapidez con que se apartó del prefecto Stel hablaron por sí mismas. Vandor lamentó ver que Kruug se marchaba. De todos los indeseables compañeros del mercader, el capitán minotauro parecía ser el único que compartía sus temores. Kruug se limitaba a cumplir las órdenes recibidas con una falta de entusiasmo que Vandor supo apreciar, aunque no le sirviera de nada.

Los draconianos instalaron el altar rápidamente, a pesar del continuo balanceo del barco. Ataron las patas del enorme cuenco metálico a diversas partes de la cubierta, asegurándose de que el monstruoso objeto no se moviera de su sitio por fuertes que fueran las embestidas del mar. Cuando los draconianos hubieron terminado, regresaron junto a Stel, que no parecía tener el menor problema para moverse de un sitio a otro, a diferencia de todos los demás.

—¡El mar no se calma, prefecto! —siseó el sivak—. ¡Pese a tus plegarias a la Reina de los Mares, puede que las cuerdas no aguanten!

—¡Ella me escuchará! —declaró Stel—. He apelado a su buena voluntad durante los tres últimos días. No osaremos intentarlo sin el beneplácito de la Reina de los Mares. ¡No osaremos robar nada de sus dominios! —El clérigo hizo una pausa y se quedó pensativo. Miró a Vandor Grizt y después a los draconianos—. Tendré que hacer una ofrenda mucho mayor de lo que había imaginado. Algo que pruebe a Zeboim mi profundo respeto a su majestad. Algo que demuestre su prioridad ante todo lo demás en este empeño. ¡Y tendrá que ser ahora!

—¿Ahora? —graznó el kapak con sorpresa—. ¡Pero si es la hora de vuestras oraciones vespertinas a Chemosh, perfecto!

—Chemosh lo comprenderá. —Stel se volvió de nuevo hacia Vandor y lo señaló—. ¡Desatadlo!

Mientras los draconianos soltaban las ataduras, Vandor intentó escabullirse. Por un breve instante logró escapar, pero al punto el lobo espectral se plantaba ante él, listo para saltar. El breve momento de vacilación del aterrado mercader fue suficiente para que los draconianos volvieran a apresarlo.

—¡Traedlo al altar! —ordenó Stel.

Los draconianos arrastraron a Vandor por la mojada cubierta hasta el extraño cuenco que Stel había identificado como un ara.

—¡Maese Stel, sin duda no soy el sacrificio más apropiado! —protestó el mercader—. ¿Has tenido en cuenta que soy un presente apenas sin valor para ser entregado a alguien tan ilustre como la bella y maravillosa Zeboim?

—Silencio, bufón —musitó el clérigo en una voz mucho menos autoritaria de lo normal.

Los oscuros ojos de Stel se volvieron hacia el lobo espectral que había estado vigilando a Vandor. En respuesta al mudo mandato, el animal muerto viviente se reunió con su amo. El prefecto Stel puso de nuevo su atención en el prisionero.

—Extendele el brazo. El izquierdo.

Vandor se debatió, pero su fuerza no era nada comparada con la de los draconianos.

El servidor de Chemosh sacó una daga, enjoyada y retorcida, del interior de su túnica. Vandor Grizt la reconoció: un cuchillo de sacrificios. Incluso había vendido unos cuantos, si bien ninguno de ellos había sido tan intrincado en detalles... ni parecía estar destinado a un propósito tan mortífero.

Stel tocó levemente con la daga el brazo extendido de Grizt. La punta de la hoja se hincó en la piel y la sangre brotó. Mascullando en voz baja, el clérigo hizo un pequeño corte en el antebrazo de su cautivo. Era doloroso, por supuesto, pero Vandor había sufrido mucho más daño a manos de los guardias de las ciudades. Un hilillo de sangre resbaló despacio por el brazo y cayó al interior del cuenco del altar; al tocar el fondo chisporroteó y se evaporó con un siseo. El metal empezó a irradiar calor. Vandor tragó saliva, asustado de lo que podría ocurrir si su carne tocaba el ardiente metal.

Apartando el acero enrojecido de sangre, Stel bajó la vista al lobo espectral, que lo miraba con sus ojos muertos y ciegos.

El clérigo volvió el rostro hacia el mar.

—¡Zeboim, a quien también se conoce como la Reina de los Mares, escúchame! ¡Te ofrezco algo de gran valor, algo que probará mi humilde respeto por tu poder! ¡Te entrego una parte de mí! —El clérigo oscuro hundió la daga hasta la empuñadura en el cráneo de su mascota.

El lobo aulló de dolor y rabia. Varios minotauros de la tripulación miraron en su dirección. Vandor Griz retiró el brazo del metal ardiente. Los dos draconianos habían aflojado el agarre por la conmoción que les había causado la acción de su clérigo.

El servidor de Chemosh extrajo la daga de la cabeza del lobo espectral. La monstruosidad se derrumbó en el mismo instante en que la hoja del arma dejó de tocarla. La criatura muerta se deshizo, convirtiéndose en ceniza en cuestión de segundos. Vandor Griz alzó la vista hacia el clérigo y reparó en que las manos le temblaban; el prefecto Stel tenía toda la apariencia de un hombre que se acaba de cortar su propia mano.

Un murmullo se alzó entre los minotauros, y el resonar de fuertes pisadas advirtió a Vandor y sus verdugos del regreso del capitán Kruug.

—¡Prefecto Stel! En nombre de Sargonnas, ¿qué has hecho ahora? No arriesgaré más mi barco en esta aventura, con o sin amenazas...

Stel alzó la mano libre e impuso silencio al capitán; luego se volvió a mirar el mar, expectante.

Durante unos segundos, Vandor Griz, al igual que los demás, no vio nada fuera de lo normal. El mar estaba en calma y las nubes tormentosas casi inmóviles. El Mar Sangriento estaba tan tranquilo como un niño dormido.

Entonces fue cuando Vandor cayó en la cuenta de que *esto* no era normal.

El mar se había calmado, la tormenta había cesado... de una manera tan súbita que sólo podía achacarse a la intervención divina.

—Shinare... —musitó el mercader, deseando una vez más haber sido un poco más constante en sus plegarias.

Moviéndose con cierta inestabilidad, el prefecto Stel dio la espalda al mar y se enfrentó al capitán.

—¿Qué estabas a punto de decir, Kruug?

No es habitual que los eventos sorprendan a un minotauro, pero Kruug estaba perplejo. El hombre toro tragó saliva con esfuerzo y miró de hito en hito al clérigo, con asombro y algo de temor.

—Ya me parecía a mí —comentó Stel al tiempo que sonreía con malignidad—. Nos encontramos casi encima de la posición exacta, capitán, así que te sugiero que tú y tu tripulación consigáis mantener el barco tan inmóvil como os sea posible.

—Sí —repuso Kruug mientras asentía con un enérgico cabeceo. Luego giró sobre sus talones y empezó a gritar a los otros minotauros, descargando la vergüenza y el miedo en su tripulación.

Stel se volvió hacia Vandor y le sonrió.

—Es como esperaba. Tu sangre es la clave. Ella nos ha escuchado y nos ha favorecido.

—¿Mi sangre? ¿La clave? —balbució el mercader.

—Oh, sí, Vador Grizt, insignificante ladronzuelo y proveedor de propiedades hurtadas... ¡Tu sangre! ¿Es que no oyes las voces? —Los negros y profundos ojos tras la máscara se abrieron desmesuradamente por la excitación—. ¿No oyes que te están llamando?

—¿Quiénes? —jadeó el mercader.

—Tus antepasados —repuso Stel, con la mirada prendida en el mar.

—¡Prefecto! —El kapak babeaba por el miedo. Una gotita de la corrosiva saliva salpicó a Vador en la mejilla. El hombre dio un respingo de dolor, pero no podía hacer nada, y a que tenía los brazos sujetos—. ¡Prefecto, has sacrificado al lobo *espectral!*

—Chemosh comprenderá que era necesario, que había que aplacar a Zeboim. Esta empresa es demasiado importante.

—Pero el lobo *espectral*... ¡te fue entregado a tu servicio por tu señor!

Resultaba evidente que la destrucción de su diabólica mascota le había costado mucho y el recordatorio del kapak sólo consiguió remover el dolor. Si lo que decía el draconiano era cierto, entonces el prefecto había destruido voluntariamente un regalo de su dios a fin de ganar el favor de la Reina de los Mares.

«Una empresa muy costosa, ésta», pensó Vador atemorizado.

La máscara de calavera hacía que el clérigo semejava la personificación de la propia muerte. La voz de Stel sonó tan monótona, tan inexpresiva, que Vador y los draconianos por igual retrocedieron alarmados:

—Nos encontramos en el dominio de la Reina de los Mares. Incluso mi señor Chemosh debe respetar eso. Es merced a su poder por lo que esta empresa se llevará a cabo, ¡pero sólo gracias a la tolerancia de ella podremos sobrevivir!

La calavera de la cadena relució con más fuerza, tan brillante que los dos draconianos y Vador se vieron forzados a mirar a otro lado.

—¡Capitán Kruug! —gritó Stel—. ¡Ésta es la posición, no más lejos!

Los minotauros echaron el ancla; la nave perdió velocidad, pero continuó a la deriva, dando al mercader una fugaz esperanza. Sin embargo, la tripulación viró el barco y lo hizo regresar despacio al mismo punto.

—Aún falta un poco —susurró el clérigo, que preguntó en voz más alta y firme—: ¿Los oyes, Vador Grizt? ¿Oyes a tus antepasados llamándote?

El mercader, que no podía rastrear a sus antepasados más allá de sus padres, apenas recordados, no oía nada salvo los gritos de los minotauros y el suave soplo de la brisa en el aparejo. No obstante, se abstuvo de contestar. La respuesta podía significar la vida... o la muerte, y necesitaba saber un poco más para elegir bien.

—No los oyes, ¿verdad? —La voz de Stel era severa—. Pero los oirás. Tu sangre es pura, hijo del *Príncipe de los Sacerdotes*.

—¿Príncipe de los Sacerdotes? ¿Yo? —Vador miró al clérigo sin comprender.

—Sí, Príncipe de los Sacerdotes. —Stel jugueteó con la daga mientras

contemplaba el mar encalmado—. Me costó bastante tiempo encontrarte por culpa de tu estilo de vida nómada. Sabía que no fracasaría en mi propósito. Fui yo quien encontró el antiguo templo, quien entendió lo que otros de mi orden no supieron entender.

—Estoy completamente desconcertado, maese Stel. ¿Dices que soy descendiente del Príncipe de los Sacerdotes? —Mientras hacía la pregunta, Vador temblaba de manera incontrolable. Recordó de repente lo que, según las leyendas, yacía en el fondo del Mar Sangriento.

Istar... La ciudad sagrada arrastrada a la perdición por la presunción de su señor, el Príncipe de los Sacerdotes. En las tenebrosas profundidades del Mar Sangriento, reprobaban las ruinas de la legendaria ciudad... así como todo el país.

—En línea directa. —Stel acarició la reluciente calavera—. Este amuleto te señala como tal, del mismo modo que señala el punto donde están hundidos los grandes templos y almacenes de Istar. Los hechizos a los que lo he sometido lo hacen reaccionar con cualquier cosa, incluidas personas, que posea una fuerte afinidad con Istar. El amuleto fue tallado de una piedra del propio templo donde encontré los registros, duplicados preservados por la magia de los fanáticos acólitos del Príncipe de los Sacerdotes. Preservados pero olvidados, pues quienes los habían guardado habían perecido en la ciudad o habían abandonado el lugar después de que su nación dejara de existir.

—Por favor, maese Stel. —Vador confiaba en obtener más información, aunque no tenía ni idea de para qué podía servirle—. ¿Qué extraordinaria maravilla contenían esos registros para que os indujera a buscar a alguien tan insignificante como yo?

El clérigo soltó una risita burlona, un sonido rasposo.

—Durante los últimos días de Istar, el Príncipe de los Sacerdotes persiguió y asesinó a muchos como yo —repuso—. Los clérigos del Bien robaron muchos objetos malignos de los cadáveres de clérigos de Takhisis, Sargonnas, Morgion, Chemosh. Los necios que seguían al Príncipe de los sacerdotes o no supieron cómo destruir esos poderosos artefactos... o los consideraron demasiado tentadores para destruirlos, por si acaso hallaban el modo de utilizarlos.

Vador Griz estuvo a punto de soltar una carcajada. Todo esto era demasiado absurdo. Sabía la facilidad con que los rumores se propagan; él mismo había iniciado unos cuantos a fin de vender sus mercancías. Corría el rumor de que, en algún momento, los Caballeros de Solamnia habían guardado esos objetos clericales malignos, pero la realidad es que nadie podía afirmar haber visto alguno. Es decir, uno verdadero. Con todo, el prefecto no parecía la clase de hombre que pudiera salir a la caza de fantasmas. Vador tuvo una idea.

—Estoy seguro, maese Stel, de que debiste sentirte muy complacido de encontrar registros de vuestras propiedades robadas, pero si esos objetos se hallan en el fondo del mar...

El clérigo miró al mercader con expresión astuta.

—Por supuesto sabía que los tesoros que buscaba, los talismanes de mis predecesores, estaban fuera de mi alcance. Ni siquiera un nigromante como yo mismo es capaz de invocar a los antiguos de Istar. Sus tumbas yacen en las profundidades del mar; no moran en los dominios de mi señor. Mas, si utilizo la sangre de su linaje, aunque sean muchas las generaciones que los distancian, tendré el poder de invocarlos.

Vandor Griz se mostraba escéptico.

—Si estoy emparentado con el... eh... Príncipe de los Sacerdotes, ¿cómo lograste encontrarme?

—Ya te he dicho que no permito que *nada* se me escape. Seguí la inclinación del talismán de la calavera y viajé por el mundo hasta que me condujo a ti, en Takar. Eres, a tu modo, un gran charlatán, como tus antepasados, pero resultó sencillo hacerte caer en la trampa.

—El draconiano sivak se echó a reír.

—Ahora —continuó el clérigo—, casi hemos llegado al final de mi empresa. Hay un objeto en particular, una reliquia de Chemosh, que he anhelado desde que descubrí su existencia. Un colgante con su cadena, tal vez el talismán más poderoso jamás creado, un artefacto que puede levantar legiones de muertos vivientes ¡y ponerlos al servicio de su portador!

La imagen de cientos, tal vez miles de guerreros muertos vivientes marchando por los campos era más que suficiente para que el alma se le cayera a los pies al ya desalentado Vandor.

—Sin embargo, no creas que desdeñaré los otros tesoros. —Stel esbozó una mueca—. ¡Podré seleccionar y elegir! ¡Ejerceré un poder que nadie tiene!

El familiar retumbo que anunciaba la llegada del capitán Kruug hizo que Vandor sufriera un escalofrío.

—Estamos tan parados como es posible, prefecto Stel. Si vas a hacer algo, ¡hazlo ahora!

El clérigo alzó la vista al espeluznante cielo nocturno.

—Sí, creo que es la hora. —A los draconianos les bramó unas órdenes—: ¡Extended el brazo de este necio sobre el altar!

«¡Shinare!», intentó rezar Vandor otra vez, pero seguía sin recordar las palabras apropiadas ni el ritual que debía seguirse.

—La sangre llama a la sangre, Vandor Griz —murmuró Stel.

—¡Sin duda mi sangre está tan contaminada con la de otros linajes inferiores que no te servirá de mucho! —gritó el mercader mientras se retorció con desesperación.

A los draconianos pareció divertirles su alegato, y Stel sacudió la enmascarada cabeza al tiempo que rozaba la reluciente calavera del colgante.

—Tu sangre ya ha demostrado su validez. Ello significa una recompensa para

ti, pues cuando llegue el momento te daré una muerte tan rápida e indolora como me sea posible.

Vandor no le dio las gracias por su amabilidad.

Stel alzó la daga por encima de su cabeza y empezó a entonar:

—Gran Reina de los Mares, a ti, que nos has guiado y sin cuyo patrocinio esta empresa sería irrealizable, te suplico humildemente, en nombre de mi señor Chemosh, me concedas esta gracia...

Vandor Griz no oyó nada más; sus ojos no podían apartarse de la daga.

La hoja de acero descendió.

Vandor dio un respingo y un grito de dolor; mas, en lo que parecía ser una reanudación del primer ritual, el clérigo de Chemosh pinchó la piel del brazo del mercader y volvió a abrirle la larga herida. Vandor respiró aliviado.

La sangre goteó sobre el altar y Stel murmuró algo.

Al principio, el mercader ni notó ni oyó nada fuera de lo normal. Después, lentamente, cada cabello de la cabeza se le erizó. Una profunda e inexplicable sensación de terror se apoderó de él; ¡alguien pronunciaba su nombre debajo del barco de los minotauros!

—¡Venid! —siseó Stel—. ¡La sangre os llama!

Vandor tembló. Los draconianos hundieron sus garras en los brazos del mercader. Los minotauros, que por lo general no se inmutaban por nada, hicieron un alto en sus tareas y observaron en silencio.

Las aguas en torno al *Tauron* se agitaron; algo emergía a la superficie.

«¡Shinare!», clamó Griz para sus adentros, frenético.

—¡Respóndeles! —siseó otra vez Stel—. ¡No puedes resistirte a la llamada de la sangre!

Con gran consternación, Vandor atisbó una fantasmal cabeza cubierta con yelmo asomar por la batayola.

—¡B..., bendito Shinare, te lo imploro! ¡Prometo que te honraré dos veces... No, cuatro veces al día!

—¡Basta de balbucear, humano! —gruñó el nervioso sivak. Entonces, también él vio a la monstruosidad que intentaba subir a bordo—. ¡Prefecto Stel, a tu derecha!

El clérigo se volvió y vio al muerto viviente.

—¡Ah, por fin! ¡Por fin!

La mayor parte del rostro estaba cubierta por el yelmo oxidado, pero dos cuencas oculares vacías relucían en su interior. La armadura que llevaba le colgaba floja y las piezas chocaban entre sí. El muerto viviente flotó sobre la cubierta. De cintura para abajo, una gélida niebla ocultaba sus piernas. El clérigo se fijó en el peto.

—¡La insignia de la guardia personal del Príncipe de los Sacerdotes! —Alzó la mirada al sobrenatural semblante—. ¿Un primo de la realeza, tal vez?

El antepasado de Vandor Grizt no respondió.

—¡Prefecto Stel! —siseó de nuevo el draconiano.

Otra forma, vestida en lo que probablemente había sido un sudario, apareció casi al lado de Vandor. Al mercader le pareció atisbar una corona bajo la mortaja, pero no estaba seguro; además, no tenía el menor deseo de echarle otro vistazo.

—Mejor que mejor... —musitó el clérigo. Una tercera figura espectral se sumó a las otras dos. Stel se frotó las manos de puro contento—. Después de tanto tiempo, había esperado que apareciese uno, quizá dos, pero tr..., ¡cuatro!

En efecto, el cuarto había aparecido en cuestión de un segundo. Luego, otros dos más salieron del agua; parecían más insustanciales que los primeros. Vandor se preguntó si ello significaba que llevaban muertos más tiempo.

—Ahí tienes la respuesta a tus protestas, Vandor Grizt. Tu sangre es más pura de lo que imaginaba ninguno de los dos. —Stel echó un vistazo al cielo nocturno. Las nubes se estaban haciendo más densas y el viento empezaba a levantarse—. ¡El tiempo es limitado! ¡No debemos abusar de la admirable paciencia de la Reina de los Mares! —Sosteniendo la daga ante sí, Stel llamó al muerto viviente que había aparecido en primer lugar. Con la otra mano, el clérigo se despojó de la pequeña calavera y la cadena y se las entregó al antepasado de Vandor—. Me perteneces. Sabes lo que deseo, ¿no es así?

El yelmo tintineó cuando el fantasma asintió lentamente.

Vandor Grizt se encontró sintiendo compasión por sus antepasados. No era justo que se los utilizara como simples criados. Tal vez, pensó desesperado, si era verdad que la sangre llamaba a la sangre, pudiera enviarlos de vuelta a sus tumbas.

—¡No le hagáis caso! —chilló—. ¡Idos! ¡Volved!

Sus gritos se cortaron con brusquedad cuando la escamosa mano de uno de los draconianos se cerró sobre su boca, en tanto que la otra le retorció dolorosamente el brazo. Mas no era necesario. Sus antepasados no le hicieron ningún caso, sino que atendieron obedientemente al clérigo enmascarado que los había invocado.

—Apresuraos, pues —continuó Stel, pasando por alto el estallido de su prisionero—. El talismán os guiará. Traed cuanto podáis, pero, ante todo, traed el Colgante de Chemosh. Su imagen está grabada en el objeto que te he entregado. ¡Os atraerá hacia él sin remedio, por muy profundo que esté enterrado!

Las seis figuras espectrales flotaron sobre el barco y se hundieron en las tenebrosas profundidades.

« ¡Estoy acabado! », pensó Vandor. No podía hacer otra cosa que esperar hasta que el prefecto Stel lo sacrificase. Se preguntó, morbosamente, qué dios iba a apoderarse de él: Chemosh o Zeboim. Chemosh, sin duda, ya que Stel había entregado mucho a la Reina de los Mares.

—Gran Chemosh, magnífica Zeboim —masculló, suplicante, Vandor—, ¿de verdad alguno de vosotros quiere a alguien tan insignificante e indigno como yo? ¡Sin duda, un draconiano vale mucho más!

El capitán Kruug había hecho acopio de valor suficiente para volver junto al clérigo. El minotauro se atrevió incluso a asomarse por la batayola.

—¡Por los ojos de la Señora! ¡Nunca había visto algo semejante!

—Sí, el conjuro funcionó bastante bien —dijo, sonriente, Stel.

—Como tú dijiste. ¿Cuánto... tardarán en regresar? —Saltaba a la vista que el minotauro se sentía nervioso.

—¿Quieres decir que cuándo podremos marcharnos?

Kruug le dirigió una mirada fiera, pero finalmente asintió.

—Sí, a eso me refiero. ¿Cuánto tardaremos? El cielo está cada vez más encapotado y el mar empieza a agitarse. No es aconsejable abusar de la buena disposición de la Reina de los Mares. Se la conoce por sus repentinos cambios de humor, perfecto.

—Será poco tiempo, capitán. Mis servidores no se enfrentan a las barreras que detienen a los mortales. Se encuentren a la profundidad a la que se encuentren los artefactos que busco, los muertos vivientes los hallarán enseguida. El talismán que les entregué acortará aún más la búsqueda. También yo intento agilizar las cosas, ¿entiendes?

—Bien. —Kruug se irguió—. Nunca creí que diría algo así, pero estoy deseando llegar a tierra firme esta noche. —Señaló con el pulgar a Vandor—. ¿Y qué pasa con éste?

—Es el remate de este asunto —repuso Stel mientras acariciaba la hoja de la daga—. Cuando estemos a punto de partir, lo sacrificaré a Zeboim como regalo final.

Los draconianos intercambiaron una mirada y murmuraron entre sí. Ello le dio una idea a Vandor, que hizo unos cálculos rápidos; el templo de Chemosh más cercano tenía que encontrarse, al menos, a veinte jornadas de viaje desde aquí...

—¿Vas a entregarme a Zeboim, maese Stel? ¿No a Chemosh? En verdad deberías pensarlo un poco mejor. ¡Si yo fuera el poderoso Chemosh, me sentiría ofendido por un trato tan injusto!

—Chemosh es sabio, lo comprenderá. Y basta de parloteo; sé lo que hago. —Pero el clérigo parecía inseguro—. Hemos invadido el dominio de la diosa y debemos compensarla como corresponde. —¿Estaba intentando convencerse a sí mismo?

—No sería una buena idea retractarse de una promesa hecha a la Reina de los Mares —gruñó el minotauro—. Podría ofenderse.

—No tengo intención de hacerlo —espetó el clérigo, que señaló a las oscuras aguas—. ¡Allí! ¿Lo ves?

Los draconianos, curiosos, se acercaron al costado de la nave, arrastrando

consigo a su cautivo, de manera que Vandor vio mucho más de lo que hubiera sido de su agrado.

Primero una cabeza cubierta con yelmo y después otra aparecieron en las tenebrosas aguas. Lentamente, como obligados a obedecer a quien ejercía poder sobre ellos en contra de sus deseos, las andrajosas formas se elevaron. Cada una llevaba entre sus esqueléticos brazos objetos adornados con incrustaciones. Los reacios sirvientes de Stel se inclinaron ante el clérigo de Chemosh y amontonaron diversas joyas, cajas de pergaminos, varitas y armas sobre la cubierta, a sus pies.

Todos los demás se retiraron de los fantasmales seres, pero Stel avanzó un paso, ansioso por inspeccionar su tesoro. Recogió primero un objeto y después otro. Su excitación dio rápidamente paso a la frustración.

—¡No valen para nada! ¡Están inanimados! ¡En ellos hay poca o ninguna magia! ¡Nada! —El clérigo se quedó petrificado—. ¡El Colgante de Chemosh no está aquí!

Vandor reparó entonces en que había sólo cinco muertos vivos. El último de sus infortunados antepasados no había vuelto; de hecho, era el que se había llevado el talismán de la calavera. ¿Habría logrado librarse del conjuro del clérigo de algún modo?

Las nubes empezaban a arremolinarse y el viento soplaba con más fuerza. El *Tauron* se balanceó. El prefecto Stel dirigió una mirada feroz a su prisionero.

—Veo que necesitaré algo más que un poco de sangre. ¡Creo que ha llegado la hora de que te reúnas con tus antepasados y te sumes a mi empresa, ladrón!

—¡Te aseguro que no sería un cadáver muy útil, maese Stel! —farfulló Vandor mientras se revolvía.

Los draconianos lo arrastraron hasta ponerlo frente al clérigo. El mercader echó una fugaz ojeada a sus empapados antecesores, que continuaban inmutablemente ajenos a cuanto los rodeaba. Se preguntó qué se sentiría existiendo así, y luego se dijo que no tardaría mucho en averiguarlo.

—Tu sangre fortalecerá mi dominio, Vandor Grizt, y actuarás como mi mensajero ante la Reina de los Mares. Deberías sentirte honrado; ésta será, probablemente, la única cosa importante que hayas hecho en tu miserable vida.

—¡Deprisa! La tormenta está cobrando fuerza —advirtió el capitán Kruug.

Los draconianos sujetaron a Vandor sobre el altar. Al recordar cómo había siseado su sangre al tocar el metal caliente, el mercader se revolvió y retorció en un intento desesperado de eludirlo. Finalmente, uno de los guardias se valió de sus garras para empujarlo hacia abajo. Vandor chilló y después cayó en la cuenta de que no se quemaba, pero su alivio fue pasajero; le aguardaba una suerte peor. Uno de los draconianos se inclinó sobre él.

—¡Si dices una sola palabra más, ladrón, te arrancaré la lengua de un mordisco y me la comeré! —siseó junto a su oído—. ¡Estoy harto de tu parloteo!

Vandor cerró la boca con fuerza. Atrapado, buscó frenético alguna salida; su mirada se posó en el semblante sin ojos de un fantasma con armadura que se alzaba por encima de la batayola. En sus manos esqueléticas sostenía dos cadenas. Una era el talismán de la calavera que Stel le había entregado para facilitarle la búsqueda. La otra cadena, mucho más pesada, sostenía un cristal negro engastado en una montura de marfil.

—¡Maese Stel, mira! —gritó el mercader—. ¡No me necesitas! ¡Ha regresado!

« ¡Gracias a Shinare! », añadió Grizt para sus adentros.

El clérigo hizo señas al fantasma para que se acercara. Su sirviente sobrenatural levantó los colgantes. Stel recuperó su talismán con un brusco tirón, pero parecía remiso a tocar la oscura y reluciente joya que sostenía el muerto viviente en la otra mano.

—¡Magnífico! ¡Perfecto! —El clérigo empezó a saltar de contento. Luego, recordando dónde estaba y quiénes lo estaban observando, el prefecto se calmó y con cuidado alargó la mano hacia su premio. Todo sonido cesó, salvo el del viento y las olas que golpeaban contra los costados del barco minotauro.

Al principio, el antepasado de Vandor Grizt no se mostró muy inclinado a entregar la joya, pero una palabra de poder susurrada por el clérigo lo obligó a aflojar su presa. La máscara de calavera miró fijamente el rostro cadavérico durante uno o dos segundos; luego el prefecto Stel olvidó la insolencia de su fantasmal esclavo cuando contempló el colgante.

—¡El poder se ha perdido casi por completo en la mayor parte de las otras piezas, pero ésta brilla todavía con energía! ¡Colma mis esperanzas y las supera! ¡Por fin cumplirá su propósito! ¡Por fin ocuparé el lugar que me corresponde como el mayor de los leales servidores de mi señor Chemosh!

Stel se pasó la gruesa cadena por la cabeza y se puso el colgante sobre el pecho. Ningún estallido de trueno ni toque de trompetas señaló el triunfo del clérigo, sino una quietud intensa, espantosa, que se cernió momentáneamente sobre la zona.

El capitán Kruug fue el primero que se atrevió a interrumpir la exaltación del clérigo.

—Entonces, ¿ya está todo? ¿Nos marchamos pronto de este sitio? —preguntó.

—¿Marcharnos? —La sugerencia sorprendió a Stel—. ¡No podemos marcharnos ahora! ¡Si este artefacto ha sobrevivido, tiene que haber otros! ¡Los enviaré de nuevo abajo! ¡Y, con este colgante, puedo invocar a cientos de servidores que obedecerán ciegamente!

—¡Estás forzando la suerte, humano! Hay ciertos límites...

—¡No hay límites y te lo demostraré!

El prefecto Stel levantó las manos y gritó unas palabras extrañas. El cristal negro empezó a brillar con una luz grisácea, espeluznante.

El trueno retumbó y el relámpago restalló. Un fuerte oleaje sacudió al *Tauron*, en tanto que la lluvia y el granizo caían a cántaros.

—¡Venid a mí! —bramó el cadavérico clérigo.

El agua empezó a espumear en torno al barco, como si el mar hubiese cobrado vida. El capitán Kruug mascullaba algo en voz baja, ya fueran maldiciones o plegarias. Los dos draconianos, ridículamente obedientes, se esforzaban por mantener a Vandor sobre el altar.

Una ola inmensa rompió sobre la cubierta y empapó a Grizt y a sus guardianes; se hizo evidente para Vandor que había muchas posibilidades de que muriese ahogado antes de que lo sacrificaran.

Stel no hizo caso de la tempestad ni del embravecido mar y siguió mirando el agua con expectación.

El *Tauron* cabeceó arriba y abajo, zarandeado por las corrientes como si fuera un juguete. Otra ola derribó a Vandor y a los draconianos y los alejó del altar. Los dos guardias no lo soltaron, lo que salvó al mercader de ser barrido por encima de la borda. Uno de los draconianos se aferró a la batayola y tiró de Vandor y del otro guardia; los tres se agarraron para salvar la vida.

Y entonces...

—¡Shinare! —exclamó, boquiabierto, el mercader mientras escupía agua de mar—. ¿Es que ha hecho que se levante toda Istar?

Eso es lo que parecía al principio. En medio de la oscuridad, todo cuanto Vandor atisbaba era una masa de tierra enorme e irregular que emergía de las profundidades. El único perfil que distinguía con claridad era una peculiar cadena de colinas que se alineaban ordenadamente, de dos en dos, a todo lo largo del terreno. Entonces, mientras la masa de tierra se levantaba más y más, dos ojos relucieron en las tinieblas.

Esto no era ninguna isla.

—¡Shinare! —musitó Vandor Grizt. A su lado, el sivak siseo de terror.

—¡Va a aplastarnos! —rugió un minotauro.

Sin embargo, cuando la cabeza —una cabeza que recordaba la de una tortuga gigantesca— salió del agua, el monstruo marino se detuvo. Podría haber sido un coloso de piedra tallado por los antiguos de Istar, tan quieto estaba.

Stel lanzó un grito de triunfo; estaba frente al monstruo, con el colgante de Chemosh sujeto con fuerza en una mano. Puede que el artefacto mágico no hubiese invocado a legiones de muertos vivientes como era la intención del clérigo, pero había hecho comparecer a algo mucho más impresionante. Los draconianos se alejaron de la batayola y arrastraron a Stel de vuelta al altar.

—¡Sin duda todo esto no es ya necesario! —protestó el mercader—. ¡Maese Stel no tiene tiempo ahora para ocuparse de mí! ¡No deberíais molestar a un hombre tan ocupado!

Por toda respuesta, los guardias echaron a Vandor encima del cuenco

salpicado de sangre y esperaron nuevas órdenes.

—¡Ved lo que he hecho! —gritó Stel—. ¡Tengo el poder de sacar monstruos de las profundidades!

—Monstruos *muertos*, sí... —masculló Vador.

—Mas esto no era lo que esperaba —se tranquilizó el prefecto, que bajó la vista hacia el colgante—. Mi intención era invocar a los muertos de Istar, no a esta..., esta bestia. Así no es como se supone que tiene que funcionar el hechizo. El tiempo ha hecho estragos con el colgante. He de hacer algo al respecto.

Stel se quitó los guantes y empezó a tantear el cristal. Se produjo un chasquido y un pequeño estallido de luz. El clérigo dio un grito de dolor, en tanto que el cristal se desprendía de la montura de marfil.

Con un grito ahogado, Stel intentó coger la gema mágica en el aire, pero falló. Vador cerró los ojos y rogó porque el estallido de hechicería desatado al romperse el cristal acabara con él de manera rápida.

La gema negra golpeó la cubierta con un tintineo decepcionante, rodó un poco y después se deslizó hacia Vador Grizt.

El mercader reaccionó automáticamente, sin pensar, viendo sólo que una joya valiosa se precipitaba al mar. Alargó el pie y sujetó el colgante entre la suela de su bota y el piso de la cubierta. Grizt, los draconianos y el prefecto Stel respiraron con alivio; sólo entonces Stel comprendió lo que Vador intentaba hacer.

—¡Detenedlo, necios!

El mercader golpeó con el pie tan fuerte como le fue posible, en un desesperado intento de hacer añicos el detestable artefacto. Algo cedió, y al principio Vador creyó que había logrado su propósito; pero, por mucho empeño que puso, no consiguió reducir a polvo la gema.

Uno de los draconianos lo golpeó y lo lanzó hacia atrás, apartándolo del colgante.

Stel se agachó con rapidez y recuperó la joya, que examinó en busca de algún desperfecto; luego, satisfecho, intentó meterla de nuevo en el engaste, pero la gema no se sostenía. Stel examinó con más detenimiento la montura y masculló una maldición.

—¡Está roto!

Vador sonrió, si bien fue incapaz de evitar un suspiro de tristeza por la pérdida de algo tan valioso. El colgante había sobrevivido al hundimiento de Istar y a siglos de entierro en las profundidades del Mar Sangriento sólo para tener un fin tan ignominioso.

Stel agitó el puño amenazando al mercader.

—¡Tú lo has hecho! No podías aplastar la gema, pero rompiste el engaste. —Acercó con brusquedad la joya, de manera que Vador pudiese ver los minúsculos e intrincados engarces que se enroscaban en torno a la gema negra

como dedos esqueléticos que aferrasen una preciada posesión. Era patente que uno de ellos estaba roto.

Fuera cual fuese su suerte ahora —y no podía ser peor de lo que ya era—, Vandor Grizt moriría tranquilo sabiendo que el monstruoso colgante había sido destruido.

—¡Advierto tu expresión! —siseó Stel—. ¡Pero volveré a reconstruir el colgante, ladrón! ¡El engaste no tiene la menor importancia, puede ser reemplazado! Mientras la gema esté en mi poder, tendré..., tendré...

La contempló de hito en hito. La joya, reparó Grizt, había dejado de brillar.

Los dos draconianos intercambiaron una mirada de preocupación.

—Prefecto, ¿ocurre algo? —preguntó el sivak.

Stel no respondió; sacudió la gema, musitó unas palabras inaudibles y rozó el cristal con el dedo índice.

Vandor esbozó una fugaz sonrisa esperanzada.

—¿Qué te parece tan divertido, humano? —gruñó uno de los guardias al advertir su gesto.

Grizt no tuvo oportunidad de contestar.

—Está..., está inanimada... —masculló Stel, que sacudió la gema para asegurarse—. ¡No lo entiendo! Funcionaba a la perfección hasta que se soltó el engaste, pero la falta de la montura sólo tendría que afectarla en que el poder estuviese un poco menos concentrado, a menos... ¡Por supuesto! —Manoseó la montura—. ¡Es de marfil, parte de la matriz del conjuro! ¡El colgante tiene que estar completo para funcionar o pierde todo su poder!

El clérigo intentó encajar la piedra en el engaste, pero la gema no se sostenía.

Una ola inmensa zarandeo al *Tauron*, y Stel estuvo a punto de perder el equilibrio. El capitán Kruug lanzó un grito de advertencia, pero sus palabras se perdieron entre el estruendo del Mar Sangriento y el estallido de un trueno.

—¿Qué pasa ahora? —espetó Stel.

—¡Prefecto, el monstruo! —chillaron los draconianos.

Stel giró sobre sus talones y contempló fijamente al leviatán que el colgante le había ayudado a invocar.

Se estaba moviendo... y el *Tauron* se hallaba directamente en su camino.

—¡Que Sargonnas te lleve, clérigo! —rugió Kruug—. ¡Haz que esa cosa se vaya o nos matará a todos!

—¡Ridículo! ¡No lo hará, soy el que lo ha invocado!

El minotauro resopló.

Vandor Grizt, que calculaba la dirección y velocidad del leviatán, se volvió hacia los guardias draconianos.

—¡Hacedle caso, el capitán tiene razón! ¡Vamos, moveos!

—¡Cierra el pico o te parto por la mitad! —siseó el sivak.

—¡Mirad! —gritó, impertérrito, Vandor—. ¡Vuestro amo ya no lo controla!

¡Viene por nosotros!

Unos tentáculos tan gruesos como el tronco de un hombre se alzaron sobre el agua y se extendieron hacia el barco a la par que la criatura se aproximaba.

—¡Primera fila! ¡A las armas! —rugió Kruug.

Varios minotauros corpulentos abandonaron lo que estaban haciendo y corrieron hacia las escaleras que conducían al interior del barco para equiparse con hachas.

En medio de todo esto, el clérigo había permanecido inmóvil sin apartar la vista de la bestia colosal que se aproximaba. Sacudió la cabeza.

—Con el colgante podría recuperar el control con facilidad... pero está roto y no... —Volvió los ojos hacia Vandor, que ahora lamentaba sus afanes por pulverizar la joya. Ocurriera lo que ocurriese, su destino parecía ser la muerte—. Pero tal vez pueda utilizarlo para aumentar mi propio poder... si dispongo de suficiente sangre que sacrificar a Chemosh para que provea el conjuro.

«¡Shinare! ¿Por qué todo está relacionado con mi sangre?», pensó el mercader.

—¡Pero me prometiste a la Reina de los Mares! —protestó en voz alta—. ¡Si me utilizas para esto, tal vez se enfurezca... más aún!

—Te quedará bastante sangre para mantenerte vivo... apenas. Lo comprenderá.

Stel debía de creer en unos dioses muy comprensivos. Vandor Grizt pensó que si él fuera Chemosh o Zeboim se sentiría insultado con todo este miserable tira y afloja y promesas sin cumplir.

El *Tauron* empezaba a escorar ya que, aparentemente, los minotauros habían perdido el control de la nave. De todos los que estaban a bordo, sólo los antepasados de Vandor, todavía esclavizados por Stel, permanecían inmunes al terror. Miraban sin ver al clérigo y a su descendiente, que pronto se reuniría con ellos en la muerte.

Con la daga en una mano y la gema en la otra, el clérigo de Chemosh se enfrentó al leviatán que se abalanzaba sobre ellos. Stel se mostraba muy seguro de sí mismo, aunque parecía ser el único que confiaba en él. Alzó la gema muy alto y empezó a pronunciar palabras de poder; la mano que sostenía la daga se levantó sobre el pecho de Vandor Grizt.

Fue entonces cuando el mundo se volvió del revés. El mercader no estaba seguro del orden en que se sucedieron los eventos, pero de repente la tormenta estalló con toda su furia, haciendo zozobrar al barco y lanzándolo en dirección contraria. Al menos un minotauro salió despedido por la borda, arrastrado por una ola inmensa. Un rayo se descargó sobre uno de los mástiles y lo partió en dos. Los fragmentos, prendidos, se desplomaron sobre la desventurada tripulación.

Más de una docena de tentáculos se enroscaron en torno al *Tauron* y

empezaron a arrastrarlo bajo la superficie.

Stel estaba petrificado; una gran incredulidad se advertía en su actitud. Dejó caer la daga, con gran alivio de su cautivo, y tiró de la cadena de la que colgaba la pequeña calavera del talismán..., que se deshizo entre sus dedos.

El *Tauron* empezaba a romperse en pedazos bajo la presión de los tentáculos, que amenazaban con aplastarlo. El capitán Kruug y varios minotauros corrieron a atacar a la criatura con pesadas hachas; la piel descompuesta de la bestia descomunal cedió. Los minotauros consiguieron cortar uno de los tentáculos con unos cuantos golpes, y un segundo con sólo dos.

Por desgracia, mientras Kruug y sus hombres cercenaban el segundo, otra docena más aprisionaba el barco.

—¡Todos al combate! —rugió el capitán.

Todos los minotauros del *Tauron* abandonaron sus puestos y se unieron a los que luchaban contra la bestia.

Otra ola barrió la parte delantera del barco. Vador creyó que el brazo izquierdo se le iba a arrancar de cuajo y algo cortante, como cientos de cuchillas, le desgarró la carne. Lo estaban desollando vivo. Desesperado, levantó un pie y soltó una patada; su bota alcanzó algo sólido, y repitió la patada.

Las cuchillas soltaron su carne. Sólo entonces, cuando la primera impresión remitió, reparó en que el draconiano sivaq, el maldito transfigurador, ya no lo sujetaba. Vador miró en derredor, pero no vio señal alguna del despreciable reptil. El draconiano había sido barrido de cubierta. Por lo menos había conseguido vengarse de la criatura que había asesinado a su amigo y que lo había capturado a él.

Una breve satisfacción fue todo cuanto se permitió, pues acto seguido todo se redujo a una lucha desesperada por mantenerse con vida. Otra ola barrió la cubierta y el segundo draconiano soltó a Vador y huyó, resbalando y trastabillando, al interior del *Tauron*, anteponiendo la supervivencia por encima de las órdenes del clérigo.

Stel se había movido hacia un costado y se sujetaba a la batayola, con una mirada salvaje en los ojos. Le estaba gritando algo al leviatán, pero sus palabras no surtían efecto. Desesperado, el demacrado clérigo giró sobre sus talones e hizo una señal a las silenciosas figuras de los antepasados del mercader.

Los muertos vivientes avanzaron y formaron un semicírculo en torno al prefecto.

Debatiéndose para no soltarse de la batayola, Vador Grizt buscó alguna vía de escape. Permanecer a bordo del barco era una locura en su opinión, pero el Mar Sangriento era la única otra opción que tenía.

—Shinare —susurró—, ¿hay algo que pueda ofrecerte?

Kruug, con el hacha pringada de una sustancia espesa y marrón, intentaba atraer la atención de su tripulación.

—¡Preparaos para abandonar el barco! —El capitán miró en derredor y vio a Vandor. Con una mueca, el minotauro gritó—: ¡No te abandonaré a esto, hombrecillo! Ve hacia el...

Un tentáculo alcanzó a Kruug, que salió lanzado por el aire y cayó por el otro lado del barco. Sin poder hacer nada por evitarlo, Vandor vio cómo caía al agua y desaparecía bajo la superficie.

El *Tauron* empezó a temblar y a crujir.

« ¡Éste es el fin de todos nosotros! », pensó el mercader.

Sus antepasados muertos habían cerrado el círculo en torno al clérigo. Ya no eran los esclavos obedientes que Stel había invocado y tenían al prefecto atrapado contra la batayola mientras el cerco se estrechaba más y más.

Chemosh lo comprenderá... Es lo que había repetido Stel una y otra vez. Chemosh, señor de los muertos vivientes, no había sido tan comprensivo como su servidor imaginaba.

Uno de los espectros, el esqueleto con armadura, alargó la huesuda mano y arrancó la máscara de calavera que cubría el rostro del clérigo. Los dedos esqueléticos se cerraron sobre la garganta de Stel, que lanzó un espantoso aullido. Los otros muertos vivientes cerraron filas a su alrededor.

Una ola gigantesca barrió el *Tauron*.

Vandor se soltó de la batayola y salió lanzado por la borda. El mar lo recibió. Ya no veía al *Tauron* y, por lo que sabía, el barco había sido arrastrado bajo la superficie por la última ola. Agua era todo cuanto había en el mundo; agua que lo rodeaba, lo ahogaba.

Entonces vio una mujer, una criatura de las profundidades, bellísima pero feroz, que alargaba las manos hacia él para cogerlo, pero en ese instante algo..., no, *alguien* tiró de él y se lo arrebató.

El mercader sonrió débilmente a la mujer, lamentando que su unión fuera imposible.

Después, no sintió más.

Vandor Grizt descubrió que no le gustaba el sabor de la arena. Levantó la cabeza, un gesto que requirió su esfuerzo al límite de las escasas fuerzas que le quedaban, y escupió para librarse de los granos que se le habían metido en la boca.

El hombre mantuvo los ojos cerrados, pues no las tenía todas consigo ni estaba seguro de querer descubrir dónde se encontraba. Después de todo, si estaba muerto podía hallarse en los dominios de Zeboim... o algo aún peor.

No obstante, la curiosidad pudo más que él.

Lo único que vio fue una playa. Era de día y la luz brillante casi lo cegó. Cerró los ojos y empezó de nuevo el proceso, permitiéndose entreabrir los

párpados de manera paulatina hasta ver lo que tenía delante: unos pies. No eran pies humanos.

—Así que has sobrevivido —retumbó una espantosa voz familiar—. Sin duda, algún dios vela por ti, humano...

Vandor Grizt rodó sobre sí mismo del mejor modo que pudo en las actuales circunstancias y contempló el bestial semblante del capitán Kruug, cernido sobre él. Pasado un instante, el mercader advirtió la presencia de tres minotauros más, uno de los cuales se recostaba pesadamente en otro. Intentó hablar, tosió y escupió agua de mar.

Kruug resopló. Parecía estar cansado. Muy cansado.

—Ahórrate las palabras, humano. No tengo el menor interés en ti. Cualquiera que haya sobrevivido a esa locura, y me sorprende que quedemos algunos vivos, se merece un poco de paz. —Los minotauros se dieron media vuelta y empezaron a alejarse, pero el capitán se retrasó un poco más para añadir—: Si quieres un consejo, dirígete tierra adentro. *Muy* tierra adentro, porque, si vuelvo a ver tu fea cara otra vez, tal vez recuerde que perdí mi barco por culpa tuya.

Aunque tenía diferente punto de vista sobre los recientes acontecimientos, Grizt no creyó oportuno discutir y observó en silencio cómo los cuatro hombres toros se alejaban renqueantes.

—Tienes suerte, Vandor Grizt —se dijo mientras yacía en la arena intentando reunir fuerzas suficientes para moverse—. El minotauro tiene que estar en lo cierto: algún dios me sonríe.

La idea lo confortaba; si era verdad, y así parecía, entonces puede que fuera el momento oportuno de iniciar una nueva vida.

Grizt empezó a incorporarse, pero sintió algo bajo su mano izquierda. Desenterró el objeto de la arena y lo contempló largo rato.

Era un fragmento de calavera de la máscara de Stel: una cuenca ocular y parte del pómulos. Vandor sonrió. Sus antepasados le habían legado un presente.

El mercader arrojó a un lado el trozo de máscara y se puso de pie. Miró a su alrededor y vio que los minotauros todavía no se habían perdido de vista, aminorada la velocidad de su marcha por su compañero herido.

Vandor corrió en pos de ellos mientras gritaba para llamar su atención. Kruug se dio media vuelta, con los puños apretados. Al ver quién era, su cólera dio paso al enojo.

—¿Qué quieres? Creía haberte dicho que...

—¡Por favor! —Vandor levantó las dos manos en un gesto de apaciguamiento—. Sólo quiero que me orientes, eso es todo. Vosotros conocéis esta región mucho mejor que yo.

—De acuerdo. ¿Adónde quieres ir?

Intentando que el tono de su voz no sonara demasiado anhelante, Vandor preguntó:

—¿Sabes por casualidad el camino al templo de Shinare más cercano?

La campaña de Vingaard

Douglas Niles

De la investigación de Foryth Teel, Escriba Mayor al servicio de Astinus, Maestro Historiador de Krynn

¡Benignísimo Historiador, qué gran honor me hacéis! ¡Pensar en esta tarea — el estudio de la campaña militar más grande en la historia de post-Cataclismo de Krynn— y comprender que me habéis elegido a *mi* para preparar los documentos! Me siento honrado, abrumado. Mas, como siempre, me esforzaré por hacerlo lo mejor posible, de manera que la verdad quede registrada y salvaguardada.

Gracias también, Excelencia, por vuestra preocupación por mi salud a continuación de mi misión previa. Los nervios se me han calmado y mis manos ya apenas tiemblan. Asimismo, puedo dormir durante varias horas seguidas sin sufrir la reaparición de pesadillas.

Como siempre, volver a mi trabajo parece prometer la más completa curación, y con este encargo, Vuestra Gracia, no podríais haberme proporcionado una medicina mejor. ¡La historia de la campaña de Vingaard! ¡La misma frase tañe una nota marcial en mi alma! ¡Oigo el choque del metal, el trapeo de cascos y la estridente llamada al combate de la trompeta! Imagino las alas de los dragones, buenos y malignos, oscureciendo el cielo. ¡Me figuro las explosiones de poderosos conjuros, la valerosa carga de los caballeros!

Os pido disculpas. No he olvidado que el historiador debe ser un informador desapasionado de la verdad. Tales libertades literarias son para los poetas, no para los estudiosos como yo. Intentare controlar mis emociones. No obstante, mientras relato la apasionante historia de una joven princesa elfa que cambió la faz de Krynn en unas pocas semanas —los ataques impetuosos y arriesgados que desconcertaron a sus enemigos, las rápidas marchas a través de las llanuras que

la situaban a kilómetros de distancia de su supuesta localización y, por supuesto, su victoria épica en el vado Margaard—, confío en que Vuestra Excelencia sepa disculparme alguno que otro comentario aparte.

En las investigaciones, examinaré el tema, primordialmente, desde el punto de vista del ejército de Solamnia. Los registros de los ejércitos de los Dragones estaban relativamente bien conservados y han sido investigados por muchos escribas. Las campañas del Áureo General, por otro lado, sólo se han tratado en las historias de los Caballeros de Solamnia. ¡Al leerlas uno puede pensar que la contribución de los Dragones del Bien a estas contiendas se limitó a abanicar el campo de batalla con sus alas, refrescando las frentes sudorosas de los esforzados caballeros a quienes pertenecían realmente todos los laureles! Me esforzaré por dar a mis informes un mayor grado de objetividad, como corresponde a un verdadero historiador.

Ahora empieza mi tarea en la polvorienta biblioteca de la Torre del Sumo Sacerdote, en el paso Westgate. Extensos informes de diversas fuentes se han rendido a mi diligencia. La reseña de Gunthar Uth Wistan, redactada en la distante isla de Ergoth con los partes enviados a ese venerable comandante por sus caballeros desde el campo de batalla, resulta ser sorprendentemente completa... y precisa. (¡Hace un trabajo notable, Excelencia, separando el grano de la paja en lo que se refiere a los partes recibidos de sus entusiastas guerreros!). Los informes de las entrevistas mantenidas con el oficial del ejército de los Dragones capturado, Bakaris, también arrojan mucha luz sobre esta campaña. Asimismo, he dispuesto de la ayuda de una fuente hasta ahora desconocida: una joven humana llamada Mellison (sin apellido, al parecer), quien, según sus propias palabras, fue doncella del general. He encontrado los restos deteriorados de un diario que escribió durante el corto período de la campaña (¡resulta asombroso en extremo pensar que esta serie de batallas devastadoras durara apenas veinte días!).

Mellison había nacido y crecido en una pequeña aldea de las Llanuras de Solamnia. Cuando vinieron los dragones, su comunidad fue arrasada por el fuego y sus padres asesinados (o quizás esclavizados). Únicamente Mellison, de todo el pueblo, consiguió escapar al refugio de la Torre del Sumo Sacerdote y, posteriormente, a Palanthas.

Ignoro cómo conoció a la mujer elfa que se convertiría en el Áureo General, pues esas páginas, al comienzo del diario de Mellison, han sido destruidas. No obstante, para cuando Laurana fue designada por Gunthar Uth Wistan, Gran Maestro de Solamnia, para dirigir a los caballeros y al ejército de Palanthas, la muchacha humana ya estaba ligada a la mujer elfa.

Mellison resultó ser muy útil para el general, preparando la tienda de Laurana en esas noches en las que ésta pudo robar unas cuantas horas al sueño, y siempre

tenía encendida una luz cuando su señora despertaba antes del amanecer. Aunque la joven no participo en ninguna de las batallas, sus observaciones durante los consejos celebrados por Laurana en torno a las hogueras de campamento nos han proporcionado la clave para formarnos una idea del desarrollo de la campaña.

La primera de estas reuniones tuvo lugar en la campaña al pie de la misma Torre, y es aquí donde Mellison nos da una descripción del consejo de guerra de Laurana. Estaban presentes la mujer elfa, los dos Caballeros de la Corona, los capitanes Patrick y Markham, que actuaban como sus lugartenientes, y dos caballeros de las otras órdenes, cuyos nombres no se mencionan. Mellison, con su escritura infantil, se refiere a ellos como el «caballero Espada» y el «caballero Rosa». Gilthanas, hermano de Laurana y príncipe de los elfos qualinestis, también estaba presente.

(Por cierto, Vuestra Gracia, las cartas enviadas por Gilthanas a su hermano Porthios nos han proporcionado una fuente de información adicional sobre esta campaña, contemplada desde un punto de vista elfo).

Por supuesto, el contexto de las reuniones es bien sabido: el ejército de los Dragones conocido como el Ala Azul había sido debilitado (pero no destruido) en la batalla de la Torre del Sumo Sacerdote. Estas tropas, bajo el mando de la Dama Oscura, la Señora del Dragón, Kitiara, y su oficial Bakaris, se habían replegado al alcázar de Dargaard, donde representaban una importante amenaza. Los dragones benignos habían llegado el día anterior al consejo de guerra convocado por Laurana. Estos poderosos reptiles, de oro, plata, bronce, cobre y latón, habían puesto fin a su exilio y neutralidad en la guerra. Conducidos hasta Palanthas por Gilthanas y la hembra de dragón plateado llamada Silvara, estaban ansiosos por tomar venganza de sus malignos congéneres.

Aunque el número de dragones y tropas al mando de Laurana apenas igualaba una fracción del total de las fuerzas enemigas, tenía la ventaja de la concentración, ya que todas sus tropas estaban en el paso, en tanto que las de sus enemigos —el Ala Roja, fracciones de las Alas Verde y Blanca, y los restos del Ala Azul— estaban dispersadas por toda Solamnia, desde Vingaard y Caergoth a Kalaman y Neraka. Asimismo, un gran contingente de tropas de reserva, bajo el mando del emperador Ariakas en persona, había pasado el invierno acampado en Sanction. Rumores recientes, no obstante, situaban a los ejércitos de los Dragones en marcha, si bien Laurana y sus capitanes desconocían su localización o destino.

Era de noche y las llamas de la hoguera del consejo ardían con fuerza. Mellison informa que su luz arrancaba destellos dorados y plateados de los inmensos dragones que estaban agachados inmediatamente detrás de los comandantes humanos.

—¡Podemos rechazarlos y mantener esta posición todo el tiempo que queramos! —manifestó el caballero Rosa, abriendo así el consejo—. ¡Con los

dragones y los hombres de Palanthas respaldándonos, los caballeros crearemos una barrera infranqueable!

—Rechazarlos, sí —convino el capitán Patrick—. ¡Si osan atacar otra vez haremos picadillo hasta el último draconiano cara escamosa! ¿No estás de acuerdo, general? —De mala gana, se volvió hacia Laurana buscando confirmación a sus palabras. Caballero de la Corona, había sido el más reacio a aceptar su liderato, pero las órdenes de Gunthar Uth Wistan habían resultado suficientes, hasta el momento, para hacerle cumplir con su deber.

—No tengo intención de contenerlos aquí ni en ninguna otra parte —declaró Laurana al tiempo que sacudía la cabeza de manera que sus dorados cabellos se mecieron sobre sus hombros.

—¿Cuál es tu plan? —inquirió Markham con su fácil sonrisa que, en cierto modo, logró aliviar la tensión.

—Atacar. —Laurana pronunció la palabra y después hizo una pausa para mirar con fijeza a cada uno de sus oyentes. Pareció crecerse mientras la luz de las llamas se reflejaba en su blanca piel y sus almendrados ojos—. ¡El ejército de Solamnia avanzará bajo las alas de los Dragones del Bien, buscará a los ejércitos de los Dragones y los destruirá!

—¿Y dejar sin protección el paso? —barbotó el caballero Rosa—. Después de esta gran victoria, ¿pondrás en peligro todo..., las vidas, los...?

—¡Sé muy bien el coste en vidas! —La réplica de Laurana fue cortante y áspera, y lo hizo con la fuerza suficiente para callar la boca al canoso veterano. Cerró los ojos un instante, y Mellison vio el profundo dolor del recuerdo cruzar fugaz por el rostro de Laurana. Gilthanas posó una mano en el brazo de su hermana en un gesto de ánimo, pero ella la rechazó con un brusco tirón. Respiró hondo y continuó—: El mayor desperdicio de esas vidas perdidas sería quedarnos aquí, amilanados, detrás de estas murallas, y dar tiempo a los ejércitos de los Dragones para concentrar sus fuerzas dispersas. No, mis señores capitanes, no esperaremos a que ellos tomen la iniciativa. ¡Es hora de que esta guerra se vuelva contra aquéllos que la iniciaron!

—¿Adónde nos dirigimos, pues? —inquirió el caballero Rosa—. ¿Avanzamos en dirección sur, hacia Solanthus? ¿O al este, para hostigar a las fuerzas ocupantes de Vingaard? Cualquiera de estas dos rutas nos permite tener esta fortaleza como base. Además, ambas localidades guardan el río Vingaard como una barrera firme entre nosotros y el grueso de las tropas enemigas; una opción de retirada, en caso de que... —No completó su planteamiento; algo en la mirada del general lo hizo enmudecer.

—Vingaard —anunció Laurana—. Pero no nos limitaremos a hostigarlos. Mi intención es liberar el enclave. En cuanto al río, quiero a todo este ejército en la otra orilla dentro de una semana.

—¿Al otro lado del Vingaard? —Patrick estaba conmocionado, pero sus ojos

midieron a la mujer elfa con sorpresa y nuevo aprecio—. ¿En el corazón del territorio enemigo?

—Los ejércitos de los Dragones nos saldrán al paso, con fuerzas numerosas —dijo Markham cauteloso—. ¿Tratas de arrastrarlos a la lucha? ¿Destruirlos en el campo de batalla?

—¡Ese será un momento histórico! —declaró el caballero Espada con el rostro encendido y los largos bigotes temblándole de ansiedad. Un brillo feroz chispeó en sus ojos—. Dirigir a nuestros lanceros a la carga contra esas bestias, por una vez... ¡en lugar de limitarnos a mantener la posición!

Laurana también sonrió, pero, en opinión de Mellison, fue una sonrisa sombría que la hizo parecer mucho mayor.

—Sí, los arrastraré a la batalla. A la primera de otras muchas. Una vez que hayamos cruzado el río, no pienso descansar hasta que lleguemos a las puertas de Kalamán.

—¡Kalamán! —El caballero Rosa balbució de tal manera que el bigote le ondeó sobre la boca. Todos sabían que la lejana ciudad estaba en una situación desesperada tras un largo invierno de aislamiento y asedio. Aun así, cientos de kilómetros de terreno enemigo los separaban de ella.

—¡Estás loca! —bramó Patrick.

Laurana pasó por alto el insulto, pero su hermano intervino.

—¡Los Dragones del Bien nos proporcionan una fuerza de ataque que vosotros, caballeros, aún no habéis empezado a entender! —replicó el espigado elfo—. ¡No debemos desperdiciarla!

—¿Y qué pasa con Dargaard? —preguntó Markham, volviéndose hacia Laurana—. Es un poderoso bastión que se interpone en nuestro camino. La Dama Oscura se encuentra allí, con un grueso de tropas y los dragones de su Ala Azul. Los ogros de Throth están respaldados por dragones verdes y sin duda concentrarán su ataque contra nuestro flanco sur.

—Por el momento, mi intención es pasar por alto Dargaard. A los ogros les plantaremos cara y los derrotaremos.

—Tendrán el Ala Verde para apoyarlos, y el emperador Ariakas ha enviado al Ala Roja desde Neraka como refuerzos. Tampoco tenemos ni idea de dónde se encuentra el ejército de reserva —argumentó el caballero Rosa.

—Disponemos de las Dragonlances —gritó Gilthanas—. ¡Por fin podemos enfrentarnos a esos reptiles en el aire y derrotarlos!

—¡El arma, hasta el momento, sólo ha sido probada en los confines de la Torre! —refunfuñó Patrick.

—Eso es cierto —convino Laurana—. Pero no pienso luchar contra todos los dragones a la vez. ¡Por eso es tan importante que *nos movamos!*

—¡Pero cruzar el Vingaard! —objetó Patrick—. ¡No te imaginas las dificultades que presenta! Y si nos sorprenden con el ejército dividido en ambas

márgenes...

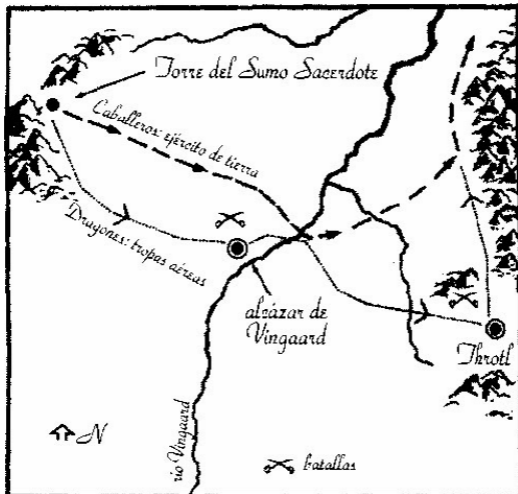
—Nuestros dragones protegerán la travesía. Además, mi intención es llegar al Vingaard demasiado rápido para que nos salga al paso algo más que una fuerza reducida.

—Pero están las tropas de la propia fortaleza... ¡El alcázar de Vingaard tiene una guarnición muy numerosa! —insistió Patrick—. ¡Por cualquier punto que crucemos nos pondremos al alcance de un fácil contraataque!

—Eso me lleva a la segunda parte de mi plan —anunció Laurana, que hizo una pausa para asegurarse de que contaba con la atención de todos—. Vingaard será liberado... *mañana*.

Los caballeros, como un solo hombre, contemplaron perplejos al general. Todos sabían que el alcázar de Vingaard se encontraba a tres jornadas a caballo.

En este punto, las voces del consejo se tornaron más susurrantes y confidenciales, de manera que el resto de la conversación resultó inaudible para Mellison, por lo que se perdió para su diario... y para la historia. Los resultados de esta conversación histórica y clandestina son conocidos.



La campaña de Vingard, fase-I: ataque de Laurana

Al despuntar el día, el cielo sobre la Torre del Sumo Sacerdote se cubrió de dragones, cuyos colores metálicos moteaban el suelo con titilantes reflejos en el luminoso amanecer. Laurana, a lomos del enorme dragón plateado *Quallathon*, iba a la cabeza de la formación. Una tropa de grifos, montados por elfos arqueros y lanceros recién llegados de Ergoth del Sur, volaban al lado de los grandes reptiles. En conjunto, doscientas bestias aladas, medio águilas medio leones, acompañaban a un número igual de dragones en su marcha hacia el sureste, en dirección a Vingard, a través de ciento veinte kilómetros de terreno llano. Sus cuerpos oscurecían el cielo.

Al mismo tiempo, el ejército se ponía en marcha. Conducidos por los caballeros a lomos de sus monturas, acompañados por los soldados de Palanthas, uniformados en azul, y un abultado y creciente número de tropas irregulares reclutadas en Solamnia y Ergoth, los hombres al mando de Laurana marchaban hacia el noreste. La divergencia de los rumbos resultaba evidente para todos. El

ejército del aire dependía de sí mismo; la batalla se habría ganado o perdido mucho antes de que las tropas terrestres llegaran a la zona de combate.

Gilthanas, en una extensa carta a Porthios, nos pinta una vivida escena de este asalto: la primera vez que los Dragones del Bien lanzaron una ofensiva en la guerra.

« Al cabo de cuatro horas nuestros dragones tuvieron a la vista el imponente alcázar de Vingaard, que se levanta en la ribera más próxima del río que lleva el mismo nombre.

» Durante más de un año los ejércitos de los Dragones han conservado en su poder el alcázar y su presencia creaba una oscura mortaja que envolvía el otro grandioso castillo. Capas de hollín embadurnaban las paredes y, alrededor de sus torres, los campos en los que en otro tiempo medraban exuberantes cosechas de grano, aparecían ahora sembrados de desperdicios.

» Nunca viví otro momento de mayor excitación y alegría. Silvara plegó las alas y se zambulló sobre la ciudad. El viento me sacudía el pelo y me azotaba el rostro. El suelo se aproximaba a una velocidad vertiginosa y un fiero regocijo se apoderó de mí.

» Por fin los ejércitos de los Dragones iban a experimentar el terror que habían sembrado tan alevosamente por todo Ansalon. El grito desafiante de Silvara retumbó en el aire y fue repetido por docenas de gargantas plateadas y doradas.

» Los draconianos que se alineaban en las murallas temblaron, sacudidos por el pánico que despiertan los dragones, y sólo dejaban de temblar cuando morían. Nubes de vapores nocivos, expelidos por los Dragones del Bien, barrieron las filas de draconianos, matándolos en el mismo sitio en que estaban. Un calor abrasador, procedente del fuego de los dragones de oro y de latón, se mezclaba con los rayos descargados por los de bronce; chorros de ácido de los dragones de cobre formaban charcos en el pavimento de adoquines y las gélidas ráfagas de viento, expulsadas por los reptiles plateados, helaban cuanto tocaban.

» Unos cuantos Dragones del Mal, casi todos azules, se habían refugiado en la ciudad tras la batalla de Westgate. Ahora, éstos remontaron el vuelo para enfrentarse con nosotros, arrojando rayos y llevando a sus jinetes al combate. Pero todavía estaban elevándose cuando la magia de los dragones dorados derrotaron a los cabecillas en el aire. Entonces una formación de caballeros, conducidos por Silvara y por mí y portando relucientes Dragonlances tan brillantes como alas de dragón, se enfrentaron al enemigo y arremetieron contra los azules.

» Silvara alargó las afiladas garras y desgarró el ala de uno de los azules. Contemplé cómo la tullida criatura se desplomaba hacia su muerte. Entonces un rayo pasó chisporroteante sobre mi cabeza; levanté presuroso mi lanza al tiempo que Silvara lanzaba un chillido. Su cabeza, semejante a acero plateado, arremetió

contra la espalda del reptil azul que, herido mortalmente, corrió la misma suerte que su compañero y cayó al suelo. Los otros Dragones del Bien pasaban veloces a nuestro alrededor, acabando con los azules que quedaban antes de que sus mortales armas naturales pudieran dejarse oír.

» Al cabo de una hora, hermano, los Dragones del Bien se habían posado en los tejados y torres de la ciudad y arrojaban su aliento mortífero, en tanto que los elfos montados en los grifos lanzaban una lluvia de flechas sobre los restantes defensores. Durante el resto del día los dragones permanecieron encaramados en los lugares altos de la ciudad, siguiendo el plan de nuestro general» .

Gilthanas era partidario de perseguir a las tropas enemigas hasta sus escondrijos para expulsarlas de la ciudad, pero su hermana insistió en que tuviera paciencia. No habría persecución. En lugar de ello, los Dragones del Bien ocuparían todas las posiciones ventajosas de la urbe, impidiendo que los draconianos salieran a la luz del día.

Esta paciencia tuvo como resultado que se salvaran muchas vidas. Al ver que sus odiados enemigos no tenían intención de partir, las tropas del ejército de los Dragones abandonaron al alcázar de Vingard durante la noche. Algunos huyeron hacia el sur, tan temerosos del crecido caudal del río en esta época de primavera, como de los Dragones del Bien. Muchos eran humanos, que confiaban en mezclarse con el populacho. Por los informes de la hermandad de caballeros se sabe que un gran número de estos desertores se unieron a las filas del ejército de Laurana al final de la campaña. Otros robaron cuantas barcas pudieron o, en el caso de los draconianos, trataron de usar sus alas para cruzar la crecida corriente. (Se cree que más de la mitad de estos últimos pereció en el intento). Cuando el sol se alzó de nuevo sobre el alcázar de Vingard, la fortaleza estaba en poder de los Dragones del Bien y sus aliados elfos.

Los pocos humanos que habían sobrevivido a la larga y brutal ocupación salieron de sus sombrías habitaciones a la luz del amanecer y vieron el cabello de Laurana que ondeaba bajo el yelmo como una estela de oro. Los largos mechones dorados eran visibles a más de un kilómetro de distancia en el campo de batalla.

« ¡Viva el general del Estandarte Dorado!», vitoreaban. Un grito que muy pronto se convirtió en: « ¡Viva el Áureo General!» .

La campaña de Vingard había comenzado.

En breve viajaré a ese alcázar, Excelencia, y me sentaré en la ribera del río para reflexionar sobre el siguiente ejemplo de la audacia de Laurana: la travesía del Vingard.

Con devoción, como siempre,

Al gran Astinus, Historiador de Krynn.

Aquí estoy ahora, en la orilla del río Vingaard. Es primavera, como lo era cuando Laurana ordeno cruzar a sus fuerzas... y no puedo menos de maravillarme del coraje y la imaginación que impelieron a un ejército a vadear sus aguas turbulentas. Ahora, cuando la nieve se derrite en las montañas Dargaard y a lo largo de las laderas septentrionales de las Garnet, el río corre ancho y profundo y parece impulsado por la rabia, rugiendo a través de esta inmensa planicie hacia la distante ciudad portuaria de Kalaman, a unos trescientos kilómetros de distancia.

A lo largo de su curso, el río pasa a poco más de veinte kilómetros del alcázar de Dargaard, pero durante las siguientes semanas Laurana evitó este oscuro bastión y continuó hacia su punto de destino. Mas me estoy adelantando a los acontecimientos. Ante todo, he de describir la travesía. Las tropas de tierra del ejército de Solamnia alcanzaron la margen del río después de tres días de marcha forzada desde Westgate.

Sabemos por las múltiples fuentes de información que los Dragones del Bien, reanimados por su victoria en Vingaard, se unieron al ejército de tierra en la ribera del río, a unos sesenta kilómetros al norte de la fortaleza liberada. El Vingaard es ancho y profundo aquí, y sólo se puede cruzar con barcas... salvo en algún verano seco, cuando surgen unos pocos vados. Éste no era el caso en aquella primavera, por supuesto. Aquí vemos otro ejemplo de la inventiva elfa del general, pues empleó una táctica que ningún Caballero de Solamnia, con sus estrategias de manual, habría llegado a imaginar en sus más osados sueños.

Cruzó a sus tropas a través del río... ¡por aire! Es fácil imaginar los relinchos aterrados de los caballos mientras eran alzados, suavemente, por las garras de los dragones más grandes. O a los pobres y temblorosos soldados de a pie, montados seis u ocho a lomos de un dragón, con los ojos muy apretados y rezando a los dioses bondadosos (¡o a cualquier otro!) por su vida.

Fue un proceso largo y lento, no obstante. Mellison escribe que su señora acampó a la orilla del río durante tres días, de manera que podemos deducir que ése fue el tiempo que se tardó en cruzar. Los carros de abastecimiento, que desde un principio habían sido reducidos al máximo, quedaron abandonados allí. De ahora en adelante el ejército sobreviviría con las presas que lograra capturar o el alimento que pudiera recolectar. Una escuadra de grifos en vuelo, montados por elfos, cubrió el cruce.

El temor de los caballeros de que el ejército fuera atacado por abultadas fuerzas enemigas en mitad de la travesía resultó infundado, por dos razones. En primer lugar, la victoria en el alcázar de Vingaard había hecho huir a las tropas enemigas más cercanas en una caótica desbandada; en segundo lugar, la velocidad de la marcha impuesta por Laurana había sorprendido completamente

a los Señores de los Dragones. Sabemos por sus propios informes, por ejemplo, que, para cuando Ariakas supo que el Áureo General había salido del paso Westgate, el ejército de Solamnia ya estaba agrupado en la orilla este del Vingard.

Una pequeña fuerza intentó interrumpir la travesía. El Señor del Dragón Toede envió a seis de sus dragones verdes desde Throtl para investigar las actividades del ejército de Laurana. Las bestias podrían haber causado grandes estragos en los sobrecargados Dragones del Bien, pero los elfos con sus grifos los interceptaron a unos cuantos kilómetros del río. Casi una cuarta parte de los grifos y sus jinetes cayeron durante la escaramuza en el aire; fue una pérdida trágica e irreparable, pero ninguno de los dragones verdes sobrevivió para llevar a cabo el ataque. Gilthanas escribió un extenso panegírico a la bravura de los elfos montados en grifos e incluso las crónicas oficiales de los Caballeros de Solamnia, Excelencia, incluyen palabras de alabanza por su sacrificio.

Con sus fuerzas agrupadas nuevamente en la ribera opuesta del río, Laurana estaba decidida a mantener la velocidad del avance así como lo imprevisible de su curso. (Es irónico comprobar que esta joven elfa dominaba, de manera intuitiva, principios militares a los que caballeros veteranos, apegados demasiado tiempo a su doctrina, se resistieron hasta que la prueba resultó demasiado obvia para negar su efectividad. Gracias les sean dadas a los cielos por la persistencia de Laurana).

Una vez más, es la criada Mellison quien nos proporciona información sobre el planteamiento de las operaciones, ya que sirvió té a Laurana y a sus capitanes mientras proyectaban su siguiente movimiento.

Estaban presentes los mismos cinco: el capitán Markham, el capitán Patrick, el «caballero Rosa», el «caballero Espada» y Gilthanas de Qualinesti. Laurana anunció su intención de dirigirse a Kalaman.

—¡Pero sabemos que Ariakas cuenta con diez mil hombres en Sanction! —protestó Patrick—. Podrían llevar tres semanas de marcha... y quieres dejar nuestro flanco desprotegido. Ahora el río nos resguarda. ¡Si partimos de aquí, exponemos a todo el ejército a sufrir un ataque por la retaguardia!

—Nuestros carros de suministros han quedado atrás —señaló Laurana con frialdad—. En consecuencia, la retaguardia de nuestro ejército es tan fácil de defender como la vanguardia. Sobre todo, si el enemigo espera encontrar una caravana de suministros indefensa y en cambio se topa con el acero de caballeros a la carga.

—Cierto, cierto —opinó el caballero Espada—. Pero nos alejaríamos demasiado del paso y Palanthas está completamente indefensa.

—He pensado en ello, caballero —respondió Laurana con tono paciente—. Pero apostaría a que los Señores de los Dragones ya no están interesados en esa ciudad. ¡Su atención debe de estar puesta en *nosotros!* Este ejército es una

amenaza mucho más grande que ninguna a la que hayan hecho frente hasta ahora. Tendrán que agruparse si quieren destruirnos. Ariakas, así como también Kitiara, supondrán que tienen tiempo de sobra para dedicarse a Palanthas después de que nos hayan barrido.

—¿Y no es así? —demandó Patrick.

—Sólo en el supuesto de que nos *encuentren*—replicó Laurana—. ¡Ésa es la razón por la que tenemos que movernos deprisa!

—Habrá oposición —señaló Markham—. El Ala Roja está ahí fuera, y parte de otras dos alas... por no mencionar el ejército de reserva.

—Naturalmente. Pero, con rapidez, podremos enfrentarnos a estas fuerzas y derrotarlas, una por una. ¡Es esencial que obliguemos a combatir al Ala Roja antes de que Ariakas tenga ocasión de reunirse con sus aliados!

—Pero si te equivocas, arriesgas...

—¿Arriesgo *qué*, capitán Patrick? —espetó Laurana—. ¿Prefieres volver a los días de arredrarse tras las murallas de piedra de vuestros alcázares, esperando a que el enemigo os ataque? Y si salimos vencedores de ese ataque, entonces ¿qué? ¿Esperamos a que nos lancen otro y otro hasta que nuestras fuerzas estén agotadas y nuestros suministros terminados? Más vale arriesgar este ejército con la esperanza de una victoria *real*, una victoria que hará algo más que proteger Palanthas. ¡Llevaremos la guerra al corazón de las tierras gobernadas por los ejércitos de los Dragones! ¡Entonces, y sólo entonces, nuestros enemigos tendrán que enfrentarse a la perspectiva de una derrota!

(Excelencia, si Mellison no exageró las palabras, sólo me queda suponer que el Áureo General había perdido la paciencia. Cuesta imaginar a Laurana dirigiendo a un orgulloso caballero un término como « arredrarse » . No obstante, parece que tuvo el efecto de silenciarlo, cuando menos).

—Sabemos que el Ala Verde permanece en Throthl —continuó la princesa elfa—. Mañana, con la primera luz, conduciré a los dragones contra ellos. Si logramos desperdigar las fuerzas de tierra ogros, tanto mejor. El contingente principal, entretanto, seguirá la marcha hacia el noreste. Quiero que los Señores de los Dragones crean que Dargaard es nuestro siguiente objetivo.

—Un plan atrevido, mi general —hizo notar el caballero Rosa, con una sonrisa—. Como sabes, estas llanuras fueron mi hogar. He de advertirte que el río se estrechan y se hace más profundo al norte de aquí. Representa un obstáculo formidable en nuestro desplazamiento hacia la izquierda.

—Muchas gracias, señor caballero —repuso Laurana—. Yo también conozco este río y, de hecho, jugará una baza importante en mis planes.



La campaña de Vingaard, fase-II: trampa de Laurana

Si la princesa reveló esa noche cuál era el papel del Vingaard, Mellison no lo dice. La muchacha se marchó a dormir mientras los guerreros discutían tácticas hasta las tempranas horas precedentes al alba. Quizás en ese momento la princesa elfa previo la batalla del vado Margaard y estaba trazando sus planes para ese épico enfrentamiento. Mas, ay de mí, sólo podemos hacer conjeturas.

Mis viajes, Vuestra Gracia, me llevarán a continuación a lo largo de las estribaciones de las montañas Dargaard. Seguiré los pasos del ejército de Laurana mientras se movían hacia el este, el sur y después al norte... manteniendo en todo momento la incertidumbre de los Señores de los Dragones.

Hasta el próximo mensaje, se despide vuestro devoto servidor,

Al gran Astinus, Historiador de Krynn.

El ejército de Solamnia apareció súbitamente en distintos puntos de las llanuras, sorprendiendo a los ejércitos de los Dragones en una serie de combates. Eran unas contiendas aisladas; algunas, escaramuzas de la caballería; otras, luchas de dragones en el cielo; y unas pocas, batallas campales en las que se enfrentaban todas las tropas de Laurana contra unas fuerzas iguales o superiores de los esbirros de la Reina de la Oscuridad.

Los ejércitos de los Dragones se veían obligados a combatir cuando habían planeado avanzar, y cuando tenían el proyecto de luchar no encontraban enemigos a los que enfrentarse y se veían forzados a marchar. Hasta el enfrentamiento final, en el vado Margaard, los Señores de los Dragones no lograron agruparse en una fuerza de superioridad abrumadora... y entonces tuvieron que combatir en el sitio elegido por Laurana. Mas, disculpadme, Vuestra Gracia; de nuevo me adelanto a los acontecimientos.

La primera en oponerse al avance de Laurana fue la sección del Ala Verde acampada en Throth. Dos docenas de dragones y más de un millar de draconianos —en su mayor parte atroces kapaks— conformaban el núcleo de esta legión, respaldados por cientos de ogros, humanos infames y más de tres mil goblins.

Estas tropas estaban al mando del Señor del Dragón Toede, si bien los informes de ese despreciable goblin no hacen mención a la batalla. Nuestras mejores reseñas de la lucha proceden de Gilthanas, así como de los interrogatorios dirigidos por los caballeros a un tal Kadagh, un ogro que servía como capitán de una de las compañías del Ala Verde.

Kadagh había despertado una mañana clara y soleada, algo poco habitual aquí, a la sombra de las montañas Dargaard. No obstante, ese día los picos orientales y las estribaciones resultaban visibles, perfilados en vívidos detalles mientras el ogro salía de su tienda y se estiraba para desentumecer los músculos agarrotados. Después, impaciente, su mirada se dirigió hacia el oeste.

Al principio creyó que los dioses habían esparcido polvo de oro en el cielo; oro que brillaba con el sol y flotaba suavemente en el aire. Pero los ogros son pragmáticos y Kadagh reparó rápidamente en que los puntitos metálicos crecían de tamaño de forma continua y regular. Su grito de alarma alertó del peligro al campamento del Ala Verde.

Laurana y sus dragones habían sorprendido al destacamento del Ala Verde mientras se preparaba para marchar, en respuesta tardía a las acciones del ejército de Solamnia en las planicies. Los dragones verdes estaban todavía en el suelo, ensillados pero sin jinetes, cuando la muerte plateada y bronceada llegó

chillando desde el cielo. Los pocos reptiles verdes que lograron remontar el vuelo fueron derribados y destruidos sin piedad.

Gilthanas había ordenado a sus jinetes que fueran totalmente despiadados en este golpe mortal contra los dragones enemigos, y parecía que sus instrucciones se estaban siguiendo al pie de la letra. Los Dragonlances demostraron una vez más su utilidad, si bien la ventaja numérica de los dragones bondadosos hacía inevitable el desenlace. En cuestión de momentos, los reptiles malignos habían sido destruidos con dientes, garras y lanzas.

Justo antes del sangriento final, no obstante, Kadagh reparó en una figura encorvada que se encaramó torpemente a la silla de un dragón verde e instó a la bestia a remontar el vuelo. Volando bajo, eludiendo y esquivando árboles y collados, el solitario dragón y su jinete desaparecieron en las cumbres de las montañas Garnet, dejando tras de sí, muy lejos, la batalla. El evadido era Toede, que así daba un buen ejemplo de valentía a su condenado ejército.

Los dragones de Laurana conservaron intactas sus armas de alientos mortíferos para el ataque contra los draconianos, ogros y goblins de la legión de Throtl. Kadagh se apresuró a reunir a su compañía de brutales ogros protegidos con cotas de malla y armados con grandes espadas. Eran los soldados de infantería más formidables del Ala Verde y los informes de ambos bandos señalan que lucharon como tales.

Los ogros se dispersaron por las hondonadas y los espesos matorrales que rodeaban el campamento, luchando en pequeños grupos y abalanzándose sobre cualquier dragón que fuera lo bastante descuidado como para dejarse sorprender en tierra. Los reptiles dorados vomitaban fuego sobre la maleza, y el humo y las llamas se extendieron por el campo de batalla. El propio Kadagh dirigió una carga contra un dragón broncíneo que, agotado, había aterrizado cerca de unos arbustos. Saltó sobre un ala de la criatura y derribó al jinete, un caballero, con un golpe de su espada. Otros de su compañía arremetieron contra el dragón y, cuando el reptil reculó, Kadagh hundió su acero en la base de su cráneo.

(Esta historia es algo más que una mera jactancia por parte del ogro, Vuestra Gracia. Gilthanas presenció todo el incidente. De inmediato, Silvara se abalanzó sobre el ogro, lo derribó en tierra y acabó con el resto de su compañía mediante un soplo de su gélido aliento. Tan impresionados quedaron los elfos con el valor demostrado por el ogro, no obstante, que más tarde lo llevaron como prisionero al campamento de Laurana).

Los caballeros persiguieron y mataron a los monstruos del Ala Verde durante el resto de aquel lúgubre y sangriento día hasta que, por último, los malparados supervivientes del destacamento se escabulleron por los agrestes terrenos de las montañas Dargaard.

Es interesante resaltar, Vuestra Gracia, que siguiendo esta táctica Laurana dejaba a sus tropas de tierra expuestas a la misma clase de ataque por parte de

los dragones azules de Dargaard. Audazmente, la elfa se jugó la carta (y con razón, como quedó demostrado) de que Kitiara estaba todavía demasiado escarmentada por la derrota en la Torre del Sumo Sacerdote como para arriesgarse a enviar sus fuerzas más poderosas a una posible trampa.

Tras la batalla de Throtl, Laurana dividió una vez más su ejército. Envío a muchos de sus dragones —todos los bronceos, los de latón y algunos de cobre— a defender el contingente de sus tropas que avanzaba por tierra. Los otros dragones se dispersaron por las llanuras hacia todos los puntos de la brújula, buscando a los ejércitos de los Dragones. Laurana sabía que elementos del Ala Blanca se encontraban en alguna parte del sur, pero no tenía la menor pista acerca de la posición de la poderosa Ala Roja.

Además, había que contar con la presencia de la numerosa ala de reserva de Ariakas, desaparecida desde que había salido de Sanction. Laurana envió a un par de valiosos dragones plateados hacia aquella ciudad portuaria, decidida a descubrir la localización del ejército de reserva.

Cuando los dragones exploradores encontraran fuerzas de la Reina de la Oscuridad tenían que informar la situación de aquellas tropas al Áureo General; pasara lo que pasase, no debían precipitar un ataque. Presumo, Excelencia, que estos dragones llevaron a cabo el reconocimiento bajo la apariencia de aves de presa. Al menos, en los informes de los ejércitos de los Dragones no hay indicación alguna de que supieran que estaban siendo observados y el hecho de que Laurana encomendara la tarea de exploración a los dorados, plateados y cobrizos indica una preferencia por estos dragones con cualidades polimorfas para adoptar la apariencia de diferentes criaturas. ¿Y qué mejor que un halcón o águila, patrullando simbólicamente sobre las llanuras?

Los espías voladores divisaron por primera vez un contingente importante del Ala Blanca, más numeroso que la legión de Throtl y que contaba con muchos draconianos sivaks (los únicos, como Vuestra Gracia bien sabe, capaces de realizar verdaderos vuelos). Los registros de los ejércitos de los Dragones muestran que esta fuerza había recibido del propio Ariakas la orden de avanzar hacia el norte hacia más de una semana. (Tras la batalla en la Torre del Sumo Sacerdote, el emperador había previsto la necesidad de contar con fuerzas adicionales en las planicies y dio las órdenes necesarias).

El Ala Blanca fue descubierta por Silvara, mientras la gran hembra de dragón plateado volaba trazando un arco en dirección suroeste. La fuerza acababa de cruzar el río Dargaard y marchaba hacia el norte a lo largo de la ribera este del Vingaard, lo que la situaba directamente en una línea que se cruzaría con la seguida por Laurana para la retirada. En este punto el río fluye a través de una garganta excavada en la roca por el agua, de unos treinta kilómetros de longitud, a la que había hecho mención Markham.

(Silvara volaba sola en su misión exploradora. Deduzco, Vuestra Gracia, que

la ausencia de Gilthanas subido a su espalda refuerza la idea de que volaba bajo la apariencia de un ave, en lugar de un dragón).

La respuesta de Laurana a esta información fue inmediata y audaz hizo dar media vuelta a su ejército y apremió a las tropas en una marcha forzada, directamente al encuentro del Ala Blanca. Todos los dragones exploradores, a medida que regresaban de su patrulla, se unieron al ejército hasta que el Áureo General tuvo de nuevo a todos sus dragones cerca del grueso de su fuerza. Al cabo de veinticuatro horas, el ejército de Solamnia en su totalidad estaba agrupado en una única línea de marcha y protegido por una tropa de elfos montados en grifos.

El Ala Blanca, por el contrario, no había localizado todavía a su enemigo a pesar de que marchaba a lo largo de la ruta de Laurana y debería haber sabido que el ejército de Solamnia había pasado por allí hacía cuestión de pocos días. Una amplia formación de draconianos sivaks volaba al frente de la columna, en tanto que los dragones blancos permanecían detrás del grueso de las tropas.

Al día siguiente, cerca del mediodía, los sivaks y los elfos se tuvieron a la vista, a unos trescientos metros sobre el suelo. Los ejércitos avanzaban de manera que se encontrarían en la orilla del río Vingaard, cerca de la garganta de rápidos llamada, simplemente, el Desfiladero. (Este cañón daría nombre a la batalla que tuvo lugar allí). Los dragones de ambos bandos se sumaron rápidamente a la contienda aérea y para media tarde las fuerzas de tierra se habían colocado en formaciones paralelas de batalla.

Por fin Laurana tuvo ocasión de utilizar a los caballeros montados en corceles, y los lanceros de Solamnia dieron gran gloria a sus nombres en aquella sangrienta tarde. Los Caballeros de la Rosa encabezaron la carga, respaldados rápidamente por los de la Espada; y aquí, Excelencia, descubrimos el nombre del capitán al que Mellison llamaba el « caballero Rosa ». Es Bendford Caerscion y dirigió este arrollador avance desde la silla de su corcel de guerra, negro como la noche. Su parte a Gunthar nos ofrece una información cabal de primera mano acerca de esta reyerta sobre la que giró toda la batalla:

« Los caballeros respondieron deseosos a la orden de ataque... Las trompetas resonaron y nuestros impacientes corceles salieron a galope. El trapaleo de los cascots retumbaba en el suelo mientras la formación de caballeros y monturas cobraba una velocidad imparable. Mi corazón rebosaba de orgullo; era un momento en el que se culminaba toda una vida de entrenamiento y devoción. Una pesada lanza, bien colocada a mi costado derecho, se extendía muy por delante de los resollantes ollares de mi corcel.

» La llanura que se abría frente a mí hervía de draconianos. Vi sus fauces chasqueantes y escuché sus siseos de odio y temor a medida que nosotros, los caballeros, nos acercábamos al galope. Los horrendos reptiles blandían espadas y escudos. Los pocos que manejaban lanzas carecían de las luces necesarias para

sujetarlas con efectividad en un choque de carga. Mientras nuestra formación se aproximaba a los draconianos, varias compañías de baaz se dieron media vuelta y huyeron... para chocar contra las filas de brutales sivaks, que intentaron hacerlos volver a la lucha.

» Pero era demasiado tarde. Mis caballeros arremetieron contra las desorganizadas líneas de draconianos sin que apenas se produjera un titubeo en la impetuosa carga. Mi lanza atravesó el cuerpo de un enorme sivaky y lo clavó en el suelo. Solté la lanza y desenvainé mi espada. El monstruo permanecía hincado en la lanza, agitando las alas y pateando como un insecto monstruoso pinchado en un tablero

» La carga de los caballeros aplastó a un draconiano tras otro, machacando sus miembros con los cascos de los corceles, ya que avanzábamos a galope tendido. Propiné cuchilladas a diestro y siniestro, apuntando a las cabezas de los monstruos, y dejé a mi paso una docena de malheridos.

» Nos abrimos paso entre sus filas y dejamos atrás los destrozados restos de la fuerza draconiana, que huyeron despavoridos. Tiré de las riendas tan pronto como el enemigo se dio a la fuga, pero mi caballo, como casi todos los de los demás, estaba tan excitado que continuó la desenfadada carrera durante casi kilómetro y medio.

» Nuestras dos compañías de caballeros no alcanzaban los trescientos jinetes en total, pero el ímpetu de nuestra veloz carga dividió las filas de draconianos en dos. Volvimos grupas y cabalgamos contra un pequeño contingente de goblins montados en lobos gigantes. Esta chusma, también, fue desperdigada o destruida con rapidez.

» Una sombra pasó sobre mí en el momento en que esta refriega llegaba a su fin con la derrota completa del enemigo. Sentí que me azotaba una ráfaga de viento helado y entonces, con gran horror, vi a un trío de valerosos caballeros, que cabalgaban en formación cerrada, quedar enterrado bajo el peso de un dragón blanco. El monstruo derribó jinetes y corceles con golpes aplastantes de sus enormes garras y con dentelladas.

» Entonces las fauces del reptil se abrieron y expulsaron una nube de helada escarcha paralizadora con la que mató a varios caballos más y a sus jinetes en cuestión de segundos. Azucé mi corcel hacia el monstruo, pero el animal, firme en otros momentos, rehusó acercarse... Y entonces el dragón volvió su atención hacia mí. Me dispuse a morir en aquel momento, pero una nueva sombra se proyectó desde lo alto y un instante después un enorme dragón plateado se zambulló sobre nosotros. Su jinete, un elfo de cabello dorado, atravesó con la pesada Dragonlance una de las alas del blanco, y el gran dragón plateado rompió el cuello de su oponente de un certero bocado.

» Di las gracias con un gesto y reconocí a Gilthanas; acto seguido, dragón y jinete partieron en persecución de las desperdigadas tropas enemigas» .

Durante todo este tiempo, el Áureo General mantuvo a los Caballeros de la Corona, la más numerosa de las órdenes de la caballería, en reserva. El capitán Patricky el capitán Markham se sintieron impacientes, sin duda, por este retraso. Tal vez sea mejor para la sensibilidad de este historiador que no haya encontrado un informe exacto de sus comentarios, ya que se vieron obligados a permanecer ociosos mientras contemplaban cómo las órdenes de la Espada y la Rosa se cubrían de gloria.

Entretanto, los hombres de Palanthas hicieron frente a la carga de draconianos baaz con lanzas y escudos, mientras que las compañías de soldados irregulares, con espadas y adargas, presionaban los flancos del Ala Blanca. En el cielo la batalla se libraba con ferocidad y con grandes pérdidas en ambos bandos. Los poderosos Dragones del Bien lograron finalmente matar a los últimos blancos y sus jinetes, pero no antes de que casi dos docenas de ellos hubiesen perecido, incluidos dos plateados y un dorado.

Después, mientras el ocaso empezaba a arrojar sus sombras sobre el campo de batalla, Laurana envió a los Caballeros de la Corona, quinientos jinetes con armaduras, sobre ansiosos corceles, cargando con sus lanzas en una impetuosa arremetida que barrió del campo a los ya maltratados remanentes del Ala Blanca. A la caída de la noche las fuerzas del Mal se batían en una retirada general, si bien Laurana ordenó una persecución que continuó durante el día siguiente. Sólo cuando estuvo convencida de que las tropas enemigas no tenían la menor posibilidad de reagruparse, ordenó a su ejército que se volviera a concentrar y diera media vuelta para reanudar el avance hacia Dargaard y Kalaman.

Desde aquí, Excelencia, parto para seguir la ruta de la gran marcha. Mi punto final de destino es esa gran ciudad portuaria, si bien en el camino, por supuesto, me detendré para examinar el escenario del mayor triunfo alcanzado por Laurana.

Es con este propósito, en consecuencia, por lo que mañana emprendo viaje hacia el vado Margaard.

Hasta entonces, se despide este esforzado escriba al servicio de la historia,

Foryth Teel

Al gran Astinus, Historiador de Krynn.

Regreso de nuevo al río Vingaard, Excelencia, como hizo el ejército de Laurana. Es cada vez más claro para mí el modo en que el Áureo General utilizó esta caudalosa corriente de agua como piedra fundamental de su campaña, empleándola para ocultar sus movimientos, proteger a sus fuerzas y, al cruzarla inopinadamente, sorprender al enemigo.

Tras la batalla del Desfiladero, Laurana reanudó la marcha apresurada hacia el noreste, pero el recelo entre los caballeros empezó a crecer claramente. Palanthas y la Torre del Sumo Sacerdote quedaban a bastante distancia tras ellos y se sabía que las fuerzas de la Dama Oscura se estaban agrupando en Dargaard.

Las bajas sufridas en esta batalla, la primera batalla campal después de la de la Torre del Sumo Sacerdote, habían sido muchas. Sólo podemos suponer la aflicción que ello debió de producir al Áureo General. ¿Acaso todos los caballeros caídos le recordaban a su entrañable amigo, el fiel y valeroso Brightblade? También habían caído elfos y Laurana sabía muy bien que cada una de esas muertes había acabado con muchos siglos de vida. Y la pérdida de los soldados de infantería humanos que se habían unido a su causa era también, sin duda, un amargo trago para la mujer elfa.

El diario de Mellison nos cuenta que Laurana se retiró temprano a su tienda las noches que siguieron a la batalla, perdiéndose con ello la camaradería que había empezado a nacer entre los capitanes y su general. Durante tres días el ejército marchó a un paso regular y constante, pero sin apresuramientos. Laurana se aseguró de que las tropas y los dragones tuvieran ocasión de descansar, de que los caballos pudieran pacer la recién brotada hierba que comenzaba a alfombrar las llanuras. Las tormentas primaverales cubrían las montañas Dargaard por el este, pero el cielo permanecía despejado sobre el ejército.

Finalmente, el cuarto día después de la batalla del Desfiladero, los dragones exploradores regresaron para informar. El Ala Roja estaba en marcha y había sido localizada hacia el sureste, avanzando en dirección a Dargaard. Lluvias torrenciales, acompañadas por densos nubarrones y niebla, siguieron ocultando las montañas durante la mayor parte del tiempo y, poco después de que fuera avistada, la columna en movimiento desapareció en las estribaciones. Fue como si el Ala Roja se desvaneciese, ya que el mal tiempo impidió llevar a cabo más observaciones.

Aquella noche Laurana mantuvo otro consejo de guerra y, de nuevo, Mellison estaba presente para escribir la primera parte de las discusiones:

—¡Debemos adoptar una posición defensiva! —instó el capitán Patrick—. Admito, mi general, que tu dirección nos ha llevado a alcanzar unas victorias que ni siquiera habría imaginado en mis más febriles sueños, pero ahora... Todavía no sabemos dónde está el grueso del ejército del emperador. ¡Las nubes tapan todo el flanco derecho, en tanto que nosotros marchamos por terreno abierto día tras día! El ataque podría producirse con apenas una hora de apercebimiento. ¡Y si nos sorprenden en formación de marcha, nos aplastarán a conciencia!

—¡Bah! —Gilthanas, que sin duda también se sentía nervioso, tuvo un estallido de mal humor muy extraño en él—. ¡Estos dragones no son criaturas defensivas! Si los atas a una posición fija, los privas de su fuerza. ¿Es que

vosotros, caballeros, sois incapaces de meteros esta idea en vuestras duras mulleras apegadas al Código y la Medida?

El capitán Patrick se puso rígido y su mano fue hacia la guarda de su espada, pero el Áureo General se interpuso entre los dos, si bien no tomó partido y evitó enzarzarse en la disputa. En cambio, se volvió hacia el caballero Espada.

—Y tú, mi señor caballero, ¿tienes alguna opinión sobre este asunto?

El canoso veterano suspiró y sacudió la cabeza.

—Ya no sé qué creer, general. Nos has demostrado a ciencia cierta la trascendencia de la rapidez y la movilidad, pero el capitán Patrick plantea un punto de importancia. Sin conocer la posición del enemigo, ¿cómo sabremos hacia dónde dirigirnos?

La princesa elfa consideró las palabras del caballero y después se volvió hacia el capitán Caerscion y el capitán Markham, que habían permanecido silenciosos hasta el momento.

—¿Y vosotros, mis buenos caballeros? —inquirió Laurana—. ¿Aconsejáis también una parada aquí, en la planicie?

—Sí, general —repuso Caerscion—. Con unos cuantos días para preparar atrincheramientos y un buen esfuerzo en misiones de reconocimiento, podemos presentar una posición fuerte. La Dama Oscura nos encontrará y atacará, pero nos enfrentaremos a sus tropas bien descansados y dispuestos para la lucha.

—Pero, si nos detenemos, la Señora del Dragón podrá atacarnos con todas las armas que tenga a su disposición. Ello incluye el Ala Roja... y todavía ignoramos dónde está el ejército de reserva. Por el contrario, si seguimos moviéndonos, obligamos al enemigo a continuar la persecución. Es mucho menos probable que así logren agrupar un contingente tan numeroso como el que podrían reunir si nos detuviéramos. —Las observaciones de Markham provocaron el gesto ceñudo y la iracunda desaprobación del capitán Patrick.

Laurana sonrió, agradablemente sorprendida por los comentarios del joven capitán.

—¡Exactamente! Y por ese motivo reanudaremos la marcha mañana, pero cambiando el curso.

—¡Otra vez! —gritó, exasperado, Patrick—. ¡Si no hay modo de convencerte para que detengas la marcha, al menos regresemos hacia Palanthas!

—Lo haremos, capitán Patrick. Sólo que no llegaremos tan lejos. Nuestro punto de destino es el campo de batalla final. Y ése, os lo aseguro, será el que nosotros escojamos.

El caballero Espada señaló con un gesto las anchas llanuras que se extendían por todas partes.

—Cualquier trozo de pradera es muy semejante a otro.

—En su mayor parte —admitió Laurana—. Pero existen excepciones.

Los otros hicieron una pausa, curiosos por saber lo que la joven elfa diría a

continuación. Markham esbozaba una media sonrisa. El caballero Espada y el caballero Caerscion aguardaban con evidente aprensión. Gilthanas parecía aburrido e impaciente y sus ojos fueron hacia la hembra de dragón plateado que descansaba fuera de los límites de la hoguera.

El capitán Patrick, por supuesto, mostró un ceñudo gesto de desagrado. Finalmente fue incapaz de sujetar más su lengua.

—¿Excepciones? —inquirió con voz tonante.

—Exactamente —anunció el Áureo General—. Excepciones, como los ríos. Y por eso, tan pronto como hayamos alcanzado la ribera del Vingaard, lo cruzaremos otra vez.

Se produjo una pausa en el consejo mientras los capitanes asimilaban la inesperada noticia y alzaban las cejas en un gesto de sorpresa. Por una vez, no obstante, los caballeros no acogieron los proyectos de su general con un coro de objeciones; las ventajas del plan de la mujer elfa resultaban evidentes para todos. Una vez que hubiesen cruzado a la orilla oeste —o, mejor dicho, la norte, pues el río ya había iniciado la amplia curva hacia el este en dirección a Kalaman—, el Vingaard sería una barrera que se interpondría entre ellos y las Alas Roja y Blanca del ejército de los Dragones.

—¿Pero así no les daremos oportunidad de reagrupar sus fuerzas? Hemos hecho grandes esfuerzos para evitar que eso ocurra —aventuró el capitán Markham con agudeza.

Laurana frunció el entrecejo. Su rostro, con el juego de luces y sombras del moribundo fuego, adquirió de nuevo aquella apariencia de madurez. Las arrugas del cansancio y la tensión marcaban surcos en torno a su boca y sus ojos.

—Sí, así es —admitió—. Mi esperanza estriba en que Ariakas y Kitiara crean que su presa se escabulle a la seguridad de la Torre del Sumo Sacerdote y nos persigan con demasiada premura. Si el Ala Roja llega primero al río, podemos incitarla a cruzar la corriente antes de que el ejército de reserva o el Ala Azul puedan unírsele.

—¿Y si no ocurre así? —sugirió el capitán Patrick, beligerante.

—Tenías razón con la observación que hiciste anteriormente, caballero —dijo Laurana; Patrick cerró la boca y parpadeó desconcertado por la sorpresa—. Las nubes cernidas sobre las montañas Dargaard nos impiden localizar a nuestro enemigo. Si permanecemos tan lejos al este, todos los ejércitos de los Dragones reunidos podrán caer sobre nosotros antes de que tengamos tiempo de reaccionar. Ésta es la razón por la que necesitamos cubrirnos con el Vingaard.

—¿Transportaremos a las tropas por aire otra vez? —preguntó el caballero Espada con expresión preocupada—. Fue un proceso lento y no podemos confiar en llevarlo a cabo por segunda vez sin que seamos interrumpidos.

—Tendremos que hacerlo —fue la opinión del capitán Caerscion—. Hay un vado en la curva del río... El vado Margaard, creo que se llama, pero no cabe

duda de que resulta peligroso en esta época del año. La corriente arrastraría a un caballero equipado con armadura y montado en su caballo de batalla, por no mencionar a los infelices soldados de infantería.

—Tal vez podamos utilizar el vado. No lo sabré hasta mañana. Caballeros, estoy cansada. Os doy las buenas noches.

Laurana se dio media vuelta y sólo Mellison vio la sonrisa que curvaba los labios del general. Por su observación acerca del vado, era evidente que Laurana ya tenía desarrollado su plan, pero no lo había compartido con nadie.

Así pues, de nuevo el ejército levantó el campamento antes del amanecer y regresó hacia el Vingaard. El caudaloso río, distante a menos de quince kilómetros en dirección noroeste, estaba muy crecido con las aguas del deshielo. Al final de un día de marcha, todo el ejército alcanzó la margen del río, pero Laurana ya había puesto en marcha la siguiente etapa del plan.

Mientras las tropas se dirigían hacia el vado Margaard, el Áureo General despachó a sus dragones de latón y de bronce al borde del banco de nubes para que permanecieran alertas a la aparición del ejército enemigo. Entretanto, Laurana, montada en su dragón plateado, voló hacia el sur, en dirección al tramo más angosto del Desfiladero. Se hizo acompañar por todos los dragones plateados, incluida la poderosa Silvara, a la que iba montado su hermano Gilthanas. Éste informó a Porthios, su hermano, por carta:

«La seguimos sin preguntar. Para entonces nuestra fe en Laurana era absoluta. ¡Incluso los bruscos capitanes de las órdenes de caballería habían empezado a tratarla con un “medido” respeto!

» Yo había viajado a lo largo de la orilla del Desfiladero y no cabía duda del lugar seleccionado por Laurana para el trabajo de los dragones plateados: grises paredes de granito se alzaban treinta metros a ambos lados del río, obligando al caudaloso Vingaard a correr por una garganta de apenas sesenta metros de anchura. En primavera el crecido río se convierte en un furioso torrente que se abre paso entre un bosque de peñascos, con sus aguas agitándose en un caótico remolino.

» Menos de ochocientos metros más adelante, las paredes de la garganta descienden en declive y el río recupera otra vez su anchura para fluir con engañosa placidez. Permanece así domado durante todo su curso hasta el vado Margaard, a unos ochenta kilómetros del Desfiladero. En primavera, la época que tuvo lugar la batalla, el caudal había alcanzado su mayor altura y rodeaba con rabioso ímpetu los peñascos que salpican el lecho del río, rugiendo colérico contra cualquier cosa que se atreviese a entrar en esta garganta.

» Pero los dragones plateados entraron y aterrizaron en los peñascos, luchando para sujetarse en las resbaladizas rocas; algunos perdieron el equilibrio y se remontaron de nuevo en el aire antes de ser arrastrados por la corriente. Finalmente, algunos se encaramaron en lo alto de los peñascos lamidos por el

agua y otros se apostaron en las rocosas orillas. Con los largos cuellos extendidos hacia abajo, los grandes reptiles aguardaron las siguientes instrucciones de su Áureo General.

» Laura dio la orden, y los dragones plateados soplaron la superficie del agua; con las fauces abiertas de par en par, sus pulmones expulsaron el arma más potente y letal de un reptil plateado: una ráfaga de helada escarcha que lanza su garra gélida a través de todo cuanto haya en su camino y penetra mágicamente en su diana, eliminando cualquier vestigio de calor. Es un ataque que absorbe la vida de los miembros mortales, que mata frágiles hojas mientras la ráfaga resquebraja la quebradiza roca tornándola polvo helado... Que, de manera instantánea, conviene el agua en hielo.

» Una y otra vez, cada dragón exhaló su poderoso aliento y el río Vingaard se congeló en su lecho. Un cinturón de hielo, que se extendía hasta el fondo y se aferraba firmemente a las grandes rocas del lecho del río, represó las aguas. A medida que la presión de la constante corriente aumentaba y las olas rebosaban por encima del helado dique, los dragones expulsaban de nuevo su aliento, de manera que añadían más y más altura a la presa.

» El curso por detrás de este cuello de botella era mucho más ancho y profundo que el punto obstruido. Las aguas del Vingaard se acumularon allí, agitadas y arremolinadas, y, extendiéndose fuera del cauce, inundaron las riberas. Aunque el lago que se formó siguió expandiéndose de manera gradual y constante, el dique de hielo —de gran grosor y firmemente asentado en el marco del lecho rocoso— aguantó la presión.

» Al otro lado de la presa, el poderoso Vingaard empezó a disminuir hasta convertirse en un chorrito que se deslizaba entre los mojados bancos de tierra y piedra. Ochenta kilómetros al norte del Desfiladero, corriente abajo de la presa, el ejército de Solamnia llegó al vado Margaard a la caída de la noche y encontró el cauce demasiado alto todavía para cruzarlo con seguridad.

» Esa noche los dragones de latón regresaron con la nueva: el ejército de los Dragones estaba en marcha. Las Alas Roja y Azul se habían unido con la poderosa ala de reserva, que debía de haber estado marchando hacia el norte, procedente de Sancton, desde hacía semanas, oculta por las crestas de las montañas Dargaard y las nubes» .

En verdad, Excelencia, sabemos por los registros del ejército de los Dragones que Ariakas había puesto en acción a la formación semanas antes, aun antes de la derrota sufrida en la Torre del Sumo Sacerdote. A pesar de que al principio el emperador en persona dirigía esta formación, en la fecha de la campaña el mando había pasado al comandante Bakaris.

Ahora la totalidad de las fuerzas avanzaban bajo un enjambre de dragones rojos y azules, los reptiles malignos más poderosos, con el propósito de destruir al ejército de Solamnia. Para los capitanes de los caballeros, que recibieron esta

comunicación con un vado, en apariencia imposible de cruzar, a sus espaldas, la noticia debió de ser terrible, ciertamente.

No obstante, el Áureo General se reunió allí con sus oficiales y les dijo que cruzarían por la mañana. No se han reflejado por escrito sus reacciones, pero seguramente cualquier duda que albergaran debió de desaparecer a medida que el nivel del río descendía de manera gradual a lo largo de la noche. Para el alba, el vado era una serie de charcos que salpicaban un paso llano de gravilla. El ejército de Solamnia lo atravesó en cuestión de horas, en tanto que los dragones de cobre seguían vigilando las fuerzas en marcha del ejército enemigo.

Los dragones cobrizos se zambullían en picado y volaban en círculo en el horizonte, eludiendo a los rojos y azules, que con frecuencia se remontaban vertiginosamente en el cielo para hacerlos retroceder. Por fin, Bakaris comprendió que estas fútiles escaramuzas sólo conseguían cansar a sus dragones innecesariamente, y decidió que no malgastaran sus fuerzas y dejaran en paz a los espías aéreos de sus enemigos.

Bakaris se las ingenió para no caer en los errores de otros comandantes que hasta el momento se habían enfrentado con el Áureo General. Mantuvo a sus fuerzas agrupadas durante el avance, negándose a caer en cualquier maniobra de distracción que lo apartara de su meta: el ejército de Solamnia. Avanzó a una velocidad considerable, superando incluso el paso de las siempre rápidas marchas de las fuerzas draconianas. Y no perdió tiempo en desplegar su ejército para la batalla cuando por fin localizo a su enemigo.

Su destreza, determinación y, por supuesto, la magnitud de sus fuerzas lo convertían en un oponente muy peligroso. Se aproximó al ejército de Laurana con sorprendente rapidez y al amanecer, un día después de que el ejército de Solamnia cruzase el Vingaard, los exploradores montados a lomos de dragones divisaron en el horizonte el avance de sus tropas. El ejército de los Dragones alcanzaría el vado seco alrededor del mediodía. Los capitanes escucharon consternados los informes del ingente número de tropas enemigas. La derrota parecía inevitable.

Pero Laurana tenía un elemento final en su plan, una baza que guardó en secreto hasta el último momento por temor a los espías enemigos. Algunos de los obstinados caballeros, que rehusarían reconocer una táctica innovadora hasta caer desmontados de sus sillas al darse de narices con ella, debían de haber deducido cuál era. Aun así, la preocupación se extendió por el campamento mientras el alba data paso a la luz del día. Sólo seis horas los separaban de la batalla y ninguna barrera se interponía entre ambos ejércitos; a pesar de ello, Laurana retuvo a todos sus dragones en el campamento.

Mellison relata que los capitanes se reunieron en privado, mascullando con preocupación a medida que el sol se alzaba gradualmente en el cielo. Acababan de acordar que el capitán Markham fuera a hablar con el general cuando

Laurana los sorprendió convocándolos en su tienda.

—Parto ahora durante un corto tiempo y me llevaré a casi todos los dragones.

Los caballeros estaban ciertamente pasmados ante este anuncio, y si alguno de ellos logró reaccionar como para dar una respuesta, ésta se perdió para la historia.

—Os dejo a los plateados y los cobrizos. Formad una línea de defensa a lo largo de la orilla del río. Para esta noche habremos abierto el camino a Kalaman... o al Abismo.

Los caballeros hicieron vehementes objeciones, pero el Áureo General se mantuvo inflexible. Se mostró inusualmente sombría, quizás incluso severa, mientras se subía a *Quallathon*. Gilthanas estaba a su lado y le apretó la mano un instante. La gran formación de dragones de latón, bronceos y dorados se remontó en el aire. El sol matinal centelleó en sus alas mientras los monstruosos reptiles cobraban altura, cabalgando sobre las corrientes térmicas. Luego pusieron rumbo sur y volaron siguiendo la línea del vacío lecho del río.

Poco después el ejército de los Dragones se hacía visible desde los atrincheramientos de la orilla. Bakaris demostró ser tan agresivo en el campo de batalla como lo había sido durante la marcha. Sus dragones, oleadas de reptiles rojos y azules cuyos bramidos desafiantes resonaban en el cielo, se lanzaron al ataque sobre los dragones plateados y cobrizos que protegían al ejército de Solamnia. Gilthanas y Silvara, juntos como siempre, tomaron parte en el combate aéreo. El joven elfo escribió a Porthios:

«Vi caer una docena de Dragones del Bien en el primer choque, con las alas desgarradas por los chorros de ardiente aliento y heridas abiertas en sus carnes por los rayos de los azules. Silvara giró bruscamente, eludiendo el chisporroteante rayo lanzado por uno de los grandes dragones azules. Enarbolé mi lanza y logré desgarrar el ala del reptil mientras nos cruzábamos en el aire. Los dos dragones chocaron con una maniobra brutal, al tiempo que se atacaban con las afiladas garras mientras nos precipitábamos al suelo en una caída a plomo.

»Los dragones se separaron en el último momento, ambos heridos y sangrando. Silvara se esforzó por ganar altitud y perdimos de vista a nuestro enemigo en el caos del cielo humeante, pero conseguí hundir mi lanza en el vientre de un pequeño rojo que nos atacaba desde arriba. Mortalmente herido, el reptil y su jinete se precipitaron al suelo, dejando tras de sí una estela espiral de fuego y humo».

Sin embargo, tales victorias eran escasas. Gilthanas divisó muchos cadáveres de plateados y cobrizos desparramados por el paisaje que se extendía a sus pies. Finalmente, tras media hora de salvaje lucha, el elfo no tuvo más remedio que admitir la triste verdad: los Dragones del Bien habían perdido esta batalla. Más de la mitad habían perecido.

Infernales bolas de fuego arrojadas por los dragones rojos continuaban

haciendo estragos. Los rayos chisporroteantes que escupían los azules todavía zigzagueaban en el cielo, desgarrando alas cobrizas y achicharrando escamas plateadas. La superioridad numérica hacía inevitable el resultado de la contienda y, por último, Gilthanas y Silvara se vieron obligados a dar la orden de retirada a los Dragones del Bien para sobrevivir.

Durante el curso de la atronadora lucha en el cielo, las tropas terrestres de Bakarís alcanzaron con rapidez la orilla del vado. Hordas de goblins y hobgoblins, montados a lomos de aullantes lobos gigantes, cargaron de inmediato a través del seco pasaje.

El caballero Markham, al mando de una numerosa fuerza de caballeros, los vio aproximarse. Escribe:

«La frenética algarabía de las salvajes bestias caninas y sus no menos vociferantes jinetes llegaba hasta nosotros como un estruendo caótico. Se abalanzaron con sorprendente rapidez, chapoteando en los charcos someros que era cuanto quedaba del otrora caudaloso Vingaard».

Markham mantuvo a sus jinetes apartados de la margen occidental del vado. Cuando la atacante manada de lobos alcanzó el centro del cauce, el caballero hizo un ademán a los hombres encargados de hacer señales. Las trompetas atronaron al aire, y una línea de caballos protegidos con armaduras galoparon hacia la orilla. Los goblins y sus lobos llegaron a la margen más cercana, donde se encontraron con el aplastante avance de los corceles de batalla, equipados con las pesadas bardas, así como la caballería, protegida con armaduras completas. Markham sigue diciendo:

«Mi caballo arremetió y corcoveó en mitad de una enmarañada reyerta. Los lobos lanzaban dentelladas a los flancos de mi montura, haciéndola sangrar en varios sitios. Pero varias bestias cayeron con los cráneos destrozados y la espalda rota bajo los cascos de mi poderoso corcel.

»No bien los rugientes lobos se habían lanzado a una batalla desesperada contra mis caballeros, cuando tres mil draconianos kapaks se metieron en el vado para apoyarlos. En medio de chillidos y siseos en su horrible lenguaje, los reptiles agitaron sus alas salvajemente, apresurando su ya veloz avance en una avalancha fulgurante y atemorizadora.

»Salieron al paso de su carga los alabarderos de Palanthas, que estaban situados en una formación de tres filas a lo largo de la orilla. Las aceradas cabezas de sus armas se hincaron en sus atacantes de apariencia reptil. Aunque el ímpetu de la carga hizo vacilar las líneas con el impacto, los hombres se mantuvieron firmes, sin dejar una brecha. La formación de salvajes y rugientes draconianos se apiñó en la orilla del vado.

Aquí Bakarís empezó a revelar su propio plan; lanzó al resto de las fuerzas draconianas al ataque, manteniendo en reserva únicamente a las compañías de ogros. Al mismo tiempo, los dragones malignos aparecieron en el cielo, sobre los

combatientes, tras haber derrotado a los plateados y cobrizos. El comandante del ejército de los Dragones montaba su propio dragón, un poderoso azul.

Antes de levantar el vuelo envió su parte de guerra a Kitiara con un correo.

« ¡El momento de acabar con esto es *ahora*, cuando dominamos el cielo sobre el campo de batalla! ¡Me uno a mis jinetes de dragones, y nos lanzamos sin dilación sobre los Caballeros de Solamnia y los patéticos soldados de infantería de Palanthas y Ergoth, todos los cuales están indefensos contra esta violenta embestida!» .

Los caballeros de Markham habían rechazado por fin a los lobos; casi la mitad de los malignos carnívoros y sus jinetes yacían muertos en la orilla. Ahora, sin embargo, una nueva y mayor amenaza se aproximaba.

El caballero miró a lo alto con rabia y frustración viendo que el cielo se cubría de formas rojas y azules..., un cielo vacío de colores metálicos. Los perversos reptiles plegaron las alas y Markham tuvo la sensación de que las miradas de todas las bestias convergían en él. Los dragones se desplegaron en un amplio abanico que abarcaba la totalidad del ejército enemigo.

Las filas de los alabarderos y caballeros que estaban en la orilla se agitaron cuando el terror provocado por los dragones las recorrió. Markham maldijo a gritos e incluso utilizó la parte plana de su espada para intentar agrupar a los temblorosos soldados de a pie, pero sin resultado. Compañías enteras rompieron la formación y huyeron ciegamente del vado, aterrorizados más allá de la razón por los inmensos reptiles que se cernían en lo alto. Bolas de fuego y rayos destructivos se descargaron en el suelo con enorme estruendo, y su acción eliminó tropas enteras y derretió la rocosa orilla. Los gritos de los moribundos se entremezclaban con los alaridos de pánico de los hombres despavoridos... El espantoso ataque amedrentó a veteranos y reclutas por igual. En cuestión de segundos, la mayor parte del ejército de Solamnia se había desperdigado y huía, abandonando la defensa del vado.

Excelencia, aquí tengo que hacer la observación de que, si los Dragones del Mal no hubiesen gastado tanto sus limitadas armas naturales contra Gilthanas y sus compañeros, la carnicería habría sido mucho peor. No obstante, en pocos momentos, el ejército de Solamnia se tambaleó al borde del desastre total.

Entretanto Laurana había volado hacia el sur a toda velocidad; la coordinación de sus acciones era crucial. Muy pronto la formación de los Dragones del Bien, con su Áureo General, llegó al Desfiladero, donde la constante corriente del gran río durante la noche se había frenado contra la presa de hielo. Un nuevo y vasto lago se extendía por las llanuras a ambos lados. Laurana y *Quallathon* aterrizaron delante del inmenso dique blanco, que relucía con la luz del sol pero que no se derretía merced al frío aire primaveral. Los otros dragones dorados y de latón también descendieron y se posaron en el rocoso lecho del río. Los dragones de bronce volaban en círculo sobre sus cabezas,

atentos a cualquier interferencia por parte del ejército enemigo.

De nuevo el Áureo General hizo que sus dragones utilizaran su aliento en el río Vingaard, pero en esta ocasión en forma de calor. Los dorados lanzaron explosivas bolas de fuego; de los de latón salieron abrasadoras ráfagas de aire incandescente. Los ardientes alientos barrieron la superficie congelada, atacando con su calor arcano las mismas aguas que antes habían sufrido el asalto del frío.

En medio de fuertes convulsiones, las inmensas láminas de hielo se resquebrajaron y se partieron con el rápido cambio de temperatura, para acabar desmoronándose. Enormes trozos se soltaron y cayeron en las agitadas aguas. El dique cedió con un estampido y las aguas del Vingaard se desbordaron estruendosas, con un empuje mucho mayor del que habían tenido incluso con su caudal más alto de primavera.

El inmenso y recién formado lago rugió a través de la nueva desembocadura, arrastrando enormes trozos de hielo de aristas tan afiladas como dagas en el frente de la rugiente ola. Rocas que habían permanecido un siglo en el lecho del río se soltaron en cuestión de segundos y rodaron a tumbos con la corriente, como grandes máquinas de guerra.

Sobre las aguas volaban los dragones dorados, bronceos y de latón. Ahora se dirigían hacia el norte, compitiendo con el torrente aunque igualando su velocidad a duras penas. En consecuencia, tanto las aguas como los Dragones del Bien llegaron al vado Margaard al mismo tiempo, poco más de dos horas después de que se desmoronara la presa.

No obstante, según Gilthanas, la situación estaba al borde del desastre. Los dragones plateados todavía volaban en el cielo, obligados a mantenerse apartados del campo de batalla, con su número tristemente reducido. Ya había perdido toda esperanza de alzarse con la victoria cuando atisbo el brillo del sol en alas doradas.

Los poderosos dragones de oro lanzaron un grito de desafío que fue coreado por cientos de gargantas bronceas y de latón. Y debajo de las alas de reluciente metal surgía un remolino espumeante de agua, coronado por icebergs y peñascos.

La corriente barrió el vado de Margaard con toda la fuerza de una ola gigantesca, ahogando y aplastando a las tropas enemigas allí atrapadas. Al mismo tiempo, los dragones de Laurana y Gilthanas arremetieron contra los azules y los rojos. Los reptiles perversos lucharon desesperadamente, pero los vengativos atacantes acabaron rápidamente con sus enemigos en el mayor combate aéreo de la guerra. ¡Según mis cálculos, Excelencia, parece probable que fueran casi cuatrocientos dragones los que lucharon sobre el vado Margaard!

Vale la pena señalar, Excelencia, que el propio Bakaris fue hecho cautivo en este combate sostenido en el aire. Dejó de luchar para aferrarse a las crines de su dragón azul y así salvar la vida, después de que su propia montura fuera derribada. Fue el afamado Enano de las Colinas, Flint Fireforge, junto con su

escudero, montados a lomos de un bronceo, quienes lo derribaron. Éste fue el último vuelo de Fireforge a lomos de un dragón, pues juró que a partir de ese momento sus pies no dejarían de pisar tierra firme.

Las aguas del Vingaard reasumieron lentamente su nivel normal. Nunca sabremos cuántos cuerpos arrastró hasta el mar en su ruta hacia Kalamán. Las pocas tropas supervivientes pertenecían al Ala Azul y se apresuraron a regresar al alcázar de Dargaard, fortaleza todavía en poder de la Dama Oscura.

El ejército de los Dragones había sido expulsado de las llanuras y Laurana minoró un tanto la velocidad de marcha, a fin de que su agotado ejército descansara mientras se aproximaban, por fin, a la maltratada Kalamán. La ciudad había soportado un duro invierno de aislamiento y asedio, de manera que era apropiado que su libertadora y heroína atravesara las puertas de la ciudad para inaugurar la Fiesta de Primavera.

Ese evento pone fin a la historia de la campaña de Vingaard. Espero que Vuestra Gracia me disculpe por añadir varias de mis conclusiones, las cuales, estoy seguro, pueden establecerse dentro de los límites de la objetividad.

Es interesante señalar que la Dama Oscura, la Señora del Dragón, Kitiara, fue sentenciada a muerte por el emperador Ariakas a causa de su fracaso en esta campaña. Sin embargo, cuando el mandatario llegó a Dargaard para que se llevara a cabo la sentencia, Kitiara logró convencerlo de que mucho de lo ocurrido en la campaña había sido de acuerdo con su « plan ».

Es verdad que le fue perdonada la vida, pero sospecho que ello se debió más a su « amigo » el Caballero de la Muerte, lord Soth, que a un desliz en la capacidad de juicio de Ariakas. Es difícil imaginar que la campaña pudiese ser enfocada por el emperador desde otro punto de vista que no fuera una desastrosa y total derrota.

Retrospectivamente, el nombramiento de Laurana como comandante del ejército por Gunthar Uth Wistan queda plenamente justificado. El Áureo General demostró capacidad de iniciativa y audacia muy superiores a cualesquiera de las que habría hecho gala un Caballero de Solamnia. A decir verdad, la idea de utilizar el aliento de los dragones con propósitos estratégicos (represando el río) pone de manifiesto que superaba en astucia e ingenio a sus más avezados oponentes; ningún Señor del Dragón utilizó a los reptiles para otro propósito que no fuera una aplicación táctica en el campo de batalla.

En conclusión, Lauranthalasa de Qualinesti merece encontrarse entre héroes como Kith-Kanan, Vinas Solamnus y el propio Huma, como uno de los generales más grandes en la historia de Krynn.

Agradecido como siempre, quedo a vuestro servicio,

Foryth Teel, Escriba Mayor de Astinus

La historia que Tasslehoff prometió no contar nunca, nunca, nunca

Margaret Weis y Tracy Hickman

Capítulo 1

Supongo que os estaréis preguntando por qué os cuento esto si prometí no hacerlo. Estoy seguro de que a Tánis no le importará al ver que es a vosotros. Quiero decir, que ya sabéis todas las otras historias referentes a la Guerra de la Lanza y a los Héroes de la Lanza (de los cuales yo, Tasslehoff Burrfoot, soy uno) y de cómo hace diez años derrotamos a la Reina de la Oscuridad y a sus dragones. Ésta es sólo otra historia más, una que no se había contado. El por qué nunca se contó lo descubriréis cuando llegue a la parte referente a la promesa hecha a Fizban.

Todo empezó hace aproximadamente un mes. Viajaba por el río Vingaard, camino del alcázar de Dargaard. Ya sabéis lo que se cuenta del alcázar de Dargaard, sobre que está maldito y que lord Soth se supone que ronda por él. No he visto a lord Soth hace tiempo; es un caballero muerto y, si bien no somos exactamente amigos, es lo que podríamos llamar un conocido. Estaba pensando en él una noche y en cómo casi me mató una vez. (No le guardo rencor; los caballeros muertos tienen que hacer esta clase de cosas, ¿comprendéis?). El caso es que se me ocurrió que podía estar aburrido al no haber tenido otra cosa que hacer durante los pasados diez años, desde que derrotamos a la Reina Oscura, que asustar a la gente.

En fin, que pensé ir a visitar a lord Soth y ponerlo al corriente de los

acontecimientos recientes, en la idea de que tal vez me miraría fijamente con sus feroces ojos y me haría sentir maravillosamente frío y tembloroso por dentro.

Estaba de camino al alcázar de Dargaard cuando hice un alto en una pequeña villa que puedo mostraros en mi mapa, aunque no recuerdo el nombre. Tiene una bonita cárcel. Lo sé porque pasé la noche en ella al involucrarme en una discusión con un carnicero por una ristra de salchichas que me siguió cuando salía de su tienda.

Intenté hacer notar al carnicero que tenían que ser unas salchichas mágicas, porque no se me ocurría ninguna otra razón para que hubiesen acabado arrastrándose tras de mí. Creí que se alegraría al saber que tenía poderes para hacer salchichas mágicas, ¿sabéis? Y si me comí dos fue sólo para descubrir si producían algún efecto mágico en el estómago. (Hicieron un efecto, pero no creo que pueda llamárselo mágico. Tendré que preguntarle a Dalamar). En resumidas cuentas, que no lo alegró saber que tenía unas salchichas mágicas y a mí me metieron en la cárcel.

Sin embargo, al final todo acaba por resolverse, como mi abuela Burrfoot solía decir. Había un montón de kenders en la cárcel. (Una extraña coincidencia, ¿no os parece?). Lo pasamos muy bien juntos y me puse al corriente de lo ocurrido en Kendermore.

¡Y me enteré de que alguien me andaba buscando!

Era amigo de un amigo de un amigo mío y tenía un mensaje importante para mí. ¡Imaginaos! Un mensaje importante. A todos los kenders de Ansalon se les había dicho que me lo dieran si topaban conmigo. Éste era el mensaje importante:

«Reúnete conmigo en el Monumento del Dragón Plateado durante este aniversario. Firmado, FB» .

He de decir que el mensaje me pareció un poco confuso y todavía pienso que se perdió parte de él al pasar por tanta gente. Pero mis amigos me aseguraron que era exactamente como lo habían oído, o lo bastante parecido como para que la diferencia no fuera importante. Supe al punto quién era FB, por supuesto, y vosotros también debéis imaginároslo. (Tanis lo hizo. Lo sé por el quejido que dio cuando se lo mencioné). Y sabía dónde estaba el Monumento del Dragón Plateado, o Montaña del Dragón. Había estado antes allí con Flint, Laurana, Gilthanas, Theros Ironfeld y Silvara, antes de que nos enteráramos que ella también era un dragón plateado. Recordáis esa historia, ¿verdad? Astinus lo escribió todo y lo tituló La Tumba de Huma.

Estaba desconcertado con este mensaje y me preguntaba a qué aniversario se refería cuando el kender que me lo dio dijo que había otra parte más del mensaje:

« Repite el nombre de Fizban al revés tres veces y da una palmada » .

Aquello me sonaba a magia y a mí la magia me encanta. Pero, conociendo

como conozco a Fizban, me pareció aconsejable tomar precauciones. Les dije a los otros kenders que estaban en la celda conmigo que este mensaje era de un viejo mago bastante atolondrado y que el hechizo podía resultar muy interesante y que quizá debería esperar hasta la mañana siguiente, cuando todos estuviéramos fuera de la cárcel.

Pero los otros kenders dijeron que, si bien sería una pena que una cárcel tan bonita saltara por los aires, si es que la hacía saltar por los aires, ellos no querían perderse. Todos se reunieron a mi alrededor y empecé:

—¡Nabzif, Nabzif, Nabzif! —repetí rápidamente, aguantando la respiración, y luego di una palmada.

Una vez que se despejó el humo, descubrí que tenía un rollo de pergamino en las manos. Lo desenrollé con premura, pensando que tal vez era otro conjuro, ¿entendéis? Pero no lo era. Los otros kenders se quedaron muy desilusionados y algo disgustados porque no había hecho estallar la cárcel ni a mí mismo y se dedicaron otra vez a comparar las prisiones de otras zonas de Solamnia en tanto que yo leía el papel que tenía en las manos.

Resultó ser una invitación. Al menos, fue lo que me pareció que era. No resultaba fácil asegurarlo, con todos aquellos agujeros de quemaduras y borrones y manchas de algo que olía a mermelada de uvas.

La escritura era muy bonita y esmerada. No puedo copiarla, pero esto es lo que decía (incluyo borrones y manchas):

*Celebración del décimo aniversario de la (borrón) de la Dragonla (mancha).
que se celebrará en
El Monumento del Dragón Plateado
en la fiesta de Yule.
Héroe de la Lanza,
tu presencia se requiere encarecidamente.
Honramos al Caballero de Solamnia
que fue el primero en luchar con la (borrón, borrón),
sir (mancha y salpicaduras de té) ower*

Iba firmado: *Gunthar Uth Wistan*.

Bien, por supuesto, esto explicaba todo (sin incluir las manchas). Los caballeros organizaban una celebración en honor de algo, probablemente la Guerra de la Lanza. Y, puesto que soy uno de los Héroes, me habían invitado. Resultaba terriblemente excitante. Aplacé mi visita al caballero Soth (espero que lo entienda, si lee esto), me saqué de la cárcel con una llave que encontré en mi bolsillo y me encaminé de inmediato hacia la Montaña del Dragón.

Antes era casi imposible encontrarla. Pero después de la guerra los caballeros la convirtieron en un monumento y arreglaron las calzadas para que se pudiera llegar allí más fácilmente. Dejaron en ruinas la fortaleza en ruinas. La dejé atrás y deambulé un rato por el Bosque de Paz; después me detuve para admirar las aguas termales que burbujan como la tetera de Tika y crucé el puente donde vi las estatuas que parecían mis amigos, sólo que no eran más que estatuas. Probablemente por el monumento. Y entonces llegué al valle de Foghaven.

El valle de Foghaven tiene mucho que ver con el resto de la historia, así que os hablaré de él, en caso de que lo hayáis olvidado desde la última vez que estuve allí.^[1] Las aguas termales que se mezclan con las del lago de agua fría producen una niebla tan densa que apenas si puedes verte el copete delante de tus narices. Antes nadie sabía dónde estaba este valle, excepto Silvara y los otros dragones plateados que guardaban la Tumba de Huma, el lugar del último reposo de un gran caballero de hace mucho, mucho tiempo. Su tumba está allí, pero él no.

En el extremo norte del valle de Foghaven está el Monumento del Dragón Plateado. Se puede entrar en la montaña a través de un túnel secreto que parte de la Tumba de Huma. Lo sé porque accidentalmente me caí en él y fui absorbido por la tráquea de la estatua de dragón. Allí fue donde encontré a Fizban después de que muriese, sólo que no estaba muerto.

Y fue en esta montaña donde Theros Ironfeld forjó las Dragonlances. Y por eso es un monumento.

Cada año, en Yule, los caballeros acuden a la Montaña del Dragón y a la Tumba de Huma y cantan canciones de Huma y de Sturm Brightblade..., un buen amigo mío. También «relatan historias de gloria por el día y pasan la noche de rodillas, en oración, ante el féretro de piedra de Huma». Cito palabras de Tanis.

Conocía estas ceremonias, pero nunca había sido invitado hasta ahora, supongo que porque no soy un caballero. (Aunque verdaderamente me gustaría serlo algún día. Sé la historia de un semikender que casi se convirtió en caballero. ¿La habéis oído? Oh, vale, de acuerdo). Imagino que me invitaron este año porque era un año especial, al tratarse del décimo aniversario de algo que no pude leer por culpa del borrón. Pero no me importaba qué era, siempre y cuando se celebrara una gran fiesta para conmemorarlo.

Avanzaba trabajosamente a través de la niebla del valle de Foghaven, preguntándome dónde estaba (me había salido del camino), cuando oí unas voces. Por supuesto, me paré para escuchar y puede que también me escondiese tras un árbol mientras lo hacía. (Eso no es fisgonear. Se llama «cautela» y la cautela te conduce a disfrutar de una larga vida. A veces Tanis se pone muy pesado. Os lo explicaré más tarde).

Esto es lo que oí decir a la voz:

—«El décimo aniversario ha de ser una ocasión solemne, reverente, sagrada,

de dedicación renovada para todas las gentes buenas y justas de Kryn» . —¡Era Tanis! Estaba seguro de que era su voz, sólo que hablaba con el tono de lord Gunthar. Entonces Tanis añadió con su propia voz—: Basura. Todo es un montón de basura.

—¿Qué...? —empezó otra voz, y supe que era la de Caramon y me sonó como el mismo y querido Caramon desconcertado de siempre. No podía creer que mi suerte fuera tanta.

—Tanis, cariño —llegó la voz de una mujer. ¡Era Laurana! Lo supe porque es la única que llama a Tanis « cariño» —. No hables tan alto.

—Pero ¿qué...? —Ése era Caramon otra vez.

—Nadie puede oírme —dijo Tanis, interrumpiéndolo. Se lo notaba verdaderamente irritado y con uno de sus días de humor cruzado—. Esta maldita niebla apaga cualquier sonido. La verdad es que los caballeros están teniendo problemas políticos en casa. Esa incursión hostil de los goblins en Throtl ha provocado tumultos en Palanthas. La gente opina que los caballeros deberían ir a las montañas y barrer del mapa a los draconianos y a los goblins y a cualquier otra cosa que no los barra antes. ¡Todo es culpa de ese nuevo grupo de zoquetes que dicen que deberíamos volver a los días dorados del Príncipe de los Sacerdotes!

—¿Pero es que Crysania no ha...? —lo intentó de nuevo Caramon.

—Oh, le recuerda la verdad a la gente —le respondió Tanis—. Y creo que la mayoría lo entiende. Pero los fanáticos están ganando partidarios, sobre todo cuando llegan refugiados contando historias sobre Throtl en llamas y goblins matando niños. Lo que nadie parece entender es que los caballeros no pueden reunir un ejército lo bastante numeroso para entrar en las Khalkist, aun cuando se aliaran con los enanos. El resto de Solamnia quedaría indefensa, que es probablemente lo que se está buscando conseguir con estas incursiones de goblins. Pero esos necios no quieren atender razones.

—Entonces, ¿por qué estamos...?

—¿Aquí? Por lo que he dicho antes —repuso Tanis—. Los caballeros están convirtiendo esto en un espectáculo público a fin de recordar a todos lo grandes y maravillosos que somos. ¿Estás seguro de que vamos en la dirección correcta?

Ahora podía verlos desde donde estaba escondido. (Cautela, no cotilleo). Tanis, Caramon y Laurana iban a caballo, y una escolta de caballeros cabalgaba detrás..., bastante más atrás. Tanis había sofrenado su montura y miraba en derredor como si creyera que se habían perdido; Caramon también miraba a uno y otro lado.

—Creo... —empezó Caramon.

—Sí, cariño —dijo Laurana con tono paciente—. Éste es el sendero. Ya he estado aquí antes, ¿lo has olvidado?

—Hace diez años —le recordó Tanis, volviéndose a mirarla con una sonrisa.

—Sí, diez años —repuso ella—. Pero no es fácil que jamás lo olvide. Estaba con Silvara y Gilthanas... y Flint. El querido y viejo Flint. —Suspiró y se limpió algo de la mejilla.

Sentí un nudo en la garganta de manera que me quedé detrás del árbol hasta que logré contener la emoción. Oí a Tanis carraspear, rebullir inquieto en la silla y acercarse a Caramon. Sus caballos estaban muy juntos, hocico contra hocico, y casi pegados a mi nariz.

—Tenía miedo de que esto ocurriera —dijo Tanis en voz baja—. Intenté convencerla para que no viniese, pero insistió. Malditos caballeros. Sacando brillo a sus armaduras y a sus recuerdos de gloria de hace diez años, esperando que la gente recuerde la batalla de la Torre del Sumo Sacerdote y olvide el saqueo de Throtl.

—¿De verdad han saqueado Throtl?—Caramon parpadeó.

—No exageres, Tanis —reprendió Laurana mientras azuzaba a su caballo para reunirse con ellos—. Y no te preocupes por mí. Es bueno que te acuerden a aquéllos que se fueron antes que nosotros y que nos esperan al final de nuestro largo viaje. No son amargos los recuerdos que guardo de mis queridos amigos. No me producen infelicidad; sólo tristeza. Es nuestra pérdida, no la suya. —Sus ojos fueron hacia Caramon mientras hablaba.

El hombretón sonrió y asintió con un cabeceo de silencioso entendimiento. Estaba pensando en Raistlin. Lo sé porque también yo pensaba en él y algo de niebla se me metió en los ojos y me los puso húmedos. Pensé en la inscripción que Caramon había hecho esculpir en la pequeña estela colocada en Solace en honor de Raistlin:

Alguien a quien se le concedió la paz por su sacrificio. Alguien que duerme, tranquilo, en una noche eterna.

Tanis se rascó la barba. (En ella había unas cuantas hebras plateadas ahora, por cierto. Le da un aspecto muy distinguido). Parecía sentirse frustrado.

—Verás a lo que me refiero cuando lleguemos allí. Los caballeros se han tomado tantas molestias y han hecho un gran gasto en algo que no creo que ayude a solucionar las cosas. La gente no vive en el pasado, sino en el presente. Es lo que ahora cuenta. Los caballeros necesitan realizar algo que haga renacer nuestra fe en ellos, no recordarnos lo que eran hace diez años. Algunos empiezan a decir que, de todas formas, todo fue obra de hechiceros. De los dioses y de la magia. —Sacudió la cabeza—. Ojalá pudiésemos olvidar el pasado y dedicarnos sólo al futuro.

—Pero debemos recordar el pasado, y honrarlo —dijo Caramon, que por fin logró acabar una frase completa. No lo habría conseguido, ya que Tanis estaba muy acalorado, pero el semielfo se vio forzado a guardar silencio a causa de un estornudo—. Si la gente está dividida ahora, parece lógico recordarle aquel tiempo en que tuvo que unirse.

—Si lográramos eso, valdría la pena —masculló Tanis antes de estornudar. Rebuscó algo en sus bolsillos, probablemente un pañuelo. Es muy poco cuidadoso y siempre está perdiendo cosas. Lo sé porque en ese momento sostenía yo su petate.

Os contaré cómo vino a parar a mis manos. Había salido de detrás del árbol, dispuesto a sorprenderlo, y me agarré al fardo, que estaba atado (no muy bien) en la parte posterior de la silla. De repente el petate se soltó y se quedó en mis manos. Pude haberle dicho algo en ese momento, pero estaba hablando otra vez y no habría sido educado interrumpirlo, así que cogí el hatillo y me metí detrás del árbol y miré dentro para asegurarme que era de él y no de alguna otra persona, por equivocación.

—Pero los caballeros no hacen otra cosa que vivir del pasado —decía Tanis—. Acuérdate de lo que te digo. ¿Has oído la última canción que han hecho sobre Sturm? Un juglar la cantó para nosotros anoche, antes de partir. No pude menos que echarme a reír.

—Lo ofendiste profundamente —comentó Laurana—. Ni siquiera se quedo a pasar la noche. Y tampoco había necesidad de seguirlo hasta la puerta, gritándole.

—Le dije que cantara la verdad la próxima vez. Sturm Brightblade no fue un dechado de virtud y valor. Era un hombre y tenía los mismos miedos y las mismas faltas que el resto de nosotros. ¡Que cantara eso! —Tanis estornudó otra vez—. ¡Maldita humedad! El frío se te mete en los huesos. Y tendremos que pasar la noche de rodillas en una vieja y enmohecida tumba. ¿Dónde infiernos he puesto mi pañue...?

Bueno, naturalmente, estaba en el petate.

—¿Es éste, Tanis? Lo dejaste caer —dije mientras salía de la niebla.

Una vez que salieron de su estupor, se mostraron muy contentos de verme. Laurana me abrazó (¡qué hermosa es!) y me preguntaron dónde iba y yo se lo dije y ellos no parecieron sentirse ya tan contentos.

—Se suponía que debías invitarlo —dijo Laurana.

(O fue eso lo que dijo, o: «Se suponía que no debías invitarlo»). No estoy seguro, ya que hablaba tan bajo que tuve que estirar las orejas para oír).

—No lo hice —repuso Tanis, que miró de hito en hito a Caramon.

—¡Tampoco yo! —exclamó con énfasis el hombretón.

—Oh, no os preocupéis —los tranquilicé, no queriendo que se sintieran mal por haber olvidado invitarme—. Tengo mi propia invitación. Me encontré, por decirlo así. —Y la levanté para enseñársela.

Todos la miraron tan pasmados y atónitos que pensé que mejor no les decía quién me la había enviado. Como ya he dicho, Tanis siempre gime cuando menciono a Fizban.

El semielfo le susurró algo a Caramon que sonó algo así como: «Sólo

empeoraremos las cosas si intentamos librarnos de él... seguirnos... no le quites los ojos de encima» .

Me pregunté de quién estarían hablando.

—¿De qué habláis? —pregunté—. ¿Quién os seguiría? ¿No quitar los ojos de encima de quién?

—Te daré tres oportunidades para que lo aciertes —refunfuñó Tanis mientras me tendía la mano y me aupaba para montarme en su caballo, detrás de él.

En fin, pasé el resto del viaje al Monumento del Dragón Plateado haciendo conjeturas, pero Tanis dijo que no acerté ninguna vez.

Capítulo 2

—Os pedí que no trajeseis al kender —dijo lord Gunthar.

Creyó que hablaba en voz baja, pero le oí. Miré a mi alrededor y me pregunté dónde estaría ese otro kender al que se referían. Sabía que no podía ser yo porque soy uno de los Héroes de la Lanza.

Nos encontrábamos en la galería superior que está dentro del Monumento del Dragón Plateado. Es una estancia grande, llena de Dragonlances en un lado, y está destinada para celebraciones ceremoniosas como ésta. Todos nos habíamos puesto nuestras mejores ropas porque, como dijo Tanis, ésta era una ocasión solemne y reverente. (Yo llevaba mis nuevas polainas púrpuras con el ribete rojo que Tika les había cosido y mi camisa de piel de gamo con los adornos de cuentas amarillas, naranjas y verdes que me había regalado Goldmoon).

Había montones de caballeros con sus relucientes armaduras, y Caramon (Tika se había quedado en casa con los niños) y Laurana estaban allí y más gentes que no conocía. Se esperaba la llegada de Crysania en cualquier momento. Era muy emocionante y yo no estaba aburrido; o no lo habría estado si hubiese podido dar una vuelta y hablar con la gente. Pero Tanis dijo que tenía que permanecer cerca de él o de Caramon o de Laurana.

Pensé que era muy amable de su parte querer tenerme cerca de ellos, de manera que hice lo que dijo Tanis, aunque comenté que sería más cortés mezclarnos con los demás invitados.

Tanis dijo que por ningún concepto me mezclara con nadie.

—No lo traje yo —estaba diciéndole a Gunthar—. De un modo u otro ha conseguido una invitación. Además, tiene derecho a estar aquí. Es tan héroe como el resto de nosotros. Tal vez más.

De nuevo me pregunté de quién estaría hablando Tanis. Esa persona me parecía un tipo muy interesante. El semielfo iba a añadir algo, pero estornudó. Debía de haber cogido un buen resfriado en el valle de Foghaven. (A menudo me he preguntado por qué se dice «has cogido un resfriado»). Quiero decir que nunca he conocido a nadie que fuera tras un resfriado y tampoco sé de nadie que

salga a la caza del resfriado. Me parece que tendría más sentido decir que el resfriado te ha cogido a ti).

—Salud —dijo Gunthar y después dio un largo suspiro—. Supongo que no se puede remediar. Estarás pendiente de él, ¿verdad?

Tanis prometió que lo estaría. Le di su pañuelo. Curioso, el modo en que pierde las cosas una y otra vez. Gunthar se volvió hacia mí.

—Burrfoot, mi viejo amigo —empezó, al tiempo que echaba las manos a la espalda. Un montón de gente tiene la costumbre de hacer eso cuando nos presentan—. Encantado de volver a verte. Espero que las calzadas que recorriste hayan sido rectas y soleadas. —(Ésta es una fórmula cortés de saludar a un kender y me pareció muy refinado por parte del caballero usarla. Hay poca gente tan considerada).

—Gracias, comandante Gunthar —repuse mientras le tendía la mano. Suspiró y me la estrechó. Advertí que lucía unos bonitos brazales de plata y una daga muy elegante—. Espero que tu esposa se encuentre bien —añadí cortésmente, no queriendo ser menos. Al fin y al cabo, ésta era una ocasión ceremoniosa.

—Sí, gracias. Le... eh... gustó mucho el regalo de Yule.

—¿De veras? —Me sentía excitado—. Me alegra que le gustara. Siempre recuerdo la ocasión en que Fizban y yo pasamos Yule en tu castillo, justo después de que... eh..., después de...

¡Vaya, había estado a punto de revelar la historia que se suponía que no debía contar! ¡Habría sido terrible! Por fortuna, conseguí pararme a tiempo.

—Eh... quiero decir... justo antes de que se celebrara el consejo de la Piedra Blanca, cuando rompí el Orbe de los Dragones y Theros quebró la roca con la Dragonlance. ¿Lo ha utilizado ya?

—¿La lanza? —Gunthar parecía confuso.

—No, no, el regalo de Yule —le aclaré.

—Bueno... en fin... —Ahora Gunthar parecía apurado—. El mago Dalamar nos aconsejó que no lo hiciéramos...

—Ah, así que era mágico. —Moví la cabeza arriba y abajo—. Tenía la sensación de que podía serlo. Lo habría probado yo mismo, pero he tenido un par de experiencias con anillos mágicos y, aunque fueron ciertamente interesantes, no me apetecía convertirme en ratón o ser transportado mágicamente a un castillo con un hechicero perverso en aquellos momentos. No era conveniente, si entiendes a lo que me refiero.

—Sí —repuso Gunthar mientras se tiraba suavemente del bigote—. Lo entiendo.

—Además, opino que se debe compartir experiencias así. Sería muy egoísta guardarlas para uno mismo. Y no es que quiera que a tu esposa la transporten mágicamente al castillo de un hechicero perverso. A menos que se sienta inclinada a hacer ese viaje, claro está. Es un buen modo de romper la rutina. Por

ejemplo, ¿te he contado alguna vez cuando estuve...?

—Disculpadme —dijo Gunthar—. Debo ir a dar la bienvenida a nuestros otros invitados.

Hizo una inclinación con la cabeza, comprobó que llevaba todavía sus brazales y se marchó.

—Un hombre muy educado —comenté.

—Dame la daga —dijo Tanis con un suspiro.

—¿Qué daga? No llevo ninguna daga.

Entonces reparé en que sí llevaba una. Una daga elegante, con la empuñadura decorada con rosas. ¡Imaginaos mi sorpresa!

—¿Es tuya? —pregunté pesoso, pues era una daga realmente elegante.

—No, pertenece a Gunthar. Dámela.

—Supongo que se le ha caído —deduje, y se la entregué a Tanis. Después de todo, tenía mi propia daga, a la que llamo Mataconejos, pero ésa es otra historia.

Tanis se volvió hacia Caramon y le dijo algo acerca de atar las manos de alguien y meterlo de cabeza en un saco. Aquello sonaba extremadamente interesante, pero no escuché a quién se referían porque de repente vi a alguien a quien no esperaba ver.

Alguien a quien no quería ver.

Alguien a quien se supone que no tenía que ver.

Me sentí muy raro durante un instante, algo parecido a como se siente uno justo después de recibir un golpe en la cabeza y un momento antes de ver estrellas y lucecitas, y después todo se pone oscuro.

Lo mire fijamente y entonces comprendí que no podía ser él, porque era muy joven. Quiero decir que hacia diez años que no veía a este caballero y supongo que en ese tiempo debía de haber envejecido. Así pues, empezaba a sentirme un poco mejor cuando vi al otro caballero. Estaba de pie, un poco más atrás que el primer hombre que había visto. Entonces comprendí que el más joven tenía que ser su hijo. Todavía confiaba en estar equivocado. Después de todo, habían pasado diez años.

Tiré a Tanis de la manga.

—¿Es aquél Owen Glendower? —pregunté, señalando.

Tanis miró hacia allí.

—No, ése es el hijo de Owen, Gwynfor. Owen Glendower es el que está detrás, cerca de las lanzas. —Entonces me miró y frunció el entrecejo—. ¿Cómo es que conoces a Owen Glendower? Yo no lo conocí hasta después de que la guerra terminase.

—No lo conozco —repuse, sintiéndome más enfermo que nunca.

—Pero si acabas de decir su nombre y me has preguntado si era él.

Tanis es muy terco a veces.

—¿El nombre de quién? —pregunté. Me sentía fatal.

—¡El de Owen Glendower!

No me parecía correcto que chillara tanto en una ocasión ceremoniosa, y se lo dije.

—No sé quién es —añadí. Y entonces, para empeorar aún más las cosas, entró Theros Ironfeld.

¿Sabéis quién es Theros Ironfeld? Seguro que sí, pero creo que debería aclararlo, por si acaso lo habéis olvidado. Theros es el herrero del brazo de plata que forjó las Dragonlances con la plata líquida del estanque que algunos creen que está debajo de la Montaña del Dragón.

—¡También Theros! —Tenía dificultades para respirar.

—Sí, por supuesto —dijo Tanis—. Es el décimo aniversario de la Forja de la Lanza. ¿Es que no lo sabías? Lo dice en la invitación. Nos reunimos aquí para honrar a Owen Glendower, el primer caballero que utilizó la Dragonlance contra un dragón.

¡En mi invitación no decía eso! La saqué de mi bolsillo y la leí otra vez. Mi invitación decía que honrábamos a « sir (borrón) ower » .

En fin, permitidme que os diga que fue un milagro que no me desplomara allí mismo en un estado de postración nerviosa. (No estoy seguro de lo que significa eso, pero describe muy bien cómo me sentía).

—No me encuentro bien, Tanis —dije mientras me llevaba una mano a la frente y la otra al estómago, pues ambas partes de mi anatomía estaban comportándose de una manera muy rara—. Creo que iré a acostarme.

Mi intención era marcharme, de veras. Me alejaría de aquella Montaña del Dragón tan deprisa como me fuera posible. Sólo que no se lo dije así a Tanis, porque él y Laurana y Caramon se habían alegrado tanto de verme y se habían mostrado tan interesados en que estuviera siempre cerca de ellos que no quería herir sus sentimientos.

Pero el semielfo me cogió por el brazo y dijo:

—No, tú te quedas conmigo. Al menos hasta que finalice la ceremonia.

Aqué! era un detalle muy amable por su parte, aunque inconveniente e incómodo para mí. Decidí que tal vez podría aguantar hasta el final de la ceremonia, sobre todo si Owen Glendower no me hablaba; y me daba en la nariz que Owen tenía tan pocas ganas de hablar conmigo como yo las tenía de hablar con él. Tanis me explicó que todo cuanto tenía que hacer era adelantarme con él cuando Gunthar pronunciara mi nombre como uno de los Héroe! de la Lanza. No tenía que decir nada, sólo inclinar la cabeza y mostrarme muy honrado por la distinción.

Después los caballeros cantarían y se dirigirían a la Tumba de Huma para rezar y, puesto que no se me permitía ir allí (cosa que no entiendo, ya que he estado varias veces en ella, como descubriréis más adelante), entonces podría marcharme o asistir a la cena.

Yo no tenía ni pizca de hambre, pero le dije a Tanis que estaba de acuerdo y me escondí detrás de Caramon (seis kenders podrían ocultarse tras él) para que Owen no me viera, y confié en que todo terminara enseguida. Estaba tan nervioso que olvidé preguntar a Gunthar sobre Fizban, que no había acudido a la celebración.

La ceremonia empezó. Gunthar y todos los dignatarios se alinearon delante de las Dragonlances que jalonaban toda la parte delantera de la galena superior. Oí el inicio del discurso de Gunthar. Fue éste:

—Los caballeros venimos a renovar el compromiso de dedicar nuestras vidas a la lucha contra el Mal que todavía existe en el mundo.

» La Reina de la Oscuridad libra una guerra constante y eterna con las fuerzas del Bien. Aunque sus dragones se han retirado a escondrijos ocultos, continúan haciendo estragos en el mundo. Sus ejércitos de goblins, draconianos y ogros, así como otras criaturas perversas, se levantan desde sitios oscuros para matar, quemar y saquear.

Esto era interesante y empecé a respirar con más facilidad, pero justo entonces empezó a hablar sobre la magia de las Dragonlances, que habían sido bendecidas por el propio Paladine y que habían sido las responsables de la derrota de los dragones de la Reina Oscura. Cuanto más hablaba de esta manera Gunthar, más empeoraba la rara sensación en mi estómago.

Sentía frío y calor, las dos cosas al tiempo, lo que puede pareceros entretenido, pero os aseguro que no lo es. Podéis creerme. Resulta muy desagradable. Después, la estancia empezó a pandearse hacia adentro y hacia afuera.

Gunthar presentó a Theros Ironfeld y contó cómo había forjado la mágica lanza. Después hizo que Owen Glendower se adelantara.

—El primer caballero que utilizó la Dragonlance en batalla.

Y alguien emitió una especie de grito estrangulado y cayó al suelo con lo que Tanis llamó un ataque, pero yo opino que era un estado de postración nerviosa. Al principio pensé que había sido yo, pero luego comprendí que no, porque seguía de pie.

Era Owen Glendower.

Aquello puso un final verdaderamente rápido a la ceremonia.

Pude haberme marchado entonces, porque Tanis me soltó y corrió hacia Owen. Todo el mundo corría hacia Owen; supongo que para verlo con su ataque. Estoy seguro de que debió de ser emocionante, a juzgar por los ruidos que hacía, borbotando y sacudiéndose en el suelo, y me habría gustado verlo, sólo que temía sufrir un ataque yo mismo en cualquier momento.

—¡Echaos atrás! —gritó Caramon—. No lo dejáis respirar.

Pobre Caramon. Como si creyera que nos estábamos tragando todo el aire de aquella inmensa estancia sin dejar una pizca para que Owen pudiera seguir

teniendo sus convulsiones. Sin embargo, todos le hicieron caso (he notado que es lo que casi siempre ocurre, sobre todo cuando flexiona los músculos de los brazos) y retrocedieron, a excepción del hijo de Owen, que estaba arrodillado junto a su padre con una expresión terriblemente preocupada y anhelante.

Crysanía... (¿Os he dicho que ya había llegado?). En fin, sea como sea, Crysanía, que ya estaba allí, se arrodilló, puso las manos en la cabeza del caballero y rezó a Paladine; Owen Glendower dejó de sacudirse, pero no me pareció que mejorara mucho. Estaba tendido, muy quieto, como si hubiese muerto, y su respiración sonaba verdaderamente rara... cuando se acordaba de respirar.

—Necesita descanso y quietud —dijo Crysanía—. No, será mejor que no lo mováis. Debemos mantenerlo caliente. Preparad un catre aquí.

Todos apilaron capas y pieles, y Theros y Caramon levantaron al caballero con mucha suavidad y lo tumbaron sobre el improvisado catre. Laurana lo tapó con su capa de pieles. Gwynfor se sentó al lado de su padre y le sostuvo la mano.

Tanis dijo algo a Gunthar en voz baja, y Gunthar asintió con la cabeza y anunció que éste podía ser un momento muy conveniente para que los caballeros fueran a la tumba y rezaran y renovararan sus votos de dedicarse a la lucha contra el Mal. A los caballeros les pareció una buena sugerencia y salieron, con lo que la sala se vació bastante.

Gunthar dijo a continuación que pensaba que todos los demás deberían ir a cenar y Caramon se ocupó de que los invitados lo hicieran, tuvieran o no hambre. Ello dejó la estancia casi totalmente vacía. Yo no podía ir a la tumba, pero tampoco tenía hambre y las piernas me temblaban, de manera que me quedé.

—¿Se pondrá bien mi padre? —le preguntó Gwynfor a Crysanía.

Theros Ironfeld estaba de pie junto a Owen y contemplaba al caballero tendido con la expresión más torva que jamás había visto en Theros.

—Sí, caballero —repuso Crysanía mientras se volvía en dirección a la voz de Gwynfor. (Crysanía es ciega. Ésa es otra historia interesante, aunque un poco triste, así que no la contaré ahora)—. Está en las manos de Paladine.

—Quizá deberíamos marcharnos —sugirió Tanis.

Pero Crysanía sacudió la cabeza.

—No. Me gustaría que os quedaseis todos vosotros. Aquí hay algo que no va bien. —¿Eso podría habérselo dicho yo!—. He hecho cuanto está en mi mano para curarlo, pero la aflicción del caballero Glendower no es corporal, sino mental. Paladine me ha dado a conocer que el caballero guarda un secreto; un secreto que ha llevado sobre sí mucho, mucho tiempo. A menos que descubramos el secreto y lo liberemos de él, me temo que no se recuperará.

—Si Paladine te ha dado a conocer que el caballero tiene un secreto, ¿por qué no te revela también cuál es el maldito secreto? —preguntó Tanis, cuya voz tenía un timbre malhumorado. A veces se enfada con los dioses.

Laurana carraspeó y le lanzó una de esas miradas que la gente casada se lanza de vez en cuando. Ésa es una de las razones porque las que nunca me he casado.

—Paladine lo ha decidido así —respondió Crysanía con una sonrisa.

Y, podéis creerlo o no, pero volvió la cabeza y dirigió su mirada directamente hacia mí, como si pudiese verme, a pesar de que no debería haber tenido ni idea de que yo estaba en la sala, pues había permanecido tan callado como aquella vez que me transformé en ratón de manera accidental.

—¡Tasslehoff! —exclamó Tanis, que no parecía complacido, ni mucho menos—. ¿Sabes algo de este asunto?

—¿Yo? —pregunté, mirando a mi alrededor. No me parecía probable que estuviera hablando con algún otro Tasslehoff, pero siempre cabía la esperanza. Sin embargo, se refería a mí—. Sssssiiii. —Respondí, alargando mucho la palabra, tanto como me fue posible, y sin alzar la vista hacia él. No me gusta mirarlo cuando tiene esa expresión severa—. Pero prometí no contarlo.

—De acuerdo, Tas —suspiró Tanis—. Prometiste no contarlo. Pero estoy seguro de que debes de haber relatado esta historia una docena de veces desde entonces, así que no importará si la cuentas otra...

—No, Tanis —lo interrumpí, lo que no es muy educado, pero la verdad es que se había equivocado de parte a parte. Levanté los ojos hacia él y lo miré con una expresión extremadamente solemne y seria—. No lo he contado. Nunca. A nadie. Lo prometí, ¿entiendes?

Me miró de hito en hito. Después se le marcaron unas arrugas en torno a los ojos; parecía muy preocupado. Se arrodilló y me puso la mano en el hombro.

—¿No se lo has contado a nadie?

—No, Tanis —contesté. Por alguna extraña razón, una lágrima se deslizó por mi mejilla—. Nunca lo he hecho. Se lo prometí.

—¿A quién se lo prometiste?

—A Fizban.

Tanis gimió. (Ya os lo dije; siempre gime cuando menciono a FB).

—Yo también lo sé —manifestó una voz inesperadamente.

Al oír esto, todos se volvieron hacia Theros, que estaba tan serio, hosco y severo como nunca lo había visto, pues por lo general es muy agradable, a pesar de que a veces me coge por el copete, lo que me deja en una posición nada digna.

—Owen Glendower y yo lo hemos discutido entre nosotros a menudo, cada uno buscando su propia verdad. Yo he encontrado la mía y creí que él había encontrado la suya. Tal vez me equivoqué. No obstante, no soy yo quien tiene que contar su historia. Si hubiese querido que se supiera, la habría hecho pública a estas alturas.

—Pero si su vida está en peligro, seguramente... —empezó Tanis, que estaba

cada vez más irritado.

—No puedo decir nada —insistió Theros—. No me hallaba allí.

Sin añadir más, giró sobre sus talones y se marchó de la galería superior.

Eso me dejaba sólo a mí. Yo sí estaba allí, ¿comprendéis?

—Vamos, Tas —dijo Caramon de ese modo engatusador tan suyo, que me hace sentir de un modo que a veces me dan ganas de golpearlo—. A mí puedes decírmelo.

—Prometí no contárselo a nadie —repuse. Todos estaban ahora rodeándome y en toda mi vida me había sentido más desdichado, salvo, quizá, cuando estuve en el Abismo—. Se lo prometí a Fizban.

A Tanis empezó a ponérsele la cara muy roja y sin duda me habría chillado, pero se lo impidieron dos cosas: un estornudo y el codazo que Laurana le propinó en las costillas. Ni siquiera me acordé de darle su pañuelo, tan desgraciado me sentía.

Crysanía se acercó a mí, tendió su mano y me tocó. Su tacto era dulce y suave y quise echarme en sus brazos y llorar como un niño grande. Pero no lo hice, porque desahogarme así no habría sido digno de un kender de mi edad y un héroe; pero lo necesitaba, desesperadamente.

—Tas —me dijo—, ¿cómo es que estás aquí?

Pensé que era una pregunta extraña, ya que había sido invitado, de manera que le conté lo de las salchichas y la cárcel y el mensaje y la invitación de Fizban.

Tanis gimió y estornudó otra vez.

—¿No te das cuenta, Tasslehoff? —preguntó Crysanía—. Fue Fizban quien te envió aquí. Y sabes quién es realmente Fizban, ¿verdad?

—Sé quién cree él que es —respondí, porque Raistlin me comentó una vez que nunca estaba seguro de cuándo decía la verdad el viejo y chiflado mago—. Fizban cree que es el dios Paladine.

—Lo sea o no... —Crysanía sonrió otra vez—, te envió aquí por alguna razón, tenlo por seguro. Creo que quiere que nos cuentes la historia.

—¿De veras? —preguntó esperanzado—. Me gustaría, porque ha sido una carga para mi mente.

Le tendí a Tanis su pañuelo y reflexioné un momento sobre el asunto.

—Pero no lo sabes con seguridad, Crysanía —aduje, empezando a sentirme de nuevo muy desdichado—. Siempre estoy metiendo la pata y no quisiera meterla ahora. —Pensé un poco más—. Claro que tampoco quiero que Owen muera. —Se me ocurrió una idea—. ¡Ya lo tengo! Os contaré el secreto a vosotros y así podréis aconsejarme si debo contárselo a alguien o no. Y, si me decís que no debo, entonces no lo revelaré.

—Pero Tas, si nos lo cuentas... —empezó Caramon.

En ese punto, Laurana le propinó un codazo en un costado y Tanis se lo dio

por el otro, de manera que Caramon tosió y los codazos debieron dejarlo sin ideas, supongo, porque no siguió hablando.

—Me parece una sabia decisión —opinó Crysania.

Luego dijo que quería estar cerca de Owen Glendower, así que todos la seguimos. No había sillas y nos sentamos en el suelo, en un círculo, con Crysania en el centro, junto a Owen, y todos los demás a su alrededor y frente a mí.

Y fue allí, sentado en el suelo, cerca de Owen Glendower, que seguía tendido sobre las pieles, donde relaté la historia que prometí por mi copete no contar nunca, nunca, nunca.

Me cogí el copete y lo agarré con fuerza, pues pensé que, tal vez, ésta sería la última vez que lo veía.

Capítulo 3

Bueno, estoy seguro de que recordaréis la parte de la vieja historia en la que casi todos nosotros fuimos al Monumento del Dragón Plateado. Estábamos yo, Flint, Laurana, su hermano Gilthanas, Theros Ironfeld y Silvara, la hembra de dragón plateado, salvo que no sabíamos entonces que era un dragón plateado.

Silvara nos condujo a la Montaña del Dragón con el propósito de encontrar los Dragonlances y decirnos cómo forjarlas. Pero cuando llegamos allí empezó a tener dudas de si debía decírnoslo o no, a causa del juramento prestado por los Dragones del Bien.

Todo es muy complicado y no tiene mucho que ver con mi historia, pero sitúa el escenario para vosotros, por así decir. Mientras estábamos dentro de la Tumba de Huma, Silvara lanzó un hechizo sobre todos, salvo que a mí no me alcanzó porque me había escondido debajo de un escudo. Fui en busca de ayuda para mis amigos, que se hallaban bajo los efectos del conjuro de sueño, y fui absorbido al interior del Monumento del Dragón Plateado. Y fue allí donde me encontré con Fizban, que estaba muerto. Sólo que no lo estaba.

Lo conduje abajo y tuvo una charla con Silvara. Fue después de esa charla cuando ella decidió decirnos a todos quién era en realidad. Y condujo a Theros Ironfeld al estanque de plata de dragón, que se utilizaría para forjar las lanzas. Pero eso viene después. Empezaré en la parte que sigue inmediatamente después de que Fizban hablara con Silvara. Había decidido que tenía que marcharse.

—Adiós, adiós —nos dijo Fizban. Todos nos encontrábamos en la Tumba de Huma, en la Montaña del Dragón—. Encantado de veros de nuevo. Estoy un poco disgustado por lo de las plumas de gallina, pero... —(Os explicarí esa parte pero tardaría mucho tiempo. Astinus lo ha escrito en sus Crónicas).^[2]—. No os guardo rencor. —Entonces Fizban me miró y me dijo con impaciencia—: ¿Vienes o no? ¡No dispongo de toda la noche para esperarte!

¡Qué oportunidad, viajar con un hechicero! ¡Sobre todo, con un hechicero muerto! No podía pasarla por alto. (Aunque supongo que no estaba realmente

muerto, aunque ninguno de nosotros hubiera podido asegurarlo en aquel momento, y menos aún Fizban).

—¿Ir? ¿Contigo?—exclamé.

Me sentía tan entusiasmado que habría partido en ese mismo instante, pero se me ocurrió que si yo me iba ¿quién iba a cuidar a los demás? (Si hubiese sabido que Silvara era un dragón plateado, me habría marchado más tranquilo, pero entonces no lo sabía). No tenía ni idea de la clase de problemas en los que se meterían mis amigos sin estar yo para evitarlo. Sobre todo Flint, mi mejor amigo, el enano.

Flint era realmente una persona maravillosa y tenía muchas y buenas cualidades, pero, puesto que he de ser sincero, mi opinión es que le faltaba un poco de sentido común. Estaba constantemente metiéndose en jaleos y siempre era yo quien tenía que sacarlo de ellos.

Pero Fizban me prometió que Flint y el resto de mis amigos estarían bien sin mí y que nos volveríamos a ver en el Día de la Carestía, fecha que estaba muy próxima. Así que agarré mi petate y mis saquillos y Fizban y yo partimos a una aventura.

Una aventura que no le había contado a nadie hasta ahora.

{ La historia que nunca conté... }

—¿Adónde vamos?—pregunté a Fizban después de que la Tumba de Huma quedara muy, muy atrás.

El mago caminaba con mucha prisa, rezongando, resoplando y pateando el sendero, balanceando los brazos y con el sombrero casi tapándole los ojos y el bastón golpeando el suelo.

—No lo sé—replicó fieramente, y caminó más deprisa que antes.

Esto me pareció un poco raro. Quiero decir, que he emprendido viajes sin saber exactamente adonde me dirigía, pero nunca me apresuré para llegar allí. Me tomaba mi tiempo, disfrutaba del paisaje. Que era quizá la razón por la que viajábamos tan rápido, porque en ese momento no era mucho lo que podía disfrutarse el paisaje. No nos habíamos alejado mucho cuando —¡plaf!— nos metimos directamente en el valle de Foghaven.

Supongo que os estaréis preguntando sobre ese « ¡plaf! ». Quizás os parezca más apropiado un sonido susurrante, como cuando se despachurra algo, para referirse a entrar en la niebla. O tal vez uno siseante, como el de una seda al desgarrarse. Pero pensé « plaf » en ese momento porque así era como me sentía, como si hubiese chocado contra un muro gris blancuzco de niebla. Era muy densa. Extremadamente densa. Lo sé porque levanté la mano delante de mis narices y me di de bruces contra ella. Me pregunté si la niebla no se habría espesado a propósito, en nuestro honor.

—¡Rayos!—dijo Fizban mientras ondeaba los brazos—. ¡Apártate de mi camino! No me dejas ver maldita la cosa. ¿Qué significa esto? ¡Ya no se tiene

respeto a los mayores! ¡Ni una pizza!

Estaba allí, de pie, agitando los brazos y gritándole a la niebla. Lo contemplé un tiempo lo mejor que pude, ya que tampoco lo veía demasiado bien, pero me pareció que, cuanto más chillaba, más densa se hacía la niebla; una especie de reacción como: «¡Te vas a enterar, viejo!» . Mi copete estaba completamente empapado y me goteaba por la espalda, y mi calzado se empezaba a llenar, poco a poco, de una mugre rezumante, todo lo cual resultó entretenido durante un rato, pero pronto perdió el encanto.

—Fizban —llamé mientras tendía la mano para tirarle de la manga.

Supongo que lo sobresalté al salir de entre la niebla de manera tan repentina.

Sea como fuere, me ofreció toda clase de disculpas por golpearme la nariz con su bastón, me ayudó a levantarme del pringoso suelo y me dio palmaditas en la cabeza hasta que dejó de zumbarme. Al principio pensamos que tenía rota la nariz, después decidimos que no, y cuando dejó de sangrar reanudamos la marcha.

Caminamos y caminamos. Por fin, Fizban dijo que creía que la niebla se había disipado bastante como resultado, según él, de un hechizo maravilloso que había realizado. No me pareció cortés contradecirlo y, además, casi podía ver la hierba bajo mis pies si me agachaba y miraba con atención, de manera que supuse que tal vez tuviese razón. Aflojamos el paso, sobre todo después de que Fizban se diera de narices contra un árbol.

O fue justo antes o nada más prenderle fuego al árbol cuando llegamos a la Tumba de Huma.

Ya era de día. (Habíamos caminado toda la noche para volver allí). La niebla se levantó lo suficiente para que viéramos dónde nos encontrábamos, lo que me pareció muy ruin por parte de la niebla. Casi parecía que se estuviese riendo de nosotros.

Tengo que admitir que me sentí algo decepcionado al ver la Tumba de Huma otra vez. No es que no sea un sitio maravilloso, pues lo es. Explicaré, para aquéllos que no hayan peregrinado hasta allí, que la Tumba de Huma es realmente un pequeño templo. Tiene forma rectangular y está hecha con una piedra negra a la que Flint llamó obsidiana. Por fuera está completamente tallada con figuras de caballeros combatiendo contra dragones y es un lugar muy solemne y reverente.

Dentro está el sepulcro de Huma, donde dejaron sus restos para su eterno descanso. Y su escudo y su espada aún están allí, pero su cuerpo no. La tumba es un sitio triste porque te hace pensar en tu vida y en cómo te gustaría haber hecho mejor las cosas. Pero es una clase de tristeza buena, ya que te hace comprender que aún te queda el resto de la vida para cambiar y mejorar.

Así me sentí la primera vez que vi la Tumba de Huma, pero ahora, quizás a causa de la niebla, era muy distinto. Lo único que notaba ahora era la clase de

tristeza que te hace sentir mal por dentro.

—¡Ajá! —gritó Fizban—. ¡Sé dónde estamos!

—En la Tumba de Huma —dije.

—¡No! —Estaba anonadado—. ¿No acabamos de marcharnos de aquí?

—Sí. Pero debemos de haber caminado en círculos. Quizá vaya a despedirme de Flint, ya que estamos aquí —comenté mientras empezaba a remontar los escalones.

—No, no —se apresuró a decir Fizban, al tiempo que me agarraba—. No están ahí dentro. Se han ido todos al interior de la Montaña del Dragón. Silvara los ha llevado al estanque mágico de plata líquida que se utiliza para forjar las mágicas Dragonlances. Vamos. Es otro el pez que tenemos que freír en la sartén.

Bueno, tuve que admitir que el templo parecía muy oscuro y desierto ahora. Y lo del pescado frito sonaba muy bien. Así que nos pusimos en marcha.

No habíamos dado dos pasos cuando la niebla reapareció, sólo que esta vez estaba mezclada con humo del árbol que ardía y yo no podía ver la hierba bajo mis pies. Ni siquiera podía verme los pies.

Caminamos y caminamos y caminamos, y paramos y descansamos y tomamos la cena. Empezamos a caminar otra vez y Fizban me dijo lo buen rastreador que era, mucho mejor que Riverwind, y que nunca se había perdido y que siempre se mantenía con el viento soplando en su mejilla derecha para que, de ese modo, el musgo no creciera en su cara norte. Y entonces llegamos a la Tumba de Huma. Por segunda vez.

—¡Ajá! —gritó Fizban, saliendo de la niebla con tanta precipitación que se golpeó el dedo gordo del pie en el primer escalón que conducía al templo—. ¡Otra vez tú! —chilló, cuando vio dónde estábamos (por segunda vez).

Puso un gesto ceñudo y amenazó al templo agitando el puño. Dio una patada a la escalera, con el mismo pie con el que había tropezado un momento antes.

Fizban brincó a la pata coja y gritó a las escaleras, lo que fue divertido de presenciar durante un rato, pero después debió de volverse muy aburrido pues, cuando quise darme cuenta, estaba dormido.

Lo que quiero decir es que, cuando quise darme cuenta, me había despertado. Pero, para despertarme, antes debí quedarme dormido, ¿no? Creo que dormí un buen rato, porque estaba entumecido y dolorido de permanecer tendido sobre los resbaladizos escalones negros; además estaba mojado y tenía hambre y frío.

—¿Fizban? —llamé.

No estaba allí.

Noté una extraña sensación horripilante; quizá porque la tumba tenía un aspecto horripilante. El corazón me dio un vuelco porque temí que le hubiese pasado algo malo a Fizban y, para ser sincero, esta niebla empezaba a ponerme la piel de gallina, como habría dicho Flint. Entonces lo oí roncar. (A Fizban, se entiende). Estaba durmiendo en la hierba, con el magullado pie apoyado en el

primer escalón y el sombrero encima (del pie).

Me alegré mucho al verlo y supongo que le di un susto al despertarlo tan bruscamente con un grito así. Se disculpó por lanzar la bola de fuego y pudimos tomar un desayuno caliente merced a que otro árbol estaba ardiendo. Me aseguró que las cejas me crecerían enseguida.

Después nos pusimos otra vez en marcha; Fizban con el pie envuelto en un trapo de cocina que encontré en mi mochila. Caminamos en medio de la niebla no sé durante cuánto tiempo; sólo recuerdo que comí otra vez y me volví a dormir y después llegamos a la Tumba de Huma.

Por tercera vez.

Mi intención no es ofender a ningún caballero con lo que voy a decir, pero la verdad es que empezaba a estar un poco harto de verla.

—Esto es el colmo —refunfuñó Fizban y empezó a remangarse—. ¡Deja de seguirnos!

—No creo que nos esté siguiendo —le hice notar, y me temo que hablé con un tono demasiado cortante—. ¡Nosotros vamos tras ella!

—¡No me digas! —Fizban parecía sorprendido. Después, confuso—. ¿Estás seguro?

—¡Sí! —repliqué con brusquedad mientras me preguntaba si de verdad mis cejas volverían a crecer y deseando poder ver el aspecto que tenía sin ellas. De hecho, deseaba poder ver cualquier otra cosa que no fuera la Tumba de Huma, la niebla y árboles quemándose.

—Entonces, ¿no te parece bien que lance un conjuro realmente violento que la haga volar por los aires? —me preguntó con un cierto tono de desencanto.

—No creo que eso les gustara a los caballeros —opiné, malhumorado—. Y ya sabes lo chiches que son a veces.

(Sin intención de ofender. No me refiero a todos los caballeros, sólo a algunos).

» Además —continué—, Huma puede regresar y enfadarse de verdad al descubrir que alguien ha hecho volar por los aires su tumba mientras él estaba ausente. Y no se lo reprocharía.

—No, supongo que no —admitió Fizban abatido—. ¿Y si volara sólo la escalera?

—¿Cómo podría subir a la puerta Huma si no hay escalera?

—Entiendo a lo que te refieres. —Fizban soltó un sonoro suspiro.

—¿Sabes, Fizban? —empecé severamente. (Decidí que tenía que ser severo.)

—Esto ha sido muy divertido, de verdad. No todos los días estoy a punto de que me rompan la nariz y que me quemen las cejas y ver cómo prenden fuego a dos árboles y caminar a través de la niebla para llegar a la Tumba de Huma tres veces (cuatro, en mi caso), pero me parece que ya hemos hecho todo lo que podía resultar emocionante en este sitio. Es hora de ponerse en marcha.

Dondequiera que sea a donde nos dirigimos. —Pronuncié la última frase con un tono especialmente firme, confiando en que cogería la indirecta.

Fizban refunfuñó un poco e hizo unos cuantos trucos mágicos que tenían cierto interés, como lanzar varias estrellas blancas y púrpuras. Me preguntó si me había gustado ése y si quería ver alguno más.

Dije que no.

Entonces se puso realmente nervioso y se quitó el sombrero y el trapo que le envolvía el pie magullado y se puso el sombrero otra vez, sólo que se lo puso en el pie y el trapo en la cabeza.

—¡Ya lo tengo! —exclamó de repente—. Un hechizo...

—¡Espera! ¡Todavía no! —grité mientras daba un brinco y me cubría la cara con las manos.

—¡Un hechizo que nos llevará justo al lugar a dónde queremos ir! —chilló triunfante—. Ten, cógete de mi manga y sujétate fuerte. Buen chico. Saca la mano de mi bolsillo. Ahí guardo material mágico y una salchicha de hígado bastante buena. ¿Listo? ¡Allá vamos!

Agarré la manga de Fizban, y él pronunció algunas palabras que sonaban como arañas arrastrándose por dentro de mi cabeza. Todo se puso borroso y escuché un ruido como el del viento silbando en mis oídos.

Y, cuando abrí los ojos, allí estábamos.

Dentro de la Tumba de Huma.

Capítulo 4

—¡Fizban! —dije, esta vez mostrándome severo y firme—. ¿Has hecho esto a propósito?

—Sí—repuso mientras retorció el trazo entre las manos y miraba de soslayo a un lado y a otro de la habitación—. He hecho que aparezcamos justo donde quería. Eh... ¿por casualidad sabes qué sitio es éste? Sólo para ponerte a prueba —se apresuró a añadir.

Me temo que perdí los estribos y chillé.

—¡Estamos en la Tumba de Huma!

—Oh, vaya.

En fin, para entonces estaba mas que harto.

—Odio herir tus sentimientos, Fizban, pero creo que como hechicero no vales gran cosa y...

No terminé la frase porque las cejas de Fizban (él todavía tenía cejas) se fruncieron y se pusieron realmente erizadas, de manera que le sobresalían sobre la nariz, dándole de repente un aspecto feroz y enfadado. Temí que estuviera furioso conmigo, pero resultó que no.

—¡Brujería! —gritó.

—¿Qué? —No sabía de qué estábamos hablando.

—¡Brujería! —repitió—. ¡Estamos sometidos a un encantamiento! ¡Estamos hechizados!

—¡Qué maravilla! Eh... quiero decir, qué horror —rectifiqué al ver su expresión feroz tornarse aún más fiera—. ¿Quién..., quién nos sometería a un hechizo? —pregunté de forma muy educada.

—¿Quién va a ser? La Reina Oscura. —Me miró fijamente y luego empezó a pasear de un lado a otro de la tumba—. Sabe que estoy detrás del Orbe de los Dragones e intenta impedírmelo. Le ajustaré las cuentas. Le voy a... (refunfuño, refunfuño, refunfuño).

Incluyo los refunfuños porque en realidad no entendí lo que Fizban dijo que iba a hacer a la Reina Oscura si alguna vez le ponía las manos encima. O, si lo

entendí entonces, ahora no lo recuerdo.

—Bien —dije enérgicamente mientras me incorporaba de un brinco—. Ahora que sabemos que estamos embrujados y sometidos a un encantamiento, salgamos y reanudemos el viaje.

—Ése es el problema —se encrespó Fizban—. No podemos salir, ¿comprendes?

—¿Que no podemos salir? —El corazón me dio un vuelco por la impresión—. ¿Quieres decir... que estamos...?

—Atrapados —finalizó Fizban con tono lúgubre—. Condenados para siempre a vagar entre la niebla para regresar aquí, donde empezamos, en la Tumba de Huma.

—¡Para siempre!

El alma se me cayó a los pies. Se me puso un nudo en la garganta que me impedía respirar.

—Me alegro de que ya no estés muerto, Fizban, y en verdad te aprecio mucho, pero§ no quiero quedarme atrapado para siempre en una tumba contigo. ¿Qué haría Flint sin mí? ¿Y Tanis? Soy su consejero, ¿sabes? ¡Tienes que sacarnos de aquí!

Me temo que perdí un poco los estribos por culpa de estar más que harto de esta tumba y de la niebla y de todo. Agarré las ropas de Fizban y el nudo de la garganta dio paso a un quejido y después a un lamento y perdí el control durante un buen rato.

Fizban me dio palmaditas en el copete y me dejó que llorara y le mojara la túnica; después me dio una fuerte palmada en la espalda y dijo que controlara los nervios y mantuviera el tipo. Quiso ofrecerme su pañuelo para que me limpiara la nariz, sólo que no pudo encontrarlo.

Afortunadamente, lo encontré yo y lo utilicé y me sentí más aliviado. Tiene gracia el modo en que echar fuera esos gemidos y lamentos te hace sentir mejor.

Tanto es así, que hasta tuve una idea.

—Fizban —empecé, tras reflexionar un momento sobre el asunto—, si la Reina Oscura nos ha sometido a un encantamiento, eso quiere decir que nos está vigilando, ¿no?

—¡Puedes apostar a que sí! —repuso y echó otra mirada furibunda a su alrededor.

Se me ocurrió entonces que quizá no debería hablar tan alto porque, si nos estaba vigilando, también podía estar escuchándonos. En consecuencia me aproximé sigiloso a Fizban y, una vez que encontré su oreja bajo la maraña de pelo, le susurré:

—Si está vigilando la puerta principal, ¿por qué no nos escabullimos por la de atrás?

Se quedó como pasmado y después parpadeó.

—¡Por mis barbas! Tengo una idea. Si la Reina Oscura vigila la puerta delantera, ¿por qué no nos escapamos por la trasera?

—Ésa era mi idea —le recordé.

—¡No seas mentecato! —replicó enojado—. ¿Acaso eres un grande y poderoso hechicero?

—No —tuve que admitir.

—Entonces la idea fue mía. Agárrate.

Me cogió por el copete y yo me agarré a sus ropas y luego pronunció más de esas palabras enrevesadas. La tumba se volvió borrosa y el viento sopló a mi alrededor, y me sentí mareado y zarandeado en todas direcciones. En resumen, una fabulosa sensación. Y entonces todo se calmó y oí a Fizban exclamar « ¡ooops!» de una manera que no me gustó nada, por haberlo dicho yo mismo en un par de ocasiones y, en consecuencia, saber lo que ello significaba.

Abrí los ojos con precaución mientras pensaba que si volvía a ver la Tumba de Huma me iba a llevar un disgusto. Pero no fue así. Quiero decir que no vi la Tumba de Huma. Abrí los ojos de par en par y la boca al mismo tiempo para preguntar dónde estábamos, cuando, de repente, una mano me la tapó con brusquedad.

—¡Chist! —siseó Fizban.

Su barba me hacía cosquillas en la mejilla y, antes de saber lo que estaba pasando, me levantó en vilo y me arrastró para atrás, hacia una parte realmente oscura de dondequiera que estuviésemos.

—Edo, isdan, esesin —dije, aunque lo que en realidad quería decir era: « Pero, Fizban, si ése es Flint», sólo que sonó de esa otra manera pues tenía su mano cubriéndome la boca.

—¡Calla! ¡Se supone que no tenemos que estar aquí! —siseó, y tenía una expresión verdaderamente furiosa y nada satisfecha conmigo ni con él y probablemente con la Reina Oscura tampoco. Así que guardé silencio.

Aunque, por supuesto, lo que de verdad quería hacer era gritar: « ¡Eh, Flint, soy yo, Tas!» porque sabía que el enano se alegraría de verme.

Siempre se alegra, aunque simula que no, porque así son los enanos. Y Theros Ironfeld estaba con él y yo sabía que a Theros le alegraría verme porque no hacía mucho, en la Tumba de Huma, me había salvado de caer por un agujero y acabar en el otro extremo del mundo.

Con la mano de Fizban apretada sobre mi boca y su barba haciéndome cosquillas, no tenía más oportunidad que la de observar. Así que observé. Estábamos en lo que parecía ser una herrería, sólo que era la más grande y espléndida que había visto en toda mi vida. Y entonces deduje que ésta herrería debía de causar una gran satisfacción a Theros puesto que él es el mejor herrero que jamás he conocido. Parecían estar hechos el uno para el otro.

Había un yunque más grande que yo y una forja con un fuelle y un estanque

de agua fría donde metes el metal caliente para oírlo sisear y ver cómo se levantan nubes de vapor y cuando sacas el metal ya no está caliente.

Pero lo más fabuloso era un estanque enorme de lo que parecía plata fundida, que despedía una luz maravillosa. Me recordaba el cabello de Silvara a la luz de Solinari. Aquella luz plateada era la única que relucía en la forja y parecía bañar todo en ese color, incluso la barba de Flint. La negra piel de Theros brillaba como si estuviera fuera, a la luz de la luna. Y su brazo de plata fulgía y centelleaba, y todo era tan hermoso y encantador que noté otra vez un nudo en la garganta.

—¡Chiiist! —susurró Fizban.

De todas formas, ahora no habría sido capaz de hablar, con aquel nudo en la garganta, y él lo sabía, supongo, porque me soltó. Nos quedamos muy quietos en las sombras y observamos. Durante todo el tiempo, Fizban no dejó de musitar que no deberíamos encontrarnos aquí.

Mientras Fizban mascullaba para sí —intentando recordar el hechizo, supongo—, luché por contener el sollozo y escuchar lo que decían Flint y Theros. Durante un rato estuve demasiado ocupado con el sollozo para prestar mucha atención a lo que hablaban, pero entonces caí en la cuenta de que ninguno de los dos parecía muy feliz, lo que era extraño, considerando que estaban aquí abajo, junto a este bello estanque de plata. Escuché para descubrir el motivo.

—¿Es esto lo que tengo que usar para forjar las Dragonlances? —preguntó Theros y miró fijamente el estanque con una expresión muy sombría.

—Sí, muchacho —repuso Flint, y suspiró.

—Metal de dragón. Plata mágica.

Theros se agachó y recogió algo de un montón de cosas tiradas en el suelo. Era una lanza y relucía con la luz del estanque de plata, y a mí me parecía que tenía un aspecto fabuloso. La sostuvo en su mano; estaba bien equilibrada y la luz hacía relucir su afilada punta. De pronto, el musculoso brazo de Theros se tensó y arrojó la lanza, con todas sus fuerzas, contra la pared de piedra.

La lanza se rompió.

—¡No has visto eso! —exclamó con un grito ahogado Fizban al tiempo que me tapaba los ojos con la mano, pero, por supuesto, era demasiado tarde, lo que debí comprender porque me soltó otra vez cuando empecé a retorcerme.

—¡Ahí tienes tus mágicas Dragonlances! —bramó Theros, mirando torvamente los trozos de la lanza rota.

Se acuclilló al borde del estanque, con sus grandes brazos colgando entre las rodillas y la cabeza inclinada. Parecía derrotado, acabado, rendido. Nunca había visto a Theros con ese aspecto, ni siquiera cuando los draconianos le cortaron el brazo y estuvo a punto de morir.

—Acero —musitó—. Buena calidad, aunque no la mejor. Fíjate cómo se partió. Acero, vulgar y corriente. —Se incorporó y fue hacia los trozos de la lanza rota, que recogió—. Tendré que decírselo a los demás, naturalmente.

Flint lo observó y se pasó la mano por la cara y la barba, como hace siempre cuando reflexiona intensa y profundamente. Se acercó a Theros y puso su mano en el brazo del herrero.

—No, no lo harás, muchacho —manifestó—. Seguirás forjando más de éstas. Utilizarás tu brazo de plata y dirás que están hechas con plata de dragón. Y no mencionarás lo del acero.

Theros lo miraba de hito en hito, sobresaltado. Luego frunció el entrecejo.

—No puedo mentirles.

—No lo harás —repuso Flint, que tenía « esa expresión » plasmada en su semblante.

Conocía « esa expresión ». Era como una montaña que se desploma justo en medio del camino que quieres recorrer. (He oído decir que eso ocurrió, de hecho, durante el Cataclismo). Puedes decirle lo que quieras, pero la montaña no se moverá. Y, cuando la montaña no se mueve, tiene « esa expresión » .

Le dije a Theros para mis adentros: « Ya puedes darte por vencido ahora mismo, porque nunca lo convencerás » .

—Llevaremos estas lanzas a los caballeros —siguió Flint—, y les diremos: « Tomad, muchachos; Paladine os envía esto. No os ha olvidado. Está con vosotros, luchando a vuestro lado » . Y la fe inundará sus corazones y fluirá por sus brazos y se desbordará en sus ojos brillantes. Y, cuando arrojen esas lanzas, será el poder de esa fe y la fuerza de sus brazos y el tino de sus ojos brillantes lo que guiará las lanzas a los negros corazones de los dragones perversos. ¿Quién puede decir que eso no es magia, quizá la magia más grande de todas?

—Pero no es verdad —arguyó Theros con gesto ceñudo.

—¿Cómo sabes tú lo que es y lo que no es verdad? —demandó Flint, encrespándose también, aunque no le llegaba a Theros a la cintura—. Aquí estás, vivo y coleando, con un brazo de plata, cuando, si es la verdad lo que quieres, deberías estar muerto y pudriéndote bajo tierra, comido por los gusanos.

» Aquí estamos, dentro de la Montaña del Dragón, conducidos a este lugar por esa bella criatura que ha renunciado a todo, incluso al mismo amor, por bien de todos, y rompió su juramento y se condenó a sí misma, cuando, si es la verdad lo que quieres, podría habernos mandado lejos por medios mágicos y seguir guardando el secreto.

» Ahora voy a decirte lo que haremos, Theros Ironfeld —siguió Flint, haciéndose más tozuda su expresión tozuda. Se remangó las mangas y las perneras del pantalón—. Vamos a ponernos a trabajar, tú y yo. Y vamos a hacer esas Dragonlances. Y dejaremos que sea la verdad que cada hombre y mujer guarda en su corazón la magia que las guía.

Bien, en este punto fue Fizban al que se le puso el nudo en la garganta y luchó para contener el llanto mientras se enjugaba los ojos con la punta de la barba. Supongo que yo no estaba mucho mejor. Ambos permanecimos allí, sollozando

juntos y compartiendo un pañuelo que por casualidad llevaba conmigo y, para cuando acabamos de gimotear, Flint y Theros se habían marchado.

—¿Qué hacemos ahora?—pregunté—. ¿Ayudamos a Flint y a Theros?

—¡Menuda ayuda serías!—espetó Fizban—. Probablemente te caerías en el estanque de plata. No —decidió, después de mordisquearse la punta de la barba, que debía de estar salada por las lágrimas—. Creo que sé cómo romper el encantamiento.

—¿De veras?—Aquello me alegraba sinceramente.

—Vamos a coger un par de esas lanzas. —Señaló el montón de armas tiradas junto al estanque.

—Pero si no funcionan —le recordé—. Theros lo dijo.

—¿Para qué te sirven éstas? —demandó Fizban mientras me agarraba las orejas y les daba un tirón tan fuerte que se me saltaron las lágrimas—. ¿Como picaportes? ¿Es que no has escuchado?

Bueno, por supuesto que había escuchado, hasta la última palabra, y si algo no estaba demasiado claro no era culpa mía y no sabía por qué tenía que seguir tirándome de las orejas como si quisiera arrancármelas, sobre todo después de que casi me había roto la nariz y me había quemado las cejas.

—Si se lo pides a Theros con amabilidad estoy seguro de que te prestará un par de lanzas —dije mientras me frotaba las orejas y procuraba no perder los estribos. Después de todo, Fizban me había hecho quedar atrapado en un encantamiento y, si bien era un encantamiento aburrido y soso, no dejaba de ser un encantamiento, y sentía que le debía algo—. En especial teniendo en cuenta que no funcionan.

—¡No, no! —rezongó Fizban y sus ojos relucían de un modo astuto y rastrero—. No molestaremos a Theros. Está muy ocupado encendiendo la forja. Tú y yo nos limitaremos a entrar a hurtadillas y tomaremos prestadas una o dos lanzas. No se dará cuenta.

Bien, si hay algo en lo que soy realmente bueno, es en tomar cosas prestadas. No encontraréis a nadie mejor que yo, salvo quizá tío Saltatrapas, pero ésa es otra historia.

Fizban y yo salimos sigilosos de las sombras donde habíamos permanecido escondidos y nos deslizamos silenciosos como ratones hasta donde estaban apiladas las lanzas, junto al estanque de plata. Una vez que estuve cerca de ellas, tuve que admitir que eran maravillosas, funcionasen o no. Deseaba poseer una con toda mis fuerzas y me alegré de que Fizban hubiese decidido que él también quería una. Al principio no estaba muy seguro de cómo nos las llevaríamos, pues eran muy largas, grandes y pesadas, y no iba a resultar nada fácil meter una en mi saquillo.

—Yo cogeré el extremo romo —dijo Fizban—, y tú coges la punta. Luego nos la cargamos sobre los hombros, así.

Vi que funcionaría, aunque me resultaría difícil mantener mi extremo en equilibrio, ya que los hombros de Fizban estaban a mayor altura que los míos. Pese a todo, sostuve mi lado en alto y Fizban se las ingenió para sostener el extremo romo. Levantamos de esta guisa dos de las lanzas y nos las llevamos corriendo.

Mientras corríamos, Fizban articuló más palabras de esas enrevesadas y lo siguiente que supe es que habíamos aparecido justamente dentro de...

Habéis acertado. La Tumba de Huma.

Capítulo 5

—¡Oh, no, esto...! —empecé, muy enfadado.

Pero no acabé la frase y tal vez fuera lo mejor, ya que es muy probable que hubiese enojado a Fizban y mi copete habría corrido la misma suerte que mis cejas.

La razón por la que no acabé la frase fue que ya no estábamos solos en la Tumba de Huma. Había un caballero; un caballero vestido con armadura completa, que estaba arrodillado al lado del sepulcro, con las mejillas húmedas de lágrimas.

—¡Gracias, Paladine! —decía, una y otra vez, en un tono que me hizo sentir con ganas de marcharme a otra parte muy, muy en silencio y por mucho tiempo.

Pero las lanzas empezaban a volverse muy pesadas y me temo que dejé caer mi extremo, lo que causó que Fizban perdiera el equilibrio y estuviese a punto de caer de espaldas, y tuvo que soltar la punta roma. Lo que significa que ambos dejamos caer la parte central. Las lanzas cayeron al suelo de piedra con un escandaloso repiqueteo metálico.

Faltó poco para que el caballero se saliera de su armadura por el sobresalto; se incorporó de un brinco, desenvainó la espada, se giró veloz y nos miró con ferocidad.

Se había quitado el yelmo para orar; era mayor, unos treinta años, calculo. Su cabello tenía un color rojizo oscuro y lo llevaba sujeto en dos largas trenzas. Sus ojos eran verdes como las hojas de los vallenwoods de Solace, donde vivo cuando no estoy de aventuras o residiendo en alguna cárcel. Sólo que sus ojos no parecían verdes como hojas en aquel momento, sino duros y fríos como el hielo del Muro de Hielo.

No sé lo que esperaba encontrarse el caballero... Quizás un dragón o, al menos, un draconiano, o posiblemente un goblin o dos. Lo que era evidente es que no nos esperaba a Fizban y a mí.

El semblante del caballero, cuando nos vio, pasó de la expresión fiera a otra

confusa y perpleja, pero enseguida reapareció el gesto duro.

—Un hechicero —dijo en el mismo tono de voz con el que podría haber dicho: «excremento de ogro»—. Y un kender. —(¡No queráis saber cómo sonó eso!)—. ¿Qué hacéis vosotros dos aquí? ¿Cómo osáis mancillar este sagrado lugar?

Se estaba poniendo muy excitado y blandía la espada a un lado y a otro de una manera muy descuidada, con peligro de herir a alguien... A mí, por ejemplo, porque, de repente, era el que me encontraba más cercarle él, ya que Fizban había tirado de mí y me había puesto delante, como un escudo.

—Alto ahí, señor caballero —dijo Fizban con bastante valentía, pensé, sobre todo teniéndome a mí como único escudo, pues mi pequeño cuerpo habría servido de poco para detener la afilada espada del caballero—. Nosotros no estamos mancillando nada. Hemos venido a presentar nuestros respetos a Huma, como tú, sólo que Huma se halla ausente. No está en casa, ¿ves? —añadió el mago, señalando con un vago ademán el sepulcro vacío—. Así que... eh... decidimos esperar un poco y darle oportunidad de que regrese.

El caballero nos miró de hito en hito un espacio de tiempo que a mí se me hizo muy largo. Debería haberse atusado el bigote, pensé, como hacía Sturm cuando reflexionaba profundamente, salvo que este caballero no tenía bigote aún, sólo el inicio de uno, como si acabara de empezar a dejárselo crecer. Bajó la espada un poquitín.

—¿Eres un Túnica Blanca? —preguntó.

—Como la nieve —repuso Fizban levantando el brazo para mostrarle la manga. De hecho, no lo parecía, después de haberla arrastrado por el barro y salpicarse con la sangre de mi nariz y las lágrimas de los dos y las cenizas del árbol quemado y un poco de hollín que se nos había pegado cuando estuvimos en la forja de la Dragonlance.

La túnica de Fizban no impresionó al caballero, que volvió a levantar su espada en tanto que su rostro asumía una expresión extremadamente torva.

—No confío en ninguna clase de hechiceros, sea cual sea el color de túnica que lleven. Y no me gustan los kenders.

Bueno, estaba a punto de expresar mi opinión sobre los caballeros, pensando que podría serle de utilidad (Tanis dice que debemos conocer nuestras propias faltas para de ese modo ser mejores personas), pero Fizban me agarró por el copete y me levantó como quien coge a un conejo por las orejas y me apartó a un lado.

—¿Cómo has encontrado este lugar sagrado, caballero? —preguntó Fizban y vi que sus ojos se tornaban astutos y taimados como les ocurre a veces, cuando no son vagos y confusos.

—Me condujo hasta aquí la luz del fuego de dos árboles que ardían y una lluvia celestial de estrellas blancas y púrpuras... —La voz del caballero era un

susurro reverente.

—Y decías que como mago no valgo mucho —se pavoneó Fizban, que me miraba con una sonrisa de satisfacción.

El caballero parecía aturdido; bajó la espada otra vez.

—¿Hiciste tú eso? ¿Me condujiste aquí adrede?

—Por supuesto —repuso Fizban—. Sabía que venías desde el principio.

Iba a explicarle al caballero lo de mis cejas chamuscadas e incluso estaba dispuesto a mostrarle el sitio donde solían estar, en caso de que le interesara, pero, en ese momento, Fizban me dio un pisotón de manera accidental.

Nadie pensaría que un anciano, especialmente uno de aspecto tan delgado y frágil como Fizban, pesara tanto, pero así era. Y no conseguía hacerle entender que estaba plantado encima de mi pie, pues no dejaba de chistarme para que me callara y de decirme que tuviera respeto a los mayores y que a un kender se le tiene que ver pero no oír y quizá ni siquiera ver, de modo que, cuando me las ingenie para sacar mi pie de debajo del suyo, él y el caballero estaban hablando de otra cosa.

—Cuéntame exactamente lo que pasó —pedía Fizban—. La exactitud es muy importante, desde el punto de vista de un hechicero.

—Y también podrías decirnos cómo te llamas —sugerí.

—Soy Owen, de la Casa de Glendower —repuso el caballero, pero eso fue lo único que nos dijo. Todavía sostenía la espada en alto y todavía miraba a Fizban como si estuviese decidiendo si palmearle la espalda cordialmente o sacudirle un buen puñetazo en la barbilla.

—Soy Tasslehoff Burrfoot —me presenté mientras tendía la mano con educación—, y también poseo una casa en Solace, sólo que no tiene nombre. Y tal vez ahora ni siquiera tenga la casa ya —añadí, recordando cómo había visto Solace la última vez que estuve allí y poniéndome algo triste al pensar en ello.

El caballero arqueó las cejas (él sí tenía) y me miró fijamente.

—Pero no importa —manifesté, pensando que Owen Glendower podía sentir pena por mí porque tal vez los dragones me habían quemado mi casa—. Tika dice que puedo ir a vivir con ella. Si es que vuelvo a verla —añadí, y esa idea me puso aún más triste, ya que tampoco había visto a Tika hacía mucho tiempo.

—¿Venís desde Solace? —preguntó Owen, que parecía no salir de su asombro.

—Algunos de nosotros venimos de mucho más lejos —comentó Fizban con solemnidad, sólo que el caballero no lo escuchó, cosa que tampoco importaba mucho.

—Sí, venimos de Solace —expliqué—. Un grupo numeroso, aunque algunos de los nuestros ya no están con nosotros. Estaban Tanis, Raistlin, Caramon y Tika, pero los perdimos en Tarsis, y luego Sturm y Derek Crownguard fueron a...

—¡Derek Crownguard! —exclamó boquiabierto Owen—. ¿Habéis viajado

con Derek Crownguard?

—Aún no he terminado —dije, mirándolo con severidad—. Y es de mala educación interrumpir. Lo dice Tanis. Bien, ahí dentro están Laurana, Flint, Theros...

—Pero es que estoy buscando a Derek —volví a interrumpirme el caballero sin ninguna consideración. (No estoy seguro, pero creo que hacer caso omiso de la gente va contra su código de caballería, aunque Sturm hace caso omiso de mí a menudo, ahora que lo pienso. Pero Tanis dice que, si hacer caso omiso de un kender no está prescrito en la Medida, debería estarlo).

—Soy un correo del comandante Gunthar y se me ha enviado en busca de Derek...

—Qué pena, se te ha escapado por muy poco —manifesté mientras procuraba adoptar una expresión triste, aunque no lo sentía ni pizca—. Partió con el Orbe de los Dragones.

—¿Con qué? —Owen me miraba fijamente.

—Con la hierba de los dragones —intervino Fizban, al tiempo que me propinaba un tirón tan fuerte del copete que se me saltaron las lágrimas—, similar al matalobos, aunque diferente.

Bueno, no tenía ni idea de lo que hablaba, pero tampoco me preocupaba, y reparé en que Owen se estaba impacientando, así que continué:

—No sé por qué lo buscas. Derek Crownguard no es una persona agradable —le informé.

—Describémelo —pidió Owen.

—¿Es que no lo conoces? —pregunté sorprendido—. ¿Cómo piensas encontrarlo si no lo conoces?

—Tú límitate a describirlo, kender —gruñó el caballero.

—Tasslehoff Burrfoot —le recordé, porque, evidentemente, se le había olvidado—. Bueno, Derek está furioso con casi todo el mundo casi todo el tiempo y es mal educado y tampoco creo que tenga mucho sentido común, si te interesa mi opinión.

Resultó que a Owen no le interesaba mi opinión y sólo quería una descripción del aspecto de Derek, no de su comportamiento, así que también se la di. Parece que mi descripción lo complació, aunque resultaba difícil de asegurar porque se mostraba muy desconcertado.

—Sí, ése es Derek Crownguard —dijo—. Lo has descrito a la perfección. Debes de estar diciendo la verdad.

Reflexionó un momento más, después miró el sepulcro de Huma para ver si podía ayudarlo, y tenía un aspecto apacible y hermoso a la luz de la luna que entraba por la puerta abierta. (Si os estáis preguntando por qué había luz de luna cuando debería haber habido niebla, seguid escuchando y lo explicaré más adelante, cuando le llegue el turno).

—Se me envió en busca de Derek Crownguard. —Owen hablaba despacio, como si fuera a pararse en cualquier momento y retirar cuanto acababa de decir —. Tengo... unos partes para él. Pero perdí su rastro y rogué a Paladine que me ayudara a encontrarlo de nuevo. Esa noche, en un sueño, se me dijo que buscara el lugar de reposo de Huma. No sabía dónde estaba; nadie lo sabe. Pero se me dijo que, si observaba a Solinari en una noche despejada, vería un mapa en la superficie de la luna. Así lo hice a la noche siguiente, y atisé lo que parecía ser un mapa de mi tierra natal, Ergoth del Sur. He recorrido estas montañas y valles desde hace treinta años, pero ignoraba que existiera este lugar. Me dejé guiar por Solinari, pero entonces me alcanzó la niebla y dejé de ver la luna.

» El camino me condujo hasta un valle, en el interior de las montañas, y después desapareció. No conseguía encontrar una salida y he estado vagando quizá durante días, no sé cuántos, pues el tiempo había dejado de tener sentido para mí. Entonces vi un fuego, ardiendo en la distancia. Fui hacia él, pensando que tal vez encontrara a alguien que pudiese, al menos, guiarme de vuelta al camino. Pero el fuego se apagó y me perdí otra vez. Después vi otro fuego y a continuación una lluvia de estrellas blancas y púrpuras y encontré este lugar sagrado, la Tumba de Huma. Y a vosotros. —Nos miró y sacudió la cabeza, y comprendí que no éramos exactamente lo que esperaba encontrar como respuesta a sus plegarias a Paladine—. Pero si mi señor Crownguard se marchó con el Orbe de los Dragones, ¿qué estáis haciendo vosotros aquí? —inquirió, tras contemplarnos fijamente durante más rato de lo que podía considerarse cortés—. ¿Por qué os quedasteis rezagados?

—Estamos bajo un hechizo —contesté—. ¿No es emocionante? Bueno, para ser sincero, no es tan emocionante. De hecho, ha resultado muy aburrido, por no mencionar el frío y la humedad. La Reina Oscura nos ha embrujado, ¿sabes? Y no podemos salir de aquí porque, cada vez que nos marchamos, volvemos siempre al mismo sitio. Y tenemos que salir a toda costa, ya que tenemos una misión importante para... para...

Me callé, porque no estaba muy seguro de cuál era.

—Para Gunthar. Una misión importante para Gunthar —intervino Fizban—. Tenemos que verlo de inmediato. Es muy urgente.

—¿Estáis los dos bajo un encantamiento de magia negra? —Owen se apartó de nosotros, levantó la espada y posó la mano en el sepulcro de Huma.

—Bueno, en cuanto a lo del encantamiento... —Fizban se rascó la cabeza—. Tal vez exage...

—¡Oh, sí, los dos! —corroboré. (Me encanta esa palabra: corroborar.)—. La Reina Oscura está terriblemente asustada de Fizban, aquí presente. Es un gran hechicero, muy poderoso.

Fizban se puso colorado; se quitó el sombrero y empezó a darle vueltas en las manos.

—Hago lo que puedo —dijo con modestia.

—¿Por qué me hiciste venir? —quiso saber Owen, que todavía se mostraba desconfiado.

—Bien, y o... verás... es decir... —farfulló Fizban, que parecía no encontrar palabras con las que explicarse.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —grité mientras me ponía de puntillas y levantaba la mano. Por supuesto, cualquiera que haya sido niño sabe la razón, pero quizá los caballeros nunca han sido niños o tal vez nunca han tenido una madre que les contara cuentos como me los contaba la mía—. ¡Sólo un verdadero caballero puede romper el hechizo!

Fizban lanzó un hondo suspiro y se enjugó el sudor de la frente con la manga.

—Sí, eso es. Un verdadero caballero, que rescata damiselas en apuros.

—Nosotros no somos damiselas —aclaré, pensando que lo mejor era ser sincero en todo esto—, pero estamos en un buen apuro y creo que esto también cuenta, ¿no?

Owen seguía de pie junto al sepulcro de Huma, mirándonos, y todavía se mostraba confuso y desconfiado; tal vez porque no éramos damiselas. Quiero decir, que entiendo que esa circunstancia resultara decepcionante para un caballero, pero no era culpa nuestra.

—Y, además, están estas Dragonlances —continué mientras señalaba hacia donde las habíamos dejado caer, en la parte trasera del templo—. Sólo que no fu...

—¡Dragonlances! —exclamó Owen, y, de repente, fue como si Solinari hubiera caído del cielo y hubiera estallado encima del caballero. Su armadura relucía como plata y él tenía un aspecto tan aguerrido y apuesto que lo miré embobado—. ¡Habéis encontrado las Dragonlances!

Envainó la espada y corrió hacia donde le había señalado. Al ver las dos lanzas, tendidas en el suelo a la luz de la luna, Owen exclamó unas palabras que no entendí y cayó de rodillas.

—Alabado sea Paladine —dijo, con palabras que sí entendí—. Éstas son Dragonlances, las verdaderas, como la que Huma utilizó para combatir contra la Reina de la Oscuridad. He visto las imágenes esculpidas en el exterior de la tumba. —Se incorporó y se acercó a nosotros—. Ahora sé que decís la verdad. Planeabas llevar estas lanzas a Gunthar, ¿verdad, mi señor mago? Y la Reina Oscura os lanzó un encantamiento para impedirlo

Fizban se hinchó de orgullo cuando lo llamó «mi señor mago» y vi que me miraba para asegurarse de que me había dado cuenta, como así era. Me alegraba mucho por él porque, generalmente, lo llaman otras cosas que no son tan corteses.

—Bueno, eh..., sí —repuso, resoplando y pavoneándose y atusándose la barba—. Sí, ésa es la misión: llevar las lanzas al caballero Gunthar. Deberíamos

ponernos en marcha de inmediato.

—Pero si las lanzas no... —empecé.

—... brillan —me interrumpió Fizban—. Las lanzas no brillan.

Antes de que tuviese ocasión de mencionar que las lanzas no sólo no brillaban sino que tampoco funcionaban, Fizban había volcado uno de mis saquillos, con lo que mis más preciadas y valiosas posesiones se desparramaron por el suelo. Para cuando hube recogido, examinado y guardado todo y me hube preguntado de dónde habían salido unas cuantas cosas que no reconocía, Fizban y Owen estaban listos para partir.

Owen sostenía ambas lanzas en su mano... ¿He mencionado que era muy fuerte? Quiero decir que Fizban y yo tuvimos que cargarlas entre los dos y este caballero las sostenía sin ningún esfuerzo aparente.

Pregunté a Fizban sobre ello, pero me contestó que era la veneración y la gratitud lo que le daba a Owen una fuerza fuera de lo común.

—Veneración y gratitud. Pero ya veremos en qué van a parar más adelante —rezongó Fizban, y me pareció ver de nuevo aquella expresión astuta.

Owen Glendower se despidió de Huma y lo entristeció mucho marcharse de la tumba.

—No te preocupes —quise animarlo—. Si no has roto el encantamiento, volveremos.

—Oh, ya lo creo que lo ha roto —dijo Fizban, y todos cruzamos la puerta y salimos a la luz de la luna.

Y entonces fue cuando caí en la cuenta de que había luz de luna. (Os dije que lo mencionaría cuando llegara el momento adecuado y ése es ahora). La niebla se había levantado y pudimos ver los Centinelas del Puente de la Travesía y a nuestra espalda el Monumento del Dragón Plateado. Y Owen estaba tan fascinado que casi tuvimos que llevárnoslo a rastras de allí. Pero Fizban le recordó que las Dragonlances eran «la salvación del mundo» y con esto consiguió que el caballero emprendiera la marcha.

Había tenido caballo pero, de un modo u otro, lo había perdido. Dijo que cuando alcanzáramos tierras civilizadas encontraríamos corceles que nos llevarían más despacio hasta Gunthar.

Consideré la posibilidad de decirle que Fizban podía llevarnos con Gunthar mucho, mucho más rápido si quería echarnos algún hechizo. Después pensé que con los hechizos de Fizban, teniendo todo en cuenta (especialmente mis cejas), podíamos aparecer en medio de las aguas termales de Foghaven. Tal vez Fizban pensó lo mismo porque tampoco mencionó sus hechizos. Así pues, emprendimos camino, con Owen Glendower llevando las Dragonlances, yo llevando mis saquillos y Fizban llevando la batuta, por así decir.

Y, gracias les sean dadas a todos los dioses, ¡no volvimos a la Tumba de Huma!

Capítulo 6

Quiero dejar bien claro, aquí y ahora, que no fue culpa mía que fuésemos a parar a las Tierras Baldías. Tenía un mapa y les dije a Fizban y a Owen que íbamos en dirección equivocada.

(Era un mapa absolutamente válido; si Tarsis la Bella había decidido trasladarse tierra adentro, no veo cómo puede culparme nadie de ello).

Era de noche y vagábamos por las montañas cuando llegamos a un paso. Le dije a Fizban que deberíamos dirigirnos a la izquierda. Eso nos conduciría fuera de las montañas y nos llevaría a Sancrist. Pero Fizban se mofó y dijo que era un mapa anticuado (¡anticuado!) y Owen Glendower juró que antes se afeitaría el bigote que seguir el consejo de un kender. (Lo que me parecía un juramento poco arriesgado, considerando que no era mucho lo que habría tenido que afeitarse, de todos modos). Todo ello después de haber admitido que se había extraviado en el valle de Foghaven y que no estaba muy seguro de dónde nos encontrábamos en ese momento.

Dijo que deberíamos esperar hasta que amaneciese y que cuando el sol saliera sabríamos qué dirección tomar, pero Fizban manifestó que sentía en los huesos que el sol no saldría por la mañana, y, por los cielos, tenía razón. El astro no se alzó y, si lo hizo, no lo vimos a causa de la nieve y todo lo demás.

Así pues, giramos a la derecha en lugar de ir hacia la izquierda y nos metimos en las Tierras Baldías y en la aventura, pero éste no es el sitio correspondiente a la aventura en mi historia, de manera que tendrá que esperar su turno.

Podría hablaros sobre los días que empleamos viajando a través de las montañas, por la nieve, pero, para ser sincero, no fue muy emocionante... si no contamos que Fizban derritió accidentalmente nuestro refugio de nieve sobre nuestras cabezas una noche, mientras intentaba leer un conjuro en su libro de hechizos a la luz de una vela mágica que resultó ser más mágica que vela. (Tengo que guardar la mecha).

Algo agradable de aquel viaje fue la compañía de Owen Glendower. El

caballero empezaba a caerme muy bien. Afirmaba que ni siquiera le importaba tenerme cerca tanto tiempo (lo que tal vez a vosotros os parezca poco cortés, pero que es mucho más de lo que yo esperaba).

—Probablemente se deba a que no tengo muchas cosas de valor que perder—dijo.

No entendí muy bien esto último, sobre todo teniendo en cuenta que estaba perdiendo, cada dos por tres, lo que afirmaba que era su más valiosa posesión: una preciosa miniatura de su esposa y su hijo, que llevaba en una pequeña bolsa de cuero, sobre el corazón y debajo de la armadura.

Descubrió su falta una noche, cuando descansábamos en nuestro refugio de nieve (el que Fizban derritió) y todos buscamos el retrato con gran diligencia. Fue justo entonces, cuando Owen decía que iba a ponerme cabeza abajo y puede que hasta volverme del revés si no se lo devolvía, cuando Fizban encontró la pintura dentro del bolsillo de mi camisa.

—Ahí tienes—aduje mientras se la devolvía—, he evitado que se moje.

No se mostró ni pizca de agradecido. Por un instante creí que iba a arrojarme ladera abajo y, por un instante, también él creyó que iba a hacerlo. Pero poco después se calmó, en especial cuando le dije que la dama del retrato era una de las más bella que había visto en mi vida, junto con Tika y Laurana y cierta doncella kender cuyo nombre está grabado para siempre en mi corazón. (Si lo recordara, os lo diría, pero supongo que eso no es importante ahora mismo).

Owen suspiró y dijo que sentía haberme chillado y que en realidad no pensaba rajarme los bolsillos ni destriparme. Lo que pasaba es que echaba mucho de menos a su esposa y a su hijo y estaba muy preocupado por ellos, porque se encontraba aquí en la nieve con nosotros y las Dragonlances mientras que ellos estaban en su hogar solos, sin su protección.

Bueno, esto lo entendía, aunque no tuviese esposa ni un hijo, ni, tal vez, tampoco ya una casa. Llegamos, entonces y allí, a un acuerdo: si encontraba la miniatura, tenía que devolvérsela de inmediato a él.

Y me sorprendió la cantidad de veces que perdió aquel retrato, considerando cuánto significaba para él. Pero eso no se lo mencioné, porque no quería herir sus sentimientos. Como decía antes, empezaba a gustarme Owen Glendower.

—La vida no ha sido fácil para mi esposa—nos confesó una noche mientras nos descongelábamos, después de haber pasado todo el día caminando perdidos por la nieve—. Por lo que me has contado de tu amigo Brightblade, ya sabes cómo se ha perseguido e injuriado a los caballeros. Mi familia fue expulsada de nuestro hogar ancestral hace años, pero para nosotros era una cuestión de honor el regresar algún día y reclamarla como nuestra. Nuestra heredad había ido pasando de un mal propietario a otro peor. Los campesinos del pueblo habían sufrido bajo su tiranía y, a pesar de haber sido ellos quienes nos habían echado, habían pagado con creces su error.

» Trabajé como mercenario para sobrevivir y ganar el dinero suficiente para comprar legalmente lo que nos había sido arrebatado; sería honrado, aunque los ladrones que nos lo robaron no lo fueron.

» Por fin conseguí ahorrar la suma necesaria. Me avergüenza decir que tuve que guardar en secreto mi condición de caballero, pues en caso contrario los propietarios habrían rehusado venderme nada. —Se llevó la mano al bigote mientras decía esto último. Ya le había crecido bastante y tenía un color rojizo oscuro, como el de su cabello.

» Así las cosas, aquellos ladrones hicieron un buen negocio, pues la casona se estaba cayendo a trozos sobre sus cabezas. La hemos reparado nosotros mismos, y a que no podía permitirme contratar mano de obra. Los aldeanos nos ayudaron; estaban contentos de tener de regreso a un caballero, sobre todo en estos tiempos tan peligrosos.

» Mi esposa y mi hijo trabajaron duro a mi lado, haciendo mucho más de lo que les correspondía. Las manos de mi mujer están ásperas y agrietadas de cocer ladrillos y mezclar mortero, pero, para mí, su tacto es tan suave como si las hubiese resguardado toda su vida con guantes de cabritilla. Ahora guarda nuestra casa mientras yo estoy ausente; ella y mi hijo. No me gustó tener que dejarlos solos, con el Mal extendiéndose por las tierras, pero mi deber está con los caballeros, como ella misma me recordó. Rezo para que Paladine los proteja y los mantenga a salvo.

—Lo hace —musitó Fizban en un tono muy, muy quedo, tanto que casi no lo oí. Y puede que no lo hubiese oído a no ser porque en ese momento noté que iba a echarse a llorar y estaba buscando un pañuelo en su bolsillo.

Owen podía contar las historias más interesantes sobre el tiempo en que fue mercenario y afirmó que yo era tan buen oyente como su hijo, si bien hacía demasiadas preguntas.

Continuamos así y, en verdad, lo estábamos pasando bien, de manera que spongo he de admitir que no me importó demasiado que tomáramos la dirección equivocada. Llevábamos vagando perdidos cuatro días cuando dejó de nevar y el sol regresó.

Owen contempló el astro, frunció el entrecejo y manifestó que estábamos en la vertiente equivocada de las montañas. Intenté ayudarlo y alegrarlo con un comentario:

—Si Tarsis la Bella pudo alejarse del mar, tal vez estos picos se hayan dado media vuelta de un brinco.

Mi sugerencia no interesó en absoluto a Owen, que se mostraba muy preocupado y serio. Nos encontrábamos en las Tierras Baldías, anunció, y la bahía que divisábamos al fondo (¿os he mencionado ese detalle? ¿No? Bueno, pues una bahía se extendía a nuestros pies) se llamaba bahía Morgash, que significaba Bahía de las Tinieblas. Total, que estábamos en un « sitio malo » y

debíamos marcharnos cuanto antes, antes de que se volviera un « sitio peor » .

—¡Todo esto es culpa tuya! —me chilló Fizban mientras daba una patada a la nieve—. Tú y tu estúpido mapa.

—¡No, no es culpa mía! —rebatí. (Otra buena palabra: rebatir.)—. Y no es un mapa estúpido.

—¡Sí, lo es! —gritó Fizban al tiempo que se quitaba el sombrero, lo arrojaba en la nieve y empezaba a pisotearlo saltando sobre él—. ¡Estúpido, estúpido, estúpido!

Justo entonces las cosas se pusieron peor.

Fizban cayó en un agujero.

En fin, una persona normal habría caído en un agujero normal, tal vez se habría dislocado un tobillo o se habría roto la nariz. Pero no. Fizban, no. Fizban cayó en un Agujero; así, con mayúscula. Y no se conformó con esto, sino que además nos arrastró a nosotros con él, cosa que me pareció muy considerada por su parte, pero que a Owen no le hizo ninguna gracia.

En cierto momento, Fizban estaba dando saltos sobre la nieve y llamándome kender cabeza hueca (un insulto poco original, dicho sea de paso, ya que Flint me lo está diciendo a cada momento), y al siguiente la nieve cedía bajo sus pies. Alargó los brazos para frenarse y se agarró a mí, y yo sentí que la nieve empezaba a ceder bajo mis pies y para frenarme me agarré a Owen, y la nieve empezó a ceder bajo sus pies y, antes de darnos cuenta de lo que pasaba, los tres estábamos cayendo y cayendo y cayendo.

Fue una caída espectacular y muy emocionante, con la nieve precipitándose en cascada a nuestro alrededor y sobre nosotros. Hubo un momento extremadamente interesante, cuando pensé que todos íbamos a ensartarnos en las Dragonlances que Owen había acarreado todo el camino y que no había tenido ocasión de soltar antes de que yo lo agarrara y lo arrastrara tras de mí. Pero no acabamos como trozos de carne hincados en espetones.

Llegamos al fondo y las lanzas también, y la nieve que arrastramos en nuestra caída, también. Nos quedamos tendidos un poco, recobrando el aliento. (Yo me había dejado el mío en alguna parte, allá arriba). Después Owen se sacó a sí mismo del montón de nieve y dirigió una mirada furibunda al mago.

—¿Te encuentras bien? —demandó bruscamente.

—No tengo nada roto, si es a eso a lo que te refieres —repuso Fizban con una voz algo temblorosa—. Pero parece que he perdido mi sombrero.

Owen masculló algo sobre que el sombrero de Fizban podía irse a no sé dónde y luego me sacó del montón de nieve y me puso de pie y me levantó cuando volví a caer (mi aliento todavía no había llegado tan abajo aún) y me preguntó si me encontraba bien.

Dije que sí y que aquello había sido emocionante y que si cabía la posibilidad de que Fizban lo repitiera. Owen contestó que la parte realmente emocionante

estaba aún por llegar, porque ¿cómo, en nombre del Abismo, íbamos a salir de allí?

Bueno, fue entonces cuando me fijé bien dónde estábamos y vi que nos hallábamos en lo que parecía ser una cueva, toda ella hecha de nieve, hielo y demás, y que el agujero por el que habíamos caído estaba muy, muy arriba, allá lejos, fuera de nuestro alcance.

—Como lo están nuestros petates, las cuerdas y las vituallas —añadió Owen, ceñudo, sin apartar la vista del agujero que habíamos hecho.

—No hay por qué preocuparse —dije con animación—. Fizban es un gran mago, muy poderoso, y nos subirá allá arriba en un santiamén, ¿verdad, Fizban?

—Sin mi sombrero, no —contestó, muy abatido—. No puedo hacer magia sin mi sombrero.

Owen masculló algo que no pienso repetir aquí, ya que no fue muy halagüeño para Fizban y estoy seguro de que Owen se avergüenza ahora de haber dicho semejante cosa. Y se puso serio y con gesto ceñudo, pero pronto resultó evidente que no podíamos salir de aquel agujero sin la ayuda de alguna clase de magia.

Intente trepar por las paredes de la cueva, pero resbalaba una y otra vez. Lo estaba pasando fenomenal, aunque sin lograr resultados positivos, cuando Owen me obligó a pararme —después de que se desprendiera un gran montón de nieve y nos tapara otra vez— alegando que toda la montaña acabaría por desplomarse sobre nuestras cabezas si seguía haciendo aquello.

No quedaba más remedio que buscar el sombrero de Fizban.

Owen había desenterrado las Dragonlances y sugirió que el sombrero podía estar cerca. Buscamos, pero no estaba allí. Y cavamos alrededor del punto donde Fizban había caído y tampoco allí estaba el sombrero.

Fizban estaba más triste por momentos y empezó a llorar.

—Tengo ese sombrero desde que era un muchachito —sollozaba, sorbiendo la nariz y enjugándose los ojos con la punta de la barba—. El mejor del mundo entero. Habría preferido una causía, pero no las hay para magos. Sin embargo...

Estaba a punto de preguntar que quién era la tal Causía y qué tenía que ver con su sombrero, cuando Owen chistó de esa manera que te causa cosquilleos en la sangre y hace que el estómago actúe de un modo raro.

No callamos y lo miramos fijamente.

—¡He oído algo! —explicó, sólo que lo dijo sin sonidos, limitándose a mover los labios.

Presté atención y entonces también yo escuché algo.

—¿Has oído? —preguntó una voz, sólo que no era ninguna de las nuestras la que había hecho la pregunta. Venía de detrás de la pared de nieve que formaba un extremo de la cueva.

Había oído esa clase de voz antes: siseante, repulsiva y horrible. Supe al

momento lo que era y comprendí, por la expresión en el semblante de Owen — colérica y asqueada— que también él lo sabía.

—¡Draconianos! —susurró el caballero.

—Sólo ha sido un deslizamiento de nieve —respondió otra voz, que retumbó profunda y fría, tan fría que me puso la carne de gallina y me hizo temblar de pies a cabeza—. Las avalanchas son corrientes en estas montañas.

—Me pareció escuchar voces —insistió el draconiano—. Al otro lado del muro. Quizá sea el resto de mi equipo.

—Tonterías. Les ordené que esperaran en las montañas hasta que yo volviese. No se atreverán a desobedecer. Más les vale, o los convertiré en estatuas de hielo. Estás nervioso, eso es todo. Y no me gustan los draconianos nerviosos, porque me ponen nervioso a mí. Y, cuando me pongo nervioso, empiezo a matar.

Se produjo un fuerte ruido, rasposo y deslizante, y toda la montaña se estremeció. La nieve cayó sobre nosotros, pero ninguno de los tres nos movimos ni hablamos. Nos limitamos a mirarnos unos a otros. Todos podíamos encajar aquel sonido con una imagen mental y, aunque la mía resultaba ciertamente interesante, no conducía a una larga vida. (Tanis me dijo una vez que debería enfocar las cosas desde la perspectiva de si me conducirían o no a una larga vida. Si era que no, debía alejarme cuanto antes sin reparar en lo interesante que pudiera parecerme. Y ésta era de las que no).

—¡Un dragón! —susurró Owen Glendower con un cierto temor reverente.

—Que no conduce a una larga vida —le advertí, en caso de que no lo supiera.

Supongo que sí, porque me miró como si quisiera taparme la boca con la mano, pero no estaba lo bastante cerca, de manera que me la tapé yo para ahorrarme el trabajo.

—Debe de ser un dragón manco —musitó Fizban, cuyos ojos parecían a punto de salirse de las órbitas—. ¡Oh, mi sombrero! ¡Mi sombrero! —Se estrujó las manos.

Quizá debería hacer un alto en el relato y explicar dónde nos encontrábamos con respecto al dragón. No estoy seguro, pero creo que estábamos en una pequeña cueva que se alzaba justo a un extremo de una caverna grande donde vivía el dragón. Un muro de nieve nos separaba y empecé a pensar que no era muy grueso. Quiero decir que, cuando uno está atrapado en una cueva con un dragón blanco, le gustaría que el muro de nieve tuviera kilómetros de espesor, y a mí me daba la sensación de que éste no los tenía.

Así que allí estábamos, en una cueva de nieve, congelándonos lentamente hasta morir (¿no lo había mencionado?) y sin poder mover un solo músculo por temor a que el dragón nos escuchara. Fizban era incapaz de hacer magia porque no tenía su sombrero. Owen no parecía saber qué hacer y supongo que no se lo podría culpar pues probablemente nunca se había topado con un dragón hasta ese momento. En consecuencia no hicimos nada, salvo quedarnos quietos y respirar;

y ni siquiera mucho de esto último, sólo lo estrictamente necesario.

—Continúa con tu informe —dijo el dragón.

—Sí, mi señor. —El tono del draconiano sonaba mucho más respetuoso, seguramente porque no quería poner nervioso al dragón—. Exploré el pueblo, como ordenaste. Está repleto de provisiones almacenadas para el invierno. Uno de esos... —el draconiano dijo una palabrota aquí—. Caballeros de Solamnia tiene una heredad cerca, pero se halla ausente, con algún cometido.

—¿Ha dejado hombres armados para guardar su propiedad?

El draconiano hizo un ruido grosero.

—Ese caballero es más pobre que una rata, señor. No puede permitirse contratar soldados. La casa está vacía, a excepción de su esposa y su hijo.

El semblante de Owen perdió color al oír esto. Lo compadecí porque sabía que tenía que estar pensando en su propia esposa y su hijo.

—¿Y los aldeanos?

—¡Bah, campesinos! —escupió el draconiano—. Se derrumbarán y se mojarán los pantalones cuando nuestras tropas de asalto ataquen. Será un saqueo fácil.

—Excelente. Almacenaremos las provisiones aquí a fin de utilizarlas cuando el grueso de las fuerzas llegue para tomar la Torre del Sumo Sacerdote. ¿Hay algún otro pueblo aparte de éste?

—Sí, mi señor, te lo mostraré en el mapa. Glendower está aquí y un poco más allá se encuentra...

Pero ya no oí nada más porque temí que Owen se desmayase en cualquier momento. Su faz estaba más blanca que la nieve y temblaba de tal manera que la armadura tintineaba.

—¡Mi familia! —gimió, y vi que las rodillas se le empezaban a doblar.

Puedo moverme muy silenciosamente cuando no tengo más remedio, y supuse que ésta era una de esas ocasiones. Me acerqué sigiloso a él, lo rodeé con mi brazo y lo sostuve hasta que dejó de temblar.

Creo que estaba agradecido, porque se ciñó a mí prietamente, tanto que resultaba incómodo (¿he mencionado que es realmente fuerte?) y estuve a punto de quedarme otra vez sin resuello antes de que se relajara y me soltara.

Para entonces, el color empezaba a volverle a las mejillas y ya no parecía sentirse enfermo. Tenía un aire torvo, determinado y resuelto y supe, con claridad meridiana, lo que planeaba hacer. Algo que no conducía a una larga vida.

El dragón y el draconiano habían entrado en una discusión bastante acalorada acerca de qué pueblo debían quemar, saquear y arrasar a continuación de Glendower.

Aproveché el ruido que hacían para susurrar a Owen:

—¿Has visto alguna vez un dragón?

Sacudió la cabeza en un gesto negativo mientras ajustaba hebillas y tensaba correas de su armadura y, habiendo visto ya a Sturm hacer esto mismo antes de entrar en batalla, supe lo que significaba.

—Son enormes —dije mientras sentía que empezaba a hacérseme otro nudo en la garganta—. Y extremadamente grandes. E inmensos. Y tienen unos terribles dientes afilados. Y son mágicos. Más que Fizban. Incluso más que Raistlin, aunque a él no lo conoces, así que supongo que eso no significa mucho para ti. Y los dragones blancos pueden matarte con sólo echarte el aliento. Lo sé porque me topé con uno en el Muro de Hielo. Pueden congelarte y dejarte más tieso que un carámbano.

Dije todo esto, pero no pareció causar mucha impresión en Owen Glendower, que siguió abrochando hebillas y apretando correas, y su semblante se tornó más y más frío y determinado, hasta que llegué a pensar que, quizá, tanto daba si el dragón exhalaba una bocanada de aliento gélido sobre él, pues su apariencia era de estar ya congelado.

—¡Oh, Fizban! —Me temo que lloriqué un poco en este momento, pero, sinceramente, no quería que Owen se convirtiera en otro pedazo de hielo de estas montañas—. ¡Haz que se detenga!

Pero en Fizban no iba a encontrar ayuda. El mago había adoptado ese gesto astuto, ladino, que me hace sentir retortijones en el estómago.

—Puede hacerlo —manifestó con un tono realmente quedo—. ¡Tiene las Dragonlances!

Una expresión de ánimo alumbró el rostro de Owen. Pareció crecerse, y sus ojos verdes relucieron como si los alumbrara desde el interior una maravillosa, radiante, terrible luz.

—Sí —dijo con voz reverente, como en una oración—. Paladine puso las lanzas en mis manos y después me trajo hasta aquí para que salve a mi familia. Esto es obra de Paladine.

Tuve ganas de decirle: «No, no ha sido Paladine, sino un mago viejo, escuálido y algo trastornado el que nos ha metido en esto al tirarnos por un agujero». Pero guardé silencio. Tenía otras cosas más importantes que acaparaban mi atención.

Como las Dragonlances.

Las contemplé allí, tiradas en la nieve, y escuché la voz de Theros dentro de mi cabeza. Y luego miré a Owen, tan alto y tan apuesto, y pensé en el bonito retrato de su esposa y su hijo y lo tristes que se pondrían si él moría. Después pensé que, si Owen moría, ellos también morirían pronto. Y volví a escuchar la voz de Theros dentro de mi cabeza.

Owen se agachó y recogió una de las Dragonlances. Antes de que pudiese evitarlo, prorrumpí en un grito:

—¡No, Owen, no puedes utilizarlas! —chillé mientras lo agarraba del brazo y

tiraba de él—. ¡No funcionan!

Capítulo 7

En aquel momento ocurrió un montón de cosas al mismo tiempo. Intentaré que quede claro para vosotros, pero todo fue muy confuso y quizás en algunos puntos no guarde el orden correcto.

Owen Glendower me miró de hito en hito y dijo:

—¿Qué?

Fizban me miró ferozmente y espetó:

—¡Kender estúpido, mantén la boca cerrada!

Supongo que el draconiano también me habría mirado fijamente si hubiese podido verme a través del muro de nieve, y dijo:

—¡Lo he oído!

El dragón giró su inmenso corpachón (se lo oía rozar contra las paredes) y exclamó:

—¡También yo! ¡Y huelo sangre caliente! ¡Espías! ¡Tú, draconiano, ve y alerta a los demás! ¡Yo me encargaré de éstos!

¡Plam!

Era la cabeza del dragón, que embestía contra el muro de hielo que nos separaba de él. (Al parecer, el muro era mucho más grueso y resistente de lo que yo había imaginado, por lo que todos nos sentimos agradecidos). La montaña se sacudió, y más nieve cayó sobre nosotros. El agujero de arriba se agrandó, aunque tampoco eso resultaba de mucha ayuda por el momento, ya que no podíamos subir hasta allí.

Owen Glendower sostenía la Dragonlance y seguía mirándome fijamente.

—¿Qué quieres decir con que las lanzas no funcionan?—inquirió.

Desvalido, me volví a mirar a Fizban, que me contemplaba con un gesto tan ceñudo que temí que las cejas se le desprendieran del entrecejo y se le cayeran sobre la nariz.

¡Plam!

Eso era la cabeza del dragón otra vez.

—¡Tengo que decírselo, Fizban!—gimoteé. Y hablé tan deprisa como me fue

posible porque me di cuenta de que no iba a tener tiempo de entrar en detalles—. Por casualidad oímos a Theros Ironfeld decir a Flint que las lanzas no son especiales ni mágicas ni nada, que sonde acero normal y corriente, y, cuando Theros arrojó una contra la pared, se rompió... ¡Lo vi!

Hice una pausa para coger aire, ya que había gastado todo el que tenía en los pulmones para soltar esa parrafada. Y entonces utilicé el que acababa de coger para gritar:

—¡Fizban, ahí está tu sombrero!

Las embestidas de la cabeza del dragón habían desprendido un montón de nieve y allí estaba el sombrero de Fizban, con un aspecto sucio, ajado, mordisqueado y en absoluto mágico. Me zambullí de cabeza por él, lo recogí y lo agité en el aire.

—¡Aquí está! ¡Ahora podremos escapar! ¡Vamos, Owen! —Y empecé a tirar del brazo del caballero.

¡Plam! ¡Plam! Eso era la cabeza del dragón, dos veces.

Los ojos de Owen pasaron del tembloroso muro (se oía gritar al dragón « ¡espías!» al otro lado) a mí, después a las lanzas y por último a Fizban.

—¿Qué sabes de todo esto, hechicero? —preguntó. Estaba pálido y respiraba de una manera algo rara.

—Puede que la lanza sea corriente. O puede que sea un arma sagrada. Puede que tenga un defecto. ¡O puede que el fallo esté en ti! —terminó Fizban mientras daba golpecitos en el pecho de Owen con su índice huesudo.

Un profundo sonrojo tiñó las mejillas del caballero, que se llevó la mano al bigote afeitado.

¡Plam! Una grieta se extendió de arriba abajo en el muro y parte de un enorme y blanco hocico de dragón asomó por ella. Pero la bestia no podía introducir las fauces a través de la hendidura, de manera que renunció a ello y reanudó las embestidas contra el hielo. (Aquel hielo era mucho, mucho más resistente de lo que había pensado al principio. Qué extraño).

Owen sostenía la Dragonlance y la contemplaba fijamente, como si intentara descubrir alguna fisura en ella. Podría haberle dicho que no tenía ninguna, porque Theros era un gran maestro herrero, incluso si trabajaba con acero corriente, pero no había tiempo. Puse bruscamente el sombrero de Fizban en las manos del mago.

—¡Rápido! —grité—. ¡Salgamos de aquí! ¡Owen, por favor!

—¿Y bien, señor caballero? —preguntó Fizban—. ¿Vienes con nosotros?

Owen dejó caer la Dragonlance y desenvainó la espada.

—Vete y llévate al kender —dijo—. Yo me quedo.

—¡Mentecato! —resopló Fizban—. ¡No puedes enfrentarte a un dragón con una espada!

—¡Huye, hechicero! —bramó Owen—. ¡Márchate cuando aún estás a

tiempo! —Me miró, y en sus ojos vi un brillo trémulo—. Tienes el retrato —dijo suavemente—. Llévaselo y díles...

Bien, nunca supe qué tenía que decirles porque en ese momento la cabeza del dragón perforó el muro de hielo.

La cueva en la que estábamos atrapados era pequeña comparada con el dragón, y el reptil sólo podía meter la cabeza. La mandíbula rozaba el suelo y sus astutos ojos nos contemplaban de un modo horrible. Era tan enorme, terrible y maravilloso que me temo que olvidé totalmente que no era algo que conducía a una larga vida y que la mía habría llegado a su fin en ese instante a no ser porque Fizban me agarró por el cuello de la camisa y me arrastró hasta el muro opuesto.

Owen retrocedió trastabillando, con la espada empuñada y dejando las Dragonlances tiradas en la nieve. Me di cuenta de que el caballero estaba abrumado por el tamaño gigantesco del dragón y el terror que inspiraba. Sin duda, en ese instante fue obvio para él que Fizban tenía razón: no se podía Juchar contra un dragón con una simple espada.

—¡Haz algo, hechicero! —gritó—. ¡Distráelo!

—¿Distrarlo? ¡Vale! —rezongó Fizban y, con lo que en mi opinión fue un gran alarde de valor, el viejo mago se asomó por detrás de mí (me tenía otra vez delante de él) y agitó su sombrero en dirección al enorme reptil—. ¡Zape, zape! —gritó, como si espantara gallinas.

No sé si os habréis dado cuenta o no, pero los dragones no se espantan por mucho que les grites « ¡zape! ». De hecho, parece tener un efecto irritante en ellos. Los ojos de éste llamaron hasta que la nieve bajo mis pies empezó a derretirse. Empezó a inhalar hondo, hondo, hondo, y supe que cuando soltara el aliento nos convertiríamos en estatuas congeladas que permanecerían para siempre jamás debajo de la montaña.

El aire silbó y la nieve se levantó en remolinos a nuestro alrededor por la fuerza con que el dragón inhalaba. Y entonces, de repente, el reptil hizo « ¡glup! » y sus ojos adoptaron una expresión de extremado pasmo y sobresalto.

Se había tragado el sombrero de Fizban.

El mago había seguido agitando el sombrero frente al dragón, ¿comprendéis?, y, cuando el reptil empezó a inhalar aire, aspiró la prenda directamente de la mano de Fizban. El sombrero salió disparado por el aire, penetró en las fauces del dragón y ese « ¡glup! » era el ruido que hizo el sombrero al quedarse atascado en la garganta del animal.

—¡Mi sombrero! —aulló Fizban, y se puso tan congestionado por la rabia que pensé que reventaría en cualquier momento.

El dragón sacudía la cabeza, tosía, carraspeaba e intentaba expulsar el sombrero atascado. Owen se abalanzó sobre él sin molestarse en gastar tiempo en hacer el saludo que los caballeros dedican a su enemigo, lo que me pareció muy juicioso por su parte, e hincó (o intentó hincar) su espada en la garganta del

dragón.

La hoja de acero vibró y después se quebró. El dragón arremetió contra Owen, pero no era mucho lo que podía hacer, salvo golpearlo con la cabeza, ya que todavía seguía intentando respirar a través del sombrero. Owen salió despedido, resbaló y cayó en la nieve. Su mano se posó sobre la Dragonlance.

Era la única arma de que disponía, aparte de mi jupak que se la habría ofrecido con gusto, sólo que en ese momento se me olvidó que la tenía. ¡Toda esta situación era tan emocionante!

—¡Devuélveme mi sombrero! —chillaba Fizban mientras daba brincos—. ¡Devuélveme mi sombrero!

¡Pfiuuu!

El dragón lo escupió, y el sombrero voló a través de la cueva, golpeó a Fizban en la cara y lo tiró patas arriba, sin sentido. Owen se incorporó de un salto. Temblaba de pies a cabeza de tal modo que la armadura tintineaba, pero levantó la Dragonlance y la arrojó con todas sus fuerzas.

La lanza alcanzó la piel escamosa del dragón y se hizo miles de añicos.

El reptil había empezado a inhalar aire otra vez. Owen se vino abajo; parecía derrotado, afligido. Sabía que iba a morir, pero me di cuenta de que eso no le importaba; lo que le atravesaba el corazón como un puñal era la idea de que su esposa y su pequeño, y tal vez todos esos aldeanos, morirían.

Y entonces me pareció oír una voz. Era la de Flint y sonaba tan cercana que miré a mi alrededor, casi esperando verlo llegar corriendo junto a mí, congestionado y chillándome:

« ¡Kender cabeza hueca! ¿Es que no oíste nada de lo que hablé? ¡Dile lo que le dije a Theros!» .

Intenté recordarlo y, cuando lo conseguí, empecé a balbucir:

—Cuando arrojes la lanza, será el poder de tu fe y la fuerza de tu brazo y el tino de tus ojos brillantes lo que la guiará al negro corazón del perverso dragón. Eso, o algo parecido, fue lo que dijo Flint, Owen, sólo que lo cambié un poco. ¡Quizás estaba equivocado! ¡Prueba con la otra lanza! —grité.

Ignoro si me oyó o no. El dragón estaba haciendo un montón de ruido, y la nieve caía y se arremolinaba a nuestro alrededor. Ya fuera porque Owen me escuchó y siguió mi consejo (y el de Flint), o porque saltaba a la vista (como el sombrero pegado a la cara de Fizban) que la lanza era nuestra última esperanza, lo cierto es que tomó la Dragonlance y, esta vez, no la arrojó. Esta vez se lanzó a la carga sin soltarla, arremetiendo directamente contra el dragón; y con todas sus fuerzas, sus músculos y su ímpetu, hundió la lanza justo en la garganta del reptil.

La sangre salió a borbotones y tiñó de rojo la nieve. El dragón emitió un espantoso grito y sacudió la cabeza a uno y otro lado, enloquecido, chillando de dolor y rabia. Owen se aferró a la lanza, hundiéndola más y más en el reptil. El arma no se rompió, sino que se mantuvo firme y certera.

Había sangre por todas partes y los aullidos del dragón eran ensordecedores. Entonces hizo una especie de gorgoteo espantoso; la cabeza se desplomó en la nieve ensangrentada, y yació inmóvil.

Ninguno de los tres nos movimos; Fizban porque estaba inconsciente, Owen porque estaba apaleado a causa de las sacudidas del dragón y yo porque no tenía ninguna gana de moverme en ese momento, simplemente. El dragón tampoco se movía, y entonces fue cuando me di cuenta de que estaba muerto.

Owen, apoyado en las manos y las rodillas, respiraba de manera entrecortada y trabajosa; se limpió la sangre que le manchaba el rostro y los ojos. Fizban empezaba a rebullir, quejumbroso y farfullando algo sobre su sombrero, por lo que comprendí que se encontraba bien y corrí presuroso junto a Owen para ayudarlo.

—¿Estás herido?—pregunté anhelante.

—No —consiguió articular y, recostándose en mí, se incorporó vacilante. Trastabilló un paso hacia atrás y luego recobró el equilibrio y contempló boquiabierto al dragón.

Fizban volvió en sí y miró, aturrido, a su alrededor. Al ver la nariz del dragón tendida a poco más de un palmo de él, lanzó un grito, se incorporó de un brinco e, impulsado por el pánico, intentó trepar de espaldas por el muro de hielo.

—Fizban, el dragón está muerto —lo tranquilicé.

El mago lo contempló fijamente, con los ojos entrecerrados. Al cerciorarse de que no se movía ni parpadeaba, se acercó y le propinó una patada en el hocico.

—¡Toma! —dijo.

Owen ya podía caminar mejor, sin necesidad de utilizarme como una mula. Se acercó al dragón, aferró la Dragonlance y tiró para sacarla del reptil, si bien tuvo que emplearse a fondo para lograrlo; la lanza se había hincado profundamente y se había hundido hasta casi la empuñadura. Cuando la hubo sacado, la limpió en la nieve y todos pudimos ver que la punta seguía tan sólida y afilada como al principio, sin la menor muesca ni fisura. Los ojos de Owen fueron de la Dragonlance buena a la Dragonlance rota, cuyos pedazos estaban esparcidos bajo la mandíbula del dragón.

—Una se quebró y la otra hizo lo que no podría hacer una lanza corriente. ¿Cuál es la verdad?—El caballero se mostraba perplejo y desconcertado.

—La verdad es que mataste al dragón —insinuó Fizban.

Owen observó de nuevo las lanzas y sacudió la cabeza.

—Pero no lo entiendo...

—¿Y quién te dijo que lo entenderías? ¿O que tuvieras derecho a entenderlo?—Fizban resopló desdeñoso. Luego recogió su sombrero y suspiró. La prenda no guardaba ya la menor semejanza con un sombrero; estaba toda aplastada, pegajosa, machacada.

—Babas de dragón —dijo tristemente—. ¿Quién pagará la lavandería? — Miró hacia nosotros con expresión furibunda.

Me habría ofrecido a pagárselo, sólo que nunca dispongo de mucho dinero. Además, ni Owen ni yo le prestábamos mucha atención en ese momento. Owen limpiaba y abrillantaba la Dragonlance buena y, cuando terminó, recogió los pedazos de la Dragonlance defectuosa y los examinó detenidamente. Después sacudió la cabeza de nuevo e hizo algo que para mí no tenía mucho sentido. Con gran cuidado y actitud respetuosa, apiló los trozos de la Dragonlance rota, hizo un paquete y lo ató con una tira de cuero que encontré en uno de mis saquillos.

Yo recogí mis cosas, que habían acabado esparcidas con tantas carreras, caídas, saltos, sombrero de acá para allá y combate con dragón. Para entonces, Owen estaba listo para partir, yo estaba listo para partir, y Fizban lo estaba también y fue cuando caí en la cuenta de que seguíamos atrapados en el agujero.

—¡Mecachis! —rezongó Fizban; se dirigió al fondo de la cueva, le dio un par de patadas, y la pared se desmoronó.

Al otro lado se veía el sol radiante y el cielo azul y, cuando dejamos de parpadear, comprobamos que lo que habíamos tomado por un muro de hielo no era tal, sino nieve blanda amontonada. Supongo que podríamos haber salido en cualquier momento, pero tendríamos que haberlo sabido.

Owen dirigió una mirada extraña a Fizban.

El mago no se dio cuenta; se guardó el maltrecho sombrero en un bolsillo de su túnica, recogió el bastón, que se había quedado tumbado en la nieve esperándolo, supongo, y salió a la luz del sol. Owen y yo lo seguimos; el caballero transportaba las Dragonlances, y yo, mis más preciadas posesiones.

—Ahora —dijo Fizban—, el kender y yo hemos de viajar al castillo del comandante Gunthar, y tú, Owen Glendower, tienes que regresar a tu pueblo y preparar la defensa para el ataque de la tropa draconiana. No, no te preocupes por nosotros. Soy un mago grande y poderoso, ya sabes. Me limitaré a realizar un hechizo que nos transporte al castillo Uth Wistan. No te queda mucho tiempo. El draconiano corrió a alertar a sus tropas y ahora se moverán deprisa. Si regresas al cubil del dragón, descubrirás que la cueva se extiende hasta el otro lado de la montaña. Eso acorta la distancia a la mitad y es un trayecto sin riesgos, ahora que el dragón está muerto.

» No, no; nos las arreglaremos bien solos. Sé dónde está la casa de Gunthar. Lo sé desde el principio; pero en el paso tenemos que girar a la izquierda, en vez de a la derecha —concluyó.

Yo estaba a punto de aclarar que eso era lo que había dicho desde el principio, pero Owen estaba realmente ansioso por ponerse en camino.

Se despidió y me estrechó la mano con gran formalidad y cortesía. Yo le devolví la miniatura y le aconsejé —muy severamente— que si la tenía en tanto aprecio debía ser más cuidadoso con ella. Él sonrió y prometió que lo sería.

Después estrechó la mano de Fizban, sin dejar de mirarlo todo el tiempo de un modo raro.

—Que tu bigote crezca largo —deseó el mago mientras palmeaba a Owen en los dos hombros—. Y no te preocupes por mi sombrero. Aunque, por supuesto, nunca volverá a ser el mismo —terminó con un hondo y triste suspiro.

El caballero dio un paso atrás y nos hizo a ambos el saludo solámnico. Yo se lo habría devuelto, sólo que se me había puesto un nudo en la garganta en ese momento y estaba buscando un pañuelo. Cuando lo encontré (en el bolsillo de Fizban). Owen se había marchado. El nudo en mi garganta se hizo más grande y probablemente se habría convertido en un sollozo si Fizban no me hubiese cogido y me hubiese dado un apretujén reconstituyente. Luego alzó el dedo en el aire.

—Tasslehoff Burrfoot —empezó con una actitud tan seria y un aspecto tan de hechicero que le presté toda mi atención, cosa que, he de admitir, no hago a veces cuando está hablando—, debes prometer que nunca, nunca, nunca le contarás a nadie lo de las Dragonlances.

—¿El qué? —pregunté interesado.

Levantó tanto las cejas que estuvieron a punto de salirse de la frente y volar al cielo, que creo que era donde estaban las mías en ese momento.

—¿Te refieres a que... eh... no funcionan? —sugerí.

—¡Funcionan! —bramó.

—Sí, claro —me apresuré a decir. Sabía por qué gritaba; estaba enfadado por lo ocurrido con su sombrero—. ¿Y qué pasa con Theros? ¿Y si dice él algo? Es una persona muy sincera.

—Eso será decisión suya —repuso Fizban—. Llevará las lanzas al Consejo de la Piedra Blanca y ya veremos qué pasa cuando llegue allí.

Por supuesto, cuando Theros llegó al Consejo de la Piedra Blanca, se celebraba —por si acaso lo habéis olvidado— una importante asamblea de los Caballeros de Solamnia y los elfos y más gente que se me ha olvidado. Y todos estaban dispuestos a matarse entre ellos, en lugar de estar dispuestos a matar a los dragones perversos; y yo sólo intentaba demostrar un punto de vista cuando rompí el Orbe de los Dragones (¡es Orbe, no hierba!) y supongo que todos habrían estado dispuestos a matarme a no ser porque Theros llegó con las Dragonlances en ese momento y arrojó una contra la Piedra Blanca y la quebró —la piedra, no la lanza—; así pues, imagino que decidió que las lanzas funcionaban, después de todo.

Fizban sacó su sombrero babeado del bolsillo y se lo encasquetó en la cabeza con un gesto de escrúpulo. Empezó a mascullar y a agitar las manos en el aire, de manera que supe que se acercaba un conjuro. Me tapé la cara y me agarré a su manga.

—¿Y qué pasa con Owen? —pregunté—. ¿Y si les cuenta a los otros caballeros lo de las lanzas?

—No me interrumpas. Este hechizo es muy complicado —rezongó.

Guardé silencio o, al menos, mi intención era guardarlo, pero las palabras me vinieron a los labios antes de que pudiese detenerlas, algo así como pasa con el hipo, que lo tienes, quieras o no.

—Owen Glendower es un caballero —dije—, y sabes cómo son los caballeros cuando se trata de decir la verdad siempre. Está obligado, por lo que quiera que sea que se comprometan los caballeros, a decirles a los demás lo de las lanzas, ¿no?

—Si lo hace, que lo haga. Es decisión suya —respondió Fizban. De repente me fijé en que estaba sujetando un murciélago negro que batía las alas—. ¡A la de murciélago —gritó a nadie que yo pudiese ver—, no todo el condenado bicho! —Mascullando, soltó al animal, me miró enfurecido y suspiró—. Ahora tendré que empezar otra vez desde el principio.

—Pues a mí no me parece muy justo —comenté mientras veía alejarse al murciélago de regreso a la cueva—. Si es decisión de Theros contarle o no, y también decisión de Owen... entonces debería ser decisión mía también. Me refiero a decir algo de las lanzas. Del funcionamiento —añadí.

Fizban interrumpió la ejecución del conjuro y me miró fijamente. Luego desarrugó el entrecejo.

—Cielos, creo que has dado en el clavo. Tienes toda la razón, Tasslehoff Burrfoot. La decisión será tuya. ¿Qué dices?

Bueno, pensé y pensé y pensé.

—Quizá las lanzas no son mágicas —contesté, después de pensar con tanto empeño que me dolía hasta el pelo—. Quizá la magia está en nuestro interior. Pero, si eso es cierto, entonces algunas personas tal vez no han encontrado aún la magia que llevan dentro, así que si utilizan las lanzas y piensan que la magia está fuera de ellos y dentro de las lanzas, entonces la magia que no está dentro de las lanzas estará realmente dentro de ellos. Y después de un tiempo empezarán a comprender, como le ocurrió a Owen, aunque no lo sepa, y buscarán la magia interior y no la magia exterior.

Fizban tenía esa expresión que se te queda en la cara cuando estás sentado en un columpio y alguien le da muchas vueltas a las cuerdas y luego las suelta y empiezas a girar muy, muy deprisa y, si tienes suerte, hasta vomitas.

—Creo que será mejor que me siente —dijo, y se dejó caer en la nieve.

Me senté a su lado y charlamos otro poco y, finalmente, entendió lo que intentaba explicarle. Que era que nunca, nunca, nunca contaría nada a nadie acerca de que las Dragonlances no funcionaban. Y, para estar seguro de que las palabras no se me escaparían de manera accidental, como un hipido, hice el juramento más solemne y reverente que puede hacer un kender.

Lo juré por mi copete.

Y quiero decir, aquí y ahora, para Astinus y la historia, que mantuve mi

juramento.

No sería yo sin mi copete, ¿no os parece?

Capítulo 8

Terminé de contar mi historia. Todos estaban sentados en la galería superior, junto al pobre Owen Glendower, escuchándome. Y fueron, casi con toda seguridad, el mejor público que he tenido en mi vida.

Tanis, Crysania, Laurana, Caramon, el hijo de Owen y Gunthar, todos estaban sentados y mirándome fijamente, como si se hubiesen convertido en estatuas por el soplo del aliento helado de un dragón. Pero me temo que lo único que me preocupaba en ese momento era que mi copete se amustiara y se cayera, como se desprende una hoja seca. Confiaba en que no ocurriese así, pero era un riesgo que supuse debía correr. No podía dejar que Owen Glendower muriera de un ataque si contar la historia podía salvarlo, aunque no veía cómo.

—¿Quieres decir —preguntó Gunthar, cuyos bigotes empezaban a temblarle — que hemos combatido toda la guerra y hemos arriesgado nuestras propias vidas confiándolas en unas Dragonlances que se suponían que eran mágicas y que resultaron ser lanzas corrientes?

—Tú lo has dicho, no yo —contesté, sujetando mi copete mientras pensaba lo encariñado que estaba con él.

—Theros, el del Brazo de Plata, sabía que eran corrientes —prosiguió Gunthar, y vi que estaba llegando a conclusiones—. Sabía que el metal era acero normal. Theros debió decírselo a alguien...

—Theros Ironfeld lo sabía y, sin embargo, Theros Ironfeld hendió la Piedra Blanca con la Dragonlance —apuntó Crysania con frialdad—. La lanza no se rompió cuando la arrojó.

—Eso es cierto —admitió Gunthar, pasmado por esa evidencia. Reflexionó de nuevo sobre ello y después volvió a enfadarse—. Pero, como nos ha recordado el kender, Owen Glendower lo sabía. Y por la Medida estaba obligado a informar al Consejo de Caballeros.

—¿Qué es lo que sabía y o? —preguntó una voz, y todos nos levantamos de un salto.

Owen Glendower estaba de pie en medio del montón de capas y, a pesar de

que tenía casi tan mal aspecto como cuando combatió contra el dragón, por lo menos había superado el ataque.

—¡Sabías la verdad, señor! —replicó Gunthar ceñudo.

—Llegué a descubrir mi verdad..., la mía. Pero ¿cómo iba a saber la de cualquier otro? Eso fue lo que me dije y lo que creí hasta..., hasta... —Volvió los ojos hacia su hijo.

—Hasta que fui ordenado caballero —dijo Gwynfor.

—Sí, hijo mío. —Owen suspiró y se atusó el bigote que ahora era extremadamente largo, sólo que ya era más gris que pelirrojo—. Te vi con la lanza en la mano y volví a ver la lanza, la primera que arrojé, hacerse añicos frente a mi enemigo. ¿Cómo podía dejarte ir a combatir contra el mal de este mundo sabiendo, como yo sabía, que el arma de la que dependía tu vida era un arma vulgar y corriente? ¿Y cómo podía decírtelo? ¿Cómo podía destruir tu fe?

—La fe que tenías que tu hijo perdiera no era en la Dragonlance, sino en ti, ¿verdad, señor caballero? —preguntó Crysania, con los ojos ciegos vueltos hacia él.

—Sí, Hija Venerable —repuso Owen—. Lo descubrí ahora, al escuchar la historia del kender. La cual —añadió, torciendo la boca—, no es del todo precisa, ni todo ocurrió como lo cuenta.

Tanis me miró severamente.

—¡Pero también fue así! —protesté, aunque lo hice para mis adentros. Al parecer, a mi copete no iba a pasarle nada de momento y mi intención era que eso no cambiase.

—Fue mi fe la que falló la primera vez —dijo Owen—. La segunda, mi corazón y mi confianza se mantuvieron firmes.

—Tan firmes como se mantendrán los míos, padre —intervino Gwynfor Glendower—. Como mi fe en ti. Has sido un buen maestro.

El joven abrazó a su padre, que estrechó a su hijo con fuerza; debió resultarles difícil, con tantas piezas de armadura por medio, pero se las arreglaron. De momento, pareció que Gunthar iba a seguir enfadado, pero después debió pensarlo mejor y supongo que llegó a la conclusión de que no valía la pena. Se acercó a Owen y se estrecharon las manos y se dieron un abrazo.

Laurana fue a buscar a Theros, que había salido de la sala ¿recordáis? Cuando el herrero regresó, traía una expresión terriblemente ceñuda, como si creyera que todos iban a gritarle o algo por el estilo. Pero se relajó un poco al ver que Owen estaba de pie paseando y sonriendo, y que todos los demás también sonreían, incluso Gunthar, o, al menos, hasta donde Gunthar es capaz de sonreír, lo que casi siempre llega poco más allá de un tirón brusco debajo del bigote, una especie de tic nervioso.

Decidieron continuar con la ceremonia de la Forja de la Lanza, pero no iba a ser un « espectáculo público », como lo llamó Tanis, cuando creía que Gunthar no

estaba escuchando. Iba a ser una ocasión para que los caballeros renovaran su voto de vivir con honor, coraje, nobleza y auto-sacrificio. Y ahora tendría más significado que nunca.

—¿Vas a decirles la verdad sobre las lanzas? —preguntó Laurana.

—¿Qué verdad? —inquirió Gunthar y, por un instante, su expresión fue tan astuta y ladina como la de Fizban. Luego sonrió—. No, no lo haré. Pero instaré a Owen Glendower a que les cuente su historia.

Él, Owen y Gwynfor se marcharon (Owen se despidió de mí muy cortésmente) y bajaron a la Tumba de Huma, donde los otros caballeros se disponían a ayunar, orar y renovar votos.

—¡Su historia! —le dije a Tanis, y he de admitir que estaba algo indignado—. ¡Vaya! Es mi historia y la de Fizban tanto como es la de Owen.

—Tienes toda la razón, Tas —respondió Tanis seriamente. Una cosa que me gusta de él es que siempre me toma en serio—. Es tu historia. Te doy permiso para que bajes a la Tumba de Huma y cuentes tu versión. Estoy seguro de que Gunthar lo comprenderá.

—Más le vale —repuse con altanería.

Me disponía a dirigirme a la Tumba de Huma, ya que temía que Owen dejase fuera un montón de las partes más interesantes del relato, pero Caramon se acercó a nosotros.

—No lo entiendo —dijo, con la ancha cara llena de arrugas a causa del esfuerzo de tanto pensar—. ¿Las lanzas funcionaban o no?

Miré a Tanis y Tanis me miró a mí. Después el semielfo pasó su brazo por los hombros de nuestro amigo.

—Caramon —empezó—, creo que será mejor que mantengamos una pequeña charla. Utilizamos las lanzas y ganamos la guerra gracias a ellas. Por consiguiente, verás que...

Los dos se alejaron dando un paseo. Esperaba que Caramon comprendiera ahora la verdad sobre las lanzas, aunque, lo más probable, lo único que sacó en claro fue contagiarse el catarro de Tanis.

Me había quedado solo y de nuevo me dirigía a la Tumba de Huma cuando caí en la cuenta de repente.

La Tumba de Huma. Otra vez.

Oh, por favor, no me interpretéis mal vosotros, los caballeros que leáis esto. La Tumba de Huma es el lugar más maravilloso, solemne y melancólico, que te infunde tristeza hasta que empiezas a sentirte bien, y todo lo demás.

Pero ya la he visto más que de sobra, lo suficiente para colmar toda una vida.

En ese instante oí estornudar a Tanis y supuse que necesitaba su pañuelo. Como se lo había dejado en mi bolsillo, en lugar de reunirme con los caballeros, decidí llevárselo.

Imagino que Owen Glendower debe de estar buscando ahora esa miniatura

que sigue perdiendo cada dos por tres. Tengo pensado devolvérsela de inmediato... Cuando salga de la Tumba de Huma.

Notas

[1] *La Tumba de Huma*, volumen 2 de las **Crónicas de la Dragonlance**. Disponible en la biblioteca de Palanthas, que es una ciudad muy bonita de visitar, especialmente desde que la limpiaron y arreglaron después que se marcharan los dragones. La biblioteca está una manzana al sur y dos al este de la cárcel. No se os puede pasar por alto. <<

[2] *El retorno de los dragones. Crónicas de la Dragonlance. Volumen 1.* <<